

Colección



SAETA

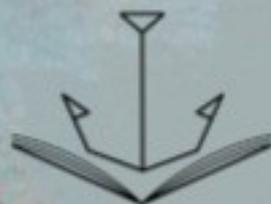


SAMUEL FEIJOO

Vida completa del poeta WAMPAMPIRO TIMBERETA



WAMPAMPIRO TIMBERETA
CON EL ALMA AZUL DE MAYO
SE HA MONTADO EN SU CABALLO
Y RECORRE ESTE PLANETA
HASTA QUE LE PARTA UN RAYO



SAMUEL FEIJOO
Vida completa del poeta
WAMPANPIRO TIMBERETA



EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Ciudad de La Habana, Cuba 1981

Samuel Feijóo (San Juan de los Yeras, 1914), ofrece en esta obra grandes dimensiones humorísticas de las tradiciones cubanas, narradas con un lenguaje satírico, popular y en ocasiones dramático. Wampampiro Timbereta, poeta y cantor, es el consejero y el protagonista principal en cada uno de los conflictos y vicisitudes de los campesinos que lo rodean por su carácter sensible y humano. Emprende numerosas y extrañas aventuras en las que se entremezclan la rudeza y la fantasía del campesino con su genuino folklore criollo en el marco histórico de la seudorrepública colonial. El poeta, obligado por la persecución de la Guardia Rural, huye hacia las lomas orientales en busca de trabajo. Atraído por leyendas de la zona, realiza una incursión a la «montaña misteriosa» donde le espera un suceso fantástico e insospechado.

COLECCIÓN SAETA



Samuel Feijóo

**VIDA COMPLETA DEL POETA
WAMPAMPIRO TIMBERETA**

ePub r1.1
ePub2.0

Edición: Miriam Martínez Acosta
Cubierta: Roberto Medina

© Samuel Feijóo, 1981
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1981

Impreso en la Empresa Poligráfica “Alfredo López”, del Ministerio de Cultura, en el mes de diciembre de 1981, “Año del XX Aniversario de Girón”

Editor digital: WeaR&WaZ
ePub base r2.1





—ewya_#034—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de escritores cubanos, fundamentalmente; pero también de obras literarias de autores extranjeros, publicadas por editoriales cubanas...

WeaR&WaZ[®]
©RiverDry 28.03.2022

¡Síguenos en redes sociales!



t.me/p_ewya



[@EWYAProyecto](https://twitter.com/EWYAProyecto)



[@proyecto_ewya](https://www.instagram.com/proyecto_ewya)



[@EWYA_Project](https://www.facebook.com/EWYA_Project)

1

NACIMIENTO E INFANCIA DE WAMPAMPIRO

Wampampiro nació en un bohío, muy cercano al mar, en la provincia de Matanzas, de padres campesinos muy pobres, trabajadores y honestos. Su padre, Ruperto, que además de labrador y machetero de la caña era cantador de décimas, tenía por apodo el de Timbereta. Wampampiro jamás conoció el origen de ese apodo, que heredó.

No tenía Wampampiro un año de edad cuando su padre obtuvo en Las Villas el empleo de montero de un terrateniente, y para allá partió la familia, a vivir en las cercanías de Caracusey. Allí consiguió Ruperto una tierrita y levantó rápidamente otro bohío. Sembró el terrenito de naranjales, limonares, aguacateros, mangos, cocoteros y un platanal, por donde discurría el niño Wampampiro.

Su nombre verdadero no era el de Wampampiro. Su verdadero nombre era el de Ladislao Mujica Mirabal. Le ocurriera que cuando comenzó a pronunciar sus primeras palabras, a cada momento musitaba:

“Wam... pa... Wam... pa... Wampa... Wampa...”

Al rato, añadía a sus balbuceos:

“Wampa... Wampa... Wampan... Wampan... pan... pan... piro... piro... piro... piro... piro... piro... Wampam... piro... Wampam... piro... Wampam... piro...”

Y Wampampiro se le quedó. Wampampiro, el hijo de Timbereta, En definitiva: Wampampiro Timbereta. Así se le conocía donde quiera, y él gozaba con su sonoro, jocoso nombre. Solía decir:

—Ladislao no es nombre para mí. Me lo pusieron, no me lo puse yo. Al gato no le puso gato la gente si no que le llaman Miau, Misirringo, Misumisu, Rabiblanco, Culiseco, Bolaechurre... Yo me llamo Wampampiro porque yo mismo me puse ese nombre...

A poco, los niños del barrio le cantaban cuartetas cómicas:

**Wampampiro Timbereta
un día se volvió loco
y trepó una mata e coco
montado en una chancleta.**

**Wampampiro Timbereta
con su cabeza e ratón
se metió en un tinajón
pa comerse una galleta.**

Wampampirito no se quedaba atrás. Había aprendido con su padre a cantar décimas, y a veces las improvisaba graciosamente, entre las bromas cariñosas de su madre. De este modo se defendía:

**Connigo tú no te metas:
si caí en un tinajón
fue por coger al ladrón
que se robó mis galletas.**

**Yo me llamo Wampampiro
de apellido Timbereta:
seré algún día poeta
que defenderá al guajiro.**

Esto de “defender al guajiro”, lo repetía el niño por haberlo escuchado de boca de su padre, tan trabajador, viviendo siempre de sus rudos empleos agrarios, mal compensados económicamente.

—¡Hay que defender al guajiro! —exclamaba de vez en vez el padre. Y su hijo le escuchaba atento, sin comprender a las claras qué significaban aquellas amargas palabras...

Tras su trabajo con las reses del terrateniente, el padre guataqueaba su terrenito, lo sembraba de coles, tomates, lechugas, ajíes, cebollas, boniatos y yucas. Gracias a la energía del padre, en la casa no había hambre. Los escasos dineros que ganaba servían para comprar la ropa, los zapatos y algún que otro alimento: frijoles, arroz..., en la tiendecita del batey.

Su madre, Domitila Mirabal, le enseñó las primeras letras, en una vieja cartilla. Así el niño aprendió a leer junto a su hermana Herminia. Ya con diez años, leía con gran gusto los libros de décimas que su padre guardaba: **La lira criolla, las poesías del Cucalambé**. Viejos números de la revista: **La Política Cómica**. Los libros de Homero, el Dante, una vieja biblia, no los entendía, pero oía alabarlos a su padre y los respetaba como algo misterioso.

A sus once años de edad, su buen padre le compró un libro de lecturas, una geografía y un manual de Historia de Cuba. El niño devoraba sus páginas.

Con su padre, asistía a las canturías de la zona. Allí conoció a grandes músicos, guitarristas, laudistas y treseros. Allí escuchó bellas tonadas guajiras, que aprendía. Allí conoció de alegres improvisaciones. Gozó del humor de los poetas guajiros, cantando sus versos con potentes y melódicas voces. Allí cantó, allí improvisó, a los quince años, sus primeras décimas.

A esa edad de quince años, sin escuela pero muy lector, ya cortaba la caña en la zafra, obteniendo algunas monedas. En los “tiempos muertos”, caminaba a las lejanas lomas para trabajar en la cosecha del café. Sus padres eran pobres y debía ayudarlos. ¡Con cuánto placer regresaba a su bohío, tras una ausencia de dos meses, para entregar a su cariñosa madre los pocos pesos que había ganado con tanto esfuerzo, en las frías lomas!

Por lo demás, ya conocía bien su mundo campero: la tragedia social, el humor, los bailes y fiestas, las leyendas, los sucesos mayores de los campos. Gozaba en el paisaje, caminaba leguas y era gran nadador también, y gran jinete. Pero, sobre todo, descollaba por la agudeza, la belleza de sus décimas, que improvisaba fácilmente.

Apartaba a veces unas monedas para marchar a Santa Clara y comprar libros de grandes poetas: así leyó a José Martí y a Rubén Darío, y gozó con las aventuras de Sancho Panza y Don Quijote... Cierta vez compró un diario

y conoció, ya a los veintitrés años de su vida, que un general, Gerardo Machado, había obtenido la presidencia del país.

2

LA NOVIA GUAJIRA

A los veintitrés años de su vida, ya Wampampiro tenía una grande experiencia general. Había trabajado en las ciudades, y también en el mar, de ocasional pescador. Conocía a fondo la miseria, el trabajo mal pagado y, tantas veces, la burla al poeta campesino.

Regresaba a sus campos, donde tan bien se sentía. Allí conoció a Emelina, que fue su primera novia, a la que dejó por demasiado “fiestadora”, como él decía. Pero halló, y ennovió después con Guillermina, una joven guajira, muy despierta, de sentimientos muy sanos, fresca, cordial, y de una inteligencia tan viva como la de su amante.

En los días en que comienza esta historia, ya Guillermina cosía sus vestidos de boda, ya Wampampiro había levantado el bohío para los dos, ya había caleado sus paredes y ya contaba con los humildes muebles...

Pero ocurrió que el terrateniente decidió desalojar a los padres de Guillermina de sus tierras, y, mediante la ayuda de la Guardia Rural, lo logró.

Wampampiro vio cómo los echaron al callejón. En una carreta se colocaron los viejos muebles y Guillermina marchó con sus padres a una lejana zona, a refugiarse en el rancho de unos parientes. Ante la tragedia de aquella familia, y los rostros hoscos de los guardias, Wampampiro sintió arder su sangre.

Guillermina se despidió entre lágrimas. Su novio le juró visitarla, y así lo hizo. La fue a ver a Tamarindo, en Camagüey, donde también halló muchos decimistas cantores y entre ellos cantó. En una ocasión, cuando conversaba con Guillermina, ésta le dijo:

—Wampa, wampito... ésta es una tragedia lo que te voy a contar... No sufras... No sufras...

Alarmado ante su rostro triste, escuchando su voz tan lastimosa, el novio le dijo:

—Cuenta, cuéntala toda. No te quedes con nada adentro...

—Ay Wampita, esto es muy serio lo que te voy a decir. Es muy duro, durísimo... Mis padres se van para las Islas Canarias. Tú sabes, ellos son de allá... Aquí no puede resistir el mal trato y tanta miseria el que no tiene tierras... Se levanta una casita, un conuco, una arboleda, y después lo echan a uno al camino... Mi papá se va. Dice que no aguanta más. Fíjate, ya están viejos, yo soy su hija... No, no los puedo abandonar...

Y Guillermina lloró apoyada en el hombro de su novio. A éste los ojos se le llenaron de lágrimas. Una gran angustia le oprimió el pecho...

—¡Ah!, se van..., se van...

—Ay Wampito..., ay..., nos vamos...

—Sí, Guillermina, sí..., debes irte... No les abandones nunca..., nunca...

Wampampiro enjugó sus lágrimas, saludó a los padres de su novia, les deseó buena suerte y se dispuso a marchar.

En el portal, Guillermina le dijo:

—No te olvidaré, Wampito mío.

—Yo tampoco..., tampoco...

—No... No..., nunca...

—Adiós, Guillermina..., adiós...

—Ay Wampito, que triste estoy...

Wampampiro salió destrozado del bohío.

Por el camino nocturno se consolaba cantando décimas:

**Amor es un resplandor
cuando es hondo y es sincero
cuando no es un juego artero
con su mentirosa flor.
Si ese lazo de un amor
tan puro, se rompe: el alma
ya pierde toda su calma**

**su alegría, su ilusión
y queda, bajo el ciclón
temblando como una palma.**

**Cuando la pena es secreta
no hay un ave en el palmar
que la pueda interpretar
como lo hace el poeta.
Así, con el alma inquieta
guarda la queja en su acento
y su oscuro sentimiento
disipa en la noche fría
merced a la poesía
y a su música en el viento.**

Wampampiro no padeció nunca de amores como le ocurriera con la pérdida de Guillermina. Por años la llevó en su pecho, alejado de noviazgos, fiel a su recuerdo. De ella recibió varias cartas, que contestó al punto. Después cesó de recibirlas. Pero el poeta no apartó de su mente la imagen de la perdida novia.

Poco a poco, su carácter alegre, y su enorme genio aventurero, le ayudaron a soportar la grande pena. Además, las intensas, raras aventuras que le acontecían apenas le daban tiempo a sufrir de amores, como verá el lector.

3

WAMPAMPIRO EN MINAS BAJAS

A los veinticuatro años de su vida, Wampampiro ya estaba auxiliando a su padre a subir a una carreta los pobres muebles y otras pertenencias. Los habían desalojado. Sus siembras, el conuco, la arboleda, la casa, quedaban en poder del terrateniente.

Entre los sollozos de la madre y de su hermana, Wampampiro sentía hervir la sangre. Su padre musitaba:

—No, no Hay quien defienda al guajiro...

Llegaron a Minas Bajas, y en una tierrita que su atribulado padre había conseguido de un nuevo terrateniente, recomenzaron sus vidas. En un destartalado rancho desguanado metieron sus trastos y comenzaron a trabajar fuertemente. Wampampiro desmochó las pencas de un palmar cercano y techaron el rancho.

Wampampiro tenía temple. Le ayudaba su humor y su deseo de trabajar, de luchar contra las adversidades e injusticias; y su espíritu aventurero, jaranero, emprendedor, le impulsaba entre las desgracias.

Cantó muchas décimas en Minas Bajas. Pronto se dio a conocer como notable poeta en las frecuentes canturías que se daban en sus alrededores. No faltaba a una, con sus padres y con su bella hermana Herminia. Se les recibía con mucha simpatía. Nuevos y alegres amigos le rodeaban.

Su carácter claro refloreció en Minas Bajas. Esta cualidad no le abandonó nunca. Ni aún cuando se vio envuelto en graves aventuras Wampampiro perdió su dicharachería, ni su capacidad para improvisar décimas, y su

facilidad para animar a los taciturnos y enclenques con su divertida habla montuna. Sabía reconfortar al enfermo, al melancólico, al desconcertado.

Pronto se ganó un mote de guerra en las parrandas cantoras: el Cantor de este Planeta. Se lo otorgó, el poeta nombrado Simeón Simemeo, un simpático decimista, gran choteador, que le oyera en una famosa controversia en Las Lajitas.

Ocurrió que a la canturía se apareció un grueso poeta de Cumanayagua, llamado el zorzal del Guabairo. A poco de cantarse las primeras décimas la tomó con el joven Wampampiro. El Zorzal improvisaba sobre los mundos del cielo, sobre tantos y tantos millones de estrellas, y con ello tenía embobados a sus oyentes, bajo el enguanado techo de una casa de tabaco.

Se le ocurrió puyar a Wampampiro, y le cantó:

**Yo vine aquí a Minas Bajas
a encontrar a Timbereta
que resulta que es poeta
sin melodía y sin navajas.**

Cuando soltó la quarteta burlona le echó atrás un risotón. Después cantó de nuevo para completar la décima:

**Yo no sé si tú trabajas
o si eres vago suspiro
pero eres cantor guajiro
que no conoce de estrellas
perdiéndote cosas bellas
que no caben en tu güiro.**

Cuando Wampampiro oyó la puya no se dejó enfurecer por las risas que arrancó la provocación, sino que afinó el seso claro y soltó una décima que aún se recuerda en la región:

**No me pierdo cosas bellas
cuando camino la tierra:
admiro lo que ella encierra**

**y también a las estrellas.
Pero muy altas son ellas
y el sol y el azul cometa.
y así afirma Timbereta
de otro nombre Wampampiro
que si bien al cielo miro
soy Cantor de este Planeta**

El último verso le trajo su apodete de canturía. Simeón Simemeo se lo puso al momento.

Como el Cantor de este Planeta se le conocía entre los trovadores. Cada vez que llegaba Wampampiro a fiestas de canturía se escuchaba por encima del ritmo de las guitarras, maracas y claves, el grito alegre y prometedor: “¡Ahí está el Cantor de este Planeta!”

A Wampampiro le placía el sobrenombre, y lo prodigaba. En cierta controversia, cuando el Gigante del Parnaso, con el seso relleno de ron finalizó una décima agresiva diciéndole:

**Es gorgojo de galleta
es un cerebro sin tuerca
y se parece a una puerca
el Cantor de este Planeta...**

Wampampiro no perdió la tabla y le afincó una décima al tal Gigante blandiendo su remoquete como una espada:

**de este Planeta el Cantor...
porque en el planeta está
tu verso atravesará
como quien cruza un tabor...**

Wampampiro rasgó su guitarra y continuó:

**Pero ha encontrado un valor
en ti el cantor del planeta:**

**soy gorgojo, tú galleta.
yo soy la tuerca en tu idea:
soy el lechón que la mea
donde quiera que se meta...**

Cuando Wampampiro terminó, apenas tuvo tiempo de eludir el tromponazo que el gigante le tirara. Su guitarra recibió el golpe. Pero Wampampiro, ecuánime, siguió cantando, mientras, Joséito Maury, el dueño de la casa donde se celebraba la parranda, le lanzó un piñazo célebre al enronado Gigante, silenciándole.

4

WAMPAMPIRO CONOCE AL HOMBRE MÁS MENTIROSO DEL MUNDO

Cerca de Minas Bajas, por Colmenar Viejo, vivía Felipe Briñas, al cual se le conocía como “el guajiro más mentiroso del mundo”.

Felipe Briñas tenía una poderosa imaginación, con la cual pasmaba a los campesinos de la comarca. Era un buen hombre, que odiaba a los guardias rurales, que de vez en vez se apoderaban de un lechón de su cría de cerdos. Vivía de la crianza de cochinos, en una tierrita heredada de su padre, que fue veterano de la Guerra contra España. Se pasaba largas horas trepando palmas para cortarles racimos del palmiche, el mejor alimento para sus puercos.

Año tras año trabajaba y comerciaba con su cría, sin salir de la pobreza. Vivía con un pequeño hermano en su bohío. Ambos eran huérfanos.

Cada vez que la pareja de la Guardia Rural se acercaba, jineteando gordos caballos, a su bohío, los rifles en los arzones y los machetes al cinto, Felipe temblaba.

—Dice el cabo que le mande un lechonato pa celebrar el día de la patria en el cuartel...

Temeroso y lleno de odio a la vez, Felipe entregaba el lechonato, amarradas con ariques de yaguas las patas, y el berrido agudísimo.

Los guardias se marchaban sin dar las gracias.

Felipe Briñas murmuraba:

—Malditos guardias, ladrones, acabando con el país. ¿Cuándo se caerá Machado? ¿Cuándo habrá vergüenza en este país...?

Triste, veía perderse los guardias rurales por los guasimales al fondo de Colmenar Viejo. A veces se sentaba en su taburete de cuero de chivo, bajo una mata de güira cimarrona, sacaba su guitarra, y cantaba irónicamente una vieja cuarteta:

**Cuba no debe favores
a ninguna extraña tierra.
en Cuba todo se encierra
Cuba es un jardín de flores...**

Una vez llegó Wampampiro y lo sorprendió cantando la cuarteta con voz apagada y quejumbrosa.

—Buenas, soy Wampampiro... Y quiero decirle que a eso que cantó hay que agregarle esto, que se me acaba de ocurrir..., oiga bien:

**A Cuba le han hecho horrores
politiqueros ladrones
soldados cachicabrones
y vendepatrias sin fin:
han convertido el jardín
en solar de cagajones.**

Wampampiro soltó una carcajada satírica. Felipe se animó:

—¿Cómo volveremos a hacer de Cuba un jardín, como era en la época de los siboneyes, antes de que vinieran los soldados de España a matarlos y a robarles las tierras? Yo no sé ná... Yo no creo en esos políticos. Todos prometen y prometen y ná. Mentira todo lo que dicen... Llegan al poder y es para robar...

Wampampiro le dijo:

—Esto no puede seguir así. Usted verá... En una canturía en que estuve, en Mataguá, me enteré que se está conspirando ya, y que la gente se va a alzar contra el tirano. Ya el pueblo no aguanta más a Machado...

A Felipe Briñas le brillaron los ojos, y dijo:

—Si la cosa es alzarse y fajarse con los soldados ya estoy alzaó... Ese cuartel lo voy a quemar yo..., yo mismo... ¡Qué abuso! Y no es mentira, me

dicen el más mentiroso del mundo..., ¡y ya verás lo que voy a hacer si hay alzaos!...

Wampampiro le oyó un rato más, lo consoló, le dio esperanza, y se fue a su casa contento porque Felipe había cobrado nueva fe... Hacer el bien a los desgraciados le contentaba.

Felipe Briñas había ganado el apodo del “hombre más mentiroso del mundo” por el relato que hizo de un episodio que le ocurriera en una tarde de tormenta cuando se dirigía a caballo rumbo a la finca El Bayoyo.

—La tarde estaba negra —contaba Felipe—, el cielo no podía más con sus nubarrones. Pero el agua no caía. Casi no se veía la tierra. Eran las cuatro de la tarde y se sentía la noche cerrada. Solté las riendas al caballo para que éste siguiera rumbo al Bayoyo, pues conocía el camino... La oscuridad cerró más, y ya no pude distinguir ni una mata... El caballo rompía por la sombra y yo, como un ciego, me sujetaba del pico de la montura. De pronto se iluminó el mundo. Vi los cañaverales, las ceibas, las cercas de los potreros un segundo, porque un trueno tremendo me dejó sordo y me tiró del caballo. Vi un rayo que venía a caerme encima. Luchaba el rayo con las nubes bajas, y ya adelantaba pa arriba de mí, pero fui más rápido que él. Llegué a la montura, cogí mi lazo de cuero y cuando el rayo se me acercaba lo enlacé por el pescuezo. Lo llevé arrastrándolo hasta una fondita cercana, y allí se lo vendí en dos pesos y treinta centavos a un gallego cocinero que estaba falto de carbón para hervir sus potajadas. El gallego usó cuatro años al rayo como combustible, hasta que se le gastó y tuvo que tirar el rayo seco en un basurero, cuando ya parecía un rail de líneas retorcido.

Después que el joven Felipe relatara su aventura con el rayo no quedó ser viviente en toda la comarca que no le señalara con el dedo cuando pasaba, y dijera:

—Ahí va el hombre que enlazó al rayo..., se le desbarató el coco criando puercos...

Felipe se divertía inventando fantasías. Aburrido en su chocita, dejaba vagar su imaginación, y luego contaba lo que se le ocurría, dándole un carácter serio a su narración. Los oyentes no se perdían una sola palabra y se reían en grande. Felipe, muy serio, gozaba por dentro. No se extrañaba, cuándo al pasar frente a un bohío escuchaba una petición:

—Felipe, ven acá, cuéntanos lo que te pasó cuando se te escapó un puerco volando...

—Na, la evolución..., lo he leído en los libros de ciencia...

—¿Qué es eso de la bolusión...?

—Na. Un libro de ciencia que me prestó Wampampiro lo dice, que ni la gente ni los animales han terminao de ser lo que serán, y así fue que de pronto a mi puerquito Sapingo le salió un retoñito en el lomo, y retoñito fue que le creció y le creció, y una mañana me levanté y le fui a dar vuelta al corral, y..., ¿qué ocurrió?... Que el puerquito ya volaba. “¡Ven acá, Sapingo!”, le dije. Pero ná. Sapinguito salió hecho una flecha loma parriba y creo que por el impulso que llevaba debe andar por Haití asustando a los brujos...

Charlas como esas, eran diarias. La gente se divertía y Felipe simulaba no enterarse de las burlas a su imaginación. Necesitaba afecto humano, solicitud, y de esa forma lo conseguía.

Pero su imaginación quedó derrotada, en cuanto a su concepto de la belleza humana, cuando se topó por primera vez con Herminia, en una fiesta de cantos que se dio en El Bayoyo. Cuando entró en la sala del bohío y la vio, quedó como alelado. Cuando Herminia cantó, Felipe se sintió vibrar como una guitarra. Simeón Simemeo, que también cantaba, le advirtió el azoro y le dijo:

—Hermano, esa mujer no es gente; eso es una brujería con sayas... Afíncate bien, que te chupa la vida...

Felipe la escuchaba cantar, fascinado. La visitó con frecuencia, le conversaba. Herminia le hablaba de astronomía y de biología y de la química de la sangre, y Felipe callaba.

Herminia le traía su jicarita de café y le decía:

—Felipe, tómate este estimulante cardíaco...

Y Felipe la miraba y callaba. Criaba sus puercos y pensaba:

“¿Quién soy yo para traer a mi ranchito a esa rosa del jardín de un rey?”

Pero Herminia pensaba:

“Pobre Felipe, vive solo, criando a su hermanito. Tiene buen corazón, si se le desempercudiera el cerebro, tal vez...”

Pero realmente no era Felipe Briñas quien le interesara. Le tenía lástima y nada más.

5

EL TRISTE CURBELO SE METIÓ EN EL POZO

Buen corazón tenía Wampampiro. Tantas miserias había sufrido en su niñez, a veces sin zapatos, con poca y deslucida ropa, que aprendió a valorar el sufrimiento de los demás. Amigaba fácilmente con los desgraciados, a los cuales, con su temperamento alegre, animaba.

—No hay que pensar que esa cruz que se tiene arriba no se va a soltar nunca... No... Todos los días sale el sol, y un día va a salir el sol de uno, pero ese sol hay que formarlo adentro —decía a menudo— a ese sol hay que madurarlo...

Y luego explicaba el joven Wampampiro al amigo desvalido que para recoger lechugas hay que sembrarlas y cuidarlas de los bichos dañinos. “Todo es lucha —decía— lucha y lucha y lucha, contra lo que sea... La felicidad no es un mango que cae de la mata... Hay que sembrar la mata... Hay que trabajar seguido, y no perder el ánimo, no perder la jiribilla nunca...”

Casi todos sus discursos benévolos terminaban con canciones alegres, con décimas cómicas, de gran agudeza, que aprendían los campesinos y luego echaban a rodar por la comarca:

**No te creas que con quejas
vas a ganar tu destino
hay que andar por el camino
sin pasos de yeguas viejas.
Mira volar las abejas**

**por las blancas campanillas:
ellas buscan maravillas
de miel para el colmenar
pero tienen que volar
sin perder sus jiribillas.**

—Las jiribillas son las ilusiones de la vida —añadía—, el hombre sin jiribilla por dentro nació para aguantón y esclavo, es mortalón, vive arrecostao al horcón y hasta es un sangrón pesao... Cuando uno se enamora, se llena de jiribilla... Sin jiribilla todo se pone oscuro...

Cantaba:

**Haya valor o haya miedo
palante hay que echar, mi hermano.
con las riendas en la mano
pincha, y sales del enredo.
No me digas: “yo no puedo”
porque no poder ahora
quiere decir más demora...
Pero si hay jiribilla
le sacas, astilla a astilla
el imposible a la aurora...**

Entre risas, vigoroso, esperanzado, Wampampiro pasó su temprana juventud por los campos de Vega Jato, Colmenar Viejo, El Bayoyo, La Baría, Charco Azul, y ahora Minas Bajas. Como siempre, cantaba con los mejores poetas de aquellas zonas, acompañado de Herminia y de sus padres. Sus décimas de jiribilla se esperaban y se aprendían. La memoria las conservaba, pues casi nadie sabía leer y escribir en aquellas silvestres soledades.

Cantando en La Baría, se enteró de un drama en Charco Azul, de la tragedia y locura de Eduardo Curbelo, un joven poeta que perdiera una pierna bajo la rueda de una carreta. Su invalidez le impedía trabajar en los campos. Al sentirse una carga para su familia se desplomó moralmente. Ya no iba a las canturías y ni siquiera cantaba para sí. Wampampiro escuchaba atento las informaciones sobre su desgraciado amigo.

Curbelo, con mil trabajos, cogiendo una tablita por aquí, serruchando otra por acá, fabricó un timbirichi, y lo puso al lado del camino que cogía para El Guabairo. Con la ayuda de un comerciante de Manicaragua, que le adelantó cuarenta pesos en mercancías, llenó el feo timbirichi de pañuelos, carreteles de hilo, dedales, alfileres, agujas, chupetes, camisetas, camisas, pantalones de trabajo, zapatos de vaqueta, hebillas, peines, cajas de polvo, tabacos, cigarros, fósforos, sal, azúcar, ron, aguardiente, cintos y mil baratijas más, que ordenó en los estantes olorosos a madera de algarroba.

Así empezó a ganar unos centavos, vendiendo a los caminantes y a los vecinos de la zona. Cuando pudo ayudar un poco a su familia con las pequeñas ganancias de sus ventas, Curbelo mejoró de ánimo y ganó unas libras de peso. Estaba tan bien que volvió a cantar décimas, metido en su timbirichi, a la espera de los marchantes. Sus padres se alegraron y, en secreto, cuando se vendió una chiva lechera, le compraron un par de muletas de majagua. Pero ocurrió otra desgracia. Unos malvados que vinieron una madrugada desde la ciudad de Cienfuegos, rompieron el candado del timbirichi y robaron todas las mercancías, que metieron en los ventrudos serones de los mulos que les acompañaban. Al amanecer se conoció el desastre. Curbelo se enfermó de los nervios, se deprimió y pareció enloquecer.

Al fondo del bohío de sus padres, existía un pozo que una vez tuvo agua. Se le habían puesto unas tablas por encima, para evitar desgracias. El desesperado Curbelo cogió un machete, lo amoló bien y, después de destapar la boca del pozo, amarró una soga de un seboruco saliente del brocal y bajó hasta el fondo. Allí se acostó y quedó dormido.

Sus padres lo buscaron por todas partes, muy alarmados. Sabían que Curbelo se hallaba perturbado, y no podían imaginar dónde se encontraba. El escondite no podía hallarse muy lejos, puesto que sus muletas colgaban de un clavo tras la puerta de su cuarto.

Al atardecer, el padre halló el boquete en el pozo. Miró abajo y no vio nada. Encendió un quinqué y lo bajó con una soga. A medio camino vio al hijo, dormido.

Le gritó:

—Mijo, ¿estás loco? ¿Qué haces ahí?...

Curbelo despertó sobresaltado. Vio el torso de su padre recortado contra el cielo de la tarde.

—¡Papá, no bajes, no, no! —le gritó.

—¿Qué te pasa, hijo?... ¿Qué haces ahí?...

—Na, que estoy aburrido de la vida. No quiero ver a nadie. La gente es mala y no tiene entrañas. Prefiero morir aquí, tranquilo, porque como no puedo caminar ya no puedo trotar el mundo. Ni sirvo pa ná... Déjenme acabar tranquilo...

—¡Pero hijo... piensa en nosotros!

—Yo soy una carga pa ustedes, ya no valgo na. Cuando estaba levantando cabeza..., me robaron... No bajes, papá... Déjame morir tranquilo aquí abajo... durmiendo...

El angustiado padre calló, y fue donde su mujer, y ambos lloraron, sin saber qué hacer para salvar a su desgraciado hijo. En esto llegó un amigo, Alejandro Otero.

—La cosa está seria —dijo, una vez informado— está de yuca y ñame... Pero yo sé quién puede sacarlo de ahí...

—¿Quién?...

—¡Wampampiro Timbereta! ¡Cómo tiene mañas pa darle ánimo a la gente!...

Cuando Wampampiro se enteró del drama, estaba en la plena canturía. Le dijo al informante:

—El pobre Curbelo perdió la jiribilla de la vida. Después añadió:

—Déjame pensar esta noche qué hay que hacer... Dame tiempo. Mañana, de madrugada, salgo para allá... El lío está difícil pero lo desenrollaremos. Voy a pensar en un plan rápido para repellarle el coco al pobre Curbelito, tan bien que estaba...

Se retiró de la canturía y se fue a los guayabales del patio a idear su plan. A su retiro llegaban las combinadas músicas de las guitarras y las claves, las voces de sus amigos, la armoniosa tonada de Herminia.

Fue Herminia quien le buscara en los guayabales.

—¿Qué? ¿Has pensado algo...?

—Algo..., algo se me está ocurriendo, pero esta música me distrae, no me deja concentrar... Tiene mucha jiribilla. Vamos...

Montaron sus caballos y ambos hermanos tomaron rumbo al hogar. Herminia sabía que su hermano le daba vueltas a uno de sus planes victoriosos, pues éste marchaba en profundo silencio.

Media hora antes de llegar al rancho, Wampampiro detuvo su caballo y dijo a su hermana.

—¡Ya! ¡Ábrete tierra..., ya...! ¡Ya el güiro me funcionó! ¡Ya vamos a salvar a Curbelito! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!...

—Está bueno ya de tanto ya, Wampa...

—¡Ya! ¡Ya! ¡Ya le encontré la jiribilla al asunto...! Dormimos unas horitas y salimos al trote para Charco Azul, a salvar a ese infeliz...

Herminia asintió. Al verlo tan contento y seguro, sabía que su hermano no podía fracasar.

—Herminia ¿tú eres valiente?...

Herminia titubeó:

—Depende pa lo que sea. No tengo valor pa retorcerle el pescuezo a una gallinita...

—¿Y para enfrentarte con un loco armado con un machete? Así me lo han dicho... Que Curbelo tiene un machete para machetear a quien lo vaya a sacar del fondo del pozo donde se metió...

—Menos..., menos valor tengo...

—Pues si no lo haces, si no bajas a buscarlo, Curbelo se muere allá abajo...

Herminia titubeó:

—Está bien, vamos, pero no le digas nada a mamá ni a papá...

Desensilló Wampampiro, colgó la enfundada guitarra de un clavo en la sala, y ambos hermanos se entregaron al sueño.

—¡Eduardito, mijo sal de ahí...! —gritaba la madre, con voz desesperada...

—No, mamá, si usted me quiere, déjeme acabar aquí. Yo no levanto cabeza... La maldad es muy grande...

—Hijo, hazlo por mí...

—No, mamá, para seguir sufriendo, mejor es acabar aquí, tranquilito...

—Por lo menos, hijo, tómate el pomo de leche que te bajé, y las dos empanadas de gallina...

—No mamáita, no. Si eso me como... sigue el suplicio. Mejor es así...

El padre le imploraba:

—Eduardito, tan joven que eres y estás encalabernao... Amárrate bien, que te vamos a subir. Lo que estás es encalabernao. Eso se te pasa con el tiempo... Sube...

Y le lanzó una sogá, que sostuvo firme por una de sus puntas.

—Ponte tu mejor traje —le decía Wampampiro a su hermana—, rízate el pelo, échate un buen perfume en la túnica, date polvo...

Herminia le obedecía.

Cuando ya estaba engalanada y olorosa, Wampampiro cogió su guitarra y le dijo a sus padres.

—Viejos, nos vamos y venimos por la noche; vamos a hacer una obra de caridad...

Ensillaron, montaron, salieron. La mañana se llenó de ventoleras. Herminia peinaba sus cabellos.

—No llores más, mujer... Esto va a acabar bien. Anoche Wampampiro dijo que vendría hoy a resolver este atafago. Estamos atafugaos, pero Wampampiro nos va a sacar de este fanguero...

Cuando la madre secaba sus lágrimas con el borde de su vestido, vio, a través de ellas, a los dos jinetes que se acababan de detener ante la casa.

—¡Ahí están! ¡Mira! ¡Mira!...

Ambos padres salieron corriendo a recibir a los recién llegados. Les colmaron de bellas palabras, les abrazaron y les pusieron al tanto de lo ocurrido.

Mientras la madre sollozaba, Wampampiro le dijo:

—Esto está resuelto ya... Vamos a amarrar ahora mismo a Herminia, por la cintura. Saquen la sogá del pozo...

La amarraron. Herminia se dejaba hacer. Su hermano la peinó, le entregó su guitarra y le dijo:

—Él está dormido. Nosotros te bajamos sin ruido, poquito a poquito, bien despacito. Tú llegas abajo y pones suave los pies en el suelo, sin rozar a Curbelito, para que no se despierte... Coges entonces su machete, lo amarras y lo subimos. Después otra vez te tiramos la soga. Entonces canta y toca. Cuando se despierte, convéncelo como te dije... A él lo amarras bien, lo subimos, y después te amarras tú... Hazlo todo tal como te dije... Ya tú sabes lo que tienes que hacer...

Los alarmados padres del perturbado joven vieron cómo Wampampiro sujetó a su hermana con fuertes ligaduras. Ésta sostenía la guitarra firmemente entre sus brazos. Poco a poco su hermano la fue bajando, asustada, pero decidida a cumplir el plan de Wampampiro. Poco a poco sus ojos se fueron adaptando a la oscuridad. Curbelo no dormía. Se había incorporado, sosteniéndose en la única pierna, y apoyándose con su mano izquierda en la pared. En su mano derecha brillaba tenuemente el machete.

Arriba, Wampampiro dejaba correr lentamente la soga, entre resuellos gordos.

Herminia bajaba en silencio, tal como se había acordado. Curbelo la miraba sin comprender nada, machete en mano. Al fin vio una mujer, una mujer joven y hermosa, que puso sus pies en el suelo y que le miraba. Curbelo pensó que soñaba. El machete cayó de sus manos. Herminia ni miró al arma. Curbelo respiraba agitado, los ojos muy abiertos, mudo. Herminia, que ya había perdido el miedo, lo observaba en silencio. Su traje color de rosa se humedecía, al contacto de las paredes. Curbelo la miraba, cada vez más fijamente. Herminia no le perdía de vista, serena. Curbelo le miraba el impávido rostro. Los dos jóvenes enmudecían.

—Este silencio que se siente es bueno... No importa que Herminia no le haya dado el jalón a la soga, al llegar abajo, como le dije, para que suba el machete. Algo bueno está pasando —decía Wampampiro a los atribulados padres—. Ni se ocupen, Herminia sabe...

Los padres callaban. La tensión en sus nervios era demasiada. Apenas se movían, los ojos atentos a la quieta soga.

—No sube el machete —decían— no sube... ¿La habrán macheteado?

De pronto, quedaron paralizados por el asombro.

De la boca del pozo salieron sonidos de cuerdas. Eran bellas melodías, tonadas alegres. A poco, la voz de Herminia subía. Cantaba una canción de amores, rápida, rítmica, feliz. No pudo acabarla con su propia voz. Subieron las voces de un dúo. Bajo el enorme sol gritaba alegre Wampampiro:

—¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya se le rompió el colmillo al perro! ¡Ya se destapó el caldero! ¡Ya la jicotea come palmiche! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya retoña la jiribilla!...

Por diez minutos se oyeron canciones. Después Wampampiro sintió el halón convenido en la soga en sus manos. La recogió: en su punta venían amarrados el machete y la guitarra.

Cuando al oscurecer, regresaban Herminia y Wampampiro a su rancho, ya no quedaban dudas de la victoria. El enamorado Curbelito había quedado, mientras almorzaban alegremente, en visitar dos días después a la familia de la bella mujer que lo fascinara. Esto comentaban los dichosos hermanos al trote de los caballos.

—Herminia ¡ya está la cosa armada! ¡Ya Curbelito cogió jiribilla contigo! ¡No hay problema!...

—¿Cómo que no hay problema? ¡Grande que lo hay!...

—¿Problema?...

—Sí, ahora la que tiene el problema soy yo, y si no lo resuelvo pierdo mi jiribilla. ¿Tú sabes lo que es darle ilusiones a un hombre sin quererlo? ¡Qué problema!... ¡Hay que desenjiribillar!...

Wampampiro la escuchaba, atento. Herminia continuaba:

—¡Qué problema! Porque si él tiene jiribilla ahora, cuando yo lo desenjiribile ¿quién lo enjiribillará de nuevo? El remedio es peor que la enfermedad...

—No, no, Herminia... No importa que sea ñato, la cuestión es que respire... Ya hoy lo tenemos salvado, que era lo primero, de ahora en

adelante pueden pasar muchas cosas. Ahora está vivo y con jiribilla. ¿Mañana?... Vamos a inventar... Algo puede ocurrir. Lo que viene ¿quién lo sabe?... Vamos a inventar, ya el papalote está empinado...

—Sí, pero la cuestión es sostenerlo en el aire...

—Ya inventaremos. Yo lo voy a trabajar... Tú le vas dando largo, y en el interín le buscamos algo para que él se agarre...

Llegaron a medianoche al rancho. Ambos hermanos durmieron un profundo sueño, tranquilo y feliz.

6

WAMPAMPIRO ENCUENTRA A UNA ANCIANA DE JARAHUECA QUE NO CESABA DE HABLAR

En Jarahueca existía una anciana que enfermó de un extraño mal de hablar. En todo momento hablaba, cuanto se le antojaba. Médicos y curanderos la habían tratado, pero la trepidante lengua no callaba. Bajo la acción de los narcóticos, la velocidad del palabrerío amenguaba, y facilitaba los pestañazos y repelones que la parlera anciana cogía de vez en vez. Pero, aún en sueños, hablaba. Con ella topó el cojo Eduardo Curbelo.

¿Cómo había llegado Curbelo a Jarahueca? Con un conjunto de poetas decimistas que visitaban los pueblos, villorrios y bateyes, dando canturías, a bajo precio, para costear los gastos de pasajes y alimentos, y lo más importante: para adquirir fondos y comprarle una pierna de goma a Curbelo, que ya cantaba otra vez, y cuyo nuevo nombre de guerra como improvisador era el de “El trovador sin pata”. Wampampiro los acompañaba, cantando y tocando su guitarra.

Curbelo había cambiado su pesimismo profundo por una euforia constante.

Herminia le trataba cariñosamente, pero manteniendo una distancia prudente. Curbelo, que nunca había recibido el menor afecto de mujer, debido a su defecto físico, agrandaba aquel que se le brindaba, por más que pequeño, agradecido y asombrado.

La idea de comprarle una pierna de goma la dio el también enamorado de Herminia, Simeón Simemeo, que no veía rival en el infeliz Curbelo.

—Con una patepalo se va sentir mejor y le va a cambiar el pensamiento ese... Ya no tendrá que abochornarse de tener una sola pata. Usté verá..., a lo mejor liga una hembra por ahí...

Cuando se acordó dar canturías y recaudar fondos para la pierna de goma, los poetas y músicos de la zona se reunieron y comenzaron las parrandas. A local lleno, generalmente en una casa de tabaco vacía, se daban las canturías. Una décima de Wampampiro solía abrir el espectáculo:

**Señores, grande fortuna
es tener carne en la pata.
aunque sea de hojalata
hay que conseguirse una.
La fabricaría de luna
si se pudiera, o de cielo.
y hasta con un cacho e hielo
también la fabricaría:
pero entonces caería
el pobre Curbelo al suelo.**

Así caminaban y así cantaban, y el dinero se iba acumulando para la compra de la pierna de goma. Curbelo, con tanto viaje y tanto canto, se alegraba mucho, y ya había perdido mucho de su obsesión por Herminia. Nuevos amigos, nuevos sucesos le impresionaban, le rompían la acerba intimidad. Ya se veía con su nueva pierna, caminando normalmente. Y cantaba décimas que hacían reír por su comicidad. Una de ellas provocó el regalo de un gran número de tabacos que después se vendieron a buen precio en las canturías, entre los bondadosos campesinos.

Curbelo había recuperado su peso normal y bromeaba de vez en vez.

Alguien les mencionó las minas de Jarahueca, donde se ganaba algún dinero. Allí se fueron, pero encontraron la misma miseria, y a los obreros de la mina mal pagados y viviendo en casuchas.

La tarde de la llegada al pueblo, Curbelo, apoyándose en sus muletas, caminaba junto a Felipe Briñas y Simeón Simemeo rumbo a un barriecillo, para avisar de la canturía nocturna y los propósitos humanitarios de ella. Al

llegar, en la primera casa que visitaron, los recibió la parlante anciana, que rezongaba mientras oía las noticias. Después, sin detenerse para hacer pausa alguna, dejó atónitos a los visitantes con un rápido discurso jamás oído:

—

Así que vienen aquí a buscar, ¿no? Pues bien, ¡jodía que está la cosa con el machao emierc!

La atenta anciana les sirvió café, entre sonrisas, sin dejar de hablar. Mareados, salieron de la casa los tres visitantes.

—Esta vieja es buena, pero está tocá del coco. Es buena, es una lástima que no se cure, pues se ve que está enferma... —dijo Simeón Simemeo.

—Estará bueno contárselo a Wampampiro. A lo mejor este vate la calla y le cura la singüeso con alguna jiribilla de esas que él inventa —dijo Felipe Briñas.

Y se encaminaron rumbo a la casa de tabaco donde Wampampiro les esperaba. Ya se habían colocado los bancos donde se sentarían los asistentes. La lámpara de carburo funcionaba a la perfección para el espectáculo de la noche.

—Wampa, ahora sí que el caldo está espeso...

—¿De qué se trata...?

—Se trata de una vieja que tiene una corcomilla en la lengua que no para. A tó tiro está habla que te habla. Hasta dormía le da a la lengua...

—¿Y qué?

—A ver si la curas. Tiene loca a la familia. Apenas se le entiende lo que habla... pues habla pegao... Mira, su sobrino te manda un billete de veinte pesos para que la frenes...

—Bueno, voy a ver ese fenómeno...

Tomó el billete y lo guardó en un bolsillo.

Simeón Simemeo acompañó al poeta hasta la casa de la anciana.

—Entérate de ese fenómeno... Wampa... entérate...

Wampampiro tocó en la puerta.

La anciana salió. Abrió la puerta y dijo a Simeón:

—

Adelantetrovadorpaseysiéntesequelevoyatraerunbuchitocafépaquesueltealgun

Wampampiro quedó asombrado de la rapidez verbal de la anciana. Se sentó, con la guitarra sobre los muslos. Mientras llegaba el café, meditaba sus planes.

—Buenasytomecafé...

—Mucho gusto en conocerla, me llamo Wampampiro...

—QuenombremásraroyyomellamoMicaelaUrrutia...

—Bien, Micaela, vengo a invitarla para el guateque de esta noche. Estamos recogiendo fondos para comprar una pierna de goma a un cojito ahí... A peseta la entrada...

—Voydeseguroamímegustamucholatocaderaylacantadera...

Niseocupeqeyovoyconmipeseticaenlamano...

El poeta seguía asombrado al comprobar tanta velocidad en las palabras de Micaela Urrutia.

—Habla rápido, señora. ¿Es que está nerviosa?

—Símepongonerviosaaloirlodespacioquehablalagente...

Poresoelmundoestácomoestá...

Quélentovatodo...

Laspalabrashayquesacárselasdelabocaalagenteconunsacacorchoquédespacitoh
¡Mimadre!...

Wampampiro decidió entonces iniciar su plan para frenar la velocidad verbal de Micaela.

Comenzó a sacar algunas melodías a la guitarra, y sin quitarle la vista al rostro de la anciana, cantó:

**Hablar con tal rapidé
a cualquiera vuelve loco
por no comprender un poco
mil palabras a la vez.
La mente coge vejé
con tanta labia ligera.
Es como una torrentera
de palabras en acción:
se te parte la hilación
se te rompe la mollera.**

La anciana tomó la guitarra de mano de Wampampiro, y le dijo enojada:

—

Ahorale voya meter unadécima parechazarles upalabración que ladice tande espacio
Al momento improvisó, cantando rápidamente, con una extraña voz:

**Ahoravoya contestar
aloque cantandodice
lo pasopormisnarices
nicasole voyadar.
Tetienes que apresurar
pueseres lento majá
ytuentendimiento está
haragándetande espacio:
volandoporel espacio
rápidamilenguavá.**

Wampampiro comprendió que la anciana tenía leyes y que el caso se le presentaba difícil.

Micaela, al notarlo silencioso, le dijo:

—Métale al toná...

—La estoy pensando...

—Pero se me demora mucho...

Usted no está como yo en el dale que dale...

Y nunca estoy regular bambay...

Guapeay no recojascabos...

Siempre melodigoy de jaque hablen...

que yase cansarán losculepejes detantachismo sería...

Wampampiro sacó el billete de veinte pesos de su bolsillo y lo puso ante los ojos codiciosos de Micaela.

—Micaela, si hablas separándome las palabras durante diez minutos este billete es tuyo.

Micaela, que gustaba mucho del dinero, lanzó una carcajada...

—¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Jajá! ¡Jajajajajá!...

Wampampiro sonrió y dijo:

—Desajunte las palabras diez minutos y el billete es suyo...

Micaela siguió riendo. Al poco rato, dijo:

—¡Qué sabroso te voy a tumbar ese billete, trovador, le pongo el freno al carro y ya ves que hablo tan despacito como ustedes pero desesperá... Me da calambres en el coco hablar tan lento... ¡Jajá! ¡Te tumbo... ¡jajajajajaja!..., ¡jajajaja!..., ¡ja ja!..., los veinte guayacanes, seguro, seguro, segurito!... No digo yo diez minutos, diez horas estoy hablando con la lengua narcotizá..., ya te veo acobardado porque te estoy cogiendo el guano... Es como echarse el buchito e café pa bajo y dar un corcovio y arrear pal trabajo. En Jarahueca nadie sabe más que yo y aquí me gusta vivir y no en esa Bana que es un bibijagüero encendió con ceremiles de gentes donde quiera... Allí viví dos meses y me pasaron tantas cosas que por poco salgo calva del tiro. ¡Qué va!... No hay como la tranquilidad del campo, donde se tira uno el follón tranquilo. Tú sabes lo que es levantarse y oír el pío pío pío de los pollitos y el rebuzneo de la caballería. ¡Eso sí es sabroso y no la pitería de máquinas que hay en la Bana!... Aquí está toíto tranquilo, pero de ese corre corre y tumba tumba de la Bana, ná. Figúrate, Wampampiro, que una vez iba pasando frente a la cuartería que le dicen El Hormiguero en el Vedao, y me tiraron de un cuarto un mojón, que se me encaramó en la jaba que yo llevaba con unos mangos y se me quiso meter adentro de ella. ¡Mira que haber un tiramojón velando a la gente pa meterle el mojonazo! El loco está a ná en la Bana. Aquí lo más que te puede pasar es que te cague un totí o un gorrioncito, que es como un rociíto y más ná. ¡Mire que haber una persona humana con un cerebro tan podrío que hace sus necesidades en un papel, las coge, y se pone a velar a que pase un infeliz, le coge la puntería y echa el mojón a volar!... ¡Ja ja ja...! ¡Un mojón con alas!... ¡Ja ja!..., ¡jajaja! Ja... Eso lo requetezumba el mango. No me cabe en la cabeza que eso sea..., pero fue... Me lo tiraron y me cayó en la jaba el muy mojonete... Yo no lo vi volar, sólo sentí un zumbiíto y chocó con mi jaba... Sentí el traquío chiquito que dio y lo miré en el suelo. Cayó y se engarrotó. ¡Qué feo estaba, parecía un cocorioco! Enseguida miré pa la cuartería a ver si veía al tiramojón pero ná, el tiramojón sabía más que yo y no lo vi... ¡Qué va! Cogí la maleta y vine pal campo. Ese mojonazo fue lo que me convenció que debía venir enseguida pal monte,

echando a mil. Ay, aquí no hay nadie emboscao con un mojón en la mano para el que pase por el callejón. Y entonces...

Wampampiro pensaba:

“De verdad que esta mujer es un chorro de candela. Qué velocidad tiene..., en las palabras. Las dispara una detrás de la otra. ¡Como habla! ¡No se cansa! ¡Y qué temas tiene para una canturía! ¡Y lo cómica que es! Aguanto la risa para no embullarla. ¡Me tiene ya mareado!”

—...y lo más bonito que aquí el peligro es que venga un rayo y lo parta a una trepá en una mata e mango, por eso yo... Ah, yo quisiera ser una mata e rayos..., meterle un rayo por la cabeza a los criminales y también...

—Micaela..., ¡ganaste! ¡Coge los veinte pesos! —la interrumpió el mareado Wampampiro. Y le alargó el billete...

—Ya ves que hablé despacito como hablan ustedes, la gente jicotea, todos son unos tortugas pasmás hablando. ¿Ya me puedo quitar el freno que le puse a la lengua...? —dijo Micaela alargando la mano para coger el billete.

Wampampiro retiró el billete. La codiciosa Micaela quedó inquieta.

—No. No te quites el freno en todo este día. Mañana que me voy, suelta el freno. ¡Haz feliz a tu familia aunque sea un día...!

—Mi familia está acostumbra a oírme, seguro, seguro..., que sí...

—Eso se creer usted, Micaela... Piense que son lentos y en el esfuerzo que hacen para entenderla... Sea buena..., ¿no ve cómo los fatiga?... Ellos sufren...

—¿Y el billete?...

—El billete se lo doy si habla más despacito todavía...

Micaela alargaba la mano a medida que exhalaba lentamente las palabras:

—mi... ra... ya... te... voy... a... hablar... des... pa... ci... to...

Wampampiro sonrió. Le entregó el billete y salió al portal mientras escuchaba trás él las risas de Micaela:

—¡Ja ja ja ja ja! ¡Jajajaaaá! ¡Ja... Ja... Já... Ja Jajaja! ¡Jajá! ¡Jajá! ¡Ja, Ja! ¡Jajá!, ¡Jajajajajá! ¡Ja! ¡Ja! ¡Jaaaaaaa! ¡Ja! ¡Jaaá!...

7

HERMINIA Y SIMEÓN SIMEMEO

Herminia, como su madre, era muy cantora de décimas y muy activa en sus tareas domésticas. Cultivaba un lindo jardín de rosas, jazmines, varitas de San José, mantos, embelesos, vicarias y cupidos.

Contaba veintiséis años, dos más que Wampampiro, y era muy dada a la lectura, como su hermano. Tenía lengua chispeadora, aguda. Pensaba y se expresaba con claridad.

Para los enamorados resultaba rebencuda y exigente. Buscaba valores espirituales muy altos a cada persona. Cuando se le objetaba acerca de su soltería siendo tan bella mujer, respondía, entre las sonrisas de sus padres y el orgullo de Wampampiro:

—Yo tengo soltería pero no satería... Es mejor así... Quiero un hombre bueno y de trabajo. Un hombre fino de verdad. Para un buey con ropa mejor me quedo sola...

Cierta vez un cabo de la Guardia Rural osó pretender sus amores.

Herminia lo rechazó diciéndole:

—Yo no me caso con esclavos de ropa amarilla...

El cabo, molesto, la emprendió contra ella y contra la familia, pues adivinaba aversión a la tiranía del gobierno machadista, en todos. Herminia le rechazaba siempre, con lengua satírica.

—Tienen el uniforme arriba para servir a los ladrones y apalear a los infelices...

El Cabo, irritado, maligno, denunció a la familia al Alcalde de Minas Bajas.

Pronto sobrevinieron brutales registros y vejaciones.

Ruperto decidió romper el rancho de nuevo. Se fue por la zona de Macurijes y negoció un terrenito.

—Nos vamos, nos vamos... Ya en Cuba no se puede vivir tranquilo..., con estos abusos...

Wampampiro y Herminia concordaban con el padre. Domitila suspiraba.

—Vamos a preparar los tarecos. Nos vamos, de aparceros otra vez. Una tercia para el dueño...

Y otra vez la vieja carreta, de fuertes bueyes, cargó con los trastos de la errante familia de los Timbereta.

Así fue que levantaron rancho en Macurijes, conuco, arboleda y jardín.

Herminia también cantaba. Su linda voz, su rostro donde un talento natural y fresco brillaba, seguía atrayendo a la juventud enamorada. Pero Herminia hacía conocer enseguida sus condiciones a los enamorados:

—Yo quiero un hombre, primero, de buen corazón; sin el buen corazón nada vale nada; después, que no tenga la cabeza para ponerse el sombrero nada más. ¿Para qué quiero yo un bruto, por muy bueno que sea? ¡Me hunde! Una cabeza dura donde no entra ni un clavo machacado con mandarina... ¿Para qué sirve? ¡Para romperse contra la desgracia! ¡Ahí no voy yo!... Por muy linda que sea esa cabeza... Bueno de corazón, y con sesos claros, ése es mi tipo...

La rondaban temblorosos mariposos y abejas, pues era Herminia muy gallarda. Ella los ignoraba, siempre con sus viejas novelas en la mano, cuando soltaba la escoba de palmiche, la espumadera del arroz, la batea, la aguja. En la soledad de aquellos campos no se aburría nunca, pues criaba pájaros, atendía a las gallinas, mimaba gatos ratoneros, y cultivaba un jardín con toda suerte de plantas de olor y de vivos colores.

Wampampiro la quería mucho, y la acompañaba en las noches, al entonar las canciones antiguas que Herminia había aprendido de su madre, gran cantora. El callado padre gozaba de aquellos conciertos nocturnos, y a la madre a veces se le saltaban las lágrimas escuchando las canciones de su juventud en las voces de sus amados hijos.

Los vecinos llenaban el bohío. Muchas noches felices de conciertos silvestres se gozaron.

Una noche llegó Simeón Simemeo, el cantor de décimas. Cuando la vio, quedó embobado. Fue a cantar y no pudo. “Perdí el fleco de la voz”, explicaba después. Emocionado, no coordinaba los versos y de su boca salió un harapo de sonidos. Abochornado, calló. Miró a Herminia, lleno de vergüenza.

Herminia le trajo una jicarita de café.

Simeón le dijo:

—Es que usted me cortó el hilo...

—¿Por qué?

—Porque en cuanto le vi la belleza perdí el tino... El cerebro se me ha desgolletao..., no valgo ná...

Herminia le respondió:

—Voy a salir al patio, a caminar por el jardín, para que usted no me vea y se despeje y pueda cantar...

Y salió al jardín, a pasearlo bajo las estrellas.

Entonces Simeón se animó; pidió cuerdas e improvisó varias décimas con su armoniosa voz. Una de ellas quedó en la memoria de todos:

**En el campo soy cantor
si canto en la soledad
yo no canto más verdad
que mi soledad de amor.
Quién tuviera el gran honor
de cortar la rosa, al fin
linda en la punta del güín
donde florece y se inclina:
ay, esa rosa camina
esta noche en el jardín...**

Herminia le oyó entre sus plantas y regresó.

—Simeón —le dijo—, esa rosa no se corta, esa rosa hay que ganarla...

Simeón quedó sin habla. A la luz de los quinqués veía ante sí una aparición de sueños. La mirada de Herminia lo turbaba en demasía.

—Esa rosa es para un feliciano de la vida, no para mí que soy un desgraciao cortador de cañas —le murmuró.

Y ya no cantó más. Y cuando salió, alta la noche, rumbo a su rancho, Simeón caminaba con un impreciso tambaleo.

Al día siguiente Wampampiro lo fue a ver. Halló a Simeón, cejijunto:

—Simeón, no te encangrejes con Herminia. Ella busca lo imposible. No quiere riquezas ni mando. Tantas bellezas ha cantado que ya quiere un hombre que sea un jardín parao en dos patas. Eso está difícil, pero así es ella.

Simeón callaba.

—Lo que tienes que hacer es educarte, a ver si te la llevas... Mira, yo tengo libros de Víctor Hugo, los **Versos sencillos** de José Martí, una **Lira criolla** muy buena. En el pueblo de Cumanayagua un viejo filósofo me regaló una astronomía, una filosofía, una historia del mundo, un paquete de libros que hay que leer con el mataburros al lado...

—¿Qué burro matao es ése?...

—El mataburros es el diccionario. Aprende..., haz como yo que voy machacando. El guajiro, como no tiene escuela, ni lee ni ná, se vuelve un caballo desbocao, y por eso se abusa tanto de él... Hay que espabilarse... Ven a casa, yo te presto esos libros... A lo mejor coges coco y buena palabrería y te llevas a Herminia... El hombre que se atortoja con cualquier cosa no vale ná, se desmorcilla enseguida... Mira, éste es mi lema:

**Haiga valor o haiga miedo
hay que salir del enredo...**

Simeón Simemeo le dijo, entre sonrisas:

—Gracias, mi hermano... Tengo que afilarme, sí... Aquí vivimos como animales... Voy a leer más, con lo poquito que sé leer...

A Herminia le ocurrieron algunas aventuras con otros enamorados. Pero no llegó a casarse con ninguno.

Dos años después, el bueno de Simeón, ya con más saber en la cabeza, llevó a la feliz Herminia para su bohío.

8

LA CURACIÓN DEL VIEJO QUE SOÑABA COSAS HORRENDAS

Muchas raras aventuras conoció Wampampiro en Macurijes. Sus amigos le decían que parecía que éstas lo iban persiguiendo.

El poeta respondía:

—Sí... Son las aventuras las que me buscan... ¿Rechazarlas? No..., me divierten, me enseñan, y puedo hacer el bien metido en ellas, puedo ayudar, y eso es lo que vale... Ayudar al infeliz es mi religión...

Un amigo, Feliciano Albuerne, le dijo una vez:

—No sales de una para entrar en otra...

—Así parece, pero aprendo... Las aventuras son como adivinanzas que hay que resolver...

—Bueno, Wampa, te decía esto porque en mi barrio, detrás del palmar de Leandro el sordo, vive un pobre viejo que sueña todas las noches..., con cosas horribles... Ná, que éstos sueños lo van a volver loco...

—¿Loco...?

—Sí, te digo que son sueños terribles...

—Los poetas conocemos de sueños, pero no de esos tan terribles. El que sueña... ya con eso es poeta... y ni tiene que inventar versos...

—Sí, Wampa, no, no son sueños buenos los del pobre viejo don Luquilla Marrero, son pesadillas... ¡Unas pesadillas tremendas! ¡Sus gritos se oyen en todo el barrio! ¡La gente se despierta con los pelos de punta!... ¿Sabes lo que pasó anoche? En medio de una pesadilla jaló por una escopeta y empezó a tirar tiros. El barrio se despertó y se formó una gran alarma. Por eso te vengo a ver...

Wampampiro le dijo a Feliciano, con voz un tanto inquieta:

—Bueno, vamos para allá...

—Vamos...

A la hora de camino, tras pasar un arroyo, varias colinas y un maizal en flor, apareció el rancho de don Luquilla Marrero. En el portalito, recostado su taurete a la pared de tablas de palma, don Luquilla les veía llegar con ojos curiosos.

—Buenos días...

—Buenos días tengan ustedes...

Wampampiro estrechó conmovido la mano del viejo don Luquilla, con el rostro mostrando las huellas de sus desvelos.

—¿Cómo anda el maizal? —le preguntó Feliciano.

—Bien. No lo puedo aporcar por ahora porque a causa de todos los sueños que he tenido estas últimas semanas se me han acabado las fuerzas...

—¿Qué sueños son éstos, don Luquilla? —le preguntó Wampampiro.

—¡Horribles! ¡Horrorosos! ¡Lo más horroroso del mundo!... No hago más que poner la güira en la almohada y pego los ojos; cuando ya se me aparece un mostro con una quijá grandísima y un bocón más grande que una pipa de agua... Y al ratico ya me está hablando..., hablando... Y to lo que me dice y lo que me hace es lo que me tiene sin fuerzas... Si sigo así voy al güeco...

Wampampiro se hizo relatar varios sueños. Algunos eran de increíble fantasía. Al pobre don Luquilla Marrero a veces lo perseguía un tiburón desmadrado que montaba en bicicleta y cuando don Luquilla escapaba por las guardarrayas rumbo a su choza, allá se iba el tiburón metiendo la bicicleta, que parecía volar, por encima de los cañaverales, cortando camino... Y cuando don Luquilla llegaba agotado a su bohío, ya lo estaba esperando allí el tiburón, con una navaja de barbero en la mano, diciéndole:

—Don Luquilla, yo soy el tiburón Paulino Mendieta, y estoy aprendiendo a barbero. A ver, quédate tranquilo que te voy a afeitar la barba esa de tres días que tienes...

Y contaba don Luquilla que el tiburón Paulino le enjabonaba la cara despaciosamente, y, después, encajando la navaja en su aleta derecha, le afeitaba primorosamente, mientras el afeitado temblaba todo el tiempo.

Terminado su trabajo, Paulino le daba las gracias con mucha cortesía, y se retiraba montado en una bicicleta color azul que zumbaba con la velocidad que cogía...

Wampampiro y Feliciano le escuchaban atónitos.

—Don Luquilla, eso es prodigioso —decía el poeta.

—Don Luquilla, eso es increíble —decía Feliciano.

Don Luquilla les respondió:

—No, no, ni prodigioso ni increíble, lo que es ¡horroroso! ¡Horrosísimo! Porque se va el tiburón y entonces viene el cangrejo...

—¿El cangrejo, don Luquilla?...

—Sí, el perro cangrejo que cada vez que me da un tenazaso me esculató...

Y don Luquilla pasó a contar a sus jóvenes amigos las travesuras, picardías y maldades del cangrejo de sus sueños. Éstos le escuchaban embobados. Y no era para menos: El cangrejo velaba que don Luquilla se durmiera. Entonces, metiéndose por una rendija en la pared, entraba a la habitación donde don Luquilla ya roncaba. Allí comenzaba a respirar profundamente. Absorbía el aire con grandes aspiraciones. A medida que aspiraba fuertemente el cangrejo crecía, engordaba, alcanzaba tres metros de altura.

Entonces se acercaba a la cama de don Luquilla, y le decía:

—Buenas noches, don Luquilla, yo soy Toribio. ¿Cómo está su salud? La mía bien... Don Luquilla, esta noche hace frío afuera y me acordé de la sabrosa colcha que tiene don Luquilla y decidí pedirle permiso para meterme debajo de ella... Tengo el carapacho helado...

Don Luquilla contaba que viendo al cangrejo Toribio tan fuerte y con tan enormes muelas se había acobardado, y que le dijo al cangrejo:

—¡Cómo no! ¡Venga! ¡Acuéstese! No me pase frío, don Toribio...

—Gracias, con su permiso...

Y entonces contaba Don Luquilla que Toribio alzaba la colcha y se envolvía en ella, dejándolo solo en sus calzoncillos, expuesto al aire frío.

Pero que “lo más bonito no era eso”, sino que una vez envuelto en la gruesa colcha, Toribio le decía:

—Por favor, don Luquilla, permítame fumarme un tabaco, porque si no fumo me desvelo... Como tengo tanto frío, si me destapo ahora me da catarro... Vaya y cójamelo de su alacena, que le estaré muy agradecido, muy agradecido... Por favor...

Y entonces contaba don Luquilla que tenía que levantarse apresuradamente y abrir la alacena para coger unas hojas de tabaco y torcérselas. Cuando se los estaba torciendo, Toribio solía decirle:

—Ahora, don Luquilla, antes de fumarme ese tabaco que usted tan generosamente me está torciendo, necesito un traguito de ron pa calmarme una tosesita sospechosa que tengo...

Don Luquilla le traía el ron y Toribio paladeaba varios tragos largos:

—Ah, qué bueno está el ron —le decía— qué sabroso me quema la gargantica...

Después fumaba. Le llenaba la habitación de humo y comenzaba a hablar:

—Ay, es bueno contar las penas, don Luquilla. Hay que desahogarlas en un alma amiga, gentil y tierna como la suya. Voy a contarle la pena que tengo porque a mi mamaíta vino el criminal pulpo Serapio, le dio un jalón por una pata y se la arrancó. ¡Maldito Serapio! Si lo cojo lo despedazo. Pero en el mar soy chiquito y no puedo con el pulpo. Pero en cuanto resuello en tierra engordo... Y un día lo voy a ripiar, al muy canalla...

Y contaba don Luquilla que el cangrejo Toribio se tornaba rojo de la ira, y se le ponía el carapacho tan caliente que la colcha empezaba a echar humo.

Entonces don Luquilla comenzaba su gran gritería que despertaba al barrio. Cuando le tocaban violentamente en la puerta despertaba, sudando, angustiado, los nervios hechos harapos.

Wampampiro lo escuchaba atónito. Feliciano no sabía si reírse o si poner un rostro serio.

—Y eso no es ná con lo que vino después —dijo don Luquilla con voz temblorosa.

—¿Qué vino después?

—Pues ná, vino el pulpo...

—¿El pulpo?

—Sí. Vino y me chivó tó, me descuarejngó tó la vida...

Y don Luquilla pasó a contarles a sus dos asombrados amigos la visita del pulpo.

Ocurrió que esa noche se bebió don Luquilla un gran trago de aguardiente para dormirse enseguida y no soñar más. Pero al poco rato de quedarse dormido sintió ocho toques en la puerta. Don Luquilla abrió y se encontró un pulpo, con sus ocho patas tocando a la vez en su puerta.

El pulpo le dio las buenas noches y pidió permiso para pasar adelante. Don Luquilla accedió y el pulpo entró con ocho muletas, una para cada tentáculo. Puso las muletas contra la pared de tabla de palma y dijo con voz compungida:

—Vengo muy cansado, vengo dando saltos desde el mar Caribe. Le ruego que me permita reposar en su cama. Estas muletas me han molido el alma...

El bueno de don Luquilla le permitió reposar en su cama.

Ya en ella, el pulpo comenzó a quejarse:

—Ay, ay, ay, tráigame una aspirina...

Don Luquilla le trajo una aspirina..., que el pulpo tragó.

—Vengo muy estropeado. Me fajé con un tiburón y me desbarató las patas. Por eso vengo con muletas, ay, ay, ay...

—¿Y por qué viene de tan lejos a mi casa? —le preguntó intrigado don Luquilla.

—Ah, porque me enteré que usted tiene una colcha muy sabrosa... Eso es lo que necesito, abrigarme, calor. Le ruego que sea usted tan amable que me permita sabrosecarme con su colcha.

Don Luquilla, siempre atento, arropó al pulpo con su ya famosa colcha.

—Gracias, don Luquilla.

—De nada, don Pulpo...

—Don Pulpo no..., don Serapio...

—De nada, don Serapio... Pero estírese que lo veo encogido...

Don Luquilla pensó entonces en que Serapio, según le había contado el cangrejo, le había arrancado una tenaza a su madre. Decidió llamarle la atención para corregirle su mala conducta:

—Venga acá, don Serapio, ¿por qué usted fue tan malo que le arrancó una tenaza a la pobre madre del cangrejo Toribio?...

Al oír esto el pulpo dio un salto tan violento que tocó el techo con su cabeza. La colcha cayó al suelo y el pulpo retornó a la cama con los ojos rojos de cólera.

—¡Cómo se atreve usted, viejo cañengo, viejo con pujos y cagalera, a decir semejante mentira! ¡Tan viejo y creyendo todos los chismes que le dicen! ¡Coja para que aprenda!

Y le largó seis fuetazos a la vez con seis de sus tentáculos...

—No me pegue, don Pulpo, don Serapio, mejor dicho... Eso fue lo que me dijo el cangrejo don Toribio...

—¡Tan Toribio es usted como el cangrejo!... ¿Qué pasó? Que fue Eulalia, esa vieja cangreja que es lo más chismoso que existe..., ya que le dijo a mi pulpa, Marianela, que yo le tenía pasado los ocho brazos por la cintura a una linda pulpita en un cabarecito cobarde por ahí, por el seboruco, y eso es mentira. El que hacía eso era mi tío Cataneo, que es de lo más rumbero. Yo no. Yo soy un pulpo serio. Yo soy un pulpo con moral... ¡Y usted, viejo zoquete, creyendo a quienes me denigran sin oír a la parte calumniada! ¿Qué me costó ese chisme? Que Marianela me botó de esa cueva tan linda que yo conseguí para el matrimonio... No se deje llevar por chismes, usted, ¡comecatibía, viejo camastrón, viejo tareco, viejo cagajón...!

Una vez dicho esto, Serapio cogió la colcha del piso y la ripió en mil pedazos, y después le fue para arriba a don Luquilla y le comenzó a dar cuero con sus ocho tentáculos. Don Luquilla armó una gran gritería, se despertó el barrio y vinieron algunas personas a socorrerle.

Tocaron con sus machetes a la puerta y don Luquilla, sudoroso y temblando, les gritaba:

—¡Atajen a Serapio! ¡Atajen a Serapio!...

Wampampiro y Feliciano frenaban las risas. Se mantenían serios, para conocer a fondo la tragedia de don Luquilla, los terribles sueños que le horrorizaban las noches...

—Pero don Luquilla —le dijo Wampampiro—, ¿por qué en lugar de beber ron antes de acostarse no prueba de meterse en el buche un tilo bien espeso, con jazmincito y con yerbaluisa? Eso lo calma...

—Qué vá, eso probé..., y la cosa me salió peor...

Y Don Luquilla les contó que a la noche siguiente la vecina Caridad Solís le preparó un tilo espeso y esto lo hizo dormir enseguida.

Pero ocurrió que, alrededor de la medianoche, tocaron a la puerta, y entró el tiburón Paulino con su navaja.

—Don Luquilla —le dijo—, déjame hacerte unos cortes en tu pelado para practicar, que la semana que viene abro barbería en el Golfo de México y quiero dar los últimos toques a mi oficio.

—¡Sí, como no, Paulino!

Y se sentó en su taurete y Paulino le empezó a dar cortes sobre las orejas, pero de pronto estornudó, la navaja se le resbaló y le tumbó una oreja.

El grito que pegaba don Luquilla, se oyó en las lomas.

Wampampiro le preguntó:

—¿No será que usted come y se acuesta con la panza llena? He oído decir que acostarse con la barriga jarta da pesadillas...

—No, Wampa, no... Si yo lo que como es una papilla, y eso..., bien temprano. Pero ná. A la otra noche se formó una pelotera bárbara...

Y contó don Luquilla que no se había acabado de dormir cuando entró por la solera la cangreja Eulalia. Lo supo porque ella misma se lo dijo al presentarse.

—Yo soy la cangreja Eulalia Arenilla, la madre de Toribio, y vengo a verlo porque me he enterado que usted fue agredido por un pulpo chulo y abusador que se llama Serapio. Éste me trató de chismosa... ¡Qué bandolero! Es un canalla inmoral. Es un corrompido...

En ese momento, dijo don Luquilla, fue “cuando se formó la gran choricera”. Resultó que el pulpo Serapio, que venía siguiendo a la cangreja, “se puso flaco como un papel” y entró por debajo de la puerta. Le fue arriba a la cangreja, le sujetó las dos tenazas con dos de sus tentáculos y con los otros seis la abofeteaba.

—¡No abuse con una mujer, Don Serapio, no abuse! —le gritó don Luquilla.

Serapio soltó a la cangreja y le echó los ocho tentáculos encima a don Luquilla. Lo amarró bien con ellos, y después, con un pico que tenía en su boca empezó a darle picotazos en la cara. La sangre cegaba a don Luquilla.

A sus gritos acudió el barrio.

—Ná, que ni tilo ni ná me quitan los sueños malos. Tilo y agua de jeringa es lo mismo

Wampampiro le preguntó, con voz suave:

—¿Y no será, don Luquilla, que usted se metió en la cama asustado, pensando que van a venir bichos a visitarlo...?

—No. No... Yo no me acuesto con miedo... Yo me acuesto encabronao, con la escopeta al lado, para ver si me dan tiempo esos cabrones a matarlos a tiros. Pero ná. Me pongo a gritar y se me olvida la escopeta... Una vez me puse a leer una novela, pa dormirme embelesao, y ¿qué pasó? ¡Míapaeso lo que pasó!...

Y don Luquilla comenzó a relatarles que vino esa noche a visitarle una gran puerca, vestida de blanco, con zapatos azules, un lazo rojo en la cabeza y oliendo a perfume de violeta.

—¡Buenas noches, don Luquilla!...

—Buenas las tenga usted...

—¿Y qué, leyendo novelas?...

—Sí, pa entretenerme un poco...

—¿Y no se entretuvo mucho cuando se comió a mi hijito, el lechón que asó la semana pasada?...

Entonces, contaba don Luquilla, la gran puerca abrió una gran boca y le fue para arriba. Don Luquilla echó a correr y la gran puerca le dio una mordida en una nalga y se la comió entera... El dolor fue tan agudo que a los gritos de don Luquilla llegaron gentes hasta de Minas Bajas...

—Pero Wampa y Feliciano, eso no fue ná comparado con la visita que me hizo un tigre macho, que cuando vine a darme cuenta estaba acostao bajo mi colcha y roncando sabroso... Me desperté porque sus bigotes me hacían cosquillas en la cara. Abrí un ojo medio asustao y cuando le vi la cabezota y después el cuerpo rayao se me salió un chisquete de diarrea. ¡Qué susto más tremendo me di!

—Don Luquilla, ¿pero cómo entró ese tigre?

—Por el techo, Wampa, por el techo... Yo vi la luna por el agujero que el condena animal abrió en el guano. Pero no grité, me levanté despacito y cogí la escopeta y cuando fui a meterle el tiro ¡ya no estaba en la cama! Pero

vi la punta del rabo cuando se iba por el güeco en el techo. Ahí mismo le metí cuatro tiros... Pero ná, se fue...

Wampampiro le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Don Luquilla, esto no puede seguir así. Yo voy a venir a dormir a su casa todas las noches hasta que esto se acabe. Usted verá... Voy a guindar mi hamaca junto a su cama. Y vamos a ver si esos bichos siguen viniendo...

Feliciano le interrumpió:

—Mira, Wampa, tú eres muy bueno y servicial y valiente, pero no te juegues la vida...

—¿La vida?

—Sí... Wampa. Una noche se levanta medio dormido y con pesadilla Don Luquilla, te ve guindao en la hamaca y se cree que tú eres el pulpo Serapio y te manda un tiro y hasta ahí llegó, “el cantor de este planeta”.

Wampampiro no lo pensó mucho.

—Tienes razón. Se van a desgraciar dos personas en esa corrida... No. No guindaré la hamaca en la casa de Don Luquilla, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Don Luquilla.

—Pero... voy a explicarle a Don Luquilla la idea que se me ha ocurrido mientras él me estaba contando los tremendos sueños que padece. Él está enfermo, no podemos dudar de eso, y hay que curarlo... Creo tener el remedio.

—¿Cuál es?

—Un remedio muy sencillo. Mañana me voy al río, echo el jamo y traigo los pejes para la casa de don Luquilla.

—¿Me vas a curar comiendo pejes?...

—No, comiendo pejes no..., ¡durmiendo con los pejes!

—¿Estás loco, Wampa?...

—No... Déjame probar mi remedio. Es un poco raro pero te vas a curar...

—Con tal de curarme soy capaz hasta de beberme un litro de miao de jicotea...

—Bueno, nos vamos... Usted haga todo lo que yo le diga, que lo curo...

—¿Entonces qué...?

—Entonces, don Luquilla, que mañana a las seis de la tarde estamos aquí Feliciano y yo... Usted haga todo, todo, todo lo que yo le diga entonces...

Todo..., todo...

—Sí... Todo, todo, todo lo haré, con tal de curarme me como hasta una sopa de lagartijas... Lo haré todo, todo, todo...

Se despidieron, entre sonrisas.

Por el camino le preguntó Feliciano al poeta:

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Lo verás mañana. Yo traigo veinte pejes y tú traes diez gatos hambrientos...

—¿Gatos...?

—Sí, búscalos por el pueblo mientras yo pesco... Necesito esos gatos..., con la barriga vacía... A las cinco nos vemos en mi casa. Arrancamos entonces para la casa de don Luquilla, y hasta ahí llegaron los gritos y las pesadillas...

A media tarde ya Wampampiro tenía pescados más de veinte biajacas en el arroyo de la zona.

Muy contento, echó los peces en un saco y se dirigió a su rancho, puso el saco en un rincón de la cocina y esperó por Feliciano. A las cinco llegó éste. Cargaba un saco lleno de maullidos.

—Aquí estoy, como te dije, Wampa, pero no con diez gatos, sino con siete, no pude conseguir más... En todo el día no han comido nada... Están hambrientos, como me los pediste...

—Vamos...

Echaron a andar rumbo al bohío de don Luquilla. A poco de andar ya los gatos olían los peces que el poeta cargaba en su saco y comenzaron a chillar estruendosamente.

—¡Ahora los que tienen pesadillas y griterías son los gatos! —decía Feliciano entre carcajadas.

—Eso es lo que quería yo... Eso... Tú verás como con estos pejes muertos y esos gatos vivos curamos a don Luquilla.

A la hora de andar avistaron a don Luquilla, esperándolos a la puerta de su rancho.

—¡Vaya, ya llegaron! ¡Y vienen cargaítos!

—Ya. Ya estamos aquí...

Después de saludar a don Luquilla, los dos amigos procedieron a depositar los sacos en el suelo.

—Pon los gatos en la sala —dijo Wampampiro— que yo pongo los pejes en el cuarto de don Luquilla...

Así se hizo.

—Ahora, don Luquilla, usted me dijo que iba a hacer todo lo que yo le dijera...

—Sí... sí... con tal de curarme me tomo una botella de meao de avispa...

—Bueno, empiece a rajar leña... Coja el hacha y raje leña una hora por lo menos, en el patio...

Don Luquilla fue a la cocina, cogió el hacha y comenzó a dar hachazos a los troncos secos que se amontonaban en el patio para ser convertidos en leña.

Al cuarto de hora sudaba.

—Déjame descansar un rato, Wampa...

—Unos minutos nada más...

Seis veces se repitió la escena.

A las siete de la noche Wampampiro salcochó unas yucas y unas calabazas.

Don Luquilla acotejó su mesa con un hule rojo.

Comieron yuca con mojo de ajo y limón, y calabaza con aceite. De postre, una harina de maíz con leche, azúcar y canela. Una bola de queso blanco fue devorada rápidamente.

—Ahora, don Luquilla, no hay que acostarse temprano, vamos a visitar algunas familias que se aburren de noche. Vamos a echar una conversada sabrosa por ahí...

—Vamos...

—Vamos...

Así fue que visitaron a Carlos Suárez, a Luis López, a Julio Jiménez y a Medardo Pí... En la última casa se tocaron guitarras y se cantó.

Medió dormido, a las once de la noche, don Luquilla apenas escuchaba las décimas de Wampampiro:

Tener una pesadilla

**le zumba la berenjena
uno queda que da pena
con frío en la rabadilla.
Por eso el pobre Luquilla
a la noche tiene miedo
porque con tremendo enredo
viene el tiburón Paulino
o viene el gran asesino
Serapio, con paso quedo...
El dormir así es muy malo
pues, la cabeza en la almohada
la pesadilla endiablada
se la rompe con un palo.
Dormir así..., ¡lo regalo!
No duerme así este poeta
que no tiene una peseta
pero que duerme sabroso
sin ningún sueño horroroso
y sin tiros de escopeta.**

Muchas carcajadas arrancaron las décimas de Wampampiro. Éste miró hacia Luquilla y lo vio casi dormido.

—Nos vamos. Nos vamos para el rancho ya... Vamos... Don Luquilla... vámonos ya a dormir...

Diez minutos después ya estaba dormido don Luquilla en su cama. Roncaba suavemente.

Tan pronto le oyó roncar, Wampampiro colocó el saco lleno de peces a los pies de la cama del dormido.

—Suéltame los gatos ya, Feliciano, suéltalos y mételos en el cuarto de don Luquilla...

—Pero..., ¿qué te propones?...

—Ahora lo sabrás... Fíjate que la boca del saco con los pejes esté cerrada con una soga. Los gatos no se podrán comer al pescado pero el olor los va a volver locos. No podrán dormir... Ni don Luquilla tampoco...

—No entiendo nada... ¡Pero ahí van los gatos!

Tan pronto como los hambrientos gatos se vieron fuera del saco comenzaron a saltar gozosamente. De pronto olieron el pescado y entraron enloquecidos al cuarto del dormido don Luquilla. Wampampiro y Feliciano permanecían en la sala.

—Y ahora, Wampa...

—Ahora nos sentamos en la sala... Tú te duermes en un sillón si quieres, que yo velo y estoy atento a lo que va a pasar... Pero esta noche a don Luquilla no le dan pesadillas... ¡Ya lo verás!

Feliciano sonrió y dijo:

—¿Dormir?... No... No... Yo quiero ver en qué para este lío de los gatos y los pejes...

—Ya verás y ya oirás...

Esto hablaban cuándo oyeron las imprecaciones que salían del cuarto de don Luquilla.

Wampampiro se asomó al cuarto.

—¿Qué pasa, don Luquilla?...

—¿No ves que éstos malditos gatos están fajaos por un saco apestoso que está arriba de la cama? Se me han encaramao arriba, me arañaron la nariz. ¡Qué susto me han dado! ¡Y como chillan!

—¿Tiene pesadillas, don Luquilla?...

—No, no, ninguna. Pero llévate esos gatos...

—Usted me dijo que haría todo, todo lo que yo le dijera. Así qué aguante a esos gatos y a ese saco apestoso...

—Está bien..., cará..., cará..., está bien..., cará... cará...

El combate entre los gatos hambrientos y el oloroso saco cerrado duró hasta las tres de la mañana, con el desvelado don Luquilla de angustiado espectador. Cuando Wampampiro oyó sonar las tres campanadas del viejo reloj de péndulo en la sala, le dijo a Feliciano:

—Ve y coge los gatos... Ya está bueno de este martirio... Hasta ahí llegó mi remedio... Yo saco el saco...

Se retiraron los sacos y los peces.

Gatos y peces fueron llevados al patio. Allí el poeta abrió la boca del saco y echó los peces a tierra. Los gatos temblaban de placer. Comían suspirando

como abejas.

Feliciano preguntó:

—¿Y ahora qué, Wampa?...

—Duerme si quieres... Ahora yo velo...

Entraron en la sala. Wampampiro siguió hacia el cuarto y oyó roncar profundamente a don Luquilla.

—No hay pesadilla que le entre a este hombre ahora —dijo.

—Yo no me duermo, Wampa, yo quiero ver si hay pesadilla o no...

Y los dos amigos se sentaron en sendos sillones en la sala, en silencio, los ojos bien abiertos, listos a correr hacia el cuarto al primer grito del dormido.

A las once de la mañana despertaron al anciano.

Éste abrió los ojos y sonrió.

—¡Qué sabroso he dormido! ¡Qué rico!...

—¿Hubo pesadillas?...

—Ná, Wampa, ná. Ná... Ná... Naíta...

Durante quince días estuvieron visitando los dos amigos la casa de don Luquilla. Ya a las seis de la tarde estaban con sus peces y sus gatos junto al tranquilo don Luquilla. Éste rajaba leña y salía en la noche a visitar amigos junto a Wampampiro y Feliciano. El poeta cantaba décimas, Luquilla bostezaba y poco después, peces y gatos comenzaban su juego.

Don Luquilla dormía “de un tirón” ocho horas.

Cuando los dos amigos dejaron de visitarlo, don Luquilla seguía durmiendo profunda, plácidamente.

Así fue como Wampampiro Timbereta aumentó su fama de hombre sabio, bueno y servicial en Macurijes.

9

WAMPAMPIRO CANTA, PARA UNA NIÑA RECIÉN NACIDA, UNA DÉCIMA CÓMICA FAMOSA

Muy contento había quedado Wampampiro con la curación de las pesadillas padecidas por Luquilla Marrero. Siempre se sentía feliz cuando enfermedades y torcimientos mentales eran enmendados y curados.

Trabajaba fuertemente en el corte de cañas y cantaba sus fáciles décimas. Sus compañeros de corte le decían:

—Sí, canta, canta, Wampa, que nos alegras la vida... Aquí nos matamos en este trabajo tan duro para ganar una miseria, sudando, sudando, aterrillados por el sol... ¡Canta! ¡Haznos reír y haznos sentir!

Y Wampampiro cortaba la caña y cantaba en algún momento décimas cómicas. “El canto es un alivio para el desgraciado”, pensaba, oyendo las risas que arrancaban sus décimas.

—Oye, Wampa —le dijo Nicasio Padilla, mientras bebían un sorbo de agua fresca en el porrón común—, ¿no sabes que hay una niña muy linda cerca de aquí?... Mucha gente va a verla. La abuela está chiflada con la niñita. Cada vez que pasamos por el callejón, frente a la lomita donde vive, desde arriba nos llama: “¡Vengan a ver esta preciosidá!” Y para allá vamos. Es verdad que es muy linda...

—A mí me gustan todos los niños, Nicasio. Ninguno sabe engañar todavía, son como un cielo sin rayos... ¡Qué puros son! ¡Sonríen con la vida!...

—Ella me dijo que te quería ver para que le escribieras una décima en un libro en blanco que tiene donde apunta todo lo que le ocurre a la niña y los

nombres de la gente que va a verla... La abuela está chiflada con la niñita tan linda, te Lo digo...

—En cuanto pueda la veré...

Los golpes de las mochas continuaron hasta las seis de la tarde.

Cuando cogía el trillo que surcaba una lometa, oyó que le llamaban:

—¡Poeta! ¡Poeta!... ¡Poeeeeetaaaaa!

Miró a lo alto de la lometa. Una señora vestida de azul le voceaba desde la puerta de su bohío.

Subió hasta una pequeña choza de guano, con un bello, profuso jardincillo frontero. Un pavorreal verdiazul graznó.

—Wampa, venga a conocer a mi nieta, la niñita Ana Rosita. No se pierda esta preciosidá. Venga acá. Beba su buchito e café y miré esta florecita que tiene encantá la casa.

Wampampiro esperó, de pie en la sala. La abuela fue donde una hamaquita y cargó a la criatura.

Orgullosa, le tendió la niña.

—Mire, Wampa, ésta es la bellesita. Tiene tres semanas de nacida. Mire qué mona es...

Wampampiro la tomó, con grande cuidado, entre sus brazos. La niña dormía. Se sentó en un sillón y comenzó a balancearse.

A poco, la abuela vino hacia él con un gran álbum en las manos.

—Mire. En este libro se anota todo lo que va haciendo la niña hasta que le salga el primer dientecito y dé los primeros pasitos...

—¿Y qué han anotado?

—Muchas cosas. Mire, lea...

Y le tendió el álbum. Wampampiro con el brazo izquierdo sostenía a la niña. Con el derecho tomó el gran álbum, ya abierto por la primera página, donde leyó:

Ana Rosa Mendive

Nació a las cuatro y media de la madrugada del día 12 de Julio de 1931.

Cogió la teta a la hora y media de haber nacido.

Bostezó a los quince minutos de haber nacido.

Jerimiquió a los veinte minutos de vida.

Abrió los ojitos que son asulitos a las tres horas.

Tiró la primera pataíta a los seis días.

Meneó el deo gordo de la patica a los nueve días.

Se tiró el primer peíto a los once días.

Wampampiro se sonrió y le devolvió el álbum a la abuela.

—Muy interesante y gracioso está todo eso... —le dijo entre risas.

—Bueno, ahora que usted es poeta, ¿por qué no me le tira su primer poesía en una hojita de este libro?

—Con mucho gusto...

La abuela sacó a la dormida niña de los brazos del poeta, que continuaba riéndose. A poco regresó con un lápiz. Al momento el poeta escribió la décima pedida:

**A la dormida Ana Rosa
su tierna abuela le anota
en la blanca paginota
siempre la primera cosa.
La primera vez que tosa
lo escribirá la abuelita
y su primer lagrimita...
Ya debo salir de aquí
pa que no me toque a mí
la primera cagaíta.**

La abuela, curiosa por leer la décima, tomó el álbum de manos del poeta y le tendió de nuevo la niña.

Wampampiro se levantó y salió, conmovido por el cuerpecillo cálido entre sus brazos, al jardín. La abuela leía.

Afuera ya avanzaban las sombras, una media luna rosada se elevaba detrás de las lomas brumosas. El poeta caminaba con grande cuidado, la niña aún dormía, entre clavelones, jazmines, rosas, girasoles, vicarias blancas y campánulas moradas, movidas de una ligera brisa húmeda.

10

JUANA LIPIDIA ATACA A WAMPAMPIRO

Juana Lipidia era una mujer de gran riqueza carnal. Su cuerpo atraía a los numerosos jóvenes de Macurijes, y hasta los viejos, verdosos de calenturientos sesos... Poseída de sí misma, de su carnalidad poderosa, había descuidado su cultura, sus virtudes. Su mente se rellenaba de aventuras eróticas. Se sabía codiciada y gozaba dominando a sus enamorados. Era una coqueta contumaz.

Pero con el poeta Wampampiro había fracasado su coquetería. Éste apenas hablaba dos palabras corteses con ella y se retiraba.

—Tanto que le gustas a los machos —le dijo Felipe el barbero— y con el poeta no puedes...

—Sí, él cae... No hay hombre que se me resista...

Una tarde decidió Juana Lipidia conquistar a Wampampiro. Se peinó esmeradamente, se llenó el bello rostro de afeites, se perfumó con “esencia de la buena”, se puso su mejor traje, el más ceñido, y partió hacia el bohío del poeta. Tocó en la cerrada puerta.

—Wampa... Wampa... Wampito...

El poeta leía versos de José Martí cuando sintió los golpes. Dejó el libro y abrió la puerta.

Entró Juana llena de sonrisas, deslumbradora en su joven belleza. La confiada Juana Lipidia miró fijamente a los ojos del poeta:

—Me perdonas la hora... Pero pasé por aquí y no pude resistir venirme a ver... No sé qué te pasa conmigo... ¿Estás solo en la casa?

El poeta la miró detenidamente. Le brindó un taurete.

—Siéntese, beldad del Parnaso... —le dijo sonriente y con tono un tanto satírico.

La bella joven se sentó y dijo:

—Al fin..., yo creía que tú no me ibas ni a recibir.

Wampampiro sonrió:

—Depende a lo que venga... ¿Qué libro quiere que le preste? Mire, aquí están libros famosos: **La Odisea, Los miserables, El Quijote, La mitología griega...**

Juana Lipidia enserió el rostro.

—No, Wampa, no vengo a buscar libros...

—¿Qué viene a buscar?...

—A conocer tu secreto...

El poeta sonrió:

—Eso estoy tratando yo también de hacer...

Juana Lipidia le respondió:

—Tú, tan joven y con tan buen cuerpo, con esos ojos..., y solo... ¿Y eso por qué?...

Wampampiro apartó su sonrisa. Calló, mientras le miraba el seguro rostro feliz.

Juana, después de mirarlo con ojos incitantes, con una voz que imitaba las voces de las actrices de cine, le preguntó:

—Wampa ¿por qué tú no te enamoras, azuquita... bembita linda..., puchunguito?

El poeta la miró con fijeza. Después pensó unos instantes, y le respondió con voz pausada:

—Yo vivo enamorado..., de sueños y de niños y de músicas y de paisajes..., y de bellezas, y de justicias que no se cumplen y de una mujer ideal...

—Pero de gente ¡de gente! ¡De hembras, te digo yo!... ¡Abre los ojos, que hay que vivir la vida...!

—No encuentro la hembra que yo sueño... En cuanto a vivir la vida, la de grosero no vivo yo, la de ladrón tampoco, ni la de politiquero... Ni la del bruto ni la del vicioso ni del adulón ni del gallo...

—No sueñes tanto, apéate de esa loma y vive la realidad... No seas bobo, ya estás bastante tarajayúo...

—Yo vivo la realidad, pero esa realidad no es la suya, Juana...

—¿Pero qué puede tener otra mujer que no tenga yo?

—Sueños, delicadezas, ternuras... ¡Firmeza!

—¡Ah Wampa! ¡Ahora veo que si no estás loco todavía, poco te falta! Sigue, sigue soñando guanajerías que te vas a quedar sin ná... ¡Como un comecatibía!

El poeta no perdió la calma. Comprendió que iba ganando su partida.

—Venga acá, Juana, hermosa hembra... Si yo fuera un jorobado, un narizón con la cara llena de granos, un inválido, ¿usted se casaría conmigo?

Juana Lipidia calló. Los ojos se le llenaron de ira. Musitó una imprecación. El poeta, que le observó el grande malestar, le dijo con una voz muy suave:

—Para usted, como para tantos y tantos y tantos y tantos..., el amor es un mercado de la carne. Así está la carne, así está el tal “amor” para usted. Para los feos no hay ese “amor”... Ja... Ja... No me hable del amor suyo, que usted en lugar de hablar me botaría un relincho...

Wampampiro logró lo que quería:

—¡Engreído!, ¡canalla!, ¡pajarón!

—Me alegro que me desprecie. Váyase, pues, yegua con ruinera.

Juana Lipidia, muy indignada, se marchó, meneando ostentosamente el gordo trasero y dejando al poeta lleno de sonrisas. A poco, éste pensaba: “Se cree esta peligrosa mujer que yo me voy detrás de su carne como un verraco o un chivo... Desgraciado del que caiga en sus trampas llenas de cuernos..., pero bueno, hay miles de ignorantes que se dejan engañar por sus meneos, pues viven dominados por la teta... Tales para cuales... Después es una lucha de cuernos, a ver quién le pega más tarros al otro... Y luego esos pobres niñitos que salen..., de tales padres groseros... ¡Cómo les gritan! ¡Cómo les golpean..., pobrecitos!”

Pensando, el poeta quedó dormido en su hamaca.

11

ANACLETO, EL JOVEN QUE DORMÍA EN UNA CAJA DE MUERTO

No llevaba aún una hora de sueño cuando lo despertó una mujer joven...

—Wampa... Wampa...

Abrió los ojos. No reconoció a la joven. Ésta le dijo:

—Perdóneme... perdóneme..., sólo en un caso urgente como este me atrevo a despertar a nadie...

—¿Quién es usted, muchacha?...

—Yo soy Clarivel...

Wampampiro la miró detenidamente. Era una bella joven delgada, alta, de ojos tristes, de rostro bondadoso.

—¿Qué te pasa, Clarivel?

—Ná, que me dijeron que lo viera para un caso malo que tengo, pues dicen que usted lee mucho, sabe mucho, y en éstos campos da muy buenos consejos. Yo también leo un poquito, escribo cuentos... Me gusta la poesía...

—Dime, dime, qué te ocurre...

Y Clarivel le contó de un extraño caso. Estaba recién casada con un joven de Ranchuelo. Se fue a vivir a la casa de su marido. Éste no era malo, pero sí muy extraño...

—¿Cuál es la extrañeza ésa, Clarivel...?

—Que no duerme en la cama...

—¿Y eso?...

—Duerme en una caja de muerto...

El poeta abrió los ojos a todo tamaño.

—¡En una caja de muerto!...

—Sí..., sí..., sí..., y no hay quien lo saque de ella... Todas las noches duermo allí. Se fuma un tabaco y yo desde mi cama veo el lucerito colorado de la candela... salir de la caja de muerto..., y me da miedo... Venga, venga a ver si arregla mi problema... Él es de lo más bueno... Venga, venga conmigo a verlo...

Wampampiro, intrigado, dijo que sí. Echó a caminar con Clarivel.

A poco, hallaron un fotingo. El chofer les esperaba. Echó a andar el auto entre mil explosiones. A Wampampiro le ardían los intrigados sesos.

Por el camino, pensaba:

“No paro con tantas aventuras y rarezas... Mira que el mundo es raro... Por eso es verdad ese refrán del guajiro que dice: ¡De cualquier palo podrío sale un sijú cabezón! ¡Como hay rarezas en el mundo!...

A las dos horas llegaron al pueblo de Ranchuelo.

—Se llama Anacleto —le dijo Clarivel— es muy bueno. No diga que yo fui a buscarlo...

Echaron pie a tierra delante de una linda casita de tejas. Al fondo, un palmar, unas colinas. El poeta dijo:

—Ah, ustedes viven también en un paraíso...

—Yo no, yo vivo en un infierno...

—No hables así, Clarivel, ya verás que a lo mejor lo convenzo y lo saco de esa caja...

Se sentaron en el portal, a esperar por Anacleto, que trabajaba en una dulcería. A la escasa media hora, llegó Anacleto.

Era este un joven trigueño, delgado, más bien bajetón, de rostro amable y como sombrío. Con gesto acogedor tendió la mano:

—Para servirle, Anacleto Suárez...

Wampampiro le saludó afectuosamente. Anacleto sonrió. Clarivel callaba.

—Me perdonan voy a cambiarme de ropa...

Cuando Anacleto atravesó el portal rumbo a la sala, Clarivel dijo:

—El pobre, tan bueno que es y con el cerebro reblandeció...

El poeta se quedó cavilando. El asunto se le presentaba muy difícil. Pensaba en cómo ayudar a Anacleto. Mientras cavilaba, Clarivel fue a atender a su esposo.

A poco regresó:

—¿No se lo dije?... Ya se emperró...

El poeta la miró seriamente.

—Ya..., ya se metió en la caja. Ahora está que lo mismo se mete en ella de día que de noche... Entre, entre..., venga a verlo, Wampa...

El poeta, con la mente confusa, siguió a Clarivel; atravesó la sala y entró en el cuarto que la joven y angustiada esposa le señalara.

En un rincón vio la caja negra, montada sobre cuatro patas de madera pintada de negro. Caminó lentamente hacia ella. Anacleto parecía dormir.

—Anacleto..., no seas así..., no desprecies al poeta Wampampiro, que te vino a ver...

Anacleto entreabrió sus ojos.

—Me perdona..., estoy muy cansado...

—¿Se siente mal? —preguntó el poeta, ya compadecido.

—Sí...

—¿Qué tiene?

—Aburrimiento de la vida..., y mucho más...

—¿Tan joven y ya...?

—Sí..., vivir es cansarse. Ya me cansé... He vivido poco y me he cansado mucho...

Wampampiro miró a Clarivel, que lloraba.

—¿Cansarse..., con esta muchacha tan buena?

Anacleto callaba.

—Tan buena y tan noble que es, y cansarse de ella...

—No..., de ella..., no... —respondió lentamente Anacleto—. Si no fuera por ella, esta caja estaría conmigo abajo e la tierra...

Clarivel, entre lágrimas, sonrió.

Wampampiro sacó, un tabaco.

—Tome, vaya fumando... Aquí tiene los fósforos, Anacleto...

Anacleto alargó la mano, tomó el tabaco; el poeta le dio candela.

—Gracias..., gracias...

Y echó una olorosa ola de humo al aire. Cerró los ojos, callaba. Fumaba en silencio.

El poeta pensaba: “Esto sí que está raro de verdad. Yo he conocido chiflados en cantidad pero a donde llegó éste..., ni soñarlo...”

Clarivel secaba sus lágrimas con un pañolito rosado.

Anacleto fumaba, fumaba. La habitación se llenó de humo: Clarivel comenzó a toser.

—Anacleto, quisiera hablar con usted sobre su aburrimiento de la vida... Sería bueno para los dos... A lo mejor le ayudo...

—Sí..., usted ha leído mucho..., me lo han dicho... Sabe mucho... Pero el fenómeno mío es particular... Ni el médico chino me acoteja... Yo nací así y soy así. Vivir es una basura...

El poeta comprendió que se hallaba ante un enfermo, un “desencantado”, como aquellos suicidas que aparecían en las páginas de los periódicos.

—Bueno... Pero podemos hablar... A lo mejor lo ayudo. Yo también sufro, por eso entiendo a la humanidad que sufre...

Anacleto abrió enteramente los ojos. Miró seria, detenidamente al poeta.

—Bueno, se lo voy a contar todo... Pero no me gustaría que la pobre Clarivel oyera todo lo que le voy a decir...

Clarivel sonrió cortésmente. Volvió las espaldas y se fue lentamente. Wampampiro sintió grande pena por ella.

De inmediato Anacleto comenzó a hablar, con gran rapidez. Un torrente de voces escapó de sus labios, el rostro animado, los ojos brillantes:

—Ya que usted lo quiere..., le contaré lo que me pasa. Yo pienso mucho. Ya he visto mucho abuso y mucha gente muerta, hasta el ahorcao que ahorcó el teniente machadista ese de Macurijes. Las tiñosas le sacaron los ojos, ya tenía gusanos, se pudrió y cómo apestaba. Era mi amigo, era cómo un hermano... La pus le salía por los ojos pa fuera. Así seremos todos. Lo dejaron guindao como escarmiento para los enemigos del gobierno, hasta que el pescuezo se le pudrió y se desprendió el cuerpo y la cabeza quedó guindando y llena de miles de gusanitos. Ya ni nariz ni labios tenía, como nos pasará a todos abajo e la tierra. En eso viene a parar la gente... ¡La vida es una mierda y hay que tirarla a mierda!... ¡Y ahí tiene al Teniente... ya lo

hicieron Capitán! ¡Qué mundo asqueroso, dominado siempre por los guardias, la policía! ¡La razón no te vale nada!... ¡Vivir es un engaño!...

El poeta detuvo el trágico discurso...

—Anacleto, un día, vamos a pensarlo, un día pueden cambiar las cosas y los militares asesinos y ladrones no mandarán, ni los políticos ladrones... No te desesperes...

Anacleto reinició su rápido discurso:

—Sí..., sí..., pero la vida es una basura... Vives unos días y te comen los gusanos. ¿Pa qué tanta matazón y tanta lucha por vivir? Si el güeco es el final... Pues mientras más pronto lleguemos a él, mejor...

Wampampiro comprendió que tenía ante él a un enfermo mental, un grave deprimido...

—...y me meto en la caja e muerto pa acostumbrarme a ella y pa pensar que la vida es mierda y que en el mundo tos son ambiciones y guerras y abusos y sufrimientos y el peje grande se traga al chico...

—¡No, no, Anacleto! —le interrumpió el poeta—. ¡No siempre será así! ¡No seas pesimista! Trabajemos por cambiar esta situación en el mundo... Apoyemos la justicia y el bien. No te cruces de brazos... Si el buey no jala la carreta, esta no sale del pantano. ¡Hay que jalar la carreta!...

Anacleto calló. Wampampiro lo sintió pensar. Animado, prosiguió:

—Eres débil, no estás sano y no piensas como un hombre sano. Dime si es verdad o no lo que te digo... Es verdad que la vida nos mata..., pero no adelantes las cosas. Fíjate que las flores se abren aunque amanezcan muertas. ¡Hay que abrirse, Anacleto! ¡Hay que abrirse!...

Anacleto callaba, pensaba.

El poeta calló. Lo dejaba pensar.

El tabaco se apagó en los dedos de Anacleto, quien lo tiró al suelo. El poeta habló de nuevo:

—Anacleto, no seas egoísta, no pienses sólo en ti, no sacrifiques a los demás: ¿Tú crees que la pobre Clarivel se merece esto que le estás haciendo...?

Se estableció un largo silencio.

Anacleto dijo:

—Déme la mano, que voy a salir de aquí...

Wampampiro lo ayudó a salir del ataúd.

Anacleto abandonó la habitación. Ya en la sala gritó:

—¡Clarivel, dame el hacha!...

Clarivel que le oyera, bajo un limonero, donde se hallaba sentada, se levantó, fue hacia un ranchito cercano y le alcanzó el hacha pedida a su esposo. Éste la tomó, determinado. Entró a su cuarto y descargó un violento hachazo sobre el ataúd, que se partió por la mitad; una docena de hachazos transformó en astillas el ataúd.

Wampampiro abrazó a la atónita y alegre Clarivel, y después salió al callejón fronterizo. Aspiró el aire, oloroso a yerbas; sus ojos vagaron por el palmar y la colina. Su pecho estallaba de una viva alegría.

12

HOMOBONO EMPRENDE LA FUGA

Homobono Milián había sido siempre un hombre de buenos sentimientos, muy respetador del prójimo, cumplidor en sus tareas de sembrador, pues trabajaba una poca de tierra arrendada, cosechando frijoles, boniatos, papas, calabazas, coles, lechugas, tomates, y recogiendo, para vender en Macurijes: las cosechas de sus árboles frutales, mangos, chirimoyas, anones y mamoncillos principalmente.

Era un hombre sonriente, cortés, pero apartado. Tenía sus ideas, soñaba con un mundo “donde nadie abusara de nadie, donde hasta el más infeliz sería respetado”, según afirmaba. Ello hizo que Wampampiro le tuviera gran afecto.

Homobono amaba a los animales. No criaba gallinas para no tener que venderlas, para que no las mataran. Amaba su caballo y su perro, y éstos parecían comprenderle, el perro Batalla sobre todo, que enloquecía de goce al verle regresar a su humilde choza tras un día de intenso trabajo. Su mujer, Edelmira, y sus hijas Hilaria y Artemisa amaban también a los animales. Criaban conejos para jugar con ellos, no para matarlos y comerlos. Los gatos pululaban en la casa.

En una ocasión en que Homobono llegó a su hogar, ya atardeciendo, encontró a un vendedor de pájaros enjaulados.

—Son sinsontes y mayitos los que traigo en estas jaulas. ¡Cantan precioso! ¡A dos pesetas el par de jaulas!

Homobono no dijo una palabra. Sacó dos pesetas de un bolsillo y compró las dos jaulas de güín de castilla; abrió después las puertecillas, liberó a los

pájaros y haló por el machete. Las jaulas se convirtieron en astillas.

—¡Bandidos, privando de la libertad a estos pajaritos tan lindos...! ¡Qué bueno enjaularlos a ellos y venderlos para que se pasen la vida cantando presos...!

La mujer y las hijas aprobaron, entre risas. El vendedor tomó su camino, confuso.

Pero al buen corazón de Homobono Milián le esperaba una desgracia. Ésta apareció en forma de una enfermedad de la niña menor. Fiebres, toses, delirios. El médico recetó medicinas. No había dinero. No quedó más remedio que vender el burro de la casa, Cautela, en dos pesos.

Cautela se fue lentamente, volviendo su cabeza atrás, con su comprador, el gordo y recio hijo del violento Capitán de la Guardia Rural de Macurijes.

Homobono bajó a la botica del pueblo y gastó el dinero en medicinas. La niña mejoró. Sanó rápidamente.

Homobono se sintió muy alegre con la curación de su hijita Hilaria, pero, poco a poco, comenzó a añorar al buen, al amado Cautela. Y entonces ocurrió el percance...

El gordo hijo del Capitán poseía un carro, del cual puso a tirar a Cautela. El pobre burro, que había conocido una vida regalada y sin atropellos, se vio obligado, entre amenazas y golpes de palo, a tirar del carro de su tirano.

Recorría fincas y fincas mientras su brutal amo compraba a bajos precios el maíz, las calabazas, boniatos, quimbombós, arroz, ajises, malangas, y cuanta hortaliza apareciera por fincas y conucos. La miseria obligaba a los campesinos a aceptar unos centavos por sus productos. El amo de Cautela era, pues, un “revendón”. Compraba muy barato y revendía con grandes ganancias.

A causa de tan enorme trabajo, de los palos y de la mala alimentación, Cautela enflaqueció. Ello le fue comunicado a Homobono: “¡Están matando a palos a tu pobre burro! ¡Si lo vieras, está flaco y medio cojo, y así y todo

tiene que arrastrar el carretón del gordo, que pesa un carajal! ¡Qué abuso, Homobono, y cómo le dan estacazos!...

Homobono calló al oír tan duras noticias. Llegó a su casa, comió poco y apenas durmió.

Al amanecer, ya tenía un plan en su cabeza. Montó su caballo, cogió una botella de alcohol y su lazo, y le dijo a Edelmira:

—Mujer, si ves que no aparezco hoy no te asustes. Ya te vendré a buscar. Pero este abuso que hay con Cautela se tiene que acabar.

Edelmira, que lo conocía bien, calló. Le vio alejarse rumbo a la zona de los maizales.

—Ah, hay que avisarle a Wampa..., para que aconseje a Homobono, que seguro va a hacer un diparate...

A las dos horas de galope, Homobono divisó, por un callejón lejano, un carro tirado por una bestia. Galopó y diez minutos después ya pudo oír un fuerte escándalo.

—¡Burro cabrón! ¡Jala!... ¡Jala!... ¡Mal rayo te parta!... ¡Con tu paso de cangrejo!... ¡Buuuuurroooo...!

Oyó los latigazos que caían sobre el lomo del sufrido animal.

Homobono siguió galopando mientras cogía su lazo y lo abría. Al pasar junto al carro, lo lanzó. El gordo quedó enlazado por el pecho. Homobono tiró rápida y fuertemente y el gordo vino al suelo.

—¡Homobono, estás loco! ¡Cabrón, suéltame o mi padre te mata!...

Homobono callaba mientras amarraba al hijo del Capitán. Una vez hecho esto se fue donde Cautela y lo zafó de las barras.

Tomó entonces al gordo y lo amarró entre las barras. Una vez hecho esto, subió al carro y enarbolando el látigo que había recogido del suelo, comenzó a gritar: ¡Gordo, cabrón...! ¡Jala! ¡Jala!... ¡Mal rayo te parta! ¡Burro! ¡Buuuuurroooo!...

El gordo no se movía. Sus ojos estaban llenos de odio.

—¿No caminas... burro? ¡Pues coge!

El gordo sintió los latigazos morder con fuego sus espaldas.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —exclamaba a cada latigazo.

—¡Arre, burro cabrón, arrea! —gritaba Homobono, y su látigo caía de nuevo sobre las mantecosas espaldas.

Cuando el gordo comprendió que si no halaba el carro los latigazos continuarían, tiró con un esfuerzo enorme, pero el carro no adelantó una pulgada.

Un nuevo latigazo cayó sobre sus sudados lomos.

—¡Burro... cabrón! ¡Jala! ¡Jala!...

El gordo resoplaba y hacía fuerzas y el carro no adelantaba. Los latigazos menudeaban.

—¡No puedo, no tengo fuerzas! ¡No me pegues más! —gritaba el gordo.

—¡Tampoco mi burro tenía fuerzas y tú lo golpeabas con el látigo! ¡Jala, burro! —gritaba Homobono.

Y el látigo cayó otra vez sobre el gordo exhausto.

—Piedad, ten piedad..., no me pegues más.

Homobono se puso furioso.

—¿Y tú tuviste piedad con mi pobre burro?... ¡Canalla! ¡Jala, Jala!... ¡Jaaaalaaaa!;

Y continuó con los latigazos.

El gordo desmayó. Entonces Homobono, satisfecho, se bajó del carro, soltó el látigo, tomó la botella de alcohol y la vació en el carro. Al instante prendió un fósforo y lo echó al alcohol, y así fue como el carro comenzó a arder.

Cuando Homobono vio que sólo quedaban las ruedas, se sonrió. Con la misma, montó al gordo en su caballo, lo amarró fuertemente a la montura, para que no se cayera, y acompañado por el burro tomó rumbo a la casa de su compadre Gumersindo.

—Gumersindo, aquí te lo traigo, lávalo y llévalo al pueblo, que se cayó del carretón y está privao... ¡Llévatelo pronto pal pueblo!

Entregó el desmayado gordo a Gumersindo y montó su caballo. “Ya sé lo que tengo que hacer, irme, irme pronto —pensaba— si me coge el Capitán, que es un bárbaro, me mata de un tiro..., Me tengo que ir muy lejos... Voy a ver a Wampampiro, que él puede aconsejarme...”

Galopó, seguido de Cautela, y se dirigió al bohío del poeta. Cuando llegó a éste se lo encontró leyendo en su hamaca.

—Wampa... Wampa... Wampa...

Wampampiro salió a recibirlo.

—Eh, Homobono, ¿qué haces por aquí?

—Na. Vengo huyendo. Acabo de darle una lección a ese gordo abusador, hijo del Capitán, y en cuanto éste lo sepa me va a matar... Me tengo que ir..., y muy pronto... Wampa..., aconséjame...

El poeta pensó durante unos minutos. Homobono esperaba en silencio.

—Sí... Creo que te matan... Ese Capitán ya ha matado, y por menos que eso... Hay que huir... Mira, no vuelvas a tu casa... Yo le avisaré a tu mujer... Coge el tren que va para La Habana en el apeadero de Candela... Después te tiras por donde te parezca mejor... Pero no llegues a La Habana porque allá en la estación te van a agarrar. Por telégrafo te cogen...

Y el poeta le entregó un pequeño saco lleno de provisiones y seis pesos, todo su capital.

—No, no me des dinero. Tengo cuatro pesos...

—Cógelo, por el camino te hará falta...

—Pero..., tú... ¡Te quedas arrancao!

—No..., estoy al cobrar unos pesos por la venta del maizal...

Homobono le dijo:

—Coge mi caballo y a Cautela... Cuídamelos...

Wampampiro pensó unos instantes.

—Si me cogen con tu caballo y el burro aquí voy a recibir toda la culpa. Bastante sospechoso estoy yo. Lo que voy a hacer es llevármelos dentro de un rato, en cuanto te vayas, al conuco de Evaristo, que está bien remontao. Allá no los irán a buscar...

—¡Gracias, gracias, Wampa, mira que tú eres bueno!

—No sé si lo soy, pero hago lo que tengo que hacer... ¡No hablemos más! ¡Huye, coge para el apeadero de Candela que el tren está al pasar!...

Homobono se despidió. Apresuradamente se dirigió al apeadero de Candela. Cuando se acercó al burro Cautela, le pasó la mano por la cabeza, se la abrazó y le dijo:

—Adiós, mi hermano... Nos veremos luego...

Corriendo se alejaba Homobono.

El poeta quedó conmovido.

A poco escuchó los pitazos del tren viajero. Montó entonces el caballo de su amigo y llevando de diestro a Cautela se dirigió rumbo al lejano rancho de Evaristo.

13

WAMPAMPIRO SE PASA TODA UNA NOCHE CANTANDO CON UN JOROBADO

Wampampiro fue siempre un hombre muy modesto, jamás se jactaba de sus éxitos; estos no le interesaban tanto como sus defectos y sus derrotas, que le enseñaban a mejorarse. Pero, tanto en sus relaciones con la gente como en su trabajo, o en sus aficiones a resolver problemas ajenos, lograr un buen éxito le reconfortaba, le excitaba a continuar superándose para servir mejor a los demás.

Como su ingenio natural le ayudaba tanto, a veces se confiaba un poco. Por lo general, la idea de una derrota absoluta no le inquietaba. Pero una vez...

Pero una vez le avisaron de un caso muy desgraciado... Nada menos que Neno Díaz de Villegas, un joven jorobado, quien llegara a Macurijes procedente de Banes, y que había amigado rápidamente con el poeta, por su afición a cantar y a componer décimas, se hallaba en peligro.

—Está como loco —le avisó Simeón Simemeo—, está enfermo del güiro... El pobre jorobaíto, tanto que lee y sabe pa su edad y... se quiere matar...

—¿Matar?

—Sí... Su madre leyó una carta que él puso en su cama, donde le avisaba que se iba a ahorcar... La madre corrió y tuvo la suerte de cogerlo cuando se subía al taurete pa tirarse, ya con la sogá al cuello... La sogá estaba amarraíta de un gajo de jiquí.

Wampampiro quedó desolado. No podía pensar que en aquel joven deforme, pero tan alegre en su trato, la idea del suicidio hubiera podido cobrar tanta fuerza.

—Me parece imposible... Siempre se le veía tan dispuesto... ¡Tanto dicharacho que decía!

—Bueno, Wampa, su mamá te manda a buscar, que vayas pallá, pa que lo entretengas, a ver si le quitas la idea mala esa que tiene...

Al anochecer, Wampampiro, la guitarra en su mano izquierda y un platico de dulce de boniatillo en la otra, se dirigió rumbo al bohío de Neno el jorobado.

Los perros ladraron anunciando su llegada. La atribulada madre se asomó al portal.

—¡Al fin llegó Wampa..., al fin!

Y partió al encuentro del poeta, deshecha en lágrimas.

—Ay, Wampa..., ahí está mi hijo en su cuarto... con el padre al pie... No se le puede dejar solo...

Y rompió a llorar.

Wampampiro se angustió.

—Mire, aquí le traigo a Neno el platico de boniatillo que me mandó Maida, mi vecina... Y le traigo mi guitarra, pues vengo a alegrarlo con música...

Por más de diez minutos conversaron el poeta y la entristecida madre. Pudo éste conocer que el jorobadito se sentía muy infeliz con su deformidad y que, en recientes, breves amores, había fracasado, porque su joroba le hacía repulsivo a las jóvenes del barrio.

—En Banes, Wampa, en el colegio, le ponían nombretes feos, los muchachos se burlaban de él. Pero él sabía defenderse... No se preocupaba tanto por su defecto físico, como ahora... Pobre hijo mío...

—Vamos a verlo, señora, vamos...

Neno los recibió con un rostro serio y a la vez cordial.

—¡Qué bueno. Wampa, que estás por aquí!

—Sí... Y lo más importante... con un plato de boniatillo en la mano...

—No... El boniatillo me gusta... Pero lo más importante es esa guitarra que has traído...

Haciendo un esfuerzo, el jorobadito se levantó de la cama. Con paso vacilante avanzó hacia un pequeño escaparate y sacó de un entrepaño su guitarra. Rasgó sus cuerdas y dijo:

—Wampa..., me como el boniatillo y vamos a cantar... He adelantado algo... No te creas... Orita puedo entrar en controversia hasta con Mahoma... Pega, pega a tocar...

Se sentaron en los viejos sillones de la sala. El padre, Nemesio, vino a saludar al poeta. Éste le estrechó fuertemente la mano.

—Esta noche, Nemesio, es de canturía... Vayan a descansar... Yo me quedo a dormir aquí... ¡Descansen!

Los padres de Neno, aliviados, dieron las buenas noches a los dos poetas y músicos, y se retiraron a dormir, fatigados en extremo.

Neno comió con avidez el plato de boniatillo, acompañándolo de un gran pedazo de queso blanco que le había traído su madre. Wampampiro lo observaba con placer. Neno sonreía entre bocado y bocado.

A las once de la noche, después de haber sostenido conversaciones sobre varios temas, menos el del suicidio, comenzó la canturía. Wampampiro la abrió con una décima directa:

**Escúchame, amigo Neno
si a ti te traen a la vida:
¿Por qué emprendes una huida
en absurdo desenfreno?
Te digo: no encuentro bueno
que siendo un hijo ideal
te haya corrompido el mal
tu joven mente, de suerte
que busques torpe en la muerte
una salida brutal.**

Neno demoró en contestarle. Sacó algunas tristes melodías a su guitarra y parecía deleitarse en ellas. Al fin, echó una décima al aire:

**Al poeta Wampampiro
le gusta filosofar
cuando se pone a cantar
un lindo punto guajiro.
Él, que vive en su retiro
en un monte perfumado:
él, que siempre está inspirado
en la flor y la belleza
no conoce la tristeza
de un infeliz jorobado**

Tocó largo rato aires melancólicos. Wampampiro pensaba.
Al rato, respondió al enfermo:

**Es mejor, digo con calma
es mejor, digo en mi aplomo
ser jorobado del lomo
que jorobado del alma.
Cuando el rayo cae a la palma
ésta sus pencas ya pierde.
viene el bicho que la muerde
y el pájaro carpintero
la pica..., más con esmero
le brota una penca verde...**

Neno sonrió. Se hizo un largo silencio. Con débil voz el enfermo cantó
nueva décima:

**Quisiera ser una palma
y que me partiera un rayo:
lo prefiero a este desmayo
que me está matando el alma.
No puedo tener tu calma
porque eres gallardo y fuerte...
Y a mí, por mi mala suerte**

**no me ama mujer alguna
porque mi joroba es una
fealdad mayor que la muerte.**

Wampampiro le oyó atentamente. Fue a responderle y no pudo. Por un largo rato pensó una respuesta acertada. Calló. En el medio tiempo, el jorobadito tañía sus melancólicas tonadas. Al fin, Wampampiro coordinó sus ideas:

**Ese amor es un mercado
de la carne, bien lo sé.
a ese amor no tengo fe
es el amor del sexuado.
No es el sueño delicado
que rompe toda frontera
carnal, visión hechicera
del alma en luz, bello amor:
es cual beber en tabor
espumas de primavera.**

Neno sonrió tristemente. Casi un cuarto de hora estuvo sacando aires sombríos a su guitarra:

**Tengo sed, amigo mío
tengo una sed infinita
sed que nunca se me quita.
no la apago en ningún río.
Aquí me muero de frío
mirando tanta belleza
de mujer, que a mi tristeza
de amor no ampara jamás:
si me mira por detrás
escapa con ligereza...**

Wampampiro se quedó pensando durante unos minutos. Sus dedos tañeron una vieja tonada:

**Tu joroba es repulsiva
yo lo sé, al amor carnal.
Naturaleza infernal
dañó tu alma sensitiva:
con esa joroba arriba
te ha negado del amor
el profundo resplandor
que alegra nuestra conciencia:
es una gran indecencia
de la Natura... ese error...**

Neno inició una sonrisa. Wampampiro continuó:

**Naturaleza asquerosa
forma al vampiro y al ciego
al loco, al bobo..., más luego
crea al ruiseñor, a la rosa...
Es una cosa horrorosa
confiarse a Natura bella
porque sabemos que ella
no tiene conciencia alguna:
así te crea, la muy tuna
la víbora y la centella...**

A las tres de la madrugada, la desvelada madre preparó café y se apareció con sus tazas humeantes en la sala donde los dos poetas continuaban cantando, sin dar señales de cansancio.

—Gracias mamá, gracias...

—Hijo, ¿cómo te sientes?...

—Bien..., bien..., cantando olvido mis penas... Tú lo sabes...

La madre calló y se retiró.

Tras saborear el café, Wampampiro tañó las cuerdas de su guitarra y cantó inspirado:

**Después de tomar café
podemos seguir cantando.
y juntos filosofando
ganaremos mayor fe.
Ya ves, Neno, yo no sé
lo que sufres, sin cesar
con la pena singular
que arrasa tu corazón...
¡No te mates! ¡No hay razón
para a tu madre matar!**

Neno callaba. Tañía las cuerdas de su guitarra con la cabeza baja. No quiso responder a la décima de su amigo.

Wampampiro comprendió. Cantó de nuevo:

**La cruel Natura no es miel
o flor sólo..., ni azul mar...
sólo... Si te haz de matar
más cruel será tu hecho cruel.
Pobre madre... Ella te es fiel
te adora... Ella vive así...
Si te cuelgas del jiquí
a ella la matas también...
¿Puedes matar, Neno
a quien vive temblando por ti?...**

Neno callaba. Sus dedos seguían tañendo las cuerdas. Wampampiro comprendió que el jorobadito no tenía razones que oponerle y decidió tocar solamente su guitarra. Por más de una hora tocaron al unísono muchos puntos, improvisaciones...

La frescura del alba entró en la sala. Por la abierta ventana se vio al jiquí teñido de un débil rosa. La neblina se extendía por los cercanos montes.

Cantaban pájaros.

A esa hora se levantó Nemesio y puso a hervir la leche.

Wampampiro dijo a su desgraciado amigo:

—Neno... ¿Me harás caso?...

Neno le miró con vaga mirada; callaba.

—Ven. Vamos al patio...

El jorobadito le acompañó al patio.

Junto al jiquí, Wampampiro le preguntó, señalando el bajo gajo donde intentó ahorcarse:

—¿Lo harás, Neno? Por favor..., tus padres...

Neno lo miró con ojos húmedos.

—No... No...

Wampampiro le abrazó y se fue.

Una semana después, Simeón le avisó a Wampampiro:

—Wampa... Desgraciado el jorobaíto...

—Qué..., dime..., qué...

—Nada... Se volvió loco. Migdalia, la coqueta del barrio, fue tan cruel que lo enamoró..., y lo dejó... ¿Por qué habrá gente así?... Y ahora...

—Ahora...

—Ahora... se lo llevan pa la Bana... Está loco, inválido... No conoce a sus padres... La gente ha llorado por aquí...

El poeta se sintió muy mal. No pudo hablar. Una inmensa piedad llenó su angustiado pecho.

14

SOLITARIO EN EL RANCHO

Un amanecer, cuando entró en la cocina para beber su leche caliente antes de salir al trabajo, el poeta no halló a su madre. Tocó en la habitación de sus padres para inquirir los motivos de la maternal ausencia, y a poco escuchó los gemidos de Ruperto.

La puerta se abrió y Ruperto abrazó al hijo, deshecho en lágrimas.

—Ya no tienes madre, hijo, ya no la tienes... —Y Ruperto lloraba, abrazado al hijo.

El poeta comenzó a temblar.

—Mírala, mírala..., amaneció muerta...

El poeta se acercó al lecho y la vio pálida, inerte. Los sollozos convulsionaron su pecho. Abrazado al padre se sentía morir. Los dos hombres lloraban en silencio un copioso llanto.

La enterraron en el cementerio de Macurijes. El poeta cuidaba de su padre. Éste, por las noches no podía dormir; gemía, lloraba, se levantaba, desesperado; su padre, aquel hombre de hierro...

Herminia, ya casada un mes antes con su Simeón, vino a buscarlo:

—Papá, no puedes estar aquí... Aquí los recuerdos te matan... Simeón me mandó a decirte que aquella es tu casa...

Así fue que el atribulado Wampampiro quedó solo en el rancho de sus padres; solo con sus libros, su guitarra, sus canciones, los recuerdos de su alegre infancia, y algún que otro cantador de décimas que le visitaba.

Algunas noches tristes cogía su guitarra y cantaba para sí mismo tiernas canciones, cantaba nostálgico; ya no le oían sus padres ni su amada hermana:

**Yo canto para mí mismo
¡qué solitario cantar!...
Canto para sofocar
las penas del pesimismo.
Cantando cruzo el abismo
como el ave surca el viento.
No canto mi abatimiento:
canto la resolución
de calmar con mi canción
cualquier oscuro lamento.**

**Perdí a mi madre, he perdido
el mayor tesoro humano.
ya soy un triste cubano
con todo su pecho herido.
Solitario, he comprendido
lo que sabe poca gente.
Sé en esta hora inclemente
que su recuerdo es un ave
que extiende su vuelo suave
y se me posa en la mente.**

Cantaba así largo tiempo. Leía después a la luz del quinqué algún libro bueno y se echaba en su hamaca, el sueño intranquilo, el nombre de su madre en los labios.

15

WAMPAMPIRO COMPRA UN MONO

En esos tristes días, un circo llegó al pueblo. Wampampiro no tuvo ánimo para ir. Escuchó el timbaleo lejano, pero no podía ir. Sabía de las maravillas que se perdía, pero no contaba con fuerzas para asistir a tan glorioso espectáculo.

Al atardecer del día siguiente, se acercó al circo. Vio la vieja carpa, halló las conocidas jaulas del león y del mono y se puso a conversar con el payaso.

Después se acercó de nuevo a la jaula del mono y le observó cuidadosamente. Le halló tristeza en los ojos, soledades recónditas. El poeta se conmovió. Pensó:

“Canallas, cazando estos animalitos tan buenos, para encerrarlos en jaulas. Pobre monito prisionero. Te sacaron del monte, de la libertad que te dio la naturaleza.”

A poco notó que el mono no saltaba. Echado en el suelo, temblaba. El poeta se acercó al dueño del circo.

—¿Qué le pasa al monito que lo veo decaído?

—Está muy enfermo... Lleva cuatro días sin comer. Se está muriendo... Y será el tercero que se me muere...

Wampampiro se llenó de compasión.

—Antes que se muera, véndamelo, el pobre... Siempre he querido tener un mono...

—Dame diez pesos y es tuyo...

—No los tengo...

—Cinco...

—Tómalos.

Así fue que el bondadoso Wampampiro compró al monito enfermo. Lo cargó como a un niño y se lo llevó al rancho.

Ya en el rancho tumbó unas guayabas y una papaya madura, las partió en pequeños pedazos y se las ofreció al animalito. Éste abrió los ojos, de débil mirada. Poco a poco alargó su manita, tomó de la fruta y comenzó a comerla, lentamente. Wampampiro se alegró.

“Se salvará, se salvará —pensaba—, lo voy a cuidar como a un pariente querido.”

Dos días después ya el mono caminaba. El poeta se alegró mucho. Se lo echó al hombro y salió al patio. Subió a una mata de aguacate y colocó al mono en sus más altas ramas, y bajó.

Cuando el mono se halló solo entre el follaje, mecido por el viento, comenzó a saltar alegremente de rama en rama. En unos pocos brincos llegó a la cima.

Wampampiro reía.

—¡Salta, monito, salta! —le gritaba entre risas.

Y el mono pegaba saltos descomunales de una rama a otra, hasta que se lanzó con violencia hacia los gajos de un mango cercano. Una vez allí se balanceaba gozosamente como autor de una grande hazaña.

El poeta se sintió feliz.

—Ah, mi amigo, ya eres libre...

Entró a su habitación, descolgó su guitarra del largo clavo prieto que la sostenía, y regresó al patio.

Bajo la rama del mango comenzó a tocar una alegre tonada. El mono fue bajando, de rama en rama, hasta que saltó y cayó en un hombro del poeta.

Wampampiro se conmovió.

—Ah, ya me quieres, pícaro; te gusta la música, lo veo... A lo mejor un día cantamos a dúo...

Wampampiro cantaba:

**Lindo mono, amigo mío
escucha mi triste canto
para ver si me levanto**

**de este abismo y de este frío.
Ya brincas a tu albedrío
ya se te ve claridad...
Te encerraba la maldad
de los hombres miserables:
ven, con tus gestos amables
a alegrar mi soledad.**

**Yo soy hombre, tú eres mono
pero somos compañeros
de los buenos, los sinceros...
creciendo en el abandono.
Éste mi hogar yo te dono
aquí vives, te protejo.
Y cuando te pongas viejo
velaré tu enfermedad.
vive con tranquilidad:
ni te pego ni te enrejo.**

El mono no se movía del hombro; prestaba gran atención a las cuerdas, a sus sonidos, al modo de tañerlas del poeta.

Una vez terminado su cantó, Wampampiro tomó al mono, y, entre sonrisas, lo devolvió a las ramas. El mono en rápidos saltos llegó a la cima del mango y se balanceaba en ella gozoso; parecía bailar entre las ramas. Embelesado escuchaba a los pájaros. Detenía sus juegos para oírlos. El poeta reía.

Wampampiro se echó en su hamaca a leer un libro de geografía, recién adquirido. A poco se durmió.

Lo despertó el sonido de la guitarra.

Curioso, se levantó y fue a la sala. Halló al mono con la guitarra sobre su vientre. Rascaba las cuerdas, y sus sonidos, parecían darle gran placer, a juzgar por la rapidez con que cruzaba sus dedos sobre las cuerdas.

Wampampiro se rió a carcajadas.

Tan pronto el mono le vio, soltó la guitarra y saltó al patio, buscando las ramas.

Aquella carrera despavorida, llena de saltos ridículos, provocó nuevas risas al poeta.

—¡No huyas, monito, que eso me gusta, que seas tú el mono poeta!...

Al día siguiente, rendido por una larga guataquea al sol, llegó el poeta a su rancho y buscó al mono entre los árboles. No lo halló. Wampampiro se llenó de alarmas.

Cuando llegó a su cuarto, comenzó a reír a carcajadas. Allí, en su hamaca, estaba el mono simulando leer un libro de filosofía griega. Con rostro muy serio, con ojos escrutadores miraba las páginas que sus ágiles dedos pasaban rápidamente.

Wampampiro dijo:

—¡Sócrates, Sócrates, así es como te voy a llamar!... Qué serio estás, parece que comprendes todo ese enredillo de palabras extrañas...

El mono soltó el libro y escapó a su árbol.

El poeta llegó bajo el árbol con las manos llenas de trocitos de papaya madura.

—¡Sócrates, Sócrates, baja a comer tu comidita!

El mono le miró curiosamente... Bajó con grande rapidez y comenzó a comer de las manos del poeta, con grande placer. Wampampiro gozaba alimentándolo.

Así amigaron. Ya el mono en cuanto veía venir al poeta bajaba rápidamente del árbol y saltaba a sus hombros. Wampampiro caminaba orgulloso con su monito al hombro.

—Ah, Sócrates, qué buen amigo eres... Toma, toma más guayabitas...

El mono comía y el poeta reía.

Pronto fueron inseparables. Cuando el poeta salía alguna noche al pueblecito, Sócrates bajaba a Macurijes sobre el hombro de Wampampiro.

La entrada de ambos en el pueblo provocaba grande excitación. Niños, adultos, ancianos, se asomaban a las puertas de sus casas para ver tan desusado espectáculo. Algunos graciosos le gritaban al poeta:

—¡Wampa, tú estás chiflao!

—¡Wampa, que te caga el mono!

—¡Wampa, te doy un centavo por el mono!

—¡Wampa, suelta ese bicharraco...!

Y el poeta cruzaba sonriendo las calles de tierra rumbo al cafecito, donde bebía refrescos, que daba a probar al mono.

—¡Métele, Sócrates, métele, que esto no es cicuta!

Pero el mono rechazaba el refresco.

Con el tiempo, el mono aprendió a sentarse. Herminia le hizo unos pantalones verdes que gustaron mucho al animalito. Siempre andaba con las manos metidas en los bolsillos. Caminaba cómicamente. Wampampiro reía a más no poder.

—Sócrates, ya lo que te hace falta es hablar...

Dos meses después regresó el circo.

Wampampiro asistió a una función.

—¿Y el mono? —le preguntó el dueño.

—Hecho un chévere. Cada vez está mejor...

—Te lo compro...

—Ni por mil pesos...

—Me hace falta, pide por él...

—No. A Sócrates no lo vendo yo. Es cómo un pariente...

El dueño, calló.

Al día siguiente, cuando el poeta regresaba a su rancho se encontró al dueño del circo que acababa de llegar con una mona en el hombro.

—¿Y eso?... ¿Usted por aquí?...

—Sí. Vengo a darle una vuelta al mono...

Y el cirquero, que ya había divisado al mono en la cima del mango, gritó:

—¡Monito, monito, baja, mira que cosa más monita te traigo aquí!...

Y levantó en su mano derecha a la mona.

En cuanto el mono la vio dio un salto de quince metros sobre la copa del árbol. Al instante ya estaba en el suelo. Dio otro enorme brinco y se enlazó a la mona. La mona le mordió una oreja y el mono chilló de placer.

—Eres una fiera, cirquero, me llevas el mono...

—Es su voluntad, Wampa, él se va porque él quiere...

El cirquero echó a andar. Llevaba ahora dos monos en sus hombros. Wampampiro comprendió.

16

UN LEÓN SE ESCAPA DEL CIRCO

El día en que Wampampiro perdió a su mono, fue un día duro de soportar. Ya no tenía el poeta su gracioso animalito. “Bien es verdad —se decía— que Sócrates estaba libre, pero la mona pudo más que su libertad y ahora está de nuevo en la jaula..., y es feliz con su mona... Santipa.”

Temprana la mañana, cuando Wampampiro se vestía las ropas de trabajo, vino su amigo Silvio Tumbatoro a tocar en su puerta.

—Wampa... Wampa...

El poeta abrió al amigo y se sorprendió al hallarle con un revólver en cada mano.

—¿Qué te trae por aquí, Tumbatoro? ¿Y esas armas?...

—Ná, que nadie ha salido a trabajar hoy. ¿No te has enterao lo que pasó anoche?

—No... No he salido de aquí...

—Ná, que se escapó el león del circo. En un descuido se fue pal monte. No se sabe dónde está. Los niños no han ido a la escuela del pueblecito y la gente sale a la calle con una escopeta bajo el brazo... ¡No salgas, métete en la casa! ¡Mira que te coge arando y te come con bueyes y arao y tó!

Wampampiro agradeció la visita. Tumbatoro siguió su camino para avisar a las familias de la zona de tan grave peligro.

Todos los bohíos permanecieron cerrados aquel día. Nadie salió a trabajar.

Al atardecer regresó Tumbatoro.

—Wampa, el león mató cuatro vacas del ganadero Bartolo Arencibia... La policía salió a cazarlo y no encontró ná. La cosa está que le arde a la yegua el rabo...

—Así no podemos seguir...

—Sí... Hay que inventar algo... Por eso te vengo a buscar, tú que sabes tantas cosas... Se reúnen los vecinos hoy en casa de Avelino Sotolongo para tomar acuerdos. Hay como diez de los mejores cazadores invitados. Te vengo a buscar. Vamos...

—Vamos...

Y juntos marcharon rumbo a Macurijes. Media hora después entraron en la atiborrada, bulliciosa casa de Avelino Sotolongo.

Allí encontraron al atribulado ganadero Bartolo Arencibia, narrando su desgracia:

—...Y me encontré la primera vaca con las tripas afuera... La segunda la degolló... A la tercera le partió el lomo... A la cuarta no le encontré la cabeza...

—Yo propongo —dijo el Capitán—, que el dueño del circo debe pagar las cuatro vacas...

El dueño del circo, que estaba presente, protestó:

—No... No..., ese león me costó cuatrocientos pesos y yo no lo solté... Se fue...

—¡Que pague, que pague! —gritó el Capitán, el rostro enfurecido—. Que pague las vacas o va preso...

El cirquero se vio perdido. Ducho en trucos, se acercó al Capitán y le dijo al oído:

—Capitán, si me ayuda..., tengo treinta pesos en el bolsillo oyendo la conversación.

—No. No vas preso entonces —susurró el Capitán en la trémula oreja del cirquero...

El cirquero sonrió tristemente...

—Yo digo que yo cojo a ese león. Lo que hay es que darme tiempo. Tengo un plan —dijo el negro Quirino Valdés, blandiendo una vieja escopeta de dos cañones— cuando apunto, tumbo. Yo no creo en leones. Leones, los de dos patas que hay en la calle...

Avelino Arencibia, con rostro esperanzado, le preguntó:

—¿Y cuál es el plan?

—Que me de quince pesos y una novilla. Amarro la novilla por el pescuezo a una mata y me encaramo arriba e la mata a velar al león cuando venga a comerse la novilla, y en cuanto lo tenga cerca con un disparo acabo con el león.

—¡No, no me lo acabe! ¡Déjemelo estropiao pero vivo! —gritó el cirquero—. ¡No me lo mate! ¿No ve que con él me busco la comía?... Tírele a una pata, que yo lo curo...

—¡De pata ná! —gritó el ganadero Arencibia—. ¡De pata ná, al corazón!...

Dicho esto le tendió un billete de cinco pesos al negro Quirino Valdés.

—Tú eres guapo... Coge esto adelantao. Mañana temprano ven a buscar la novilla...

Temprano el día, fue Quirino Valdés a la finca del ganadero. Éste sacó una hermosa novilla del establo.

—Llévatela. Que tengas suerte. Tráeme la cabeza del león y te doy los diez billetes que faltan

Quirino salió con la novilla. Halló una coposa mata de mamoncillos y ató a su tronco al manso animal. Subió hacia las más altas ramas. Allí se ocultó, escopeta en mano, el ojo alerta.

Pasó la mañana y pasó la tarde y Quirino no vio león alguno.

“Deja que le apriete el hambre, que va a venir a mangarse la novilla y entonces me lo chupo de un escopetazo”, pensaba. Calmoso, esperó.

Como a las nueve de la noche sintió sueño.

Despertó con un enorme rugido que puso a temblar su pecho. El león, de un zarpazo le destrozó una pierna. El valiente Quirino atinó a disparar, con mala puntería. El león escapó.

Sangrando de su pierna bajó Quirino, muy débil. No se pudo apoyar en ella. Cayó al suelo, junto a la novilla degollada.

A poco llegaren tres hombres armados, que habían escuchado el disparo.

—¿Lo mataste, Quirino?...

—No lo maté ná. Me sorprendió...

Sus amigos cargaron con Quirino. Éste llegó casi desmayado al pueblecito, donde lo atendió el único, médico que allí ejercía. Al día siguiente Quirino amaneció con mucha fiebre.

El médico dijo:

—Llévenmelo en el tren para La Habana. Hay que amputarle una pierna.

—¿Cómo? ¿Me voy a quedar sin pata?...

—Es mejor tener una pata sola que no tener vida...

—No tengo dinero para viajar a La Habana y coger un hotel...

Wampampiro, allí presente, dijo:

—Ese dinero te lo conseguimos nosotros. ¡Esta noche hay canturía, a peseta la entrada, y mañana coges el tren con tu padre y te vas!...

—Sí. Gracias, Wampa, tú siempre tan bueno...

A la noche, el Salón Estrella, el local de los bailes, estaba lleno de macurijeños ansiosos de escuchar una buena parranda de trovadores y a diestros tocadores de treses y guitarras.

—Ya hay treinta pesos —dijo Silvio Tumbatoro—, ya se salvó Quirino...

Simeón Simemeo abrió la canturía:

**Por culpa de un cruel león
ese animal tan feroz
Quirino perdió la voz
media pata y un mojón.
Sin la pata, hay condición
para seguir existiendo.
Lo malo es que el muy tremendo
león lo encuentre en su camino
y la pata de Quirino
no pueda salir corriendo.**

Hubo risas. El Sinsonte de Guanayara continuó el tema del león:

Ese cazador cazado

**conocido por Quirino
se cayó como un pepino
cuando el león lo ha tocado.
Estaba muy elevado
velando desde su gajo
y el león con desparpajo
veló que el hombre durmiera
y con su zarpa ligera
la pata le hizo estropajo.**

La noche se echaba con décimas, tragos de ron, y músicas múltiples, cuando llegó el Capitán.

—¿Quién ha ordenado que se dé esta fiesta sin permiso de la autoridad y sin pagar al ayuntamiento un impuesto?

—Yo, Capitán —dijo Wampampiro.

—Paga o vas preso...

—Capitán, esto se ha hecho para conseguir el dinero para pagar el viaje a La Habana y gastos de comida y fonda al pobre Quirino, que está herido...

—Que esté herido o no esté herido..., hay que pagar contribución al ayuntamiento, como marca la ley...

—¡Pero si tenemos treinta pesos nada más, lo justo para resolverle el problema al pobre Quirino...!

—Eso no me interesa. Yo estoy aquí para que la ley se respete. ¡Paguen la contribución!

—¿Cuánto es?

—Veinte pesos...

—Capitán...

—Dame diez y que siga la fiesta...

Ocultando su ira, el poeta le dio los diez pesos al Capitán, que los introdujo en su bolsillo y se fue.

—Canalla... Ahora se lo bebe de ron...

Wampampiro dio por terminada la fiesta. Fue entonces a su casa. Sacó de sus ahorritos diez pesos y se los dio al padre de Quirino.

—Hijo, hijo... No sé cómo pagarte esto...

—Con nada, con nada... Así es como hacen los amigos de verdad...

En el tren de las diez de la mañana salió el febril Quirino con su padre para La Habana.

El poeta le vio partir con alegría. Escopeta al hombro, por temor al león suelto, regresó a su rancho.

A poco salió a trabajar su conuco, escopeta al hombro.

Al mediodía vino a verlo el ganadero Arencibia.

—Yo sé que tú eres un hombre inteligente, Wampa. Yo no puedo seguir perdiendo ganao con ese maldito león... Me arruino... Si me lo matas te doy cincuenta pesos...

Wampampiro pensó en que con ese dinero podía dar su soñado viaje a La Habana. Jamás la había visitado. No tenía dinero para ello. Ahora se presentaba una buena oportunidad...

—Sí. Le meteré un escopetazo. Yo no soy Quirino, el pobre, que se durmió. Yo soy una lechuza... Lo velo, y lo cojo, si puedo...

—Esta tardecita le traigo la novilla...

—Bien...

Dos horas después, Wampampiro recibió la visita del cirquero.

—Wampa, ya me enteré que eres tú el que va a cazar al león. No me lo mates... Me arruinas... Yo sé que eres montero como tu padre y que enlazas muy bien... Enlázame el león y te doy veinte pesos por él...

—No, no, cirquero... si lo enlazo no me des veinte pesos, dame al mono... y a la mona también...

—Ah, eso sí que no...

—En qué quedamos: ¿vale un león menos que un par de monos?

El cirquero quedó pensativo.

—No seas malo, enlazas el león, te doy veinte pesos y te mando de temporada a la pareja de novios tres veces al año.

Wampampiro lo pensó:

—Está bien. Con esos veinte pesos compro más libros.

Dicho esto, el cirquero se fue.

Al anochecer, la novilla amarrada al tronco de un ateje, a la orilla de un arroyo, ya el poeta, con su lazo en las manos, escondido en las bajas ramas, esperaba al león con grande paciencia. La escopeta entre las piernas, para prevenir cualquier peligrosa eventualidad.

Las diez de la noche serían cuando Wampampiro sintió resoplar alarmada a la ternera. A poco distinguió el salto del león. La novilla cayó degollada de un zarpazo. El león comenzó a devorarla.

Wampampiro estudiaba los movimientos de la fiera. Ésta mordía y desgarraba. Cuando masticaba mantenía la cabeza en alto. Lo enlazó fácilmente. El león se disparó pero Wampampiro había amarrado el lazo al gajo.

El león comenzó a rugir. A poco llegó el cirquero. Vio la escena, alumbrándose con una poderosa linterna.

—Wampa, Wampa, afloja, no me lo ahogues.

—Él es el que tira...

—Dame el lazo que yo me lo llevo.

—Suelta la harina...

—Aquí están los veinte pesos...

El cirquero se retiró contento con su león. Esa noche escapó con sus carretas, su carpa vieja, sus payasos, rumberas y demás animales.

Al amanecer, Wampampiro visitaba al ganadero Arencibia.

—Ya hice el trabajo. Deme su dinero...

—¿Y el león?...

—Lo enlacé, lo revolqué y se lo di al dueño, que lo quería para cría y se lo llevó. ¡Ya se acabó el león!

—Pero ése no es nuestro trato...

—El trato es que yo le quitaba el león a su ganado...

—Yo quería el león...

—Lo quería o no lo quería. El trato era que el león no le matara más reses...

Bartolo Arencibia pensaba.

—Mira, toma veinticinco pesos. El trato quedó a la mitad. Mitad de cincuenta: veinticinco...

Wampampiro no discutió más. Aceptó el dinero ofrecido.

Por el camino a su rancho pensaba:

—La semana que viene salgo para la capital. Vamos a ver qué aventuras nuevas corro por allá. Lo mío es estar en movimiento. Si ahora que soy joven no corro mundo, ¿cuándo lo voy a correr?...

WAMPAMPIRO SE COLOCA DE MUERTERO EN LA HABANA

En el tren nocturno salió el sufrido pero animoso poeta guajiro rumbo a la desconocida Habana... La cabeza le bullía de ideas. Sabía que contaba con poco dinero para vivir en ella muchos días; pero pensaba aprovechar bien el tiempesito, moverse de un lado a otro, caminar sus calles, conocer sus edificios, ir a los cines y teatros, y si podía, ver los juegos de pelota en el estadio “Almendares”... Así se podía reponer, con el trajín nuevo, de la nostalgia que la muerte de su madre le ocasionaba; nostalgia profunda, amarga.

Tan pronto el tren entró resoplando en la Estación Terminal y Wampampiro plantó sus pies en el andén, una nube de fotingueros se le acercó:

—¡Hotel Isla de Cuba!

—¡Hotel Siboney!

—¡Hotel Lincoln!

—¡Hotel Plaza!

—¡Hotel Inglaterra!

—Con su maleta de cartón avanzaba el poeta entre la demanda de los frenéticos voceadores de hoteles. Al cabo, se dirigió a uno de ellos, y le dijo:

—Yo no tengo dinero para ripiármelo en un hotel de lujo; llévame a una fondita decente...

El chofer-agente le respondió:

—De fonditas nada... Yo represento hoteles acreditados...

Wampampiro gastó varias horas informándose en las calles sobre una fonda barata y limpia. Al fin consiguió una, que por treinta centavos le aseguraba una reducida habitación en una vieja casona.

Tan pronto se instaló, se lanzó a la calle. En un puesto de frutas comió platanitos maduros y un pedazo de queso blanco.

Alegre, comenzó a caminar las calles, mirándolo todo. Un nuevo mundo, de gran lujo para él, se abría a sus ojos. Vio a muchos inválidos vendiendo billetes de lotería, niños voceando periódicos o pidiendo limosnas, ancianos durmiendo en los portales, gente que andaba apresuradamente, con rostros preocupados. Y policías, policías con un tolete en la mano, de rostros severos, en todas partes... algunos montaban en bicicleta, el revolvón al cinto.

“Ésta es la tiranía —pensaba— sin policía, sin los esclavos que matan, sin ese ejército listo a asesinar a los que protestan, el tirano Machado no duraría un minuto en el Poder.”

Caminó durante horas. Conoció plazas, parques, vio el malecón, ya entrada la noche, iluminado por brillantes luces eléctricas. Sobre todo observaba a la gente. Vio miseria, halló desnutrición. Vio pasar los lujosos automóviles de los politiqueros, de los magnates del azúcar, de los altos empleados y de los dueños de grandes comercios. Buscó árboles, los halló apenas. Los niños no tenían lugares donde jugar. La Habana carecía de terrenos para que millares de niños jugaran a la pelota, a “los escondidos”, a todos sus juegos. “Pobres niños, prisioneros en las calles, jugando en ellas expuestos al peligro de los autos. ¿Nadie piensa en los pobrecitos?”, cavilaba el poeta.

Al día siguiente de su llegada a la capital se dirigió a la bahía. Un gallego robusto le gritó desde un botecito:

—Monte y por un real lo llevo a Casablanca...

Wampampiro montó. El bote partió rumbo a la cercana Casablanca. Remando, el botero le preguntó:

—Usted no es de aquí. ¿No?...

—No. Soy del campo...

—Ah... La Habana es linda. ¿No?

—Sí. Para el que tiene guano...

—Con plata toda ciudad es linda, sí... Usted ve, yo tenjo que remar día y noche para ganarme dos pesos... es una fortuna... El trabajo mío es duro, pero rinde plata...

—Yo guataqueo, aro, corto caña para los centrales...

—Ah, ésa sí es una peja dura...

—Para mí no... Estoy acostumbrado...

—Aquí no hay peja para nadie. La gente no encuentra trabajo... El vago tupe las calles...

Wampampiro se divertía conversando con el simpático botero. Dos días sin conversar no era bueno para él, tan comunicativo.

—Yo vine a conocer la capital...

—¿Y qué tal le va?

—Acabo de llegar...

—Cuando se le acabe el guano..., entonces pal campo otra vez...

—Claro, pero es bueno conocerlo todo, caminarlo todo, mirar y aprender todo lo que se pueda, eso da tema para la vida, eso ayuda...

—Sí... Sí..., díjame a mí, que venjo desde la Coruña pasando unas hambres de padre y muy señor mío...

—Pero ahora...

—Ahora soy feliz. Ya tenjo dos rapaciños...

El poeta se rió.

—A lo mejor mis hijos no tendrán que remar...

—Sí... Cuando Cuba se arregle y se acaben los robos al tesoro público, cuando haya patria...

—Patria... ¡Rediez! La patria se la cogen unos pocos... ¡Díjame a mí!...

Al llegar a Casablanca, el botero ancló su bote y le dijo al poeta:

—Me ha caído usted bien... Sabe... Voy a descansar un rato... Si quiere, le enseño el pueblecito...

El poeta aceptó complacido.

Juntos caminaron las calles y subieron la pequeña loma que coronaba el pueblo.

Desde la altura, Wampampiro vio La Habana, la bahía, a sus pies.

—¡Qué linda vista! Esto sí vale la pena... —decía el poeta.

=De que es linda es linda..., rediez...

De pronto, ante la sorpresa del gallego, Wampampiro comenzó a cantar:

**Debajo de esta barranca
distingo el azul del mar
y veo una barca cruzar
cortando la espuma blanca.
De mi corazón arranca
una linda mariposa
que, entré las olas, se posa
en esas azules aguas
como en matas de majaguas
o en el cáliz de una rosa.**

—¡Oija, usted se inspira!... ¡Num mi lo diga!...

El poeta rió.

—Cuando me emociono, canto..., me desahogo...

Entonces el gallego cantó canciones de su tierra:

**Anda nena componte
Vamos al baile
que si nun vas cunmiju
nun vas cun naide...
nun vas cun naide...**

**La marusiña estaba de parto
el marusiño no tenía un cuarto.
¡Cuando la marusiña parió
el marusiño se asustó!**

—Toca la jaita

Dumiñu Ferreiro...

—¡Tócala tú!...

—¡Nun queiro, nun queiro!...

Wampampiro le escuchaba con gran placer.

A poco, el gallego dijo:

—Vamos a comernos una potajada...

Bajaron hasta una fonda del pueblo. Allí, el poeta pidió pescado y tomate; el gallego potajes y chorizos.

Mientras almorzaban, el gallego le dijo:

—Usted me ha caído bien, es hombre trabajador y canta muy bonito... Si quisiera quedarse a vivir en La Habana le tenjo un buen empleo para usted... Me ha caído bien, hombre, muy bien...

Wampampiro le respondió:

—Yo no vine a trabajar, vine con unas pesetas a conocer la capital. Pero si se presenta un trabajito pudiera estar más tiempo aquí, y comprar más libros en esas librerías de viejo, como las llaman aquí, y aprender más. Dígame usted cómo es esa pega...

—La peja esa es suave... Lo que hay es que ser listo..., y caminar mucho, de barrio en barrio... Dígame: ¿usted camina mucho?

—Soy un guineo... Estoy dando sánsara el día entero y no me canso...

—Pues la peja es suya... Vaya a ver a mi cuñado en la calle Lamparilla, de parte mía, y él se la da. Ayer mismo me dijo que le buscara con urgencia un hombre para su negocio...

—¿Y qué pega es ésa?...

—Ah, no se asuste, que se janan sus pesos...

—Sí... ¿Pero qué pega?...

—¡La de muertero!

—¿Muertero?

—Sí..., también se sirve de los muertos. Mi cuñado es cochero de un coche de funeraria, de esos nejros, con caballos nejros, para llevar al camposanto a los muertos de lujo...

—¿Muertos de lujo?...

—Sí, los ricos que se mueren, que van para el cementerio en un coche fúnebre de mucho lujo, con caballos entorchaos... Y a mi cuñado le dijo el dueño de la funeraria que necesitaba muerteros listos... Usted me parece muy listo...

A poco de hablar, Wampampiro vino a conocer en qué consistiría su trabajo: debía recorrer las calles de La Habana, averiguando en tiendas, puestos de frutas, barberías y bodegas, dónde se hallaba un enfermo grave. Montarle entonces una guardia, día y noche, y, en cuanto falleciera, visitar a la familia y ofrecerle los servicios de la funeraria: Llamar después por teléfono a ésta, aceptados o no sus servicios, para que agentes especializados se hicieran cargo de obtener las exequias.

—Claro —le advertía el gallego— que en el nejuicio de las funerarias hay mucha competencia. Hasta los médicos cobran su prima. Cuando el enfermo se les está muriendo, avisan a la funeraria con la que están en nejuicios, y cobran sus pesos...

Wampampiro se asombraba.

—Bueno, probaremos —dijo— necesito unos pesos para comprar una Historia Universal que vi en la librería Canelo...

Regresó a La Habana con el botero. Éste le dio las señas de su cuñado.

Dos horas después llegaba el poeta a la casa del cochero. Le encontró, y conversaron.

Enterado a fondo de su posible trabajo, Wampampiro salió rumbo a la funeraria.

Llegó a ella, dijo a lo que venía, y poco después hablaba con el administrador, un hombre grueso y afable.

—Éste es un buen empleo para usted —le dijo—; lo que usted tiene que estar es muy alerta al enfermo grave... Hay mucha competencia. Tendrá que dormir poco, muchos graves se mueren de noche. Pero no se ocupe de los enfermos muy pobres, de los solares y las cuarterías; éstos no pagan... Fíjese que la casa del grave esté bien montada... Infórmese con el bodeguero si los graves tienen buen empleo o no... Si son gente de copete... Mientras más copete, mejor..., más lujo piden para el entierro..., y el lujo se paga...

Wampampiro aceptó su raro empleo. Apuntó el número del teléfono de la funeraria, saludó y salió.

No había dado cinco pasos fuera del despacho del administrador, cuando le detuvo un hombre vestido elegantemente.

—¿Le dieron el empleo, joven?

—Sí...

—Pues yo le ofrezco otro...

—¿Cuál?...

—El de avisarme donde está el muerto para mandarle las flores enseguida. Tengo una florería. Por cada muerto que me avise le doy una peseta.

Asombrado, el poeta le respondió:

—Bien... Esa peseta me viene bien. Así podré comprarme la Historia Universal...

Y salió rumbo a su fondita.

Por el camino, pensaba:

“A la verdad que para buscarse los frijoles el pobre pasa muchos trabajos... Miren qué pegas hay en La Habana... Ahora soy muertero... Le zumba el mango... Pero éste es un trabajo como otro cualquiera... Pero es muy raro..., y hasta triste... Pero nada... tengo que comprarme esa Historia Universal..., a ver lo que dice... Porque cada país cuenta su historia a su manera... Pero hay que comprarla... Creo que con mi pega de muertero me la compraré... ¿De muertero?... No... No. ¡De aura tiñosa!

Riéndose llegó a la fonda.

Durante tres semanas Wampampiro se convirtió en un andarín incansable.

Recorría los barrios de La Habana, informándose sobre los enfermos graves. Más de diez muertos pudo enviar a la funeraria. Ello le produjo treinta pesos.

En su cama, el poeta pensaba:

“Treinta pesos en tres semanas... no está mal. Ya tengo, descontado los gastos de comida y fonda, veinte pesos para la Historia Universal. Mañana la compro, y me voy... Me voy. Este negocio es triste, siempre hay llantos y gritos. Yo sufro. Sufro. No... Además, tengo que atender el conuco, que debe estar perdido... y ver a mi familia y amistades, mis paisajes... Ya conozco La Habana... Aquí no sigo más.”

Por la mañana, compró los seis tomos de la apetecida Historia Universal, y una antología de poetas latinoamericanos. Muy contento regresó a la fonda. Gastó unos minutos haciendo un paquete con los libros y marchó rumbo a la funeraria.

—Jefe..., ya..., ya dejé de ser aura tiñosa...

—¡Cómo!... ¿Qué dice usted?...

—Que me voy... Ya no vivo de los muertos...

—¡Pero usted está loco! ¿Dónde hay mejor negocio que éste? ¡Aquí está usted asegurado! ¡La gente se muere todos los días! ¡Este negocio no tiene quiebra!... No sea loco, quédese y hará hasta fortuna...

—Es que no puedo vivir sin oír cantar al sinsonte, sin ver los montes, los ríos, sin vivir esa vida tan linda en la belleza de los campos...

El administrador le miró asombrado...

—¿Usted es guajiro? No lo parece. Es muy avisado para ser guajiro...

—¡Ah, sí!... Para muchos en este país el guajiro es un bobo. ¡Qué ignorancia!... Hasta..., más nunca... Haga fortuna usted con sus muertos y su ruido y su olor a gasolina, que yo hago la mía con las mariposas y las lagartijas...

Wampampiro saludó y se fue. El administrador quedó convencido de que su ex empleado era un auténtico loco.

Dos horas más tarde el poeta estaba en la terminal de Ferrocarril. Hora y media después partió rumbo a sus tierras. Iba feliz, con el paquete de sus libros, su maleta de cartón, y su conocimiento de La Habana.

18

WAMPAMPIRO EMPRENDE LA GRAN AVENTURA DE LA CASA EMBRUJADA

La embrujada aventura del poeta cantor Wampampiro comenzó de un modo raro.

Se hallaba por los fértiles campos de Macurijes cuando, en la mañana de un domingo, al atravesar un callejón, vio que un airado padre golpeaba a sus dos hijos pequeños. Aquel espectáculo lo trastornó.

Rápidamente puso su guitarra encima de unas piedras, detuvo el brazo violento y dijo al golpeador:

—¿Qué hace usted, so salvaje?... ¿Pegarle a estos niños indefensos?... ¡Es una bestia! ¡Pégume a mí, que soy grande!

—¡Estos cabrones son mis hijos!... —Le respondió el iracundo padre—. ¡No se meta en esto que no son sus hijos!...

Wampampiro montó en ira:

—¡Cobarde! ¡Abusando de esos niños! ¡Así no se les educa! ¡Son cobardes los que golpean a sus hijos indefensos! ¡Golpéame a mí!... El brutal padre abofeteó la cara de Wampampiro. Éste ripostó lanzándole un puñetazo en la quijada. El golpeador de sus hijos cayó al suelo. Los niños lloraban y gritaban:

—¡Mi papá! ¡Mi papaíto! ¡Mataron a mi papaíto!...

A sus gritos llegaron dos transeúntes. Levantaron al brutal padre. Le dieron a beber aguardiente de una garrafa que traían. Se retiró tambaleándose, con los niños llorando y gritando tras él.

Wampampiro informó a los recién llegados de todo lo ocurrido.

El mayor de los transeúntes le dijo:

—Bien hecho. Este malvadu goza golpeandu a los niños. ¡Yo soy Anisio Fungueiro para servirle!... —Y le extendió la mano a Wampampiro: éste se la estrechó con gusto.

—Y éste amiju es Mocu de Puercu, un gañán amiju meu que trabaja cunmeju y es boeno comu pan caliente...

El amigo de Anisio dijo al estrechar la mano de Wampampiro:

—Yo me llamo Nicasio pero me dicen “Moco e Puercu” en esta condená zona, y yo ni protesto del moco, pues mientras más pelee porque no me digan moco más moco me dicen... Este gallego y yo veníamos pa ver la casa embrujada cuando nos topamos con esta bronca...

Wampampiro les dijo:

—Esta bronca no me la busqué yo. El cobarde que le pega a los niños siempre me enfurece... Yo soy pacífico... Y miren a donde lo llevan a uno los abusadores...

Anisio le dijo:

—Vamos para adelanti. Dejemos a este borricu abusador.

Wampampiro recogió su guitarra y siguió adelante conversando con sus compañeros de camino.

A poco de andar, Anisio le dijo:

—Venja, venja... Vamos a almurzar a mi casa.

Wampampiro aceptó. Echó a andar con sus dos nuevos amigos. A la media hora de camino, llegaron a la casa de Anisio.

Anisio llamó desde una tranquera:

—¡Carmilina! ¡Carmilinaaaa!

A poco se abrió la puerta del bohío y apareció una mujer joven, trigueña, sonriente.

—¡Anisio, que bueno que llegaste temprano! —dijo a su esposo, y dirigiéndose a sus acompañantes:

—¡Buenos días! Pasen adelante...

Wampampiro observó jícaras de güira, colgando del techo del portal, llenas de maticas verdes y encontró el jardín bien cuidado con sus albahacas moradas, yerbaluisas, tilo, rosas, varitas de San José, jazmines, lengua de vaca, cupidos y el coralillo enredado en las cercas, destellando al sol del

mediodía. Se sintió feliz. Pidió un laurete a Anisio. Se sentó, terció la guitarra y dijo a sus absortos nuevos amigos:

—Yo soy trovador, soy poeta de natura; al ver esta belleza me tengo que inspirar. Ustedes perdonen...

Y comenzó a tañer las cuerdas de su guitarra. Al escuchar las melodías de una vieja tonada guajira, Anisio dijo:

—Ésta si me justa de a verdad...

Wampampiro sonrió e improvisó al momento:

**Quando uno ve a un cobarde
que a sus hijitos azota
la sangre se le alborota
y la gandinga le arde.
A eso nunca llego tarde.
mi furia no tiene fin...
Si yo me topo a ese ruin
mal padre y abusador
sólo calmo mi furor
cuando canto en un jardín.**

—¡Bravo! ¡Bravísimo! —exclamó Anisio— esu si me justa muchu... A mí me pejaron de niñu...

—¡Esto es Cuba, esta décima salió bien!... Siga... Siga... —le decía Moco de Puerco.

—Para mí, sin la poesía no hay vida —le explicaba sonriente Carmelina—. Yo quise ser maestra...

Wampampiro cantó de nuevo:

**Sin poesía no hay vida
tiene usted mucha razón
sin ella en el corazón
la persona va perdida...
La poesía embellecida
por los nobles pensamientos
endulza gratos momentos**

**y es alta sabiduría
pues se unen con alegría
músicas y sentimientos.**

Anisio abrazó al poeta, Moco de Puerco le palmeaba las espaldas. Carmelina, emocionada, le llenó de parabienes.

—No cante más, hasta la noche..., pues esta noche se queda usted en mi hogar —le dijo Anisio.

Wampampiro dudaba aceptar la invitación.

Carmelina le dijo:

—Sí, sí..., sí..., hacemos una canturía. Hay poetas en el barrio, como usted sabe... No sea malo, alégrenos esta noche. Yo quise ser maestra...

Wampampiro, sonriendo, aceptó.

Carmelina, satisfecha, fue a la cocina a preparar el almuerzo.

El día transcurrió muy placentero para Wampampiro. Anisio le prestó su caballo y pudo recorrer la bella zona agreste para invitar a los cantadores. Moco de Puerco le acompañó; montado en un penco de pelo rojizo.

En la noche se celebró en la casa de Anisio una gran canturía. Mucho decimista de la zona concurrió. Las guajiritas vistieron sus mejores trajes y después de los cantos se improvisó un baile, al son de las guitarras, una clave y unas maracas.

A medianoche terminó la fiesta. Moco de Puerco decidió regresar a su rancho. Volvería al primer aviso de Anisio.

Cuando Wampampiro iba a acostarse, Anisio le dijo:

—Don Wampampiro, usted es un hombre valiente, lo necesito, lo necesito... Usted tiene buen corazón... ayúdeme...

—Dígame usted, Don Anisio...

Y entonces Wampampiro conoció de un misterioso suceso.

Le informó Anisio de sus esfuerzos por comprar la casita de una viuda que, consternada por la muerte de su esposo, quería vender su pequeña propiedad, consistente en un bohío, y patio con un pozo. Pero que no podía venderla porque la casa tenía fama de embrujada, y quienes iban a dormir allí eran apaleados y escuchaban ruidos de mucho espanto... Se veían cubiertos de telas de araña, los platos saltaban de sus plateros y se rompían en el

suelo... En fin, nadie le compraba la casa a la viuda. Existía un posible comprador, Eladio Vinajeras, pero la viuda no quería venderle la casa porque éste había sido enemigo de su difunto esposo, quien se le resistió muchas veces a venderle la casa por considerarlo un hombre malo, que lo había llevado a la cárcel con falsas acusaciones, y que alguna que otra vez había dado unos pesos a la Guardia Rural para que le dieran plan de machete en las espaldas. A cualquiera le vendía la casa, menos a Eladio Vinajeras. Pero ahora ocurría que la viuda estaba en la miseria y antes que morir de hambre se la iba a vender a Vinajeras si no aparecía otro comprador. Anisio fue a comprarla, pero, temeroso de la fama de embrujamiento que tenía la casa, llena de fantasmas como se decía, quiso pasar una noche en ella. Colgó su hamaca; los ruidos lo espantaron y escapó lleno de miedo.

—Mañana va Vinajeras a la casa de la viuda —le dijo Anisio, emocionado— Goanpa... Estoy desesperadu... ¿Qué hacer?

Wampampiro pensó unos instantes, después dijo a su nuevo amigo:

—Se me acaba de ocurrir un plan...

—Díjame, díjame...

—Es éste: bien tempranito salimos usted y yo para la casa de la viuda, antes de que llegue Vinajeras... Y le dice que usted no se ha arrepentido todavía, que le compra la casa...

Aunque temeroso aún, Anisio aceptó el plan.

Muy de mañana estaban tocando la puerta de la casa. La viuda, que vivía en el hogar de una hermana casada, salió al instante:

—¿Usted, aquí, Anisio, tan temprano?...

—Sí... Rosenda, el asunto es que me quedo con la casa y no Eladio Vinajeras...

—Ay, Anisio, esa casa está embrujada, lo sé... Después que murió mi esposo, que en gloria esté, la casa se ha llenado de fantasmas muy malos. Yo lo que quiero es salir de ella..., venderla... ¡Pero usted, tan buen hombre, se va a desgraciar si se muda para allí!... ¡Y hoy viene Vinajeras, con el dinero en la mano, orita viene!... Déjelo que sea él el que se desgracie...

Anisio le dijo:

—Rosenda, deme una oportunidad más. Yo también tengo el dinero...

—Pero es que el maldito Vinajeras viene y ya le di mi palabra...

—Pero ¿quién de los dos se la merece?...

—Usted, Anisio, usted...

—Pues déjeme discutir eso con Vinajeras...

—Bueno, no se vaya, que Vinajeras está al llegar...

Dicho esto, Rosenda marchó a sus quehaceres y Anisio y Wampampiro se fueron bajo una mata de guásimas a conversar sobre tan complicado asunto.

—Mire, Goampa, le voy a ser franco. Este malvado Vinajeras quiere comprar la casa porque el pozo del patio tiene petróleo... Lu sé... Es un agallú. Tiene mucho dinero y quiere más... Yo teño alju, pero también quiero más para traer un sobrín de Puntevedra. Necesito comprar la casa, pero creo que la pierdo...

Wampampiro le oyó por un rato. Después le dijo:

—Tengo otra idea. Delante de Rosenda vamos a hacer un trato con Vinajeras y Rosenda. Vamos a discutir. Se me ha ocurrido una idea... Nómbrame su abogado en este pleito...

—¡Nombrado estás, eres mi abogado! —exclamó gozoso Anisio—. Pero no pudo continuar hablando, porque en ese momento llegaba, montado en un bien enjaezado caballo, de rabo trenzado y montura tejana, un hombre vestido con gran elegancia.

—¡Ése es Eladiu Vinajera, demontre! —murmuró Anisio.

—Corramos hacia la casa, para que no nos gane la delantera...

Cuando Vinajeras se desmontaba, ya estaban Anisio y Wampampiro en el portal.

Rosenda salió al momento.

—¡Qué bueno que ya están todos aquí! Pase, Vinajeras, que estos señores quieren discutir con usted sobre la casa.

Vinajeras sonrió cortés, se inclinó respetuoso ante Rosenda y dio fuertes apretones de mano a Wampampiro y a Anisio. Después dijo:

—El dinero lo traigo aquí, Rosenda, no creo que usted me haya hecho dar el viaje en vano...

—Mire, Vinajeras, es que la cosa ha cambiado. Primero que usted está Anisio. Él se había rajado... Le cogió miedo a la brujería de la casa y ahora dice que la compra...

Vinajeras miró con el ceño fruncido y mala cara al comprador rival.

—Usted, Anisio, se acobardó y se fue. Yo sí que no le tengo miedo a los fantasmas. ¡Compro la casa!...

Rosenda aclaró:

—Ya les digo, discutan ustedes; yo lo que quiero es vender la casa. Primero está Anisio, pero si se raja es suya, Vinajeras...

Anisio habló pausadamente, pero con voz firme:

—Boenu. Yo nun renieju de la casa. Es verdaz que me acubardé, pero non estoy rajadu del todú... Y aquí traje a mi abojadu, el amijo Goampampiro...

Wampampiro habló entonces:

—En nombre de mi parte vengo a proponer un pacto de caballeros: Que Anisio vaya a dormir mañana en la casa embrujada y si triunfa sobre los fantasmas que compre la casa. Si sale huyendo, es suya, Vinajeras...

Eladio Vinajeras dijo:

—¡Acepto!

Anisio dijo:

—¡Aceptu!

Rosenda exclamó:

—Trato hecho. Pasado mañana espero bien a Anisio bien a Eladio...

Dicho esto le dio la mano a sus visitantes, y éstos salieron de la casa.

Eladio le dijo a su rival:

—Mire, Anisio, el pacto es éste. Yo voy en la madrugada de pasado mañana a la casa de la viuda. ¡Si ustedes no están, la casa es mía!

—Sí, Eladiu, sí... —dijo Anisio, con voz muy decidida.

Eladio Vinajeras montó su caballo y se alejó. Anisio y Wampampiro conversaban por el camino:

—Goampa, vamus a janar esta apoesta. Sejuru, sejuru, sejuru...

—Mire, Anisio, a Seguro se lo llevaron preso. Hay que precaver. Eso no es tan fácil... Vamos a pensar en la defensa contra esos fantasmas..., que me parece que están al servicio de ese bicho malo de Vinajeras...

—Sí, esu mesmu creu yo... Desdi hace un ratu lo venju pensandu...

Satisfechos, regresaron al hogar de Anisio, donde les esperaba la impaciente Carmelina, que desconfiaba de aquel asunto. Almorzaron, y

después del almuerzo Anisio condujo a Wampampiro a una arboleda cercana y le dijo:

—Vamus a hablar aquí... Donde nu nus oija Carmelina, que es moy miedosa...

Wampampiro descolgó un mango maduro y mientras lo mordisqueaba dijo a su amigo:

—Manda..., manda el viaje...

Anisio le respondió con la segura voz que ahora poseía:

—Vamus a llamar a Mocu e Puerco para que nus acompañe en esta noche de proebas. El pobre Mocu goapu nun es, pero es tan feu que va a espantar a lus fantasmas... —y se echó a reír.

Wampampiro rió también. Después dijo:

—Por lo menos puede haber café para que estemos desvelados y agarremos a los fantasmas esos con los ojos abiertos...

Dicho esto, Wampampiro salió rumbo al corral de puercos. Una vez allí arrancó una fuerte estaca de la cerca. Después pidió un foete de cuero. Anisio le entregó el que tenía para espantar los perros cuando caminaba de noche; a Carmelina pidió un colador y una buena provisión de polvo de café, azúcar, tazas, cucharillas, y descolgó dos fuertes lazos que pendían de sendos clavos en la pared de la sala.

Por la tarde avisó a Moco de Puerco.

A las nueve de la noche llegaron los tres compañeros cargados de sus utensilios a la casa embrujada: y procedieron a iluminarla. En sus tres cuartos, en la sala y en la cocina pronto ardían faroles.

Anisio, esperanzado, dijo:

—Pur ma madre que si estus fantasmias se aparecen les vamos a pelar el fundillu...

Y le mostró a Wampampiro unos largos cujes de aleje que portaba/

—¡A cojazus lus acabamus! ¡El cojazu quema más que los estacazus!

Wampampiro le advirtió:

—Sí. Pero un estacazo decide la pelea mejor que un cujazo. Déjame con mi estaca...

Moco de Puerco escuchaba el diálogo con rostro apacible. Sacó de una bolsita de yute un montón de piedras, que fue colocando en fila delante de su

hamaca ya tendida, y dijo:

—Yo no creo en fantasmias... Esos fantasmias son gente... Deja que se aparezcan a hacer bulla y a meternos mieo que yo los voy a hacer correr a pedrás por el coco. ¡Y con la puntería que yo tengo!...

Anisio le dijo:

—Pa cuando lleje ese momentu yo tenju preparau un machete que les va a dejar las nalgas encendidas a lus fantasmias... —Dicho esto, sacó de entre la colcha de su hamaca tendida un largo machete.

—Este machete duerme conmiju. Es decir, nu duerme porque yo me haju el durmidu... Cuando los fantasmias nus vean durmidus van a venir para atacarnos y hacernos hoir, pero nu señor... ¡A cumbatir cuntra ellus!...

Los tres valientes ignoraban que esa conversación había sido escuchada por tres picaros: Melchor, Salustiano y Homobono escondidos en el caballete de guano, vestidos ya con sus sábanas blancas y con todos los artefactos necesarios para hacer ruidos y amedrentar a los confiados habitantes de la casa.

Después de tomar café los tres valientes, Anisio sacando un reloj de bolsillo, dijo:

—Ya son las unce de la noche. Vamus para las hamacas... Todus callaitus de ahora en adelante... Mocu e Puerco: no te doermas... Cada uno tiene en su hamaca una botella de café. A cada ratu, beber un bochitu, para espabilarnos...

Wampampiro advirtió:

—Dicen que estos fantasmas salen de las doce de la noche en adelante, gallego. Pero yo no creo en eso. No apaguemos los faroles para poderles acertar el lomo con los estacazos, fuetazos, cujazos y pedrás.

Moco de Puerco dijo:

—Se me ocurre una idea... Vamos a roncar parejo para que los fantasmias se crean que estamos dormidos...

Los tres valientes aprobaron la idea. Poco a poco subieron a sus hamacas, se cubrieron con sus colchas y comenzaron a roncar fingidamente.

Pasó una hora.

En tensión, con los ojos cerrados, esperaban los tres valientes por el menor ruido. Apenas se revolvían en sus hamacas. Wampampiro aferraba su

estaca, Anisio su cuje y Moco de Puerco una piedra.

No se escuchaba ruido alguno.

Carmelina Placencia se hallaba muy inquieta en su bohío. No podía dormir. Si Anisio perecía en la aventura no pensaba sobrevivir al dolor que le causaría la pérdida de su buen gallego.

—Ah —suspiraba—, la gandición rompe el saco... Mi marido es muy bueno, pero es muy gandío pal dinero... ¡Mira que meterse a fajarse con fantasmas para ver si desembruja esa casa!, todo porque en el pozo sale petróleo, según dice la gente. Para mí como si en el pozo saliera agua e coco... Pero meterse con los fantasmas, que tanta galleta han dado, como dice la gente... ¿Qué fantasmas serán éstos?...

Disgustada, no hacía más que pensar, atenta a los ladridos del perro Tarajallo, que siempre anunciaba la llegada de Anisio con un ladrido especial.

Nerviosa, sintió deseos de orinar y se levantó para buscar su amoniacado tabor.

En ese momento también había bajado Anisio de su hamaca para orinar.

Envuelto en su colcha salió al patio. Orinó a la luz de las estrellas y cuando regresaba a su hamaca se enredó con la jaula de una cotorra, que no había podido dormir y que se hallaba espantada.

La cotorra lanzó su grito habitual:

—¡No chiven! ¡No chiven! ¡No chiven!...

Moco de Puerco se lanzó de la hamaca abajo con una piedra en la mano, gritando:

—¡Ya están aquí los fantasmias, gallego!...

—¡Cállate, Mocu, que soy yo, goarda esa piedra y métete en la hamaca!...

—¿Pero quién chilló “¡No chiven!”?... Eso lo dijo un fantasmia, porque los fantasmias hablan así, con esa voz brava...

—¡Cállale, Mocu, foé la cutorra! ¡Vete para la hamaca!... ¡Y nu duermas!...

Mirando para su reloj, Anisio dijo:

—Ya son las dos de la mañana. ¡A las seis tenju la casa en el bulsillu!

Wampampiro oyó el diálogo y se echó a reír con fuerza.

Anisio le regañó:

—¡Goampampiru, nu te rías que la cusa nu está pa risa!...

A las mismas dos de la madrugada Eladio Vinajeras miraba en su Chalet hacia un reloj despertador y pensaba contento: “Dentro de una hora lo que le va a caer a estos tres bobos arriba es una retreta de sustos.”

Y se reía a carcajadas.

Para hacer tiempo y calmar sus nervios puso un disco en su gramófono. Le dio cuerda, y después se deleitaba escuchando: **A la loma de Belén, Las cuatro milpas, Son de la loma, Échale salsita, Lágrimas negras, Oye la historia que contóme un día el viejo enterrador de la comarca, Garufa, En el tronco de un árbol, Guarina** y otros discos conteniendo décimas guajiras cantadas por Puertas Salgado.

El despertador sonó a las dos y media de la madrugada. Vinajeras detuvo el timbrerío. Se carcajeó por un rato y dijo en alta voz:

—¡Ya deben estar corriendo por el monte hechos unos vientos esos tres comecatibía!

Y volvió a carcajearse.

Encendió un tabaco y salió en busca de su caballo para dirigirse a la casa embrujada y ser testigo del estrago.

A las tres de la madrugada, Melchor dijo en un susurro a Homobono:

—Oye, oye, oye..., ya no roncan. Ya se durmieron...

Homobono le susurró a Salustiano:

—Salu... Salu..., ya no roncan, ya están dormíos, prepara tu cubo...

Los tres falsos fantasmas se zafaron las gruesas sogas que tenían enrolladas en sus cinturas y comenzaron a amarrar las puntas a las viguetas

del techo, para descolgarse.

Tenía razón Melchor: los tres valientes, confiados, dormían.

Una vez amarradas las sogas a las vigas del techo, los falsos fantasmas se descolgaron y llegaron a la sala, cada uno con un cubo lleno de agua fría en la mano.

Entre grande silencio, fueron, habitación por habitación, apagando los faroles. Una vez la casa a oscuras, encendieron sus linternas.

Avanzaron hacia las hamacas de los tres valientes. Cada uno levantó su cubo. A la vez los vaciaron en las cabezas dormidas.

Tres enormes, largos gritos de horror de los falsos fantasmas sucedieron al baño de agua fría. Los tres valientes despertaron en la oscuridad aturridos por los gritos de terror. Atontados, no tenían fuerzas ni para despertarse y pensar.

Los tres fantasmas sacaron entonces de los bolsillos de sus largos batilongos blancos, grandes bocinas de camiones de carga y les apretaron las bolsas de goma y un gran estruendo estalló en las mismas orejas de los apenas despertados, sin fuerzas ni para moverse, y ahora ensordecidos.

Cuando Anisio pudo caer al suelo recibió en plena cara una gran torta de mierda de vaca fresca, que lo cegó. Así ocurrió con Moco de Puerco, que, inclusive tragó un poco de excremento de vaca cuando intentaba avisar a gritos del peligro a sus compañeros. Cuando gritaba:

—¡Llegaron los fantas...! —le entró por la boca el excremento fresco de la vaca. El atribulado Moco de Puerco estaba vomitándola cuando recibió en su espalda un latigazo y de inmediato un chorro de vinagre en ella que le ardió como una quemadura.

Semidormidos fueron atacados los tres valientes por sus fornidos agresores.

Wampampiro se vio amarrado y expulsado a puntapiés de la choza. Anisio escapó con una mordaza y sangrando de la frente. El infeliz Moco de Puerco salió puertas afuera a gatas, la nariz llena de una moquera pestilente y completamente aturrido.

En su aro, la cotorra escandalizaba:

—¡No chiven! ¡No chiven!...

En el frente de la casa embrujada, orgulloso jinete de un caballo bayo de gran alzada, esperaba el maligno Eladio Vinajeras a los derrotados valientes, gritándoles:

—¡No se los decía que ustedes no podían desembrujar la casa! ¡No se los decía! ¡No se los decía! ¡Ya no ven!... ¡Han tenido que salir jachando! ¡Perdieron! ¡Perdiste Anisio, la casa es mía!

Anisio, aporreado, con voz muy queda, le dijo:

—Janaste, Eladiu, janaste...

Moco de Puerco ya podía hablar:

—Vinajeras, no te metas a vivir ahí que te despellejan los fantasmas, que están hechos de mierda de arriba abajo... ¡Qué jediondos son!...

Wampampiro, entretanto, miraba a las estrellas, olía la madrugada. Cojeando llegó donde Eladio Vinajeras y le dijo:

—El bobo siempre pierde. Usted es más hábil que nosotros. Esos fantasmas nos ganaron porque nos sorprendieron. Fueron más vivos que nosotros. Nos madrugaron y nos dieron leña... Se pierde y se gana. Y perdiendo se aprende, para ganar después...

Cavilando se fue con Anisio y Moco de Puerco, para el bohío de Carmelina Placencia. Nadie hablaba. Habían perdido faroles, lazos, machetes, estaca, cujes, y el ánimo alegre.

Al alborear los recibió la alarmada Carmelina:

—¿Qué es esto, Anisio? ¡Vienes cagao de arriba abajo! ¡Te chorrea la cagalera por el pelo!...

—Cagau venju, Carmilina —se quejó Anisio—, esus malditus fantasmias me han mulido a palus... y de colmu, nus churrearun de merda!...

Mientras Carmelina curaba la herida en la frente de Anisio, Moco de Puerco decía a Wampampiro:

—Wampa... no me dieron tiempo ni a coger una piedra. Cuando estiré el brazo pa coger una, me metieron el tortazo e mierda por los ojos.

Wampampiro se sonrió.

—No te ocupes, Moco, deja eso. Esas son aventuras del camino. Ésos no eran fantasmas... Eran unos maestros de su oficio, sabían lo que tenían que hacer y lo hicieron bien... Nosotros no. Hay que ir aprendiendo. No

registramos el techo... Yo vi las sogas que colgaban de las viguetas... Lo hicimos mal y perdimos...

Moco de Puerco le respondió lastimeramente:

—No olvidaré, Wampa, esta noche... De ahora en adelante no me digan más Moco e Puerco, sino Moco e cagalera...

19

FENOMENALES AVENTURAS TRAS EL TESORO DE LOS PIRATAS EN ISLA DE PINO

Entre disgustado y risueño llegó Wampampiro a la casa de Herminia y Simeón Simemeo. Le recibió su padre.

—¿Qué te pasa, mi hijo, que te veo el rostro cansado y disgustado?

—Nada, que apenas dormí, y que vengo derrotado por una mala jugada que le hizo Eladio Vinajeras a Anisio el gallego, a Moco e Puerco y a mí...

Y pasó a narrarle el raro episodio de los fantasmas.

Ruperto le escuchaba, riendo a carcajadas a medida que se enteraba de la grotesca aventura.

—¡Qué cómico está eso...! ¡Eso les pasó por confiarse y quedarse dormidos! Eso si se cuenta no se cree... Ja... Ja...

Wampampiro asentía.

—Se gana y se pierde, papá... Esta vez me tocó perder... Pero vamos aprendiendo. Lo siento por el pobre Anisio...

Dicho esto, el poeta se fue a dar un baño en el arroyo. Después se echó a dormir en la cama de su padre. Este contaba la historia dos horas después, entre risas, a los también risueños Simeón y Herminia.

Cuando el poeta despertó eran ya las dos de la tarde.

“Primera vez que veo el sol tan alto al abrir los ojos” —se decía un tanto confuso Wampampiro— “pero lo de anoche es increíble”...

Retornó a su rancho. Ya no tenía tiempo de guataquear las yerbas del maizal. Echó unos cubos de agua en las raíces de su calabazar y se puso a leer a Homero bajo los mangos del patio, aprovechando el último resplandor del día.

Tres semanas después, iba el poeta cantando décimas, tras visitar a un vecino enfermo, en una casa edificada en la falda de una loma.

Volvía melancólico a su hogar. Sobre su cabeza revolaban palomas. El cielo se llenaba de nubes rosadas. Caía la tarde. El poeta improvisaba:

**Vuelan las lindas palomas
por el cielo de la tarde
mientras que en mi mente arde
la ilusión que anda entre aromas.
Ay, alma mía, te asomas
por estos montes tan bellos
del sol rojo a los destellos,
mientras triste me retiro,
hacia mi rancho guajiro...**

No pudo acabar la décima. Un vozarrón detuvo su canto:

—¡GOAMPAMPIRO!, ¡GOAMPA!...

Miró el poeta a todas partes, no halló a nadie. El vozarrón se le fue acercando.

—¡GOAMPAMPIROOOOOOOO!

—GOAMPAMPIROOOO...

—GOAMPAMPIROOOO...

Al fin le vio. Un hombre tocado con una boina se acercaba, llamándole:

—¡Goampampiroooo! ¡Goampam PIROOOOOO!

El poeta le reconoció. Sonriendo, escuchó el último alarido. Después le contestó a grito pelado:

—¡ANIIIIISIIIIIOOOOOO!...

Y se abrazaron.

—Ay, Goampa... ¡Cumulu he buscadu!

—¿Qué pasa, gallego, alguna novedá...?

—Na. Na... Que le necesitu, porque eres hombri valiente...

Wampampiro, recordando la paliza de la casa embrujada, le dijo:

—¡Anisio, la fama de guapo que tenía la perdí la noche en que los fantasmas nos dieron leña y tortazos de vaca a tutiplén!...

—Nu. Nu. Nus apabullarun porque nus cujierun durmíus... Pero de que somos valientes lu somos...

Wampampiro se sonrió y le dijo:

—Bueno, cuenta, Anisio, ¿para qué me necesitas ahora?

Y Anisio contó a Wampampiro:

—Mira, Goampa, la cusa es qui ahura si va de veras... Ahura la cusa es de un tisoru escundidu en la Isla de Pinos, que era la tierra de lus peratas... Los peratas enterrarun muchos tisorus allí, y hacían mapas pa encuntrarlus despoés... Y se me apareció un nejru vieju y me diju que había heradadu de su padri un mapa de un tisoru. Yo le dije que íbamos a la metad si yo lu encuntraba pero el nejru vieju me diju que él vendía el mapa y más ná, y se lu compré...

Wampampiro se quitó el sombrero de guano y se sentó en una piedra.

—Anisio, viejo, así que tú no escarmientas... Ya caíste en otra trampa. ¿Quién cree en mapas de tesoros en estos tiempos? Es seguro que te han engañado...

—Nu, Goampa, ese nejru es hombri de hunur. Le di duscientus pesus y piensu darli quinientos más coandu cuja el tisoru que está metidu dondi marca una cruz en una mata di manju...

Wampampiro rompió a reír.

—Anisio... Eres un bobo..., viejo. ¿Tú no ves que de esa mata de mango no queda ya ni la raíz? ¡Del tiempo de los piratas para acá han pasado como cuatrocientos años...!

Anisio turbó su rostro. Calló por un rato mientras Wampampiro miraba volar a las auras tiñosas.

—Mira, Goampa, vamos pa mi casa, donde tenju el mapa... Ahí te darás coenta de que tiene su valor tudavía... No te me rajés, mi amiju...

Caminaron lentamente rumbo al bohío del ilusionado gallego.

—Trae el mapa, viejo...

—El mapa, Goampa nu te lo poedu enseñar aquí, porque nu conviene... Vete hacia aquella guásima y espérame bajo sus ramajes...

Wampampiro fue donde la guásima y esperó paciente y compasivamente. Daba a Anisio como un soñador incorregible, un soñador en falso, y siempre con negocios rarísimos...

Anisio se le acercó con una revista en la mano. A la sombra de la guásima la abrió, extrajo de sus páginas un viejo papel y dijo:

—Goampa, aquí está mi felicidad...

Wampampiro observó el mapa, grotescamente trazado, en pálida tinta, y observó el dibujo de unas rocas y un árbol... En el tronco del árbol se marcaba una cruz, y, ante la cruz, una flecha con esta inscripción:

El mortal que quiera encontrar este tesoro tiene primero que rezar delante de la cruz grabada en el árbol, por el alma de los enterradores del tesoro que fueron sepultados junto con él, siguiendo las tradiciones sagradas de la piratería. Después debe andar treinta pasos hacia el norte y cavar un hueco hondo de seis varas. No se han de tocar los esqueletos de los sacrificados para evitar la mala suerte y la desgracia que perseguirán hasta su muerte al profanador de sus restos.

Capitán Diosdado Iznaga

Wampampiro leyó con gran detenimiento el aviso al pie del mapa. Observó el papel, mugriento, manchado y mohoso. Pensó: “El que hizo este mapa es un especialista en trucos. A la verdad que no le encuentro ningún fallo. Pero si enterró un tesoro ese Diosdado, en él no deben quedar ni los esqueletos. Pobre Anisio, la gandición del dinero le tiene el coco encendío. Estoy seguro que quien le vendió el mapa es un vividor... Si hubo tesoro, lo sacó. Anisio por gandío cae en la trampa y no hay quien le saque del coco esa idea... Lo que le espera...”

—¿Qué estás pensandu, Goampa?

—No veo claro esto...

—Yo sí lu veu claru... Te roeju que mi acompañes. Vamus tú, yo, Colichinche y Bembaetroenu, que es un hombri moi foerte... El pobre Mocu e Poercu dice que a él no lo cajan más...

Wampampiro comprendió que no podría convencer a Anisio con sus razonamientos. Pensó que el viaje a la Isla de Pinos sería una aventura más en su vida y que no estaba de más conocer la famosa isla. Asintió. Anisio expresó su contentura con un abrazo.

—Goampa, coandu encuntremus el tisoru te vas a mujar... Cujerás tus onzas de oru...

Wampampiro sonrió de nuevo.

—¿Cuándo va a ser el viaje a la isla?...

—En tres días. Ya tenju cuntratadu un barquitu de vela. Nu te vayas de aquí, porque Colichinche y Bembaetroenu llegan mañana con azadones y palas y lus dus caballus para carjar el oru...

Wampampiro asintió.

Esa noche durmió en una casa de tabaco, en hamaca cómoda. Antes, había disfrutado de una comida muy alimenticia, compuesta de tamales con aguacates, arroz de la tierra, huevos y boniatos, y, como postre, una mermelada de guayaba con un gran trozo de queso blanco.

El poeta agradeció a la feliz Carmelina Placencia.

—Comi, comi muchu. Llena el ventre, qui hay qui estar foerte para carjar las barras de oru y las monedas del tisoru del perata... —le decía Anisio, durante la cena.

Wampampiro sonreía. Sonriendo, quedó dormido.

Le despertaron grandes voces madrugadoras:

—¡Colichinche y Bembaetroenu!... ¡Vosotrus ya por aquí!... ¡Venjan a beber del café!

Wampampiro oyó los fuertes pasos de dos caballos y las voces de los recién llegados.

—Aquí estamos, apreparaos pa lo que sea, don Anisio...

—Don Anisio, ya tengo ganas de estar clavando la punta el pico en la pedreguera esa donde está el tesoro...

Semidormido, Wampampiro saltó de la hamaca, se lavó en la palangana repleta de agua, se vistió y salió a saludar a sus futuros compañeros de

aventuras.

Éstos se portaron muy corteses:

—Culichinche, para servirle a usted...

—Bemba de trueno, para servirle...

—Wampampiro Timbereta, para lo que gusten mandar...

Wampampiro quedó muy complacido de la corpulencia y buenos rostros de los recién llegados. Conversaron largamente, desayunaron grandes tazas de café con leche, endulzado con miel de abejas, y masticaron y tragaron algunas galletas redondas.

Anisio expresaba su contento a grandes voces:

—¡De esta nus enriquecemos, porque yo cumpartiré las janancias...!

A poco salieron al patio a observar los caballos.

—Son fuertes, resistirán la carga —dijo Culichinche.

—Lo malo es que se mareen —observó Wampampiro...

Anisio, muy optimista, dijo:

—Al caballu mareadu se le quita la burracherá dándole a comer maluja de maíz. Yo coidaré de llevarle unus sacus cun buena maluja...

Al día siguiente, los cuatro compañeros de aventuras tomaron rumbo a la cercana costa, de madrugada, llevando de la brida a los dos caballos, que cargaban en sus serones, picos, palas provisiones, aguardiente, kerosene para los faroles, hamacas, un fogón, dos calderas y cuatro platos con sus cubiertos. En la cintura, todos portaban machetes, en sus vainas.

Llegaron a la costa con el alba aún. Encontraron el bote de velas junto a la choza de su dueño y futuro piloto, Máximo Cuchunga. Éste dormía aún.

Acordaron esperar, entre las rocas de la costa, a que amaneciera, antes de tocar en la puerta de Máximo Cuchunga. No tuvieron que esperar mucho. Un hombre de fuerte apariencia, de rostro tostado por el sol, salió a buscarlos.

—Les sentí venir... Partimos en cuanto me cambie de ropa. Todo está listo. Aquí tengo en la cocina un saco de arroz. Hay que llevarlo... Por el camino pescaremos...

Wampampiro, bajo la alegre luz de la mañana, ante el verdeazul del mar, con el bote de vela moviéndose como un alcatraz entre las suaves olas, se

sintió alegre. ¡Qué viaje más hermoso iba a emprender!, bien es verdad que acompañado de tres locos, pero, según pensaba, muchas cosas nuevas e interesantes vería en esa aventura, que se presentaba tan fácil, tan fantástica...

Wampampiro estaba en lo cierto. Su instinto de caminante no le había engañado.

Pedro Pablo de la O, el “nejru viejo” de Anisio, era cierto que había heredado de su padre un mapa de del tesoro que enterraron unos piratas en Isla de Pinos. Nunca se decidió a desenterrarlo porque temía a “las consecuencias malas que traen estos asuntos de tesoros de piratas”, según decía.

Cuando decidió venderlo, para remediar su miseria, pensó en Anisio, siempre tan ansioso de dinero. Habló de ello con su hijo Anselmo y éste le pidió el mapa y lo observó con mucha atención.

—Papá, me parece que este papelucho del mapa del tesoro no vale un gollejo de naranja... Pero si el gallego lo compra, allá él...

—Bueno, la semana que viene voy a llevárselo, a ver si lo compra. Isla e Pino está cerca...

Esta breve conversación había ocurrido en la bodega campera de Palmarito, y Tiburcio Esparraguera, un astuto bodeguero, conoció del asunto del mapa, pues en esos momentos les despachaba unos centavos de dulce de coco prieto.

Cuando Pedro Pablo de la O y su hijo se retiraron, Tiburcio fue a comunicarle a su amigo, gran jugador de barajas y lidiador de gallos, Erundino Peraza, lo que había escuchado. De inmediato se pusieron de acuerdo para apoderarse del mapa y del tesoro. Así lo hicieron. Aprovechando una ausencia de Pedro Pablo de la O y su hijo, que fueron desde Palmarito a Minas Bajas, entraron en su choza, rompiendo el guano del techo, y, rápidamente, hallaron el mapa en la gaveta de un carcomido escaparate.

—No, no te lo lleves, Tiburcio. No, mejor es copiarlo y salir primero que el gallego Anisio pa Islepino —dijo Erundino. Tiburcio titubeó.

—Sí... no ves que si desaparece el mapa se puede complicar la cosa... A lo mejor tienen una copia, o Pedro Pablo se lo sabe de memoria, y se nos van alante... Si no lo ven, sospechan...

Así, Erundino Peraza dibujó el mapa, en un pardo papel de envolver café, con trazo inseguro.

Ese trazo inseguro determinó un desenlace imprevisto.

Retecharon con el mismo guano y escaparon rumbo a la bodega, que atendía Marcelita, la mujer de Tiburcio.

Aquella noche los dos compinches idearon un plan truculento. En primer lugar, salir rápidamente hacia la costa, donde, cerca de Casilda, conseguirían embarcación. En segundo lugar, buscar el apoyo de Manoemplomo, sargento de la Guardia Rural de Palmarito, hombre sin escrúpulos...

Le vieron al atardecer. Manoemplomo, una vez enterado del asunto, dijo:

—Cuenten conmigo, pero con la condición de que se me entregue la tercera parte del tesoro, porque yo voy a poner de gratis la comida, los picos, y este rifle que ven aquí.

Y alzó un Springfield en su mano derecha...

—Esto, por si acaso...

Salieron esa noche, en un barquito que alquilaron en Casilda.

Al alba, se dieron a la mar Wampampiro y sus amigos.

El amanecer se presentaba soleado. El velero avanzaba rumbo al sur, impulsado por un fuerte viento norte. Máximo Cuchunga al timón: Parecía volar sobre las olas, que le daban de popa.

El humor dominaba en los cuatro amigos. Wampampiro, que nunca había navegado, disfrutaba del mar, sus colores, sus olores, sus pájaros, y el inmenso cielo azul claro sobre él. Echó de menos su guitarra y dijo:

—Amigos, estoy inspirado, pero no es fácil cantar sin guitarra...

—Yo te hago de guitarra —le dijo Culichinche y la imitó perfectamente.

Y comenzó a emitir unos sonidos agudos que daban la tonada del punto guajiro.

Wampampiro sonrió y cantó rápidamente:

**Vamos en esta aventura
un gran tesoro a buscar
aquel que lo sepa hallar
olvidará su amargura.
A veces la contentura
del dinero es “salación”;
y a mí me da el corazón
que a lo mejor nos “salamos”
y en lugar de oro encontramos
un gran saco de carbón.**

Esto lo decía Wampampiro porque la tradición campesina de “las botijas de oro enterradas”, dadas por apariciones fantasmales, se convertían en carbón si quienes las hallaban no eran sus legítimos destinatarios. Se reía de tales leyendas. Sabía bien que nada iban a encontrar, pero la fascinación del viaje por mar, la proximidad de la bella y tan mentada Isla de Pinos, antiguo refugio de piratas, le contentaba, le excitaba al canto:

**Les digo, mis compañeros:
¡miren qué bello paisaje!
Observen el grato oleaje
a los rayos mañaneros.
Si no encontramos dineros
nadie se ponga a llorar...
Este viaje singular
para mí será provecho
pues me llevaré en el pecho
el tesoro azul del mar.**

Culichinche cesó de imitar a las cuerdas de guitarra y Anisio dijo:

—Goampa, nun cantis tan pesau. Hay que ser otimista. Nenjuna salación nus va a caer. Nusutrus vinimos pa cá cun el tisoru completu... Y te rejalaré una jitarra noeva para qui ti acoerdes di mí...

Bembaetrueno soltó una gran carcajada al escuchar el complicado discurso de Anisio. Al mismo tiempo, haló su cordel con un pargo en el anzuelo. Máximo Cuchunga le echó manteca al sartén y se aprestó a freírlo.

Wampampiro sonrió de nuevo y tentó su cordel, la vista perdida en el horizonte, donde dos azules se encontraban.

A media tarde, almorzaron pargos fritos con arroz blanco. Cuchunga decía:

—Éste es el peje más sabroso, de la ola al sartén...

Al crepúsculo, divisaron la costa de Isla de Pinos. Máximo Cuchunga consultó su brújula.

—Vamos bien —dijo— pero esperemos que sea más de noche para desembarcar...

Así lo acordaron. A Wampampiro se le iban los ojos hacia la tierra arbolada, tan cercana ya...

—Esta noche no habrá luna, Cuchunga...

—Goampa. Yo consulté el calendariu. Nun hay luna. Eso es lu que había que esperar, pa qui nadien nus vea...

Las sombras comenzaron a caer. Anisio ordenó cargar los sacos llenos de picos, palas, faroles, provisiones. Se ajustaron los machetes en la cintura y esperaron que espesara la noche. Anisio, mapa en mano había dicho, señalando a la isla cercana:

—Miren el árbul marcadu en el mapa... Es esi grandi que está allá...

Los cuatro navegantes frente a la isla ignoraban que dos noches antes habían arribado a ella Tiburcio, Erundino Peraza y Manooplomo.

Los tres compinches habían excavado ya en esas dos noches ante cuatro árboles, a los que dieron como los indicados en el mapa, sin buen resultado alguno.

Se hallaban extenuados. Las dos noches en vela y las picadas de los jejenes durante el día apenas les habían permitido dormir. También se les habían agotado las provisiones y padecían de fuerte hambre.

Erundino Peraza, descansaba bajo un mangle cuando divisó, entre las primeras sombras de la noche, el velero de Anisio.

—¡Miren, miren pallá! ¡Qué fenómeno más fenómeno! ¡Ahí están!... ¡Tiburcio!...

Manoeplo y Tiburcio volvieron sus cansados ojos hacia el mar, y se sobresaltaron.

—Sí..., sí..., son ellos...

—Sí..., sí..., son ellos mismos...

—Sí..., a mí ese bote no se me despinta...

A poco, ante el velero detenido, a la espera de la noche que permitiera un inobservable desembarco, comenzaron los tres compinches a elaborar un plan siniestro.

—Miren —dijo Tiburcio— cojan estos trajes de fantasmas, que me los prestó un amigo, que sabe que Anisio le tiene miedo a los fantasmas. Nos vestimos con ellos al atacarlos...

—Lo primero que hay que hacer es cogerles las provisiones. Los trajes nos los ponemos después...

—Sí, sin jama no hay vida, Tiburcio...

—Ellos vienen cansados... Seguro que echan un pestañazo antes de empezar a dar pico y pala...

—Sí, ahí aprovechamos nosotros y les robamos la jama... primero que nada. Después vendrá la toletera...

Una vez puestos de acuerdo, los tres compinches se dedicaron a observar los movimientos del velero. Éste, ya oscurecido, se fue acercando a la costa. Hubo un momento en que los ansiosos ojos de los tres compinches lo perdieron entre las apretadas sombras.

En el bote todo era agitación. Se aproximaba la costa.

—Goampa, tú que eris moy fuerte, cuje el sacu de la cumida y cájalo...

Wampampiro se echó al hombro un gran saco y saltó a las piedras de la playa. Sus compañeros desembarcaron sin dificultad, las mentes llenas de ilusiones.

Se introdujo después el bote en una hendidura de la costa. Anisio dijo:

—Cun la aurura, antis qui salja el sol de nuevu, nus vamos para la mar cun el dineru...

Sus tres compañeros le oyeron en silencio mientras se reponían de un ligero mareo descansando en el oscuro manglar costeño.

Manoeplomo dijo:

—¡Mal rayo me parta! ¡Se nos han perdido! ¡Y con el hambre que tengo!...

Tiburcio le advirtió:

—Mira, Manoeplomo, mejor es pasar hambre y cogerles el manguá, que es lo que resuelve. Con ese oro matamos mil hambres. El jartón siempre pierde...

Erundino lo respaldó:

—Sí, sí..., es mejor aguantar el hambre y cuando los encontremos nos ponemos a ver lo que hacen. En cuanto hallen el dinero, les caemos arriba...

—Sí, estoy de acuerdo... Es que la panza me tiene loco. Sí, les caemos arriba, y cuando yo les meta el primer tiro salen ellos huyendo, y yo les caigo atrás a tiros y ustedes aprovechan y cogen el oro y me esperan, que yo vuelvo enseguida para coger el barquito y salir volando con las monedas y las provisiones de estos guanajos...

—Ya es hura de marchar rumbu al árbol, vamos, vamos... —dijo Anisio.

Había transcurrido alrededor de una hora desde el desembarco. La noche mostraba algunas estrellas. En la semioscuridad avanzaron tierra adentro.

A poco de andar, Anisio cayó al suelo; el pie derecho se le había hundido en una cueva de cangrejos. Sus compañeros le ayudaron a sacar el dañado pie, pero tuvo que dejar la alpargata dentro.

Anisio decía:

—Jracias, jracias... Nun pasa nada. Sólo que un cundinadu cangreju me hizo cusquillitas en el carcañal...

Wampampiro rió. Metió su mano en la cueva y sacó afuera la alpargata, que entregó a su dueño, quien dijo:

—Hay que incender un farol... si nu nus matamus. Miren. El árbol está allá... muy cerca... Enciendan...

Culichinche ralló un fósforo y encendió la mecha del farol.

Grave imprudencia. Grave imprudencia, porque el destello primero del farol llegó a la ansiosa pupila de Manooplomo.

—¡Allá Van! ¡Allá van! ¡Están cerca!...

Sus compinches perdían a veces la luz del farol entre los manglares, pero lograron el rumbo exacto y se fueron aproximando a los descuidados buscadores de tesoros una vez que el farol quedó detenido ante un árbol alto, rodeado de mangles.

Divisaron entonces al ansioso Anisio que observaba el mapa cuidadosamente. Después, éste se fue donde el árbol alto, y, farol en mano, buscó la cruz grabada a cuchillo que el mapa señalaba.

—Nun la hay... nun la hay —dijo al cabo de un rato de rodear al árbol, el farol en la diestra mano.

—Anisio —le replicó Wampampiro—, no puede haberla porque a lo mejor hace tres siglos que la marcó el pirata y en tres siglos la mata ha cambiado cien veces de cáscara... Digo, si es que éste es el árbol del mapa...

—¡Demontre! ¡Di qui es el árbol sí es! ¡Sí es! Pues si nun está la cruz el árbol es... ¡A cavar ahura mesmu!...

Se buscaron los picos y las palas. Se encendieron dos faroles más y Anisio dio los treinta pasos requeridos rumbo al norte, brújula en mano, y después dijo con voz ferviente:

—¡A cavar aquí...!

En el lugar indicado, los cuatro amigos comenzaron a cavar. Los picos resonaban sordamente.

Media hora después, las palas echaron fuera la tierra removida. Habían avanzado casi dos metros. Bemba e trueno dijo:

—Gallego, se te olvidó rezar por los esqueletos que están enterraos aquí...

—Qui isquilitu, ni isquilitu... Si nus punemus a rizar nos coji el día. Cun la emución que tenju si mi ha olvidau rizar... ¡diantre!...

Los picos continuaron su tarea.

A cuarenta metros de distancia observaban a los cavadores los tres compinches, muy regocijados por la cercanía del posible tesoro y del saco de las intocadas provisiones. Cada uno de ellos tenía una estaca en la mano. Manooplomo terciaba su rifle.

—Cállense... nadie se mueva... ni un ruidito... que los cogemos... oído atento... cuando toque el pico con el cofre saldrá un ruido grande... Entonces palo con ellos, hasta que pierdan el sentío. Los amarramos, cogemos el oro, y a navegar —dijo, como en un susurro, Manooplomo.

Los cavadores cada vez se internaban más. El hoyo aumentaba de tamaño. Cuatro metros tenía ya de profundidad cuando Anisio ordenó un descanso.

Fatigados, se acostaron los cavadores alrededor del hoyo. Los faroles atraían numerosos insectos.

—¡Nadie se duerma, nadie! —exclamó Anisio—. ¡Ya estamos a dos varas de la felicidad!

Wampampiro se sonreía y pensaba: “Cuando este gallego loco por el oro vea que no hay nada en este agujero se va a desmayar de la tristeza. Yo lo voy a consolar, porque no es mala gente, pero es un cándido que no conoce los engaños de la vida. La noche está linda y hay hasta cocuyos.”

—¡A cavar otra vez!...

Los picos cavaron de nuevo, impulsados con fuerza. A poco, las palas echaron más tierra afuera, esta vez con dificultad, pues el hoyo era profundo. Wampampiro bajaba el saco que contuvo los picos y las palas. Sus compañeros lo llenaban de tierra y el poeta lo subía y lo descargaba de terrones, y de nuevo lo lanzaba abajo.

Cuando Manooplomo vio que el saco bajaba y que después subía lleno de tierra, dijo en voz muy baja a sus compinches:

—Hum... Ya están llegando a las seis varas lo menos... Hay que acercarse más... para oír el ruido del pico cuando choque con el cofre de hierro. Tengan listas las estacas. ¡A darles palos en la cabeza para que caigan como pollos!...

¡PAAAAAAAAMMMMMMMMM...!

Cuando Manooplomo oyó el gran ruido que el pico de Culichinche sacara al chocar con un objeto duro, no se pudo contener y gritó.

—¡Al ataque, estaca contra ellos!...

Wampampiro oyó el grito.

Los tres compinches se levantaron a un tiempo, las estacas en alto. Manooplomo echó a correr, el primero, pero el rifle le golpeó al rostro, en el impulso de su salto, y cayó a tierra, desmayado.

Su cuerpo dio ocasión de tropezar con él a sus seguidores y todos vinieron al suelo.

Wampampiro gritaba entretanto:

—¡Suban, suban, cojan la sogá y suban, que vienen los enemigos!

En un instante los cavadores subieron, poniendo los pies en las paredes del hoyo para salir rápidamente.

—¡Son los esqueletos, mi madre! —gritaba Culichinche.

—¡Curaje! ¡Curaje! ¡Poede ser un chivu que birrió! —exclamaba molesto Anisio.

En ese momento llegaron los asaltantes, envueltos en sábanas blancas.

—¡Son los esqueletos! —atinó a gritar el aterrorizado Culichinche.

“A estos fantasmas los conozco yo”, pensó rápido Wampampiro. Y gritó:

—¡A fajarnos con ellos, cojan las palas!

Y se liaron a golpes valientemente Bembaetrueno, Anisio y Wampampiro con sus dos asaltantes, dos, porque Manooplomo ya recuperado, se había echado el rifle al hombro y se aprestaba a disparar, desde las sombras.

Cuchunga observaba. Culichinche, de rodillas, rezaba. Recibió un estacazo de Erundino en la cabeza y cayó desmayado.

Manooplomo dijo:

—¡Ya cayó uno!

Y movía su rifle buscando los cuerpos de Wampampiro, Anisio y Bembaetrueno, pero, a la escasa luz de un farol, ya que los otros se habían roto en la refriega, no se atrevía a disparar para no matar a uno de los suyos.

Anisio logró tumbar a Erundino Peraza. Un instante después cayó él también a tierra al recibir un disparo de Manooplomo en una pierna.

Poco después, éste disparó y acertó a tocar en el hombro izquierdo a Máximo Cuchunga, quien escapó gritando:

—¡Corre, Wampampiro, que nos matan!...

Wampampiro echó a correr y los dos compañeros se perdieron en el bosque.

Manoeplomo, caliente rifle en mano, se acercó al hoyo. Observó a los desmayados, tomó el farol y bajó hasta el fondo. Tomó allí un pico y dio algunos golpes sin encontrar el cofre esperado.

Sin desanimarse, continuó cavando. A poco encontró los vidrios de un garrafón que el pico de Culichinche había despedazado, provocando el ruido que motivó el ataque de los compinches.

El hallazgo le entusiasmó. “Ya apareció algo, a lo mejor encuentro ahora una botija llena de monedas de oro, o el cofre. Dejo a mi gente corriendo, cojo el bote y me lo llevo todo”... pensaba.

Cavó con más fuerza, ilusionado.

Para cavar con mayor comodidad, dejó el rifle en el suelo, junto a su pie derecho.

Wampampiro corría, sintiendo los pasos de un invisible persecutor y sostenía a la vez a Cuchunga, que se desangraba sin abandonar la carrera.

Wampampiro se detuvo:

—Cuchunga... vamos a escondernos. Ese que viene atrás no nos ve ya... Seguirá de largo... Tú no puedes seguir corriendo y botando sangre. Acuéstate...

Cuchunga se acostó en la yerba. Wampampiro lo cubrió de bejucos. A poco escucharon rápidos pasos cercanos.

Wampampiro dijo:

—Quieto aquí... no te muevas...

—Es uno solo. Lo voy a sorprender, si puedo...

Al momento, haciendo un gran ruido al chocar su cuerpo contra los ramajes, llegaba un persecutor. Wampampiro vio a la figura envuelta en sábanas. Se ocultó tras un tronco, y tan pronto pasó el presunto fantasma, se

le abalanzó, le quitó la estaca de su mano derecha y con ella le dio un golpe y lo lanzó al suelo. Encendió un fósforo, le vio el rostro.

—¡Tiburcio el bodeguero!...

Lo ató con la sábana fantasmal, hecha tiras. Levantó a Cuchunga y le dijo:

—No son fantasmas... Es gente de Palmarito... Vamos, a buscar al gallego y a Culichinche. Eran tres. Los vi. Ya hay dos tumbaos. Sólo queda uno, que es el armao... Pero debe estar metido en el hoyo buscando el guano. Vamos...

Con mucho trabajo regresaron al lugar de la excavación. Poco antes de llegar, sintieron golpes de pico.

—Ah... ése es el armao, que está buscando el guano...

—Sí...

Avanzaron hacia el borde del hoyo. Allí se detuvieron. El poeta dijo:

—Vamos a buscar el resto de nuestro grupo, pero con mucho cuidado para que el armao no nos oiga...

Sigilosamente llegaron donde Anisio. Éste se hallaba lúcido, pero muy fatigado para escapar. Culichinche ya hablaba pero no podía andar.

—Istoy hiridu en una pata, Goampa...

Wampampiro se lo echó al hombro. Antes, había levantado a Culichinche y se lo había entregado a Bembaetrueno.

—Vamos al bote... al bote..., al bote... —susurraba imperioso Wampampiro mientras escuchaba los golpes de pico que el ilusionado Manoeplomo daba constantemente.

Antes de escapar, Wampampiro fue al borde del hoyo y haló la soga y se la guardó.

Manoeplomo respondió con un disparo.

Poco a poco, con lentos pasos, llegaron a la ensenadita donde el velero se hallaba...

—¡Vamos! —gritó Wampampiro— ¡al mar!...

Culichinche le dijo:

—Porrón con agua hay aquí. Pero de jama nada...

—Si hay agua ya estamos salvados. Diez días aguanta un hombre sin comer. Dos no aguanta sin agua. ¡Al mar!...

Y se dieron al mar. La vela chasqueó a poco, y, emprendieron, magullados, heridos, el regreso.

Wampampiro distribuyó el agua, se hizo cargo del rumbo y dio aspirinas, que extrajo de un bolsillo, a los dolientes.

—Cuando salga el sol ya estamos a mitad de viaje...

Un mes después los heridos se hallaban curados. Al incauto Anisio le quedó una ligera cojera. Bembaetrueno sufría de un espasmo en su mano izquierda, que llevaba entablillada. Culichinche sanó pronto de su cabeza.

Dos meses después se supo que Manoeploomo tenía presos en Isla de Pinos a Erundino y a Tiburcio, acusándolos de preparar una revuelta contra el dictador Machado. Afirmaba que les había seguido de cerca en el viaje subversivo a la citada Isla, donde los dos maleantes habían buscado un cargamento de armas en un hoyo cerca de la costa, con el fin de alzarse contra el gobierno en la isla.

Manoeploomo había montado en cólera al verse hundido en un hoyo del cual no podía salir porque la soga se la habían robado “esos cabrones”, según afirmaba. Cuando al fin, después de dar cientos de picazos, pudo salir, con la ayuda de unos pescadores que acudieron a sus disparos y gritos, halló que las provisiones habían desaparecido, robadas por “esos cabrones”, y se propuso castigarlos duramente, pues tanto Erundino Peraza como Tiburcio el bodeguero se las habían comido “sin darle ni siquiera un pedazo de pan viejo”.

Rojo de cólera, le decía, ya en su hogar en Palmarito, a su alarmada mujer, Verónica Silva:

—Verónica, Verónica... a qué aventura de mierda me llevaron esos canallas. Ná. No había ná. En el último picazo que di piqué un tibur viejo del Año de Colón. ¡Que se pudran en el presidio esos cabrones!

20

INJUSTA DETENCIÓN DE WAMPAMPIRO CUANDO SE ENFRENTABA AL GALLO DE LAS SEIS ESPUELAS

El episodio que provocó la detención de Wampampiro por la guardia rural de Macurijes fue la canturía donde se enfrentó al Gallo de las seis espuelas. De ello se habló largamente en el pueblo.

Era éste un decimista agresivo y de mucha puya en sus controversias. El tal Gallo acostumbraba vejar, cuando se veía perdido, al poeta que se le enfrentaba. Wampampiro lo sabía.

Cierto es que nunca hubiera cantado en una parranda donde se hallara el grosero Gallo de las seis espuelas. No lo deseaba. Si llegaba a una canturía y encontraba al Gallo, daba las buenas noches y se iba. Sabía también que el tal Gallo era machadista, un esbirro cantor, que tenía relaciones con la tiranía, la cual lo premiaba con un sueldo de soplón. Pero en una ocasión se vio obligado, por su mala suerte, a enfrentarse al Gallo de las seis espuelas, o pasar por cobarde en Macurijes.

La cosa fue así. Clementina Moreno, joven muy fina y de notable inteligencia, cumplía veinte años. Con ese motivo se organizó una fiesta de canturía y Wampampiro fue invitado, entre otros poetas de la zona, algunos de Minas Bajas, y el célebre poeta Marrero de Ranchuelo.

El cordial, servicial Wampampiro aceptó. Simeón Simemeco y Herminia cantarían también.

A las ocho de la noche comenzó la canturía en el patio de la casa de Clementina. De los gajos de los árboles cercanos se colgaron lámparas. Los vecinos prestaron sus asientos.

La concurrencia se hallaba sentada en su mayor parte, pero alrededor de unas treinta personas presenciaban la fiesta cantora de pie y gozosamente.

Las guitarras sonaban claras bajo los árboles del patio. De vez en vez las gallinas posadas en sus ramas soltaban lastimosos cacareos y algún que otro acuoso proyectil.

Corría el ron y se escuchaban ya enardecidos vivas a los cantadores por sus felices décimas.

Wampampiro cantaba con grande facilidad improvisadora, con bellos versos y una fluencia incontenible.

—Wampa esta como nunca —le dijo Simeón Simemeeo a Herminia.

—Ya lleva años, Simeón, en esto. Con la práctica está hecho un maestro...

De pronto se volvieron los esposos. Habían sentido fuertes murmullos tras ellos. Con grande desagrado se toparon con la aborrecida visita del Gallo de las seis espuelas: grueso, la camisa abierta mostrando el peludo pecho, y una sonrisa desdeñosa en la recia cara.

—¡Llegó el Gallo! ¡Llegó!

—¡Pa gallo, Wampa...!

—¡Este es el gallo de aquí, Wampa...!

—Wampa despluma al Gallo ese en un dos por tres.

El Gallo de las seis espuelas oyó las voces. Con paso firme avanzó hacia el coro de cantores y sin esperar que Enriquito García terminara su décima, gritó con vozarrón descortés:

—¡El Gallo bravo soy yo! ¡Vengo con las navajas afilás! ¡Me echo con quien sea...!

Se levantaron voces:

—¡Pega con Wampa, con Wampa...!

—¡Sí, con Wampa...!

—¡Wampa te va a revolcar!

—¡De las seis espuelas te vas a quedar sin ninguna...!

Un guardia rural que le acompañaba, vestido de completo uniforme, gritó:

—¡Cállense! ¡Cállense! ¡Vamos a ver quién gana a quién! ¡Arriba, Gallo!...

Hizo entonces una señal a los tocadores para que comenzaran con sus tonadas.

Cuando las cuerdas sonaron, el Gallo de las seis espuelas cantó:

**Yo vengo aquí a este lugar
para ver quien es candela
que el Gallo de seis espuelas
la sabe pronto apagar.
Aquí yo vengo a retar
al que más bonito cante.
Si me oye, que no se espante
y a ese totí Wampampiro
lo tumbo de un solo tiro:
¡me lo llevo por delante!**

No hubo aplausos cuando el Gallo terminó su décima. No contaba con simpatías en la zona, por bravucón y soplón de la Guardia Rural.

Wampampiro pidió su tonada a los tocadores, se levantó lentamente de su asiento y cantó, hacia donde estaba el Gallo:

**Yo me levanto a cantar
no para entrar en lipidia
contra ese Gallo de lidia
que me intenta derrotar.
Bueno, puede comenzar
a tirarme su revuelo
que yo no me quedo lelo
y defenderme sabré,
mas puede ocurrirle que
deje su pico en el suelo.**

Cuando Wampampiro terminó de improvisar su décima se oyeron largos aplausos. Molesto, el Gallo le contestó, con su voz aguda, un poco falsete:

Dejar el pico en el suelo

**este gallo no lo sabe
pero en este caso cabe
que para su desconsuelo
ese bruto cantorzuelo
que se llama Wampampiro
salga huyendo como un tiro,
pues es un hombre cobarde,
y cuando vea que esto arde,
se vuelve moco y suspiro.**

Wampampiro conoció la grosería de su adversario, y sintió la sangre arder. No sabía cantar groseramente, ni humillar a cantor alguno con adjetivos infamantes, pero la ardiente sangre le hizo perder esta vez la calma:

**Tú eres un Gallo violento
con tus seis espuelas malas
amparado por las balas
y el amarillo elemento.
Yo no canto con tu acento
ni menos por tus bordones:
ni uso tono bravucones
porque no soy machadista,
y no cobro por la lista
de los vagos y soplones.**

Terminada su décima, entre grandes aplausos, Wampampiro sintió una mano del guardia rural aferrada a su hombro.

—Así quería cogerlo... Así mismo... Ya me lo habían dicho, que usted estaba contra el mejor gobierno que ha tenido Cuba... Usted está conspirando descaradamente. ¡Vamos para el cuartel! ¡Está preso!... Allí se le va a acabar la guapería...

Wampampiro calló.

El guardia le cogió por un brazo y lo sacó del grupo de asistentes a la canturía, que se hallaban todos de pie y consternados. Al pasar Wampampiro

junto al Gallo de las seis espuelas éste lo empujó y Wampampiro fue al suelo...

—¡Abusadores! —gritó un jovencito.

Al instante el guardia rural golpeó sus espaldas con el revés de su machete. La madre del joven gritó:

—¡No le peguen, que es un niño!...

Ya en el cuartel de la Guardia Rural, el Capitán se le enfrentó con rostro airado:

—¡Así que te cogieron hablando mal del gobierno, so canalla! Así quería tenerte... Ya te sospechaba yo en lo que andabas...

Y cruzó el rostro al poeta con una bofetada. El sombrero cayó a dos metros de distancia.

Entonces el Gallo, llegando de improviso, le partió los labios a Wampampiro de un puñetazo.

—Cobarde... —atinó a decir el poeta.

—¡Coge, por decirme cobarde! —le gritó el Gallo, y le lanzó un puntapié por el vientre.

Wampampiro se dobló.

—¡Al calabozo con este bocón! —rugió el Capitán.

Dolorido, magullado, Wampampiro pensaba, tirado en el cemento del calabozo:

“Tienen las armas, tienen los hombres que se alquilan para abusar y hasta para matar... ¡Cómo se vive en Cuba!... Siempre el ejército y la policía a favor de los criminales y ladrones... ¡Y cómo hay soldados sin escrúpulos!... Los hay buenos también, es verdad, pero son los menos... Ahora lo que tengo que hacer es aguantar. A lo mejor me ahorcan...”

Mientras Wampampiro pensaba estas cosas, Simeón y Herminia hablaban con el Capitán, implorando compasión para el poeta.

El Capitán les dijo:

—No bembeteen tanto. Se metió contra el General y esto es grave, muy grave. Pero ná, yo no soy malo... Si me traen... cincuenta pesos... lo suelto... y aquí no ha pasado ná. Pero, eso sí, que se aguante la lengua o puede amanecer guindao de un palo...

Tres días después, Wampampiro salió del calabozo, con fiebre y paso lento. Lo sostenían Simeón y Herminia. Simeón había vendido seis vacas para conseguir los cincuenta pesos.

21

WAMPAMPIRO SE HACE AMIGO DE UNA FIERA QUE SE TORNA SU GRAN COMPAÑERO DE CÓMICAS AVENTURAS

Gran sorpresa se llevó Wampampiro cuando un amanecer sintió una voz conocida que le llamaba, a lo lejos:

—¡Wam... pam... PIIII ROOOO...!

Como se hallaba en su conuco, desyerbando el maizal, se sorprendió de que se le buscara en horas de faena.

“Algún rollo grande viene parriba e mí”, pensó.

—¡AQUÍ ESTOY...! —gritó.

A poco avanzó un hombre. A medida que iba llegando al conuco del poeta, éste lo iba reconociendo:

“¡Es el dueño del circo, el hombre que me levantó a Sócrates con su mona...”, pensó.

Avanzó hacia el cirquero. Éste le dijo:

—Wampa... me alegro mucho de verte tan fuerte y colorao... Yo aquí, regular...

Wampampiro estrechó su mano.

—¿Regular?

—Sí... el circo no va mal, tampoco bien. La rumbera se me enamoró por Güinía de Miranda; en Mataguá dejé a un camello con diarreas. Lo está tratando un brujo que sabe mucho de yerbas. Allá tengo el circo... parao...

—¿Y mi mono...?

—Tu mono... encantado, enamorado como un Rodolfo Valentino...

—Menos mal... Y ahora ¿qué te trae por aquí?

El cirquero se echó a reír.

—Na, que vine a dar una vuelta por el pueblo, a ver si corre alguna plata con la zafra... pa traer mi circo otra vez... Aquí gusta mucho... Y además...

El cirquero miró fijamente al rostro del poeta. Éste, al observar su mirada acuciosa, le dijo:

—Además...

—Además, como sé que tú tienes tan buen corazón, y para taparme de la jugada que te hice con el mono... te ofrezco una buena solución, y así los dos nos quedamos más amigos...

Wampampiro le dijo:

—Bueno, vamos pa la choza. Tómate allí un buchito de café, en calma, y hablamos...

—No, Wampa, aquí, al resistero del sol hablamos un ratico, y ya. Todo depende de tu buen corazón...

Wampampiro se curioseó:

—Venga, ¡manda el viaje!

—Na... que tengo al león viejo y enfermo. Está triste...

Wampampiro escuchaba atentamente.

—¿Viejo y enfermo...?

—Sí. Y medio destimbalao. Ya ni comer quiere... Y mi conciencia me dijo: “A lo mejor Wampampiro que tanto quiere a los animales me lo cuida y me lo mejora... Tranquilo en el monte, sin tanto traqueteo de viajes, se cura”

Wampampiro se quedó pensando. Ante su silencio, el cirquero insistió.

—Ná. Wampa. El león está mansito. No ataca ni a un conejo. Lo metes en un corral y me lo curas.

Wampampiro le contestó al momento:

—Sí, te lo curo para que después me hagas lo mismo que me hiciste con el mono. Te vales de tus mañas para llevártelo.

—No. Te doy mi palabra...

—Palabra no, un contrato. Firmas un contrato regalándome el león...

—Lo firmo... Lo que quiero es que pase sus últimos días contento... Le tengo cariño. Me ha dado a ganar buen dinero... El pobre, ya apenas ruge...

—¿Y cuándo lo tendré aquí?

—Mañana mismo, al atardecer. Vendrá en una carretica tapá con una loneta pa que no se forme un aspaviento por el camino...

—Bueno, lo espero enfrente a mi casita...

—Sí. Prepara un buen corralón pa que Candela se sienta cómodo...

—¿Candela se llama? Hum...

—Sí. Era candela... Ahora, cuando está comejeneado se puede llamar Ceniza...

El cirquero se despidió contento. Wampampiro quedó preocupado y curioso.

Guataqueando el maizal, se le ocurrió una décima:

**Perdí al mono... y un león
ahora habitará mi casa.
¡Cuánta rareza me pasa:
un león en mi habitación!
Lo digo de corazón:
si es un león obediente
seré con él complaciente
y a pasear lo llevaré...
¿pero qué jama hallaré
para este animal mordiente?**

Se sonrió y siguió guataqueando.

Cuando bajaba el sol, tomó rumbo a su casa, guataca al hombro.

Al llegar al “guasimal de Paulino”, se topó con Andrés, el trigueño hijo de su amigo Hilario, que se ocupaba de bombear los pozos y vender agua para el pueblo:

—Wampa, dice papá que vaya a verlo...

—Bueno... voy...

Andrés le contaba por el camino algunos chistes del pueblo. El poeta le oía en silencio.

“Espero acabar pronto, oyendo la lata que me va a dar Hilario... Sí... Porque tengo que prepararle un corral seguro a Candela... que llega mañana... Y a lo mejor coge fuerza con el buen trato, y se me escapa y mata

animales o gente. Me parece que me apuré demasiado en este negocio. Pero este cirquero vivo no me dio tiempo a pensar a fondo este asunto. Bueno, veremos a ver qué pasa... A lo mejor Candela, ya viejo, es bueno...” pensaba el poeta.

Pensando en el león llegó a la casa de Hilario.

—Buenas..., qué tal —le dijo Hilario.

—Aquí, echando candela...

—Sí, hay un indio, que raja las piedras... ¡Cómo está el solibio!...

—De qué se trata, Hilario.

—Mira, primero, que salga Andrés del portal, que los muchachos lo cuentan todo... Es algo en que hace falta un hombre como tú. ¡Andrés, vete a jugar!...

Andrés obedeció.

El poeta inquirió:

—¿De qué se trata?

—Na menos que de ese borrachón de Ojos bellos, ese enamorado de muchachas. Le ha tirado el ojo bello a mi hija Adolfina... Eso sí que no lo tolero... y con un borracho corno ese, menos...

Wampampiro sonrió.

—Bueno, ése es un problema tuyo...

—Y grande. Porque Ojos bellos es policía, el muy canalla. Es un bonitillo y presume de su tipo. Ha enamorado como a veinte muchachas... y después las deja. Y ahora está detrás de mi hija, que tiene diecisiete años y no tiene malicia. ¡Pero aquí estoy yo para defenderla! ¡Qué vaya a coger sus borracheras con otra!

Hilario y Wampampiro conversaron más de veinte minutos. En la conversación se acordó que el poeta pensaría alguna solución para evitar el peligro de Ojos bellos, sin necesidad de llevarse a Adolfina del pueblo.

—Déjame pensar, Hilario, en unos días te veo. Por lo pronto, no le pierdas una pisada a tu hija...

—Sí... sí... ven pronto...

El triste Hilario apretó la mano del poeta. Éste se alojó, ya anochecido, rumbo a su hogar. Mientras caminaba, sonreía y pensaba:

“Mira que me pasan cosas... Entro en un león y ahora entro con otro león, un león de la chulería... De los dos, el más peligroso es el que tiene el revólver.”

Pensando así, entró en su casa. Comió unos plátanos y buscó un libro. Se puso a leer a la luz del quinqué. El sueño le sobrevino rápidamente. Antes de acostarse salió al patio, a respirar el perfume de la flor mariposa, que allí crecía en su húmedo cantero. A la mente le vino una décima. La pulió y repulió..., hasta que se la aprendió de memoria:

**Un león es compromiso
serio, que ya me desvela:
¿Y si aquí llega Candela
y se calienta...? Me erizo
con el trato que me hizo
este cirquero, en su jira,
que es un león pa la “yira”...
Ya fingiendo un abandono
un día se llevó mi mono
y ahora Candela me tira...**

Pensando en Candela se durmió. Pensando en cómo le construiría su corral.

Por la mañana se despertó con el problema del corral para Candela resuelto.

Después de beber su leche se fue al viejo corral y cortó algunos gajos de bienvestidos y con ellos relleno huecos en el redondo palerío. Después cercó.

Al mediodía ya había desmochado las palmas suficientes para techar el corral, pues Wampampiro pensaba que Candela, por muy viejo que estuviera, alguna vez que otra pudiera dar un salto sobre el cercado del corral y escapar.

Cuando terminaba el techado oyó un chirrear de ruedas. Miró y halló un carro entoldado que se dirigía rumbo a su choza.

Wampampiro bajó rápidamente.

—Ya ves que he cumplido —le dijo el cirquero—, aquí está Candela.

—Yo también he cumplido, mira el corral...

—Muy bueno que está...

El cirquero se dirigió al carro y safó una loneta, y gritó:

—¡Candeelaaaaa!

Se asomó la cabeza de un león, con los ojos semicerrados.

—Ven, Candela, baja, baja, ven, ven, ven...

El león dio un salto y cayó sobre la yerba.

—Aquí lo tienes, Wampa, es tuyo, está mansito, no puede ni con su alma... No le pegues, trátalo bien, está muy cansado, ayúdalo, a morir en paz...

Wampampiro observaba al león con ojo cauteloso. El cirquero, que comprendió el temor de Wampampiro, le dijo:

—Ven, acércate a Candela, ven, para que te huela y sea tu amigo...

Wampampiro se acercó al león; éste, con sus ojos cerrados, le olió largamente.

—Mira, Wampa, coge este pedazo de chivo y dáselo...

El poeta cogió el pedazo de carne que el cirquero le acercaba y se lo ofreció al león. Éste olió la carne y lamió la mano de Wampampiro, quien sintió una lengua fina y caliente acariciarle la mano. No temió, se mantuvo firme. Pasó su otra mano por la melena del león.

—Yo creo que está ciego Candela...

—Sí, Wampa, está casi cegato. Es la vejez. Que muera en tus manos tranquilo... Me ha dado a ganar mucho dinero...

El cirquero ayudó a Candela para que entrara en el corral que sería su casa. Wampampiro entró también. El león se echó en la yerba, a la sombra olorosa del guano de la palma.

—No tendrás problema, Wampa, el león apenas camina ya. Está para morir. Pero que no muera de hambre; mira, aquí te traigo comida para tres días...

Dicho esto, el cirquero fue al carro y bajó un saco sanguinolento.

—Es un chivazo que le compré... Aquí tiene la jama para tres o cuatro días. Tenle cacharros llenos de agua. A veces tiene mucha sed. Acarícialo..., le gusta que le pasen la mano...

Wampampiro comenzó a pasarle la mano por el lomo. Candela ronroneó.

—Le gusta, Wampa, ¿lo ves?...

Wampampiro sonreía y seguía acariciándole el lomo. Su mano siguió hasta la cola.

—¡Ey! Aquí en el rabo tiene una bola...

—Sí, Wampa, esa bola se le ha formado de tanto torcerle el rabo...

—¿Y para que se le torcía el rabo?

—Para ponerle furioso. Si se le tuerce el rabo y se le grita ¡Candela!, ataca como una fiera, ruge como loco...

—¿Y eso por qué se lo hacían?

—Para que impresionara al público. Cuando el domador le torcía el rabo y le gritaba ¡Candela!, atacaba y rugía y el público se entusiasmaba con la lucha del domador y el león.

Media hora más tarde el cirquero y Wampampiro se despedían.

—No se preocupe, yo cuidaré su león.... No quiero ya ese contrato de propiedad... Yo lo cuidaré. A lo mejor seremos buenos amigos.

El cirquero se despidió sonriendo.

Toda la tarde la echó el poeta con el león. Éste dormía, roncaba. Wampampiro le trajo agua que vertió en un gran caldero. Candela, al ruido del agua, despertó. Con los ojos cerrados se dirigió a la vasija y bebió a grandes lametazos. Abrió un poco los párpados, miró al poeta y se echó a sus pies.

Mientras el león dormía, el poeta pensaba:

“Ya estoy encariñado con Candela, es bueno y agradecido, lo sé porque me miró con alma buena. Seremos amigos, pobre león viejo..., sin fuerzas... Te sacaron de tus montes y ahora vas a morir junto a un poeta...

Al anochecer dejó el poeta al león roncador; cerró la puerta del corral y se dirigió a la cocina a calentar unos tamales, su comida.

Después de comer tomó un libro de historia y comenzó a leer.

Sintió una voz:

—¡Wampa! Waaampaaa!

—¿Quién es?

—Soy yo, Hilario...

—Entra, ven...

Después del apretón de manos, le preguntó el poeta:

—Bien, Hilario, ¿cómo está la cosa? ¿Qué te trae por aquí?...

—Lo que me trae por aquí es una cosa seria...

—¿Muy seria?

—Sí. Mira, lee esto...

Hilario le tendió un papel.

—Es una carta de Ojos bellos a mi hija. Se la encontré en su bolsa... Léela... ¿Qué se habrá creído ese borracho?...

El poeta tomó la carta en sus manos y leyó lo siguiente:

Querida Adolfina, está bueno ya de comel basura y perdel el tiempo por culpa de tu biejo que no comprende a la jubentú.

Si me quieres dame una prueba.

Yo no puedo bibil sin ti ni tú sin mí.

No seas boba y asme caso para bibil felises los do.

Ya tengo palabreao a un chofel y el domingo mientras tu biejo juega al dominó en casa e Lalo yo te boy a buscal a las dies de la noche y nos bamos pa la Bana a bibil felises como soñamos los do. Tu me deja la bentanita de tu cualto abielta y el quinqué ensendió. Esa es la señal de que no hay problema. Entonse entro, te busco y te yebo conmigo y felises los dos...

Tu amol

Matías Hernández

—¿A qué día de la semana estamos hoy, Hilario?

—Hoy... hoy..., hoy..., estamos a martes...

Wampampiro se sonrió.

—Ah, tenemos tiempo, de aquí al domingo se me ocurrirá una idea para romper ese rapto... Tú verás que sí, vete, duerme tranquilo...

Hilario se fue para su casa con el rostro serio. Antes de marcharse, el poeta le había dicho:

—Ven el jueves por aquí, a esta hora, que ya tendré el plan... Vigila a tu hija.

—Sí..., la vigilo. Ella es muy sana y todo lo cree. La voy a vigilar bien vigilá..., de ese chulito borrachón...

Los dos días siguientes los pasó Wampampiro trabajando en su conuco y atendiendo al león Candela. Éste lamía sus manos, le miraba con ojos buenos. Wampampiro lo acariciaba.

—Candela, Candela, toma de esta agua, que está fresca, come de este chivo... Duerme, descansa, que ya bastante has trabajado en tu vida...

El león bebía su agua y bostezaba y dormía.

Dormido le hallaron Ruperto, Simeón Simemeo y Herminia, que vinieron a averiguar los motivos de la ausencia del poeta.

—No me puedo mover de la casa... Atiendo a Candela. No quiero que nadie se entere de que tengo un león aquí. Esto sería un rebumbio de gente tremendo. No digan nada...

—No, no, no diremos nada...

A la media tarde del miércoles el poeta dio con el plan para impedir el rapto de Ojos bellos. Su rostro se iluminó y prorrumpió en largas carcajadas.

—¡Ja... ja... ja... ja...! ¡Ojos bellos se va a poner bizco! ¡El plan no falla!... ¡Ja... ja... ja!

Esa noche fue al corral, le echó a Candela el último pedazo de carne de chivo, y después que el león comió, lo llevó a su casa, lo introdujo en su habitación, lo subió a su cama.

A poco, roncaban el poeta y el león.

El jueves por la noche, tal como se había acordado, Hilario visitó al poeta.

Éste lo esperó sonriente.

—Ya, Hilario, ya. ¡Ya está el café!...

—¿Ya?

—Sí. Ya tengo el plan. ¡Vamos a dejar bizco a Ojos bellos.

Y le contó su plan, detalladamente.

Hilario exclamó gozoso:

—¡Lo vas a dejar bizco! ¡Hasta aquí llegó la chulería de Ojos bellos! ¡Ese borracho llegó a su fin!

Y el alegre padre reía a carcajadas. El poeta también reía.

—Bueno, ya sabes, Hilario, el domingo por la noche te vas a jugar temprano al dominó, como siempre, con tu cara de bobo... A Adolfina te la llevas al oscurecer a la casa de la familia de tu mujer. Yo entraré al atardecer a tu casa tal como hemos quedado.

—Sí..., sí..., todo se hará como tú dices...

Hilario regresó a su casa cantando décimas.

Esa noche Wampampiro sacó al león de su corral y lo acostó de nuevo en su cama. Lo tapó con una sábana y a poco ambos roncaban.

A la noche siguiente, el viernes, Wampampiro vistió a Candela con un ropón de dormir. Candela se dejó hacer y se durmió después como el león viejo que era. Pero ocurrió que Wampampiro le torció el rabo y le gritó al oído:

—¡CAANDELAAA!

El león abrió los ojos espantado y lanzó un enorme rugido que dejó sordo al poeta.

Al momento, éste soltó el rabo de Candela y saltó de la cama.

—Fue jugando, Candela..., fue jugando...

Y Wampampiro acariciaba el león, hasta que éste se durmió.

Unos minutos después tocaban a la puerta.

—¡Wampa, wampa! ¿No oíste? ¡Un león anda suelto! No salgas sin tu escopeta...

—Sí..., sí..., lo oí. Gracias... Vuelvan a sus casas. Anden con cuidado...

En la noche del sábado, Wampampiro además del ropón de dormir, le puso al león un paño en la cabeza y le asperjó después unas gotas de perfume de violeta. Candela se dejó hacer y pasó la noche roncando.

En la mañana del domingo, Hilario visitaba a Wampampiro.

—Wampa. Ya todo está preparado. Sé que Adolfinia le comunicó a Ojos bellos que viniera, que se iba con él, que dejaba la ventana abierta y el quinqué encendió. Ya sé también que Ojos bellos contrató a Renculillo, el chofer, pa llevárselos pa la Bana a los dos... Todo va bien...

—Sí. Hilario. Al anochecer yo entro a la casa con Candela. Y déjame el resto a mí...

Se despidieron entre risas.

A las cuatro de la tarde ya el poeta había entoldado una carretica que le prestara Simeón Simemeo. A las siete de la noche metió a Candela en ella y la guió hasta la casa de Hilario, donde llegó alrededor de las ocho.

Allí le esperaba Hilario, contento.

—Wampa, ya mi hija está sujeta en casa de la familia de su madre. No hay problema. El borracho chulo va a venir. Ahora me voy. La casa es tuya. ¡Buena suerte!

Hilario se marchó sonriente.

Fue entonces cuando el poeta sacó a Candela de la carreta y lo introdujo en el cuarto de la ingenua Adolfinia. Una vez allí, le puso el ropón, le colocó en la cabeza un perfumado pañuelo de colores y dejó que el viejo león se durmiera en la cama de la novia.

Hecho esto, abrió la ventana y encendió el quinqué, tal como era la señal pedida por Ojos bellos, indicando que no había problemas, que viniera a raptarla.

Wampampiro miró el reloj: las nueve de la noche. “Me queda una hora”, pensó.

El poeta se acostó bajo la cama donde Candela roncaba y tomó su cola, suavemente.

“En cuanto lo sienta llegar se va a formar las del diablo aquí... Deja que el bicho ese asome la cabeza y se tope con Candela...”

Y Wampampiro reía con sus pensamientos.

Las diez serían cuando el poeta sintió pasos. Sus nervios se pusieron en tensión. Oyó una voz suave: “Vida mía, vida mía, aquí estoy, no te asustes, voy a saltar...”

El poeta, con la cola del león entre sus manos, oyó la misma voz suave:

—Ah, parece que estás dormida... No te asustes, que voy a saltar, mi vidita... Mi amol, no te asustes...

Wampampiro lo sintió caer. Oyó los pasos que avanzaban hacia la cama.

—Adolfina... Adolfina... despierta, que se hace tarde... que orita viene tu viejo...

Wampampiro torció el rabo al león y gritó:

—¡CAAANNNDDEEEELAAAAA!

Un rugido terrible estremeció el cuarto. Ojos bellos, que se había inclinado para besar la frente de su amada dio un enorme brinco y cayó semidesmayado al suelo.

Candela enfurecido le fue encima. De un zarpazo le arrancó la guayabera, la sangre corrió por el pecho, de Ojos bellos que, paralizado por el terror, no atinaba a escapar. Su cerebro no podía comprender aquel súbito y terrible cambio ¡Su dulce Adolfina convertida en un león furioso! La cabeza le daba vueltas. Ante un nuevo y estremecedor rugido se desmayó totalmente.

Wampampiro le cargó y lo dejó en el medio del callejón. Rápidamente volvió a la casa de Hilario y llevó al dormilón Candela a la carreta entoldada.

Poco después los dos roncaban en la misma cama.

Al día siguiente Ojos bellos fue trasladado al hospital de Santa Clara para que se le tratara de un extraño mal.

—¡El león! ¡El león! ¡Quítenmelo que me mata! —musitaba en un constante delirio.

Cuando curó y regresó a Macurijes, acusó a Hilario de haberse opuesto a sus relaciones con su hija y de haberle echado un león para matarlo.

El teniente de la policía le dijo, muy molesto ante tan absurda acusación:

—Está bueno ya de tus borracheras Ojos bellos... ¡Qué león ni un cará! Eso fue un jalao de ron que cogiste y te dio por un león... ¿Cuándo carajo tú has visto un león vestío de mujer y durmiendo en una cama? ¡Borracho! ¡Borrachón!

Después de esto, Ojos bellos no se ocupó más de Adolfina, que nunca supo la causa del rápido abandono de su rendido amante.

Por otra parte, tres días después del episodio leonino en la casa de Hilario, Wampampiro se vio en el triste deber de enterrar a su querido Candela, que falleció de puro viejo, entre suaves ronquidos.

UN DÍA DE RARAS VISITAS, DE TIPOS EXTRAÑOS Y LLENOS DE CONFLICTOS VARIADOS

Un amanecer del lluvioso mes de Julio se asomó Wampampiro a la puerta de su choza, vio el cielo negro y relampagueador, sintió vientos fuertes y húmedos y se dijo por lo bajo:

—Va a llover un agua enorme. Lo mejor es que me quede en la casa. Así tendré un día de paz, que mucho necesito para ordenar mis cosas, leer libros y remendar la hamaca...

Dicho esto, pensó:

“La mucha soledad lo vuelve loco a uno, eso dicen... Hum..., ya estoy hablando solo... Lo mejor es cantar un poco en el portal para alegrar la soledad del día de hoy.”

Pensando esto, entró en la sala y descolgó la guitarra. Haló un taurete y lo recostó a un horcón de su pequeño portal. A poco el poeta cantaba:

**No es mala la soledad
para quien tiene que hacer;
no es mala para aquel ser
que piensa, tras la verdad.
No hallo en ella la maldad
si mi tiempo es necesario
para un día sin horario
y sin gente molestosa,
en la cabeza la hermosa**

ilusión del solitario.

“Me salió bien esta décima —se dijo, satisfecho—, pero es una lástima que no acompañe a nadie, que se sienta solo y que te ayude... Ah, la soledad es buena y es mala.”

**La soledad nunca es buena
para aquel ser desgraciado
que jamás tiene a su lado
con quien compartir su pena.
Es mala, en la sola cena,
la esperanza ya perdida...
También al que tiene herida
su ilusión, rotas sus alas,
esas soledades malas
le cierran la triste vida.**

Tocó una fresca tonada el poeta-músico, y continuó:

**Venga a mí la soledad
cuando me encuentro pensando
pero que no venga cuando
sueño con una beldad.**

—¡Ey, Wampa, estás inspirado! ¡Métela vate indiano! ¡Arriba con la décima!...

Quien así vociferaba era Julio Culepalo. Corriendo llegó al portal.

—Güenas, Wampa... Necesito verte...

Wampampiro lo miró con buenos ojos.

—Bueno, jala un taurete y dime qué te trae por aquí...

—Lo primero, que me perdones por interrumpirte la inspiración en un día gris como hoy... Todo se oscurece..., como yo...

—¿Qué te pasa?

—Ná, que estoy enamorado de Josefina González, la de ahí arriba, y quiero escribirle una carta a esa torete que adoro pa declararle que estoy echando el

mondongo por ella.

—¿Sí?

—Sí... Pero no sé escribir. Coge un mochito e lape y ayúdame, no seas malo. Mira, traje el papel pa que me escribas la carta...

Y Julio Culepalo le alargó un papel enrollado al poeta.

Wampampiro dejó a un lado su guitarra y le dijo al enamorado visitante.

—Vamos al comedor. Voy a escribir sobre la mesa. Vamos...

Julio Culepalo, con el rostro mostrando su contento, siguió al poeta hasta el comedor. Éste tomó un taurete, se sentó en él y extendió el papel encima del hule de la mesa.

—Dicta...

—Ahí va eso. Escribe...

—Venga.

Julio Culepalo dictó rápidamente.

—Josefina, me tiene muy jeringao el jala jala ese... y el dale que dale que anda por ahí sobre nosotros dos. No le hagas caso a los churrosos que arrempujan cada mentira que no cabe en un tabor de mear... Tú sabes que yo me jorobo como un camello por ti...

Wampampiro no escribió una sola palabra. No le gustaba el vocabulario de Culepalo... Además, era imposible copiar más de diez palabras dada la velocidad de lengua del enamorado.

—Mira, Culepalo, no sigas... En primer lugar, hablas muy rápido; y en segundo, lo que estás soltando es un chorro de barbaridades que no hay mujer enamorada que lo acepte. Ésa no es manera de dirigirse a una señorita tan fina como Josefina...

Julio Culepalo se quedó sorprendido.

—¿Tan malo estoy hablando...?

—Sí. Así no se le habla a esa jovencita...

Wampampiro le vio alejarse, sonriendo. Miró el reloj...

—Ah, son las diez de la mañana. Sigue tronando. Menos mal que este Julio Culepalo rompió la soledad que yo tenía. Siempre se ríe uno con sus cosas...

Entre lloviznas se fue al patio a coger limones y papayas. Vio la vieja escalera con un travesaño roto y procedió a su arreglo. En ello estaba cuando

volvió a sentir la Voz de Julio Culepalo.

—Wampa, Wampa... ¡Mira, mira!...

El poeta le vio llegar con un fonógrafo de gran bocina en las manos.

—Wampa, viejo, traje robao el fonógrafo de abuelo... pa practicar. Yo no sé andar bien con él, y va y lo estarro tó y el abuelo me mata a janazos. Ayúdame...

—¿Qué quieres?

—Que le des a la manigueta y me pongas éstos discos de son, que está de moda, pa practicar algunos pasillos que yo me sé...

El poeta puso en una mesita de la sala el fonógrafo; le dio cuerda y puso un disco del Septeto Habanero.

A los primeros compases se soltó Julio Culepalo a bailar sus pasillos. Bailó incansablemente. A la media hora de músicas y bailes, tocaron a la puerta.

—Soy yo, Wampa, Joaquina Trujillo...

—Ah, es la vieja verdoná esa —susurró el agitado Culepalo al oído del poeta.

—Adelante, Joaquina, adelante...

Joaquina Trujillo miró disgustada hacia Julio Culepalo. Miró fijamente al poeta y dijo:

—Con el permiso de Julio, quiero hablar en particular con Wampampiro.

—Lo tiene —dijo Julio, mientras danzaba.

Wampampiro salió al portal.

—¿De qué se trata?...

—Mira, no vamos a hablar aquí, hay mucha bulla del fonógrafo ese... Vamos pabajo del atejito.

Camaron hacia la sombra de la mata de ateje, al final del patio.

—Mira, Wampa —le dijo Joaquina—, mi problema es que como tú sabes yo sigo de solterona, porque yo, si el hombre no vale, no lo quiero. Mejor es estar sola...

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que se me ha presentado un viejito de lo mejor plantado y con carita de santico y me ha gustado por su manera de hablar y lo fino que es, y es de buen proceder... Es de Palmira..., es bueno...

—¿Qué más, Joaquina?

—Pues que pasé por aquí y oí esos sones que está tocando el fonógrafo, y como el viejito me convidó al baile quiero enseñar los pasos del son...

—Yo no los sé... Pero, mira, ahí adentro hay uno que te puede enseñar a bailar...

—Ah, con ése no... Los culepalos todos son muy frescos y no tienen finura para hablar...

—Joaquina, olvida eso,... Tu negocio es aprender el son... Ven. Siempre hay que hacer sacrificios...

—Bueno.

Cinco minutos después Joaquina y Culepalo bailaban son; Joaquina con algunas deficiencias, Culepalo con destreza. A las dos de la tarde se marcharon de la casa del poeta los dos bailarines. Iban muy contentos. Culepalo tuvo con quien practicar y Joaquina aprendió a bailar el son.

Tarde ya, almorzó el poeta sus frutas. Se asomó después al portal y vio al cielo sin sol, lleno de nubes. A lo lejos llovía en las lomas. Wampampiro se dijo:

“Lo que va a caer es un mundo de agua. Sigo aquí en mi falsa soledad. Mañana me levanto de madrugada y aprovecho el tiempo. Voy a echarme en la cama a leer ese libro sabroso que me prestaron en la logia del pueblo, la historia de Grecia nada menos...”

Tomó el libro de una silla y se tendió en la cama, deseoso de conocer más sobre un país tan legendario.

“Ah, qué buena es la soledad, sin ruido ninguno, ni presión ninguna, para leer a fondo, con cuidado... pensando... Así da gusto”, pensaba una vez abierto el libro.

Media hora llevaría leyendo cuando sintió los sonidos de una guitarra. Suspendió la lectura y quedó atento.

—Wampa... Wampa...

—¿Qué pasa?

—Oye, soy yo, Luis el jimagua...

—Entra. Ven al cuarto...

El poeta lo recibió acostado.

—Perdona Wampa, pero es que tengo un problema. Tú sabes que yo soy cantante; no, no lo soy; tú sabes que quiero cantar algún día tan bueno como tú, si puedo...

—¿Y qué quieres, Luis?

—Que me ayudes...

Wampampiro sonrió. Se levantó de la cama y se fue a la sala. Ambos amigos se sentaron en sendos sillones viejos.

**Mi querido Wampampiro
yo quiero ser un poeta,
mas no valgo una peseta,
no improviso como un tiro.
No soy poeta guajiro,
me cuesta mucho trabajo...**

Luis el Jimagua paró de tocar. Quedó callado y pensativo:

—Ves, Wampa, se me trabó el aparato. No sé cómo seguir... No sé meter el consonante aprisa. Ah, no sirvo... Me quedo parao y la música se me va alante y me quedo atrás...

—Es cuestión de práctica y paciencia, Luis... Practica por meses, tú solo, y verás cómo los consonantes vienen fáciles...

—Ah, practico y nada...

—Mira, te la voy a terminar:

**pero buscando el atajo
ya la podrás acabar:
practica..., o vas a quedar
con la cabeza pabajo...**

—Ah Wampa... Quién pudiera tener esa facilidad... Te envidio... Te envidio...

Casi una hora improvisó Wampampiro para el confuso Luis. Le explicaba.

—Mira, no te tires muy por lo alto al principio. Empieza con rimas fáciles..., que terminen en **ón**, en **ar**, en **al**, en **undo**, en **ido**... Coge un lápiz y hazte una lista de palabras que terminen de esa forma, y luego con otros consonantes. Practica el oficio... Hasta para bailar el son hay que practicar. Sin práctica no vas a ningún lado, por mucho talento que tengas...

Consolado se marchó Luis el Jimagua. Wampampiro volvió a su cama.

“Ah, hoy sí que no he tenido la soledad para pensar y para leer... Y con esta lloviznita sabrosa que empezó a caer ahora... Creo que no me puedo concentrar en la lectura... se me cierran los ojos. Con esa musiquita de la llovizna en el guano”...

Esto pensaba cuando se durmió.

No llevaba el poeta un cuarto de hora de sueño cuando un vozarrón le despertó:

—¡WAMPAMPIRO...!

El poeta abrió los ojos y dijo en voz baja y soñolienta:

—Ade... lan... te...

Sintió pasos en el portal.

—Es Ciriaco, Wampa...

El poeta se despertó por completo.

“Ciriaco... el brujo de Macurijes... ¿Qué vendrá a hacer por aquí?... Hum...”

No pudo terminar sus pensamientos; Ciriaco pasó a la sala y entró en el cuarto de dormir. Desde la cama le dijo el poeta:

—Vete a la sala. Espérame. Estaba medio dormío... Me voy a echar un poco de agua por la cabeza para refrescarme... Después hablamos...

Ciriaco el brujo se sentó en uno de los viejos sillones de la sala.

Al rato, el poeta ocupó el otro sillón.

—¿Algo bueno, Ciriaco?...

—Algo malo, algo muy malo, necesito que me expliques algo, tú que lees tanto...

—Oigo...

Rápidamente Ciriaco el brujo le explicó al poeta los conflictos morales que le llevaron a verlo. Wampampiro le escuchaba atento...

El conflicto parecía profundo. Ciriaco no podía con él. “Es un cargo de conciencia”, decía de vez en vez.

El brujo fue sincero con el poeta:

—Tú sabes que yo vivo de brujo, a veces acierto, a veces no. Pero el boticario me ayuda. Yo lo ayudo recetándole sus medicinas, las que él me dice que son buenas pa esto y pa lo otro. Es un negocito que tenemos. A veces se me han muerto niñitos por unas diarreas rebeldes, que no receté bien... Pero ahora...

Ciriaco, emocionado, no pudo continuar hablando; comenzó a llorar.

El poeta le dejó desahogarse. Al cabo de unos instantes, le dijo:

—Sigue, Ciriaco, sigue... Cuéntamelo todo...

—Ahora, ahora Dios me ha castigado...

Ciriaco volvió a llorar.

—Nada menos..., nada menos que me castigó llevándose a mi nieta de tres años. Yo que la quería tanto... Murió esta mañana...

Ciriaco lloraba y se quejaba.

El poeta se sintió muy afligido.

—Dios me castiga, Wampa...

—Mira, Ciriaco, la niña se murió por algún descuido..., medicinas mal indicadas, a lo mejor...

—No... no dio tiempo a nada... Dios me castigó... Ahora Dios me cayó arriba y me va a desbaratar... Tú lo verás... —y Ciriaco lloró con más fuerza.

Wampampiro le dejó llorar, mientras pensaba una respuesta aliviadora. Al fin la halló.

—Ciriaco, no le cojas ese miedo tan grande a ese Dios que mientas tanto... Mira, si hay Dios, y si Dios es bueno, no te va a castigar matando a tu inocente nieta, que nada malo ha hecho... Piensa... Te partiría una pata por lo menos...

Ciriaco dejó de llorar. Pensaba.

—Ahora entiendo menos...

—Yo no entiendo más, Ciriaco, el horror y la maldad en el mundo no lo entiendo bien. Ése ha sido un crimen de la naturaleza, la muerte de esa niñita... ¡Cuántos no hace!... ¡Cuántos niñitos no mueren sufriendo..., tan inocentes!... ¡Qué horror! Yo no entiendo nada... Poco te puedo ayudar...

Tal vez, un día, cuando en nuestro país haya un gobierno con vergüenza, que se ocupe de la salud del pueblo, no morirán tantos inocentes de esas enfermedades tan terribles...

Ciriaco se despidió llorando.

El poeta le saludó desde el portal. La oscuridad del anochecer llenó su casa.

“Ah —pensaba— qué día sin soledad he tenido hoy. Ha entrado aquí la ilusión, el canto, el baile, la alegría y la tragedia. Ah, prefiero estar a veces muy solo para meditar, arreglar mis cosas, soñar tal vez, leer, pensar en la vida..., en tantas cosas...”

La luz de un rayo y un trueno enorme paralizó su pensamiento. Un aguacero copioso comenzó. Desde el portal oscuro el poeta le oía caer, le olía, respirando profundamente, gozoso de su soledad llena de útiles inquietudes, de una bella paz soñadora.

Una hora después el cielo se había despejado. Ya titilaba Venus; una joven medialuna se asomaba entre celajes; corría un aire fresco, agradable. Desde el portal escuchaba el poeta caer las gotas que la lluvia había dejado en las hojas, a cada racha del viento. Fue entonces cuando oyó dos caballos chapotear.

—Buenas noches, Wampa, buenas noches...

Era Otilia, una macurijeña montuna, muy simpática mujer, vecina cercana, que venía acompañada de una anciana, según pudo observar el poeta a la suave luz lunar.

—Adelante, entren, el quinqué está en la sala. Vengan...

Las dos mujeres bajaron de sus caballos y entraron a la sala.

—Wampa, ésta es Elodia, mi hermana, que vino desde Matanzas y se está pasando conmigo unos días...

—Mucho gusto, Elodia. Ésta es su casa...

Elodia comenzó a hablar. Venía a ver al poeta a insistencia de su hermana, que la veía triste. Otilia le dijo que el poeta del barrio le cantaría canciones para alegrarla. A eso venía, a que la alegrara, pues estaba muy decaída.

Al preguntarle el poeta por las causas de su decaimiento, Elodia respondió:

—Que ya soy una vieja y nadie me mira...

—Wampa —la interrumpió Otilia—, mi hermana era la mujer más bella en Matanzas, de donde somos nosotros. Como tú sabes, me casé con un macurijeño y vine para esta linda zona. Pero ella se quedó en Matanzas. Mil enamorados tenía. Pero ella escogía..., y no acababa de escoger...

—Cómo no iba a escoger... ¿Tú crees que yo me iba a casar con un patepuerco? Yo buscaba un hombre preparado y bueno, y que no fuera muy feo...

Otilia continuó hablando. Explicó al poeta que su hermana, tan hermosa de cara y de cuerpo, se envaneció. Donde quiera que iba los hombres la galanteaban, suspiraban por ella. Ella no aceptaba a nadie...

—Pa casarme a disgusto, nada... —le interrumpió Elodia.

—El caso fue que mi hermana no encontraba nadie a su gusto. ¿Y qué pasó? ¡Que se fue poniendo vieja y ya nadie la miraba...!

Entonces se entristeció.

—No, yo no me entristecí por eso; me entristecí porque comprendí que esos hombres venían a mí por mi carne y no por mi alma soñadora. No venían a mí por lo que yo quería...

Otilia calló. El poeta escuchaba atento. Elodia habló largo rato, con un dejo amargo en su voz.

—Hoy estoy sola y desengañada del amor... No tuve suerte. No encontré el soñador que yo buscaba —decía Elodia—. Hay quien tiene suerte, y lo encuentra...

Wampampiro suspiró. Se entristeció. Dijo a Elodia:

—La soledad es común en mucha gente. Yo vivo solo y no encuentro la mujer soñada... Pero no me amargo. Soy joven y a lo mejor encuentro lo que busco. La soledad no es todavía un problema para mí...

Elodia suspiró.

—Cántele, Wampa, cántele algo, alégrela un poco —dijo Otilia, con la voz conmovida.

Wampampiro descolgó la guitarra.

—Bueno, voy a decir mi barbaridad...

Sacó una tonada a su guitarra y cantó con voz muy armoniosa:

**Si uno es joven y ligero
pal amor es un conejo;
cuando uno es un penco viejo
lo tiran pal basurero.
Es un saber muy entero
que ese amor ve donosura
carnal, y no la hermosura
del alma y de su fineza,
que guarda íntima belleza
para más honda criatura.**

Elodia comentó, en voz baja:

—Así es..., así es..., así es...

—Así debiera ser, Elodia... Pero es la carne la que casi siempre triunfa... Pero como ella decae... ese amor se va... No es tierra firme. Es una tembladera...

Otilia interrumpió el diálogo:

—Así anda el mundo... ¿Quién lo va a arreglar?

Wampampiro sonrió y cantó por un largo rato alegres canciones. En ello estaba cuando llegó Sebastián el ciego, acompañado de su hijo Alejo.

—Qué bueno que oigo cantar. Iba por el callejón cuando oí la guitarra. Cuando oigo cuerdas me vuelvo loco...

—Venga, Sebastián, venga para la sala.

Alejo lo llevó del brazo hasta la sala.

—Unos que entran y otros, que salen —dijo Otilia.

—Nos tenemos que ir. Vinimos por un ratico para alegrarnos con los cantos y ya nos alegramos. Hasta pronto... —dijo Elodia.

El poeta se despidió gentilmente de ambas mujeres. Tan pronto éstas montaron sus caballos, regresó a la sala...

—¿Cómo anda, don Sebastián?...

—To chivao. To chivao. Viejo y ciego y con el coco lleno de malas ideas, tengo que andar chivao...

—Te lo traigo, Wampa —dijo Alejo— para que me le des un poco de ánimo al viejo, que está echao y hablando cosas de loco...

—¿Qué cosas de loco son ésas, don Sebastián?

Sebastián calló por un rato. Al fin dijo:

—Sí, son cosas de loco. ¿Usted sabe lo que es tener la cabeza ciega?, no entra nada al cerebro por los ojos. ¡Tanta cosa linda que vi! ¡Qué crueldad! Tanto gusto que me daba con la vista. Ahora miro lo que miré. Me paso el tiempo viendo a mis amigos y lo que más me gusta y me entristece a la vez: la cara de mi madre...

El poeta se entristeció. Alejo callaba, inclinada la cabeza, sufriendo por su padre...

—Y lo que más entristece es que de mi difunta madre nadie más se acuerda sino yo, su único hijo. La tengo en el cerebro; ella está dentro de mi cabeza. A veces lloro viéndola. Pero como ya estoy viejo y con la muerte a la orilla, sufro por ella.

—¿Por ella, don Sebastián...?

—Sí, por ella, porque cuando yo me muera y se me pudra el cerebro, ella se pudre allí y se muere para siempre... Se muere conmigo...

Sebastián comenzó a llorar en silencio. A la luz del quinqué se veían correr sus lágrimas.

El poeta se angustió. Intentó unas frases consoladoras:

—Es así, don Sebastián... Ésa es la noche de la vida... Hay que saber anochecer... Valor... Valor... Aparte esas ideas..., ¿puede?...

Sebastián el ciego callaba. Alejo se levantó, echó un brazo sobre los hombros de su padre y le dijo:

—Vámonos, viejo..., vámonos... En la casa hay un chocolate sabroso... Venga... Mañana estarás mejor...

Alejo sujetó por el brazo a su padre y se perdió en la noche con él.

Antes de acostarse, el poeta pensó:

“Si éste es el día solitario espero que en la noche no vengan, en pesadillas más visitas..., rarísimas...”

23

OTRO DÍA DE GRANDES VISITAS AL AMENAZADO WAMPAMPIRO

Wampampiro comprendía que si quería avanzar más en sus conocimientos debía abandonar Macurijes y conocer las bellezas naturales del resto de la Isla, así como a sus ciudades.

“Quisiera ver la Sierra Maestra, caminar las calles de Baracoa, conocer sus montañas, sus ríos, sus habitantes, sus modos de hablar y de vivir, sus sueños, sus canciones... Ver a Matanzas, su valle de Yumurí, el Valle de Viñales, Trinidad, Camagüey y sus llanuras, los cayos, las islas rodeando a la Isla... ¿Cómo piensa el montañés de Pinar del Río? ¿Qué músicas, qué poesía origina? Y esas costas llenas de manglares, uvas caletas..., y tantos pueblecitos en los campos, con tanta gente buena y tanto monte lindo que debe haber ahí... Ah, debo abandonar por un tiempo éste Macurijes... Tanto libro en esas librerías en las ciudades, y tanta cosa linda de ver y cuánta cosa que no sé... Debo irme..., sí..., sin un centavo... Trabajaré en lo que sea... Además, aquí me pueden matar... Los guardias que saben que yo estoy contra los abusos y crímenes de estos gobiernos de ladrones... Pero debo irme... Total, mi padre está bien atendido... Si fracaso..., regreso..., pero con más sabiduría. Quiero oír grandes orquestas, leer a los grandes poetas del mundo, a los pensadores... No sé nada de la India, no sé nada de la China, ni del Japón, ni de los rusos, ni de los mejicanos, ni de nada..., a fondo... No sé por qué soy así... Debo irme...”

Esto pensaba, mientras desyerbaba el conuco, cuando le vio Lorenzo Mendive, su buen amigo, compañero del corte de cañas en la zafra:

—Wampa... Wampa... estás hablando solo como los viejos...

—Sí..., a lo mejor..., estoy encalabernao...

—Wampa ¿no te has enterao?...

—No. ¿De qué...?

—En La Habana, Machado está matando gente sin parar. En un Castillo que le dicen Atarés torturan y matan a los estudiantes y a la gente que no está con el gobierno...

—Gobierno de ladrones... son todos, Lorenzo...

—Sí... Pero Machado es peor que Menocal... Ahora mismo pasó el tren y en el pueblo se han enterao que Machado mandó a la Guardia Rural que apriete más, que guinde a quien sea...

—¡Bárbaro! Con la fuerza de las armas al fin no se saca ná. La ventaja de hoy..., la pierden mañana... Lo que se impone no se queda. Tú lo sabes...

—Sí..., sí..., Wampa.

—Los hechos son los que hablan, como dice la gente que sabe... Los hechos hablan. Si los hechos son buenos el pueblo no se rebela... Pero, este Machado... ¡es un asesino!

—Cállate... Habla bajito, que nos oye el Teniente, digo... El Capitán. En cuanto ahorcó gente ya es Capitán...

Lorenzo Mendive bajó de su caballo y se acercó al poeta.

—Se está conspirando..., donde quiera —dijo al poeta en voz baja—, ¿quién sabe si Macurijes tenga que hacer su parte también contra la tiranía?... Aquí hay mucha miseria y gente desesperá...

—Sí, Lorenzo, la miseria es la leña. Con una brasita que caiga ya se prendió la candela. ¿Cuándo los gobiernos van ayudar a los infelices, cuándo acabarán con los abusos? El que tiene padrino se bautiza, se dice donde quiera... Roba y mata “un grande” y no pasa nada. Roba “un chiquito” y se pudre en la cárcel. Y luego tanto pobre sin sesos, de mala sangre, que se mete a guardia y a policía para defender a los ladrones y a los asesinos, pobres, son gente ignorante del pueblo que se alquilan para matar... Yo no puedo entender eso todavía... Hay mucha clase de gente. Hay yerba mala y yerba buena, como en la tierra. Pero no perdamos la fe, Lorenzo, que eso sí que no se puede perder...

Lorenzo Mendive escuchaba conmovido al poeta.

—Ay, Wampa, qué bien piensas. ¡Qué lástima que un cerebro como el tuyo se pierda por estos maniguazos...!

—En eso estaba pensando, Lorenzo, en que ya no puedo seguir viviendo aquí, donde estoy en peligro de perder la vida. Debo irme a donde pueda aprender más y más... ¡Ah, los nervios se me enferman!...

—Gracias a tu carácter alegre, Wampa; gracias a lo servicial que eres no se te ha quemado el güiro... Pero en tantas aventuras graciosas te has metió... Y luego cantando y alegrando la vida por ahí... Sí, eso te distrae... Pero tienes razón, debes irte..., a aprender más, que eso es lo tuyo... Aquí..., te matan.

Los dos amigos se estrecharon las manos, bajo un sol muy ardiente.

Lorenzo se alejó valle abajo, rumbo a su casa, deseoso de ver a su bella hijita, Ana Rosita, y descansar, tras su rudo trabajo en el campo.

Wampampiro se quedó mirando al cielo. Pensaba.

—¡Cuántas cosas alumbrá el sol, que yo no veo! —murmuraba.

Desyerbó unos canteros más y regresó a su rancho. Cansado, se sentó en un taurete y pensó:

“Menos mal que me pasan mil cosas raras y hasta cómicas, y que me río a carcajadas con las graciosas locuras que ocurren en estos lugares. Es verdad que tengo el corazón de un niño y no me lo voy a dejar amargar por nada... Seguiré con más travesuras buenas y asistiendo a locos y chiflados por estos campos, o por donde sea. Sí, he ganado fama de loquero y sigo echando palante. A veces todo sale muy divertido, y yo creo que ya estoy medio chiflado también. ¡Se me ocurren cada cosas raras! Bah, todo no va a ser seriedad... Con lo que me gusta divertirme y hacer pillerías cómicas, que no dañen a nadie...”

Tomó su guitarra y comenzó a puntear tonadas. Los bellos sonidos llegaban al callejón fronterizo. Los oyera Juana Lipidia, que pasaba a caballo.

—Ah —dijo para sí— ahí está el loco ese de Wampampiro... que se cree una gran cosa... tocando y tocando. Ya mi marido, el Capitán, le ha echado el ojo... Déjalo que siga tocando y cantando y chivando, que ya lo callarán...

—Wampa... Wampa...

—¿Qué quieres, Feliciano?

—Na. Que te vengo a prevenir. Te están cazando en la Guardia Rural... Después de todo lo que has hablado por ahí... El Capitán te vela. Se sabe. Medio jalao dijo en el café que tu cabeza no olía a pólvora sino a sogá..., a sogá ensebá... Chico..., cuídate.

El poeta le escuchaba atentamente.

—Sí... Me lo imagino... Cuba arde ya. La gente no quiere a ese Machado asesino, que se apoya en mil capitanes y en sus esbirros, gente sin conciencia. Casualmente, estoy pensando en irme de por aquí... No tanto por miedo, porque total, la muerte anda a caballo... sino para aprender más del mundo...

—Fíjate, Wampa, el Alcalde, el Capitán, los políticos de aquí están preparando un mitin para dentro de dos semanas... Preparando elecciones...

—Un fraude...

—Sí, pero yo me enteré con los parientes de un soldado de aquí, que para reforzar la tropa viene mucha gente de fuera... ¡Piérdete de aquí esos días porque te pueden hasta matar! A eso he venido..., a avisarte...

—Gracias, hermano... —dijo el poeta abrazándole. Feliciano se alejó con su rostro serio.

Wampampiro marchó a su casa, y siguió tocando alegres melodías.

Al atardecer, cuando el poeta tumbaba un racimo de cocos para enviárselo a don Luquilla Marrero, que tenía fiebre de los riñones, se le apareció su padre.

—¡Papá!

—Sí, hijo..., sí...

—¿A qué viene, si usted sabe que esta noche iba por allá?

—A prevenirte... A mis oídos han llegado malas noticias...

—Diga, papá...

—Que hay alzados ya por las lomas de Sancti Spíritus..., y por otras lomas..., y que el ejército ese va matar gente...

—Sí...

—Y como tú eres tan esaltao, tan testarú, quién sabe si no te agarran y te matan. No perteneces a ningún partío de los políticos... Así que aquí andas de sospechoso...

—Sí, papá...

—Me parece que lo mejor que puedes hacer es irte...

—En eso estaba pensando... Estoy perdiendo mi juventud aquí... Voy a preparar el jolongo... Me voy pronto, no sé a dónde... Así usted, Herminia, Simeón y mis otros amigos estarán tranquilos...

Ruperto lo abrazó, sonriendo, y se fue, jinete en su moro de trote.

—Esta noche me voy —dijo para sí el poeta, viendo alejarse a su padre—, cuando el río suena es porque seborucos trae... No me voy a regalar así tan fácil a esos bandidos. Por cada ahorcado, el Capitán coge más galones...

Y se fue a su cuarto y comenzó a llenar de ropa, libros y papeles su vieja maleta de cartón.

Ese fue el día de más visitas en la azarosa vida de Wampampiro. Nada menos que Terencio Molina, un famoso sabio de manigua, vino a visitarle alrededor de las ocho de la noche, cuando Wampampiro ensillaba su yegua, listo ya para escapar rumbo a Sancti Spíritus, por la madrugada.

—Joven —le dijo—, usted no me conoce. Yo soy un viejo ya de setenta años y he visto mil cosas buenas y mil cosas malas y me he pasado la vida aconsejando a los guajiros de estas regiones...

Wampampiro lo miró con simpatía.

—Ah, ¡mira qué cosa! Así hago yo..., sin saber tanto...

—Ya lo sé..., por eso lo vengo a ver. Para darle de mi experiencia. Porque me han enterado que usted anda enredado en graves problemas con el Capitán de los rurales...

—Sí. Me ha amenazado... Me golpearon...

—Debe irse...

—Claro... En eso estoy...

Terencio le pasó la mano por los hombros.

—Hijo, sé que usted lee mucho y tiene muy buen corazón... Cuídese... Hombres como usted le hacen mucha falta al mundo...

—No soy tan bueno... Ni tan triste, porque se me ocurren muchas cosas cómicas... Lo mío es dar alegría, hacer reír, dar optimismo... Claro que tengo un defecto...

—¿Cuál?

—La curiosidad. Quiero saber más y más...

Terencio sonrió complacido.

—Sin curiosidad la gente estuviera en la cueva bebiendo y procreando como los animales llamados inferiores..., que muchos no lo son... ¿Usted cree que el Capitán es un animal superior a mi perro, tan cariñoso y bueno?

—El inferior es el Capitán...

—Volviendo a la curiosidad... Qué bueno que el gran hombre sea hijo de la curiosidad... Ella lo descubre todo, lo descubre todo, inventa todo... hasta lo malo... Porque existe la curiosidad del malo, que cuanto inventa es para su propio provecho y hasta para dañar... El que inventó el cañón es un canalla...

—Me domina la curiosidad de aprender, de saber más... No para hacer mal a nadie sino para ayudar a los infelices... Pero también aprendo con los ojos. Si poco leo, poco aprendo... También aprendo con las orejas... Recojo lo bueno que oigo y boto la basura... Oigo al agua, a los pájaros, las músicas, las voces...

—Ah, joven, qué buen humor tiene usted...

—Parece que nací así... Mi pobre madre siempre estaba cantando... ¡Qué alegre era, a pesar de los pesares!... Yo la heredé...

—Sí... he leído que el carácter se hereda...

—De ella heredé el gusto por la lectura..., leo mucho. Ojalá sepa entender lo que leo...

—El maestro del pueblo dice que usted es casi un intelectual...

—De manigua... Yo vivo animal y moropalmente... Como soy moropal..., quiero aprender mucho.

Entre risas, Terencio volvió a abrazar al poeta.

—Ya me habían dicho que usted hablaba muy jocosamente... Ja..., ja... ¡Le agradezco que me haga reír...! La risa cura...

Dicho esto se despidió de Wampampiro.

—Adiós. Sea bueno. Siga siendo bueno... Y también sea bueno con usted. Váyase, que pelagra...

Y el buen Terencio, que había venido avisado por Ruperto para que también aconsejara al poeta una rápida fuga de Macurijes, murmuraba:

—¡Qué joven más simpático... y qué luces tiene. Lástima que lo maten...!

Cuando se acostaba, una vez listo para escapar de Macurijes en la madrugada, el poeta exclamó:

—Menos mal que se acabaron las visitas... Qué día más caliente de visitas... Eso es así. Hay días muy extraños. Ahora, a descansar, y a las tres de la mañana..., escapo.

Se equivocaba. Faltaba la última visita.

A media noche llegó Feliciano.

—Wampa... Wampa... Wampa...

Las gallinas cacarearon en sus gajos.

—Wampa... Wampa...

Golpeó la puerta.

—¿Quiay?...

—Soy yo, Wampa... Feliciano...

—Voy...

Semidormido abrió Wampampiro la puerta.

—Perdóname, Wampa, la llegada a esta hora. Pero es que se ha presentado algo grave...

Wampampiro despertó por completo.

—¿Algo grave?...

—Sí. Y tienes que ayudar...

—¿Qué?

—Un canalla que viene de La Habana a llevarse mañana, engañadas, a las más lindas muchachas de Macurijes y de sus campos...

—¿Sí?

—Sí... Hay que impedir ese robo. Nada menos que a mi prima Estrella se la quiere llevar...

—Cuenta... Me tengo que ir a las tres...

—¿Irte?... Deja que oigas lo que te voy a contar...

Y pasó de inmediato a narrarle al poeta la desgracia que se avecinaba para algunas bellas hijas de Macurijes.

Wampampiro lo escuchaba con alarmada atención. Cuando Feliciano acabó de hablar, el poeta dijo:

—Me “tenía” que ir a las tres de la madrugada...

WAMPAMPIRO Y EL RAPTO EN MASA DE LAS MACURIJEÑAS

Uno de los acontecimientos que más agravó la situación de Wampampiro en la zona de Macurijes fue su participación en el dramático episodio en que interviniera para evitar el rapto de las bellas macurijeñas.

Sucedió que al día siguiente a la conversación de Feliciano y el poeta, el pueblecito vio llegar en un automóvil grande, reluciente, nuevo, a cierto individuo, muy bien vestido, de bigotillo negro, con sombrero de paño, que respondía al nombre de Nazario. Nazario era un hombre gordo, comilón, pedante, muy zoquete con los débiles, pero sumiso y adulón con los jefes. Era un gran lamepatas del país. Pero tenía buenas relaciones con el negocio de los cabarets y de los ricos personajes que enviaban “carne de cabaret”, como ellos decían, entre cínicas sonrisas, a Panamá, Venezuela y México.

Bellas jóvenes, sin experiencia, de sesos vanos, fáciles de ilusionar, firmaban excitantes contratos para ir a bailar a Caracas, Ciudad México y Panamá, y terminaban en casas de asquerosos lenocinios.

—Vengo a buscar “carne fresca” —dijo el gordo Nazario, con su rostro mofletudo e innoble, exhibiendo con orgullo su enorme vientre burgués.

—Sí, Nazario..., no se ocupe, que por estos campos hay muy buenas potrancas..., fáciles de engañar..., con las cabezas huecas... —le respondió Pepelín, el alcahueta que le enviara el Alcalde.

—Sí... Le pintamos un jardín y las embarcamos y nos ganamos unos buenos pesos... Pero que ellas estén “buenas” de verdad... —dijo Nazario, la grosera cara abierta con una sonrisa cerduna.

El vil visitante se fue a la fonda, y el alcahueta Pepelín se lanzó a buscar a las inocentes guajiritas a las cuales había llenado previamente la cabeza de bellas visiones en Caracas, en México, en Panamá: “Allí tendrán de todo, bailarán en elegantes cabareses para los ricos; los americanos de Panamá regalan los dólares como agua... ¡A bailar!... Y en un par de años regresan a Macurijes ricas..., vestidas con la ropa más linda del mundo...”

Entre las bellas cabezas huecas lograba Pepelín sus mejores éxitos. Todo ello, a espaldas de sus padres, en conversaciones dominicales en el arbolado parquecito del pueblo. “Les avisaré cuando llegue Nazario, ni se ocupen. Estén preparadas. Firmen el contrato. Cogen unos pesos de adelanto. Salimos de noche, llegamos a La Habana... Y por la tarde se van en el barco, con centenares de muchachas de Santiago, de Matanzas, La Habana, Camagüey... Eso será una fiesta...” —les susurraba.

Y las muchachas asentían, entre risas.

Llegó Nazario, se metió a comer y a roncar en la fonda, mientras cinco choferes esperaban con sus autos para llevarse, en la media noche, a las incautas macurijeñas.

Pepelín corrió los campos de bohío en bohío; y de casita de tejas en casita de tejas, en el pueblo, tras las muchachas ya convenidas.

Todo ello lo hacía muy cautamente.

Wampampiro recibió la visita, bien temprana la mañana, del honrado Simeón.

—Wampa... Qué crimen se está cometiendo por ese cabrón chulo Nazario y su cachanchán Pepelín...

—Suelta el viaje... —le dijo el poeta—, ya lo sé... Pero hay un plan...

Y contó a Simeón detalladamente cuanto se tramaba.

—Pobres padres, Simeón, y que crimen con estas jovencitas sin sesos...

—Sí, Wampa. Algo hay que hacer, ahora mismo...

—Sí... Ya puse el güiro a pensar... Llámame enseguida a Julio Jicoteo, a Chago el gago y a Silvio Tumbatoro... ¡Ahora mismo, no hay que perder tiempo! Ya está al llegar Feliciano...

A la hora, se reunían en el rancho del poeta los individuos citados.

Wampampiro les habló:

—Señores, nosotros somos como hermanos, que luchamos por el bien...

¿Ya saben de lo que se trata?

—Sí, Wampa.

—Sí..., cómo no...

—Sí..., a fondo...

Wampampiro les miró los honrados rostros amigos, y le dijo con voz muy decidida:

—¿Las rescatamos de las manos del gordo Nazario y de Pepelín?...

Piensen en los pobres padres...

—Sí..., las rescatamos...

—Las rescatamos...

—De eso ni hablar..., se las llevaremos de entre las manos...

Y entonces Wampampiro les explicó su plan. Le escucharon atentamente.

—¿Alguien cree que hay algún error en el plan?

Silvio Tumbatoro dijo:

—Yo creo que en lugar de darle piñazos al asqueroso Nazario lo mejor es darle un palo por la cabeza...

—No. Lo podemos matar... Lo amordazaremos, lo amarramos y lo metemos en la cueva junto con Pepelín y los choferes...

—Sí. Evitemos matar —le secundó Julio Jicoteo.

—Si le me... me... meto la... la... la derecha... se... ca... se... ca... se caga el Nazario... ese... —dijo Chago el gago.

Simeón conocía toda la trama para quebrar el negocio de las macurijeñas. Como el golpe sería a la una de la madrugada, hubo sobrado tiempo para analizar otra vez la operación de rescate.

Feliciano gozaba.

Cuando a las doce de la noche las cabecihuecas, una vez comprobado el profundo sueño de sus padres, se vestían apresuradamente, también se vestían apresuradamente en el bohío de Wampampiro éste, Simeón, Silvio Tumbatoro, Feliciano y Julio Jicoteo; se disfrazaban, mejor dicho. Vestidos de sacos de yute, con máscara, cubriéndoles toda la cabeza, máscaras que simulaban cabezas de monos.

Chago el gago había quedado en el pueblecito para cumplir su misión, que consistía en pinchar las gomas de los autos para dejarlos sin aire. Esto debía ocurrir a las doce de la noche. Cuando los choferes llegaran, a la una menos cuarto, junto a sus coches, sería tarde para reparar el desastre, pues el rapto de las macurijeñas estaba fijado para la una de la madrugada.

A las doce y cuarto bajaba las lomas Pepelín con once bellas y nerviosas jóvenes, rumbo al pobladito. De pronto, cuatro disfrazados se le encimaron. Lo amordazaron, lo amarraron y lo metieron en una cueva en la loma.

Las muchachas huyeron rápidamente, rumbo a sus bohíos.

—¡Bobas! ¡Brutas! ¡A la putería es a donde las iban a llevar!... ¡Guanajas! —les gritaba Silvio Tumbatoro.

Una vez puesto a resguardo el miserable Pepelín, los enmascarados cambiaron sus trajes, y con las máscaras de mono en las manos, listas a ser usadas en el momento oportuno, dieron un rodeo y se situaron después bajo unos árboles, frente a los automóviles habaneros, listos a entrar en acción.

A la una menos cuarto de la madrugada, tal como se había convenido, llegaron los choferes, encendieron unos cigarrillos, hicieron algunos chistes, y se pusieron a esperar por lo que ellos llamaban “el ganado”.

A poco, uno de ellos descubrió los desperfectos.

—¡Los fotingos están ponchaos! —gritó alarmado. Sus compañeros lo rodearon.

—A los cinco los desinflaron... Esto no me gusta. Esto se complica... —dijo el más viejo de los choferes—, esto se pone de yuca y ñame...

—Bueno, el jefe se ocupará de eso...

A la una en punto llegó el gordo Nazario, moviendo trabajosamente su barrigón burgués.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó—. ¿No han llegado todavía las hembras?...

—No. Y lo más bonito es que estamos ponchaos...

Nazario miró con disgusto los neumáticos aplastados.

—Esto es una canallada... —apenas alcanzó a decir, porque sintió en su cuello una mano que se lo apretaba.

Era Wampampiro, el rostro cubierto por una máscara de mono, que había llegado a espaldas del inmundo gordo. Junto a él se hallaban sus amigos.

—Nazario, cacho e puerco, se te acabó el negocio aquí...

Nazario se acobardó.

—¿Pero qué negocio?...

Wampampiro le echó un lazo al pecho. Nazario forcejeó.

—¡Cállate o déjate amarrar..., o te noqueamos...

El tembloroso Nazario se dejó atar.

Los choferes, aterrorizados por el imprevisto asalto, y por tan raros enmascarados, echaron a correr. Fueron detenidos por los lazos. Al intentar zafarse, fuertes halones les lanzaron al suelo.

—Al que grite..., ya no grita más —les dijo Tumbatoro para intimidarlos.

Los choferes proclamaron su inocencia.

—Contra ustedes no hay nada —les dijo Wampampiro—, pero tienen que acompañar a este señor hasta mañana por la mañana... Vamos...

Amarrados y amordazados fueron llevados a la loma y metidos en la cueva, acompañando al tembloroso alcahuete Pepelín.

Nazario se defecó por el camino. El disfrazado Simeón quedó de guardia en el interior de la cueva.

Wampampiro, al alborear, ya hablaba con los padres de las incautas jóvenes campesinas. Les contaba que sus amigos habían expuesto sus vidas por salvar a sus hijas de la deshonra. Les pedía silencio.

—No, no diremos nada, Wampa... Primero muertos antes que decir que fuiste tú... —le afirmaban los agradecidos campesinos.

Wampampiro dispersó a los complotados. La cueva quedó sin guardia alguna.

Unas horas después, la Guardia Rural, avisada por un niño que llegó al cuartel con una carta dando a conocer la situación de la cueva, halló a los prisioneros.

Interrogado el niño, de cinco años, sobre quién fue la persona que le había entregado la carta, éste no supo responderle claramente:

—Un hombre..., me la dio un hombre y me dio un real por traer la carta..., tenía cabeza de mono...

No sabía más. El furioso Capitán quedó desconcertado. Sin embargo, pensó:

“No sé por qué..., pero me parece que la mano de Wampampiro está metida en esto... Lo voy a velar. Si se tira, lo cuelgo... No le doy mucho tiempo...”

Por lo demás, Pepelín perdió el sueño durante dos semanas y el gordo Nazario padeció de pertinaces, impulsivas, aleatorias, complicadas y marrulleras diarreas, por varios meses.

LA INCREÍBLE AVENTURA CON LA TIGRESA, LOS GUARDIAS RURALES Y EL SARGENTO ENFURECIDO

Un tren de carga llegó a Jarahueca para dejar allí los animales, las jaulas y las sillas del famoso circo ambulante Pubillones. Mucho pueblo se aglomeró en la estación de ferrocarril, deseoso de ver la llegada del circo y sus artistas, payasos, equilibristas, magos, cómicos, y el domador de fieras, sobre todo.

Cuando el tren rápido pitó, al entrar en la vía directa al pueblo, disminuyó de pronto la velocidad, y esto ocasionó que, al curvar la vía, en el momento del gran frenazo, la jaula de la tigresa Barrabasa saliera fuera del carro sin barrotes donde se apiñaban las jaulas de las fieras y los monos. Al golpazo, se abrió la puerta de la jaula y Barrabasa escapó, a pesar de hallarse muy aturdida y magullada.

Una parte del público vio la escapatoria y se lanzó a correr en una estampida que originó gran alarma y frecuentes carrerajes entre los curiosos que esperaban la llegada del circo. La estación quedó limpia.

La Policía y la Guardia Rural, portando sus rifles, fueron llamadas para cuidar de los empleados del circo, ante la posible amenaza de la fiera, mientras descargaban los variados enseres del Pubillones.

El pueblo cerró sus casas, como solía ocurrir en tales lances. Los comercios abrían solamente una puerta y los vecinos más valientes salían a hacer sus compras con largos machetea en las manos, en grupo.

Pronto comenzaron a llegar noticias al pueblo:

—¡Barrabasa se comió una vaca!...

—¡Barrabasa llegó a la conejera de Estanislao y acabó con ella!

—¡Barrabasa mató la mula de Nicasio!

A los tres días de terror, el Alcalde y el Apoderado del circo se reunieron y acordaron premiar con treinta pesos al captor o al matador de la tigresa.

—Al que la coja viva y sin daño alguno le doy cuarenta guayacanes yo solo —decía el Apoderado.

Pronto se supo que la tigresa había matado un buey y lo había arrastrado al fondo de una mina.

Ocurrió que algunos mineros valientes trabajaban en ella. Asombrados, vieron pasar a la tigresa arrastrando al buey. La tigresa no se ocupó de ellos. Como murciélagos veloces, los mineros escaparon de sus galerías, sus lámparas se hicieron añicos. Un minero, presa de un natural pánico, quedó encaramado en lo más alto de una tupida mata de ateje; se encontraba en los puros calzoncillos. No supo nunca cómo y donde perdió los pantalones.

Se avisó a la Guardia Rural, la cual envió seis parejas armadas a la mina, con órdenes de matar a la tigresa. Las parejas se negaron a entrar. Sabían que algunos iban a morir en la aventura y no se hallaban dispuestos a pagar ese precio. Prefirieron esperar en la boca de la mina, los rifles listos a disparar, la salida de la tigresa.

Uno de los dueños de tan rica mina se llegó donde los guardias:

—Por favor, sáquenme ese animal de ahí, que la mina lleva seis días paralizada y estoy perdiendo dinero...

Un guardia le dijo:

—Si nos metemos seis, la mitad morimos...

—Pero yo doy treinta pesos al que la mate...

A los quince días de vela, juzgando desfallecida a la tigresa, las seis parejas decidieron matarla; seguramente ésta se hallaría muy débil por carencia de alimentos.

Se proveyeron de poderosas linternas y avanzaron por las desiertas galerías. Veinte minutos después rugió la tigresa con grande violencia y los guardias rurales retrocedieron.

La noticia llegó a Macurijes por boca de Eduardo Curbelo, que en Jarahueca vivía, casado y con un niño. Curbelo, al conocer del suceso, se había puesto en contacto con el dueño de la mina y el Apoderado del circo. Allí expuso los méritos de Wampampiro Timbereta, que ya había enlazado un león. Ambos personajes le facilitaron la vía más rápida de llegar a Macurijes para avisar y traer al poeta.

—¡Dan como cien pesos por coger a la tigresa!...

—Pues, chico, no me interesa... Si tuviera un hijo enfermo y sin dinero para medicinas iba... —dijo el poeta a Curbelo.

Curbelo lo instó:

—Wampa, ná, te llevas el lazo y tu escopeta... Ya la tigresa está flojita, tiene como veinte días sin comer, pues el buey que mató hace rato que se lo comió. Y, mira, con ese dinerito, le puedes arreglar el rancho a Herminia, comprarle muebles de cedro, que los que tiene están comidos de comején..., y guardas algo para lo que se te pueda presentar...

—Ya se me presentó... Tendré que irme de aquí lo más pronto que pueda, pues ya los guardias saben que yo no estoy con el tirano y me están velando... Además, después de lo que pasó con las macurijeñas que se iban a llevar... me siento muy, muy..., muy inseguro aquí...

Curbelo le instó de nuevo:

—Con más razón, vamos, y, a lo mejor te quedas por Jarahueca, donde estarás más tranquilo...

—Bueno, vamos, pero debo llevarme dos amigos muy guapos para cazar a la tigresa. Son Julián Gómez y Aracelio Flores, que también están perseguidos por antimachadistas... Se quieren alzar... Te lo digo porque sé que tú no estás con el tirano... Fíjate, como hay que entrar en una mina, seis ojos ven más que dos... Que me consigan armas los dueños, que yo llevaré mi lazo, a ver si me pongo dichoso...

A poco conversaban con dos fornidos, sonrientes negros, Aracelio y Julián.

—Partimos la plata a la mitad —les dijo el poeta.

—Vamo. Totá, en tres días ya estamos aquí... Pa tigre, el generá...

Partieron, utilizando un viejo automóvil, por los polvorientos callejones, rumbo a la alarmada Jarahueca.

Por el camino, Julián, Aracelio y Wampampiro acordaron un plan.

—Pa alzarse se necesitan armas, Wampa... Le pedimos las armas pa matar a la fiera a los sordaos, o al Alcalde, si no las quieren prestar los sordaos, y en menos que pestañea un mosquito capao cogemos a la Barrabasa esa y nos llevamos las armas pal alzamiento que se prepara...

Esto se hablaba al fondo de una tiendecita del camino, donde el poeta había comprado latas de sardinas, galletas y queso, para almorzar.

Hablaban los cuatro amigos, lejos del chofer.

—Curbelo, tú no has oído nada..., ¿eh?

—No, Wampa, mi pata de goma no ha oído nada...

Continuaron viaje y a las cuatro de la tarde entraron en la silenciosa Jarahueca.

De inmediato, hablaron con expectantes personajes: el Alcalde, el Apoderado del circo, el dueño de la mina, y un grueso Sargento de la Guardia Rural.

—Nosotros tres vamos a entrar a la mina esta noche —dijo Wampampiro—, yo enlazo un gato en la oscuridad... Así que si ya una vez enlacé un león no voy a caerme con una tigresa... Enlazo a un mosquito volando...

Los negros rieron a carcajadas.

—Y estos dos que se ríen —continuó el poeta— son guapos de verdad, no conocen el miedo. Y con buenas armas en las manos no hay fiera que se les escape...

—El dinero es de ustedes —dijo el Apoderado—, aquí lo tengo... Si me trae a Barrabasa viva, ya es suyo...

—Mi dinero está aquí. Mátenla y cobren —dijo el dueño de la mina.

—El problema son las armas...

—¿Qué le parece, Sargento, prestarle los rifles a estos guapos? —preguntó el Alcalde.

—No pué sé... De beldá que el gualdia no pué prestá su alma..., es la ley...

—Pero, fíjese, Sargento, es un momentico na más... Cuando salgan de la mina, con el animal cogío, las devuelven...

El Sargento meditó un instante y dijo:

—Bueno, ta bien... Pondré tres parejas armás a la boca de la mina. A ellos hay que devolverles los seis rifles... No se olviden...

Se volvió hacia Wampampiro.

—¿Y pol qué han de bajal a la mina a media noche? Yo no entiendo eso...

—Porque a esa hora duermen las fieras... La agarramos dormida... La enlazo enseguida y ya...

El Sargento partió rumbo al cuartel y trajo dos armadas parejas de guardias.

—Vayan pa la mina, que ya son las ocho de la noche —dijo el Alcalde.

—Vamos...

En el mismo viejo automóvil montaron Wampampiro, sus dos compañeros y las dos parejas armadas.

El alarmado chofer, decía:

—Cómo pasa trabajos el pobre pa vivil... Aquí mismo el que corre más peligro soy yo. ¡Guardia, vaya apuntando pal camino que a lo mejor el bicho ese nos salta parriba...!

Ya en la boca de la mina, hallaron cuatro rifles dirigidos hacia el automóvil.

—¡Relevo! —gritó un guardia...

Los rifles se bajaron:

Los relevos se hicieron cargo de la guardia nocturna y los relevados regresaron con el alarmado chofer a Jarahueca.

—Bueno —dijo Wampampiro—, ahora voy a disparar mi lazo al aire para hacer pulso. Ustedes dos, Julián y Aracelio, cojan las armas y esperen un momentico...

Mientras el poeta echaba su lazo a vuelo, los dos negros se hicieron cargo de los rifles que dos guardias les entregaron, de acuerdo con las órdenes del Sargento.

Un soldado dijo:

—Mira, negro, cuídelo bien... ¿Sabe tirar con él?...

—Sí. Nosotros conocemo lo rifle...

—Bueno, cuídelo bien; mire, a mí me dicen Piñasera... ¿Sabe por qué?

—Por los piñazos que da...

—Y a mí me dicen Caraefiera, por algo será...

—Sí, guardias, en cuanto matemos al animal le damos los rifles enseguida...

Wampampiro, entretanto, practicaba el lazo a treinta metros de los conversantes.

Unos minutos después se aproximó al grupo.

—Bueno, vamos a bajar... Yo llevo el lazo y una linterna de luz larga. Yo alumbró a todas partes. Ustedes vigilen todos los rincones. Yo alumbró...

En la boca de la mina quedaron dos soldados armados. Un soldado de guardia, tan pronto vio desaparecer mina adentro a los tres cazadores, dijo a sus desarmados compañeros.

—Échense por ahí y duerman. Total, estos locos pueden ganar o perder. Si tiran es que ganaron. Si no se oye ni un tiro es que la tigre se los chupó. ¡Hay que ser brutos pa meterse en una cueva oscura con una tigre hambrienta!

—Alumbra, alumbra pallá trás, Wampa, que veo moverse algo —dijo Julián...

—No, es la sombra de un palo atravesao...

—No hagas tanto ruido con las patas, Aracelio... que esa fiera lo oye tó...

Avanzaban los tres amigos, lenta, cautelosamente. Cinco minutos después, hallaron a la tigresa inmóvil. Se le acercaron, listos a disparar. El poeta daba vueltas a su lazo con la mano derecha mientras que con la izquierda iluminaba a la fiera. Julián se acercó, poco a poco, a la tigresa inmóvil, el rifle apuntándole, a la cabeza.

—¡Se estiró! ¡No resuella! ¡Está muerta!...

Los tres amigos se aproximaron a la fiera inmóvil.

—Sí, está muertecita...

Wampampiro dijo.

—Bueno ¿ahora qué? Ya no hay dinero por devolverla viva...

—Wampa —repuso Julián—, métela en tu saco y le décimo al Apoderao que la matamos de un culataso... y algo cogemos...

—No. Tú no conoces esa gente. Lo que quería el Apoderado era la tigresa viva... Ahora no afloja un centavo...

—Tamo fracasao... —dijo Julián.

—Fracasao no. Bamo a sorprende a la guardia. Salimo poco a poco..., y le quitamo lo rofle y no bamo pal monte alsao con la gente de Rolando Pardo, que ya ta alsao...

Wampampiro lo interrumpió:

—Yo me hago el bobo... Yo salgo primero y le digo a los guardias que enlacé la fiera y que ustedes la traen arrastrando... Y mientras converso con ellos, salen ustedes, los encañonan, les quitan los rifles, y se van... Yo me quedo con ellos hecho un bobo... Vamos a ver qué pasa después...

—Pero te matan a lo mejol, Wampa...

—De lo contrario..., si salimos los tres, sin que yo los entretenga conversando..., ustedes no pueden hacer nada...

—Sí, claro, vete alante Wampa, y conbélalos...

Apareció el poeta por la boca de la mina. Halló ante él los rifles apuntándole.

—¡Buenas noticias! ¡Encontramos a la fiera! Estaba dormida, tal como yo dije. La amarré dormida. Ni se dio cuenta, de lo débil que está... ¡Por ahí vienen mis amigos arrastrándola! Yo estoy asfixiado...

Los curiosos guardias le preguntaron:

—¿La enlazó dormía?...

—Sí. Estaba ya muy débil, parece que por la falta de comida se le acabaron las fuerzas. La amarré con cuidado...

—¡ARRIBA LAS MANOS!

Dos rifles apuntaron a los desprevenidos guardias.

Julián los desarmó al instante.

—¿Qué hacen ustedes, canallas? ¡Devuelvan esos rifles! —les gritaba Wampampiro.

—¡Cállate, que te metemos un tiro ahora mismo!...

Julián dio un culatazo en el pecho a Wampampiro, quien cayó al suelo.

Con el mismo lazo amarraron Julián y Aracelio a la pareja de la Guardia Rural y al poeta.

Una vez hecho esto escaparon con los cuatro rifles y las cananas de los soldados rumbo al cercano monte.

A las seis de la mañana despertaron, los soldados que dormían en la cercana oficina del dueño de la mina. Se vistieron y echaron a andar hacia la boca de la mina para recuperar sus rifles. Una vez allí hallaron la grande sorpresa. Desataron a los amarrados y oyeron de boca de éstos el tremendo suceso.

El nuevo relevo llegó a las ocho de la mañana. A las nueve estaban todos en el cuartel. Allí explicaron lo sucedido. El Sargento enfurecido gritaba:

—¡Esto nos va a costar el puesto a todos! ¡Mentecatos! ¡Mira que dejarse desarmar como dos burros! ¡Ustedes son unos burros! ¡Negros cabrones, seguro que se van a alzar!...

—Sargento, no fue culpa de nosotros... ¿Quién iba a pensar en esa cabroná?...

—Sargento, a mí, que creía en ellos, por poco me matan de un culatazo —dijo Wampampiro con una voz encolerizada—. ¡Qué par de canallas! ¡Los contraté para que me ayudaran! ¡Por eso no se puede creer en nadie! ¡Cabrones!...

—Usted también es un comemierda —le repuso el Sargento—, porque se confió a esos dos ladrones...

Wampampiro le respondió:

—Tiene usted razón, sí, todos los días sale un bobo a la calle, y ése soy yo..., un guajiro guanajón... Lo que quisiera es caerles atrás a esos negros tan vivos...

—Eso es lo que vamos a hacer —dijo el airado Sargento—, a mí no me relajen esos vivos... Les caigo atrás con la caballería y los colgamos. ¡Que se los coman las auras!...

Al atardecer, después de despedirse del alarmado Curbelo, el hábil Wampampiro tomó rumbo a Macurijes montando una yegua vieja que le prestara Curbelo.

Por el camino, cantaba. Se sentía satisfecho de sus dotes de actor.

—Los engañé fácilmente... A estas horas los más que guapos Julián y Aracelio deben haber hecho contacto con su gente... Cómo quiero a ésos dos negros, mis hermanos de vida, de trabajo. ¡Qué sabroso ríen! ¡Que todo les salga bien!...

LOS POLITIQUEROS ORGANIZAN UN MITIN EN MACURIJES Y WAMPAMPIRO EJECUTA UN INGENIOSO ATAQUE

El poeta llegó a Macurijes entrando por el lomerío verdiazul que daba al valle donde su rancho mal se elevaba. Temía ser visto por la gente del pueblecito.

Bien sabía que su presencia en la zona no era razonable. El Capitán lo olfateaba como un perro de presa, y no le gustaba sentirse venado.

Por eso, en cuanto llegó a su rancho, donde sus matules estaban listos para su planeada fuga a Sancti Spíritus, procedió, tras unas horas de sueño, a preparar las provisiones para su largo viaje a caballo. Escribió una carta para su padre, hermana y cuñado, donde les explicaba que, por razones de grave peligro, que ellos conocían bien, debía escapar de la zona, y que volvería una vez existiera la paz política en el país.

Hecho esto, salió hacia los cañaverales, ya atardeciendo, y cortó unos cuantos cogollos de caña. Con un buen mazo en sus hombros, se dirigió donde el caballo de Curbelo y se lo echó ante sus patas.

—Come, caballito, come... que la tirada que te espera es larga... Quizás estemos más de dos días en camino...

Escuchando masticar al caballo, se sentó en un tronco de jobo en el patio. Allí pensaba.

Mirando los pájaros carpinteros, que subían y bajaban por un aguacatero cercano estaba cuando sintió pasos. Volvió la cabeza y se encontró, con Juan Muñoz, un furibundo antimachadista de Macurijes, que había acabado de salir de una prisión en Santa Clara por sus actividades políticas contra el régimen.

—¿Muñoz, tú aquí?...

—Sí, tengo que verte...

—Te hacía descansando en tu casa... Sé que desde hace una semana te hallas en cama, reponiéndote de los malos tratos...

—En cama me hallaba, sí, pero esta mañana me acabo de enterar que el mitin de los machadistas es mañana por la noche, en el mismo Macurijes...

—¿Mañana por la noche?

—Wampa, necesitamos tu ayuda, tú eres un hombre inteligente que defiende al guajiro. Eso lo sabemos y tienes que ayudar al grupo...

—¿Qué ocurre, Muñoz?...

—Que si mañana van a dar los apapipios un mitin de apoyo al general Machado..., hay que romper ese mitin...

—Mira, Muñoz, que la Guardia Rural va a estar rifle y machete en mano velando a los que estamos contra Machado. Y tú sabes que sus rifles matan. No hay que confiarse... Esos soldados se alquilan para matar. No tienen civismo. Ellos están por el dinerito que les dan, y por su uniforme, y matan a cualquiera... No tienen sentido de lo que es la libertad, la dignidad... Con eso quiero decirte que planiemos bien las cosas... No nos regalemos. A Machado le tumban diez soldados y al otro día hay diez ignorantes, sin civismo, que piden el puesto... No saben nada de la política sana que necesita el país, y van y se alquilan...

Juan Muñoz calló un instante. Después dijo:

—Pero hay que hacer algo...

—Sí. Hay que hacer algo...

—¿Qué se te ocurre?... Tú siempre tienes ideas...

—Déjame pensar. Ven sobre las nueve de la noche, a ver qué se me ha ocurrido... Pero piensa tú también...

Los dos amigos se despidieron y cuando Juan Muñoz no había adelantado aún cuarenta metros, Wampampiro le gritó:

—¿DÓNDE SE VA A CELEBRAR EL MITIN?...

—¡EN EL PARQUECITO FRENTE AL CEMENTERIO!...

Wampampiro caminó lentamente rumbó a su bohío. Silvina, la cotorra, se le posó en su hombro, el perro Guatíbero se le enredó en los pies, sin que

recibieran caricia alguna del pensativo poeta, quien se echó en su hamaca y se puso a meditar.

Divagaba: “Si les echamos diez toros bravos a los machadistas para romper a tarrazos el mitin, los matan a tiros y se los comen, y no pasa nada... Si les metemos seis bombazos matan a todos los opositores del pueblo, y con eso no tumbamos a Machado. Si formamos un tiroteo, lo mismo... No sé, no se me ocurre nada...”

A poco, Wampampiro dormía, rendido por la larga jornada a caballo.

A las nueve de la noche, cuando Juan Muñoz llegó para conocer del plan de Wampampiro, se lo encontró en el patio sentado en un taurete y cantando décimas humorísticas. Al escucharlas, Muñoz pensó: “Ya está el café, ya la cosa no está de yuca y ñame..., ya Wampa está cantando...”

—¡Buenas noches, trovador!...

—Arrímate Muñoz, que ya el güiro me parió la idea...

Muñoz tomó un taurete y en la semioscuridad del patio escuchó las lentas palabras del poeta:

—Creo que ya tengo una solución para burlarnos del mitin, para burlarnos de los botelleros machadistas del pueblo... Esos apapipios van a hablar en la tribuna y nosotros vamos a hablar con candela...

—¡Cómo! ¿Vamos a quemar el pueblo? ¿El cuartel?...

—No, no, Muñoz, déjame acabar de contarte mi plan. Se trata de irnos mañana temprano al monte a buscar leña seca, recogemos toda la que podamos cargar, mucha; llevamos algunos caballos... Al amanecer la colocamos en la loma que está frente al cementerio y que se ve clarita desde el parquecito. ¿Qué hacemos con la leña?... La colocamos en forma de letras enormes, y esas letras enormes van a decir una palabra, y esa palabra es MENTIRA...

—Dime, dime, dime, Wampa...

—Por la noche, cuando el mitin esté andando, le pegamos candela a cada letra, en el momento en que los vendidos oradores estén hablando de lo bueno que es Machado... Cuando la palabra MENTIRA esté encendida se verá a una legua de distancia, y para que la gente la descubra soltamos un bombazo grande en la loma con la dinamita que le robemos por la tarde a la mina de piedras, y cuando miren hacia donde salió el ruido, leerán la palabra

MENTIRA y ahí mismo le quitamos la careta a los oradores y se quedarán choteados y el cuento se hará de pueblo en pueblo... Es una burla colosal... La candela responderá a sus mentiras...

Juan Muñoz le abrazó.

—Ah, Wampa, ya sabía yo que tú no me fallabas.

—Vendremos mañana temprano a recoger la leña con mucho cuidado, Paquito León, el gallego Anisio y el gordo Echazábal. Al anoecer formamos las letras..., en un momento. ¡Qué relajada para el mitin!...

Muy contento se retiró Juan Muñoz de la casa de Wampampiro. Éste se quedó pensando en el patio hasta que el sueño le avisó. En la hamaca, pensaba el poeta en nuevas estratagemas, que no pudo elaborar porque sus ojos se cerraron y la noche entro en su cabeza.

Al alba, sintió el alboroto de los gallos. Semidormido, exclamó:

—¡Ya!... ¡Ya!... ¡Ya!...

Y Wampampiro se echó a reír. Después de comer un pedazo de queso blanco, se puso su ropa de trabajo y salió a guataquear un maicito que tenía en el patio.

—¡Ya!... ¡Ya tengo el segundo golpe!...

Una vez dichas estas palabras fue a su cuarto y descolgó una cometa enorme, un “coronel” como se le llamaba en el barrio a tan grande papalote.

—Con esto van a ser burlados esos canallas!... —dijo en voz baja—. Mis juegos de niños no se me olvidan y van a ser útiles...

Jugó con la cotorra y con el perro, y volvió a desyerbar su maizal.

Al atardecer, llegó hasta él un niño con un papel en sus temblorosos dedos:

—Me manda mi papá..., con este recado...

El poeta leyó:

“Wampa, ya la leña está recogida.”

—Dile a tu padre que a las siete de la noche estoy donde él sabe...

A las seis y media, oscureciendo, salió Wampampiro hacia la loma, con su enorme cometa en una mano y una gran bola de hilo en la otra. A poco de andar, encontró a los antimachadistas delante de un gigantesco montón de leña seca. En silencio ordenaron las grandes letras.

—Wampa, traje alcohol para regarle arriba a cada letra, para que se prendan enseguida... Y mira, aquí hay diez cartuchos de dinamita. ¡Qué bombazo vamos a meter! ¡Se va a oír en Jarahueca!

—Que la mecha sea larga, Muñoz, para que nos dé tiempo a escapar, porque si esa bomba explota a cuarenta varas de nosotros nos revienta...

—Sí..., sí... Cuando echemos el alcohol y las letras se enciendan, prendemos la mecha de la bomba y salimos huyendo como venaos... Ni te ocupes...

—Muñoz, dame dos cartuchos de dinamita...

—Aquí los tienes ¿para que los quieres...?

—No te ocupes. Es una idea mía...

Wampampiro tomó los dos cartuchos que le entregara Muñoz.

Por otra parte, la bomba se confeccionó y se introdujo en tina roca ya horadada para provocar un gran estampido. Los complotados se echaron en la yerba, al terminar su breve trabajo. Esperaban el inicio del mitin. Nadie hablaba.

Pocos minutos después de las ocho, centenares de voladores atronaron el cielo, anunciando el comienzo del mitin.

Los oradores, desde sus tribunas, comenzaron a gritar sus viejas falsas promesas, para que el público reunido en el pequeño parque no se perdiera una sola de ellas.

—¡Candela, Muñoz! —dijo Wampampiro en voz baja...

Dos latones llenos de alcohol humedecieron las letras.

Muñoz les fue dando candela tirándoles un fósforo encendido.

—¡Fuego a la mecha!...

La mecha fue encendida. Los complotados escaparon velozmente.

Un minuto después, una tremenda explosión estremeció la tierra rompiendo cristales en el cercano pueblo y provocando una algazara enorme entre los asistentes al mitin.

La palabra MENTIRA, en llamas, se divisaba claramente. Nadie dejó de leerla, desde el Capitán y el Alcalde hasta el limpiabotas del pueblo.

El orador de turno enmudeció, pálido, acobardado. El enfurecido Capitán daba órdenes a sus soldados:

—¡Fuego a la loma! ¡Tiren!...

Tronaron los rifles. La multitud se desbandó a toda carrera. El tiroteo continuó por largo rato. Las casas se cerraron, el casino de juego perdió sus jugadores, el café se halló despejado de clientes, las calles quedaron desiertas.

Fue en ese momento, consumidos ya los restos de las letras, cuando Wampampiro, desde el pico de la loma, empinó su gran cometa, a cuya cola había amarrado los dos cartuchos de dinamita provistos de muy largas mechas, ya encendidas.

La cometa llegó hasta los edificios del Ayuntamiento, donde temblaba el Alcalde, el gran ladrón del pueblo, temeroso de un ataque de alzados.

Unos segundos después estallaron los dos cartuchos de dinamita sobre la alcaldía. Estallaron casi al unísono.

Cuando Wampampiro oyó las explosiones, soltó la cometa y dando un gran rodeo se fue a su casa, calmó a la alarmada cotorra y al miedoso perro, y puso la montura a su caballo.

Diez minutos después, con treinta pesos en el bolsillo, un bulto de ropa y libros y otro bulto de provisiones, cabalgaban hacia Sancti Spíritus.

HUIDA HACIA ORIENTE

La destrucción del mitin politiquero costó muy caro a sus autores.

Muñoz, Echazábal y León fueron detenidos en sus casas. Ante la presión del Capitán de la Guardia Rural, y los golpes que les propinara Manoeplomo, dos campesinos habían confesado que vieron a los tres amigos recogiendo leña seca por el monte.

Muñoz, Echazábal y León, después de ser golpeados fuertemente, fueron conducidos a la Comandancia Militar de Santa Clara, donde enfrentarían grandes problemas.

Wampampiro torció el rumbo en el camino. Comprendió que Sancti Spíritus se hallaba muy lejos y que en la cercana Trinidad había más facilidades para escapar a la provincia de Oriente, llena de montañas, donde sería un desconocido y no despertaría sospechas ni a los rurales ni a la policía.

“Allí me colocaré como recogedor de café en los montes de Guantánamo. He conocido algunos orientales que venían a recoger café por las lomas de Cienfuegos... A lo mejor me los topo...”, pensaba.

Llegó a Trinidad. Había dejado su caballo en manos de un campesino de la zona, y, jolongo al hombro, entró en la ciudad. Almorzó en una fondita, caminó las bellas calles del pueblo y a poco tomó el tren que salía para Santa Clara.

Desde su ventanilla vio pasar un paisaje de sueños. Palmares, abismos, ríos, roquedales blancos, lomas, praderas, montes..., eso veía. Pero ya su

mente pensaba... Inquieto sobre la suerte de sus amigos de Macurijes, empezó a separarse de las delicias del paisaje.

Cuando llegó a Santa Clara, de inmediato se dirigió a la plaza del mercado, a ver un amigo fritero, que tenía una buena venta de empanadas y fritas allí.

—Gustavo, me tengo que ir de la provincia. No me preguntes nada. ¿Tienes diez pesos que me prestes? Tengo algunos, pero necesito más...

—¿Diez pesos?...

—Bueno, lo que puedas...

—Mira, tres ochenta es lo que he ahorrado desde hace dos semanas... La cosa está que arde... Mi negocito no ha quebrado porque yo soy el dueño del carrito, el cocinero, y el vendedor... Pero no te aflijas, en casa encuentro el resto...

—No. No salgas de aquí. Dame los tres ochenta... Tengo que marcharme lejos..., lejos..., enseguida...

—No me digas ná, mi hermano... tú eres bueno... coge...

Y sacó de un mugriento bolsillo la cantidad ofrecida. Hecho esto, frió unas albóndigas, se las dio a comer a Wampampiro y le obsequió con un cartucho de empanadas...

—Pal viaje... la caja del pan hay que rellenarla... el pájaro con el buche vacío no vuela... Guarda estas empanadas y les metes diente por el camino...

Wampampiro quiso sonreír y no pudo, tan conmovido se hallaba.

De regreso a la estación de ferrocarril, Wampampiro pensaba: “Cuando uno encuentra un buen corazón ya encontró la verdad.”

Sacó su boleto y salió al atardecer rumbo a la lejana provincia desconocida, donde se prometía desaparecer en los montes.

De vez en vez, entre el traqueteo de su vagón, pensaba en sus tres amigos, los que dejó en Macurijes, tras la destrucción del mitin machadista.

EN LAS MONTAÑAS DE ORIENTE

Durante breves días vagó Wampampiro por la provincia oriental, buscando un transitorio empleo, en cualquier humilde oficio. No lo halló. A Holguín, Manzanillo, Bayamo, conoció, y no hallaba colocación alguna:

—Los de aquí sacan chispas en el fango y no cogen plata —le dijo un grueso mulato en Bayamo—, esto está que arde como el culo de una gallina cuando echa el güevo...

Wampampiro siguió hacia la zona de Guantánamo para indagar por los recogedores de café que conociera en las lomas cienfuegueras, San Blas arriba.

Recordaba sus nombres: Domitilo, Francisquito, Fernando, que también era chofer y que comía mucho, Pablito, Pacheco, un sonriente negrito con cara de santo, Agustín...

Llegó a Guantánamo y se sintió muy bien entre gente jaranera y buena. Indagó por sus amigos. Nadie le dio noticias.

Al fin, tras subir las lomas, halló colocación para recoger café en una finca. Ganaba la comida y quince centavos al día. Por la noche, cantaba en el barracón de los recogedores de café. A veces, el dueño de la finca venía a oírlo.

—Pero..., ¿no tiene guitarra?... —le preguntó.

—La tenía... La dejé en la calle Campanario, en La Habana, en la casa de un pariente...

—Qué lástima... Voy a ver si le merco una...

—Gracias..., gracias... Descuéntela de mi sueldecito...

—Sí... sí... Cantor sin guitarra es como pavorreal sin rabo...

Wampampiro improvisó entonces una décima que el dueño escuchó complacido:

**He venido a estos lugares
sin mi guitarra guajira
que a veces ríe, o suspira
cuando canto mis pesares.
¡Qué lindos son los palmares
sonoros de estas montañas;
qué verdes son sus marañas;
sus cafetales: qué rojos!...
...Y usted mata mis antojos
si una guitarra me apaña...**

Aplaudieron los recogedores, pero el dueño dijo:

—Te faltó una ese en “apaña”, para que rime con “marañas”...

—Mire, dueño, tendría que tratarlo de tú, para eso. Fíjese:

**y tú matas mis antojos
si una guitarra me apañas.**

—Y no hay confianza todavía para tratarnos de tú...

El dueño se rascó la cabeza:

—Sí, tiene usted razón. Esto me pasa por meterme en la casa del mono a darle clase de muecas...

Los recogedores reían a carcajadas. Wampampiro sonreía cuando el dueño se retiró.

—¡Zumba una más, cantador! —le pidió un negrito de Mayarí, la boca reluciente, todos sus blancos dientes al aire.

—Voy. Pero a palo seco no da gusto...

—Aunque sea a palo seco... La cuestión es oír la décima... ¿No ves que estamos aburríos, rejundíos por estos montes? —le excitaba un recogedor de Baracoa.

—La guitarra vendrá después, Crombet te la compra... Suelta la barbaridad ahora...

Wampampiro improvisó una décima más:

**Vengo de Pinar del Río
para curarme la pena
de un amor que me envenena,
que desangra al pecho mío.
Pero aquí en el lomerío
entre alegres amistades
de numerosas bondades
para mí, un cantor extraño,
pienso echar todo este año,
tal vez mil eternidades...**

Los recogedores de café aplaudieron y el poeta estrechó sus manos. A poco, dormían todos.

EL CAPITÁN TOMA VENGANZA

El Capitán, fumando un tabaco renegrado, recibió en su despacho del cuartel de la Guardia Rural a uno de los soldados bajo su mando.

Éste traía en su mano derecha una enorme cometa color negro, con los largos rabos teñidos de negro.

Se cuadró, saludó y dijo:

—Éste es el “coronel” que Pitijaya vio volando arriba del ayuntamiento...

El Capitán observó la cometa.

—¡Qué bichos han sido esos malditos!, lo pintaron de negro para que no se viera por la noche... Ahora hay que ver quién es quien fabrica coroneles por la zona...

—Wampampiro, jefe...

—¿El poeta medio loco ese?

—Sí...

—Tráiganmelo enseguida...

—No puede ser...

—¡Que no puede ser...!

—No...

—¡Tráiganmelo inmediatamente!

—No puede ser. Se fue de su casa...

El Capitán hizo enjaezar su caballo y partió velozmente rumbo a la choza de Wampampiro, para hacerle un registro exhaustivo. A poco de galopar, llegó ante ella. Abrió a golpes de mandarria la puerta, que se vino abajo. Escuchó entonces un grito agudo:

—¡Machadistas! ¡Machadistas!...

De un disparo mató a la cotorra.

Abrió el ruinoso escaparate de Wampampiro y halló unas viejas ropas, libros, décimas, revistas, novelas, un diccionario, geografías, los **Versos sencillos** de José Martí, un manual de historia de Cuba y papel para fabricar cometas...

El registro fue infructuoso. El Capitán no halló el menor papel comprometedor, ni proclamas insurgentes, ni cartas sospechosas, ni siquiera un pedazo de mecha de las empleadas en los cartuchos de dinamita.

Bajo la colchoneta de una camita columbina halló varios periódicos. En uno de ellos, **La Semana**, se atacaba al dictador.

—Ya tengo una prueba... —dijo para sí.

Cuando salía, un perro le acometió con furia. El Capitán extrajo su revólver y lo mató.

Partió muy disgustado. Cuando llegó al cuartel ya había ocurrido la confesión de Juan Muñoz, quien, hambreado, golpeado, casi inconsciente, bajo la constante presión de la pregunta que se le hacía día y noche: “¿Quién puso las bombas en el papalote?” murmuró:

—Wam... pam... piro...

Esa misma tarde se le dio fuego al humilde bohío de Wampampiro, y se procedieron a enviar telegramas a distintas comandancias militares provinciales para la captura del ingenioso poeta que había provocado a la poderosa dictadura, apoyada en el Ejército Nacional.

WAMPAMPIRO ESCALA LA MONTAÑA MISTERIOSA

Tres noches después de la canturía desguitarrada de Wampampiro en el rancho de los recogedores de café, Crombet le trajo una guitarra santiaguera.

—De esta marca es de las que toca Sindo Garay —le dijo—, la conseguí en una ganga... Así que ahora habrá punto a cada rato en mi casa...

El poeta le dijo, con el rostro alegre:

—Gracias..., me la descuento del sueldecito...

—Claro que te la descuento, pero te quiero oír con ella... Ven esta noche a casa... Germán...

Germán era el nombre que el poeta se había inventado para no correr riesgos. Había afirmado también que era pinareño.

Un joven que le oyera, le preguntó:

—¿De dónde? Yo soy de Pinar, de Candelaria... ¿De dónde, es usted?

Responderle no fue difícil para el poeta. Se conocía muy bien la geografía del país:

—Yo soy de Guane... y he dado mucha rueda por Puerto Esperanza, Los Palacios, Bahía Honda, Viñales... Y en la Cordillera de los Órganos he participado en canturías...

Los buenos orientales no le sospechaban mentira alguna. El poeta se había ganado la confianza de todos con su carácter, su actitud servicial y su facilidad para componer décimas. De éstas, escribía alguna para los jóvenes enamorados, la mayoría analfabetos, que se las enviaban a sus novias, las cuales, por lo general, buscaban algún “leído y escrebido” para que se las leyera.

Poco a poco el poeta fue ganando tranquilidad, a pesar de que ignoraba cuánto ocurría, no solamente en su pueblo y su provincia, sino en la Isla. En cierta ocasión, llegó a sus manos un periódico censurado. Wampampiro se informó de juegos de pelota, a los que era aficionado, y de algunas noticias intrascendentes. Le chocó un discurso del Dictador, en el cual afirmaba que no abandonaría la presidencia ni un minuto antes ni un minuto después de la fecha fijada para hacerle entrega a su sucesor.

“Su sucesor será también un bandido..., que Machado prohiaría... Qué miseria...”, pensó Wampampiro, y no hizo grandes comentarios sobre ello ante los recogedores de café, que le pedían informes de la situación política.

—Nada... La cosa sigue igual... De yuca y ñame... Las zafras cada vez más cortas... La cuestión de nosotros los pobres es tener trabajo... Por lo menos aquí sacamos la comida y algunos quilos para la ropa y los zapatos... En los periódicos no se puede creer. Machado les da guano...

Y para no dejar, disgustados a sus amigos, tomó su nueva guitarra y cantó:

**Nace el pobre pal trabajo
y si lo puede encontrar
mucho tiene que sudar
para comer su tasajo.
Tumba caña, tajo a tajo,
para que muela el central
y así obtenga un dineral
el rico que lo controla;
si pides más: en la chola
te cae un palo colosal**

Entre los parabienes recibidos por su décima y por su maña para tocar antiguas tonadas, Wampampiro se dijo. “Me pasé..., creo que me pasé de rosca..., qué imprudencia... Ahorita se corre la bola y me acusan de agitador ante los rurales... A lo mejor anda un chivato por esta zona...”

Pero ello no ocurrió. Los montañeses orientales no solían informar a las tropas de Arsenio Ortiz.

Un domingo, al atardecer, el poeta decidió salir a conocer los montes cercanos, que le tentaban. Sobre ellos destacaba la llamada Montaña Misteriosa.

—Ahí salen jigües, se ven como fantasmas a veces... Se oyen ruidos raros... Es una montaña misteriosa... Ahí no entro yo..., ni nadie —solía decirle Macario, un recogedor muy tranquilo, cuando sorprendía al poeta mirando la alta loma con ojos curiosos.

—Está salá. Hasta el ganao se desaparece allí. Tiene brujo...

El poeta se reía de los miedos de Macario y de otros campesinos de la zona.

—¡Qué linda es! A ésa la subo yo... Yo no creo en las leyendas ni en las supersticiones de la ignorancia... ¡Qué vista más hermosa se verá desde su cumbre!

Había decidido coronarla.

Un domingo emprendió la subida con mucho brío. Pasó los montes primeros y empezó a ganar altura entre sabrosas fragancias verdes.

Subía el poeta, gozando de antemano el panorama que le esperaba en la cumbre, cuando sintió que descendía velozmente por una abertura que ocultaba la olorosa yerba verdeclaro que pisaba ágilmente.

31

WAMPAMPIRO EMPRENDE LA MÁS EXTRAÑA AVENTURA DE SU VIDA

Wampampiro sentía que bajaba lentamente, por un agujero que se iba estrechando cada vez más, lo cual ocasionaba que su caída se viera frenada, sin causarle otro daño que leves magulladuras, pues las paredes del túnel estaban como acolchadas por un suave limo. El túnel se fue estrechando..., hasta que le detuvo.

Quedó prisionero entre las limosas paredes, con las piernas al aire. Sentía la brisa correr entre sus piernas. No alcanzaba a ver otra cosa que una profunda oscuridad.

Sentía arder la piel en sus brazos y en su espalda. Pero pensó que no era el ardor de los rasponazos lo que debía inquietarle, sino su rara situación de prisionero en un túnel todo tinieblas.

Wampampiro pensaba:

“De ésta parece que no escapo... ¿Cómo escapar de tan rara prisión? Hacia abajo no puedo continuar, y esto sería peor, tal vez, aunque pudiera ser que cayera al fondo de una caverna y entonces pudiera recorrerla, basta hallar su salida a la luz. Lo importante por ahora es no dejar que el miedo me coja...”

Miró hacia arriba, buscando al sol, y no halló la más débil claridad. No se veía las manos. Le comenzó a doler la cabeza; también la oprimida cadera. Mareado, ya no pensaba.

De pronto comenzó a reír a carcajadas.

—¡No, no, no, no, no! —gritaba entre enormes risas.

Alguien le había quitado los zapatos y las medias y le hacía cosquillas en las plantas de los pies. Al fin, se sintió caer.

Cayó de pie ante la luz de una gran antorcha. Después vio un hombre de piel cobriza, vestido únicamente por un taparrabo.

—Gracias, compadre indio..., —apenas pudo decir el sofocado Wampampiro—, gracias... Pero ¿por qué me ha quitado los..., abaquetetumbo..., las medias..., para hacerme cosquillas?

El indio no estaba solo. Cuando Wampampiro aclaró su mirada, halló un grupo de indios portando bejucos en sus manos. Aquel que portaba la antorcha dijo:

—Bacagua, bacanayagua, barajagua, jagua, tetamanagua...

Wampampiro calló, asombrado. Le comenzaron a amarrar piernas y manos con bejucos. Wampampiro no opuso resistencia. Una vez atado, le cargaron y le echaron en una hamaca. Ésta colgaba de una larga vara que sostenían dos indios sobre sus hombros. Wampampiro sintió que se movía. Seis conductores caminaban, conduciéndole hacia el jefe de la indiada.

Dos indios marchaban al frente de los portadores del prisionero portando antorchas de cuaba. Wampampiro vio pasar raras, espaciosas cavernas, con paredes ornamentadas por la naturaleza, con relieves de piedras brillantes, balconcillos salientes, brillosas vetas de minerales... Miraba a su alrededor asombrado.

En completo silencio se realizaba la marcha, de caverna en caverna. A veces se apartaba la comitiva del camino arenoso porque arroyos y lagunas lo interferían. Vio numerosas habitaciones silvestres vacías.

“Agua tienen —pensaba—, pero ¿dónde estará su comida?”

A poco de esto preguntarse, halló la respuesta cuando entre grandes corrales, vio numerosos chivos, que comían manojos de yerba fresca, halló hortalizas también, hongos, y, en un gran lago, observó a varios indios pescando.

“Ah, están viviendo bien, tienen de todo..., porque hasta berros blancusos hay en los arroyos, y camarones... ¿Pero qué hace esta gente metía aquí? Me rompo el coco y no entiendo nada... ¡Y qué callados van! ¿Para dónde me llevan...? ¡Ni Sansón lo sabe!”

A la hora y media de camino subterráneo la comitiva se detuvo delante de una caverna cuya entrada se hallaba cubierta de pieles de chivos.

Curioso, Wampampiro levantó la cabeza, pero un indio, mediante una presión de su mano, se la inclinó.

—Piragua, majagua, cumanayagua, yamagua —le dijo, con voz cantarina.

Wampampiro pensó:

“Orita me dice Cagandagua, que es en lo que me voy a convertir..., pues con estas rarezas y sustos me voy a ver hecho un pito de agua.” Pasó del pensamiento a la voz, y dijo en tono alto:

—¡Sí, me van a convertir en un Cagandagua! ¡Sí, Cagandagua... Cagandagua...! —repetía molesto.

El indio que le apresara llegó junto a él y le murmuró como dubitante:

—¿Cagandagua?...

Wampampiro le miró, al sentirse aludido. El indio cijo con firmeza:

—¡Cagandagua!...

Wampampiro pensó:

Creo que yo mismo me hundí, porque me parece que cuando el indio repitió Cagandagua me está anunciando el porvenir... O, a lo mejor, Cagandagua es una palabra fea aquí... ¿Quién sabe?”

Esto pensaba, cuando un indio, alto y sonriente, describió, desde adentro de la caverna que habitaba, la cortina de pieles y, con rostro sorprendido, se le quedó mirando.

—Cagandagua... —dijo su apresador.

—¿Cagandagua?... —respondió el que parecía ser el jefe.

Oyó entonces hablar un cubano español cuando su captor le señaló al alto personaje:

—Glan jefe cuevero... Su majistá Tonini Nuñiñi...

Wampampiro le miró atentamente. El gran jefe le sonrió. Le miraba con ojos buenos y niños.

“Éste no es mala gente”, pensó el poeta.

—Cagandagua... Cagandagua... —repetía Nuñiñi. El poeta se sintió inspirado y decidió improvisar una décima. Rápidamente cantó:

¡En qué rollo estoy metido!

**¡Ni lo comprendo yo mismo!
¡Me destarré en este abismo
donde de pronto he caído...!
Mire, Jefe, no he venido
a verle montado en yagua;
tampoco viajando en guagua;
así que usted no se asombre
de mí, que he cambiado el nombre
por este de ¡CAGANDAGUA!...**

Nuñiñi pareció comprender. Sus ojos achinados brillaban del contento de escuchar una canción para él extraña.

—Cagandagua... Cagandagua... —repetía.

El poeta iba a continuar con una nueva décima cuando dos indios le cubrieron la boca con sus manos. Uno de ellos se dirigió al gran Jefe, y, en su lengua, pronunció un discurso.

Wampampiro pensó:

“Ahí mismo le están contando todo lo ocurrido. Le están dando los informes sobre mi captura. ¡Qué extraño está todo esto!”

El jefe dio algunas órdenes, sonrió al cautivo, y éste sintió que avanzaban de nuevo. Su hamaca se columpiaba suavemente. La comitiva caminó sobre dos horas por largas galerías que las antorchas iluminaban. A cada paso, las paredes lanzaban destellos azules, rojos, amarillos.

“Seguro que no estoy soñando —pensaba el poeta—, esto parece un sueño... ¡Qué belleza en estas rocas!... Pero no lo es... Lo malo sería que terminara en pesadilla... Pero, bueno, qué se va a hacer... La vida, a veces, es muy extraña...”

Al final de una estrecha galería la comitiva se detuvo. Wampampiro se halló desatado e introducido en una cueva de estrecha entrada. Los indios se retiraron y el poeta quedó solo, cansado, hambriento, meditabundo, en las sombras.

“En qué folletón estoy metido —pensaba—, esto sí es una novela de las más grandes del mundo... Si escapo ¿quién me la va a creer?... ¿Qué gente es esta...? Son indios, sin duda. ¿Qué hacen aquí? Y viven en estas cuevas

inmensas... que tienen leguas de largo, y caminos anchos, y ríos y plazoletas y casas, que las vi... Soñando no estoy. Esto es tan real como que aquí me llamo Cagandagua, por culpa mía...”

Esto pensaba cuando llegó un indio, con su antorcha. En su mano derecha portaba un alimento oloroso sobre un pedazo de yagua. A la luz de la cuaba Wampampiro vio un pescado asado, y la boca se le llenó de saliva.

—Cagandagua, yagua, tatagua... —le dijo el indio.

Le entregó el pescado y una jícara llena de agua y se marchó.

—¡Graciagua, graciagua te da Cagandagua! —le gritó Wampampiro cuando el indio ya se alejaba.

Y comenzó a comer el pescado con delicia. Éste era de gran tamaño. Wampampiro chupó las espinas.

—¡Que sabrosagua estagua este pescadagua! —decía Wampampiro, recuperando su alegría habitual.

BIBIJAGUA

Wampampiro despertó con la cabeza fresca. Por primera vez se sintió optimista. “Si no me la han arrancado ya —pensaba—, no creo que me vayan a matar. Total, no he cometido delito. Y los indios de Cuba no comían gente... Eran buenos... Y éstos no parecen malos. Nuñiñi tiene buena cara. Veremos, a ver en qué parará la cosa. Pero tengo que hacer algo... ¿Huir? ¡Ni soñarlo! ¿Cómo huir? ¿Hacia dónde?... ¡Para que me cojan al momento! Y seguramente que estoy muy vigilado. Todo está muy oscuro para mí, pero para los ojos de ellos es... de día aquí...”

De improviso sintió deseos de cantar, para entretener su inacción:

**Estoy metido en un güeco
de tres pares de melones...
No soy de los cobardones
ni de los patos culecos.
Si mis sesos no están secos,
y si soy listo poeta,
debo encontrar la receta
para escapar de esta magua...
pues no será un Cagandagua
Wampampiro Timbereta.**

Cuando acabó de cantar, se halló rodeado de luciérnagas. A su luz halló varios indios, que le escuchaban. Sin inmutarse, siguió cantando y la cueva se

llenó de cocuyos. Con tan fuerte luz vio rostros tranquilos y sonrientes. Junto a él vio el hermosísimo rostro de una joven. Wampampiro se emocionó:

“Qué carrito bueno es ésta india pa manejarlo por el triste sendero de mi vida” —pensó con su humor peculiar.

Continuó cantando. Al rato, cansado, se detuvo. La joven india le susurró al oído:

—Cagandagua... ¡Bibijagua!

Wampampiro notó que las lágrimas cubrían sus ojos.

—Ah... Ah... Ajj... Ajj —se quejaba.

Y se señalaba con el índice de su mano derecha la cabeza.

El poeta comprendió

—Ah, ya sé, te duele la cabeza...

Sacó de su bolsillo una pastilla de aspirina. La introdujo en la boca de tan bella india.

—Mascagua, mascagua —le decía el poeta, al tiempo que movía las quijadas como mascando algo.

La india masticó la pastilla. El poeta le dio a beber agua de su jícara. Los indios observaron con gran atención los hechos.

El poeta cantó:

**De aspirina la pastilla
te va a quitar el dolor:
me alegro, es un gran favor
que te hago, linda chiquilla.
Te veo la faz sencilla
reflejando la belleza
de jovial delicadeza,
de espiritual distinción:
cura tú mi corazón
si aquí salvo la cabeza...**

La india le sonrió dulcemente. Con un gesto indicó a los indios que la rodeaban que se alejara, y éstos así lo hicieron.

La joven india le susurró al oído:

—Piragua..., piragua...

Wampampiro comprendió... “Ah, me indica la fuga, en piragua, por uno de estos ríos subterráneos... ¡Qué bella y buena es!...”

La india le sonreía, con rostro compadecido.

“Ah, irme solo no... Después de haber encontrado esta joven tan buena... No... Si me quisiera acompañar...”

El poeta se señaló el pecho con su mano derecha y dijo:

—Yo... Cagandagua...

La india comprendió. Dijo:

—Yuá... Bibijagua...

“Ah, se llama Bibijagua” —se dijo el poeta. Pero no pudo continuar su rara conversación porque llegó el gran jefe Nuñiñi. Éste la tomó por un brazo y se la llevó. “Ah, no hay respeto pa la pobreza... ¡Qué india más linda y más buena!... Y es la hija de Mandamás, nada menos... Seguro... Eso lo comprendí al momento.”

Pensando esto, durmió de nuevo.

Le despertó una voz musical:

—Cagandagua... Cagandagua...

Era Bibijagua, la hija del jefe. Ella tomó su mano y lo alzó del suelo. Con su mano derecha tomada por Bibijagua, avanzó en las sombras Wampampiro. Caminaron en silencio algunos minutos. Bibijagua se detuvo. Wampampiro olió a humedad. Bibijagua dijo:

—Piragua...

Wampampiro entendió. Alcanzó el barquichuelo. Triste, musitó:

—Bibijagua y Cagandagua...

Bibijagua permanecía quieta y muda.

—Bibijagua y Cagandagua —repitió Wampampiro, a la vez que cubría de besos las manos de la joven.

La sintió subir a la canoa y su corazón tembló. Oyó el suavísimo rumor de los remos. Bibijagua conducía la piragua. Sus nervios se colmaban de una alegría extraña.

Al rato, divisaron una débil claridad, al final de una galería. Era la luz del sol. A medida que avanzaban hacia la salida, pudo Wampampiro contemplar a la joven. No lo hubiera hecho. Una gran belleza de mujer le fascinó... Los

ojos dulces, tiernos, puros. El rostro, como de sueños. El fuerte cuerpo, en su hermosa estación... Wampampiro temblaba.

Llegaron a la boca de la galería. El arroyo seguía. Bibijagua saltó a la orilla, y tomó del brazo, al viajero extasiado. Lo haló y al fin Wampampiro puso un trémulo pie en la orilla. Vio afuera el monte, la libertad, pero no se movía.

—Cagandagua... —dijo la india, señalándole el monte.

—Bibijagua y Cagandagua... —le respondió Wampampiro, con la voz quebrada.

La india miraba el rostro conmovido del poeta. Wampampiro le tomó una mano y la halaba suavemente hacia sí.

—Bibijagua y Cagandagua —repetía suavemente.

La india lo miraba. Los ojos de Wampampiro se llenaron de lágrimas. La india secó sus lágrimas con una pañoleta de algodón.

—Bibi... ja... gua... y... Cagan... da... gua... —balbuceó Wampampiro, sin soltar la mano de la joven.

La india continuaba secándole las lágrimas.

A poco, informaron al gran jefe de la fuga de su hija. Corrió éste, tomó una gran piragua, que impulsaron seis fuertes remeros.

Cuando llegó a la boca de la cueva, halló la piragua de los fugados.

FUGA POR LOS MONTES

La boca de la galería por donde escaparon los dos enamorados daba al mar.

Bibijagua indicó con un gesto al poeta que apoyara su pie en un saliente de una roca. Éste lo hizo así. Una vez con sus pies en el saliente, tendió su mano a la india y la alzó. Emprendieron la marcha por el roquedal.

Wampampiro estaba desorientado. No tenía la menor idea acerca del lugar en que se encontraba.

Mientras intentaba orientarse, la india sonreía. Ésta comprendió que el poeta buscaba el barracón donde vivía, y le señaló con una mano hacia los montes que se veían enfrente.

Comenzaron la subida, a pleno sol. Wampampiro pretendía rescatar su jolongo con ropas y libros, y la nueva guitarra.

Avanzaron por entre breñas y malezas hasta el oscurecer.

Bajo una mata de mango parida descansaron un rato. El poeta subió a sus ramas y desde ella lanzó varios mangos maduros a las golosas manos de Bibijagua.

—Mangoba..., mangoba...; Cagandagua! Mangoba... Cagandagua... —decía la joven india.

A poco bajó Wampampiro. Comieron mangos largo rato, entre gruñidos de satisfacción profunda. Una vez hecho esto, el sueño los rindió.

Al alba, el poeta despertó. Vio a Bibijagua dormida y, compadecido del cansancio de la joven, decidió dejarla dormir.

Entretanto, pensaba:

“Esto sé cómo empezó... Cómo va a acabar no sé... Por lo pronto debo ir a recoger mis cosas al barracón y despedirme del dueño y de los amigos. Diré que estoy enfermo y que me voy. Cogeré el poco dinero ganado y por el camino pensaré a dónde vamos, qué haremos.”

Esto pensaba el poeta cuando Bibijagua abrió sus bellos ojos.

Wampampiro le halló una expresión confusa. Bibijagua le miraba fijamente, turbada. Al fin despertó del todo y sonrió.

Wampampiro acarició sus manos y le sonreía con grande amor. El poeta le señaló el lejano barracón con su mano. Y le hizo después un gesto indicándole que lo esperara.

Bibijagua había comprendido y sonrió de nuevo, dulcemente. Wampampiro inclinó su rostro hacia el de la joven y besó sus mejillas, suave y tiernamente.

Con rápidos pasos se encaminó al barracón. Sus compañeros recogedores lo recibieron con alegría.

—¿Qué te pasó, poeta, en la montaña misteriosa?...

—Nada, que me perdí... Al fin encontré el rumbo y aquí me ven... Pero no estoy bien. Me siento enfermo. Regreso a la casa de mi familia, para curarme...

Recogió su jolongo y su guitarra.

Un guantanamero, al verlo desombrerado, le regaló un sombrero de yarey.

—Si te vas ahora mismo —le dijo Norberto Cruz, un yatereño que en varias ocasiones le había convidado a visitar su hogar— no podrás cobrar. El dueño no está. Se fue para Santiago... ¿Con qué dinero vas a caminar y a pagar la fonda y el pasaje pa tu pueblo? Por si acaso..., no te olvides de llegar a mi casa en Yateras... Mi familia te va a encantar.

—Norberto, tengo que irme...

Sus compañeros se apartaron para conversar. Al momento, el yatereño regresó y le dijo:

—Coge, aquí tienes cinco pesos que nos lo sacamos de las costillas. Con eso te remediarás algo, compay... Si estuviéramos en Yateras, mi pueblo, no había problemas, compay... Allí te resolvía dinero y jama... Llégate allá, a mi casa...

A Wampampiro se le aguaron los ojos. Abrazó a todos los recogedores presentes y salió con su jolongo y su guitarra, puesto el sombrero de yarey, rumbo al escondite de Bibijagua.

Cuando llegó, la india dormía.

Wampampiro se echó en la yerba y comenzó a pensar en alta voz:

“¿Dónde ir? Ahora me persiguen dos fuerzas, los machadistas y los indios. Pero no me voy a amarillar por eso... Se me está ocurriendo irme a Yateras, donde siempre me dice mi amigo que la gente es buena y el pobre escapa mejor... Pero con esta india querida todo sera más difícil... Y luego, no sabe hablar ni una palabra en mi idioma...”

—Sí, sí se hablar, no una, sino miles de palabras en tu idioma...

Wampampiro se incorporó, su rostro lleno de asombro.

La india miraba sonriente, desde la yerba.

—¿Eres tú quien ha hablado, o fui yo, que estoy hablando sólo, como los locos?...

—No. Soy yo... Te oí murmurar en tus sueños...

El poeta le sonrió, a la vez que le decía:

—¿Y por qué habías callado? ¿Por qué no me hablabas en mi idioma?

—Te estudiaba...

—¿Y cómo lo aprendiste...?

—Muchos indios en la cueva hablan tu idioma, desde hace siglos...

Wampampiro quedó atónito.

Para tranquilizarlo, la joven le explicó que los sanguinarios conquistadores españoles habían esclavizado a los indios cubanos, los obligaban a trabajar en las minas y lavaderos de oro. Cuando algunos escapaban, los perseguían con feroces perros, que los descuartizaban. Muchas familias indias se suicidaban en masa, ante el horror del trato de la escoria de España, atormentándoles. Pero un gran grupo, fracasado el alzamiento del indio Hatuey, se refugió en la enorme caverna, cuya entrada fue cubierta de rocas, piedras y yerbas. Allí habían permanecido por más de tres siglos... Allí vivían, cosechaban, pescaban, nacían y morían. La libertad para ellos era preferible a la luz del sol. Las leyendas de las crueldades de los colonizadores

se repetían de generación en generación. Su padre, Nuñiñi, era el actual jefe de la tribu. Este jefe, bueno y sabio, hablaba el cubano-español a la perfección. Le había dicho que el prisionero les sería muy útil para que sirviera de maestro a la tribu... Después le darían una droga para dormirle y le dejarían en su provincia...

—No. No. En mi provincia no —le interrumpió el poeta—. ¡Allí me matarían!...

—Mientras yo viva, te protegeré... Cagandagua...

—Y yo a ti... Bibijagua..., siempre..., siempre...

Juntos rieron. El poeta la tomó en sus brazos, con el rostro lleno de risas. Encima, por la copa del mango, silbaban los sinsontes.

EL GRAN SUEÑO DE WAMPAMPIRO DURANTE SU FUGA

—¿Sabes hacia dónde queda Yateras? —le preguntó el poeta a su india, una vez que acordaron salir de aquella zona de la montaña misteriosa.

—Sí. Es un lindo pueblo. Nosotros lo fundamos, hace miles de años, según cuentan nuestras leyendas. Para llegar a él tenemos que bajar unas cuantas lomas...

—¿Crees que tu padre nos vaya a buscar allí?...

—Mi padre te encontraría en Yateras, dentro de un tiempo... Él conoce todo Oriente...

—¿Y si nos fuéramos a la provincia de Camagüey?

Bibijagua lo miró seriamente.

—¿Abandonar Oriente, la cuna de nuestra raza?... Me pides algo muy duró para mi...

Wampampiro le respondió:

—¿Y si tu padre me agarra?...

—Matarte no te va a matar. Nosotros no matamos... Pero me llevaría con él y, si no te quieres quedar, tendríamos que separarnos...

—Eso nunca. Vamos a Yateras, a ver qué se nos presenta...

Juntos caminaron toda la tarde. Al anochecer, llegaron a un bohío, en un valle.

—¡Buenas por aquí!...

—¡Buenas!... Vengan, tomen café...

En la sala, el poeta y la india conversaban amistosamente con la familia Brunet. Ésta les informó de rumores sobre la inminente caída del dictador

Machado.

—El país está en ruinas —les informaba Cándido Brunet— el azúcar no vale nada y la vergüenza de Machado y de su camarilla era verde y se la comió un chivo. Pero se caen...

Comieron alrededor de una larga mesa, de hule rojo, con jazmines en delgados floreros, puestos allí en honor de Bibijagua. En la noche Wampampiro explicó a Cándido y a su familia las razones de su viaje a Yateras. Fingía una enfermedad en los riñones. Bibijagua lo apoyaba.

—Le duele la espalda. Allá en Yateras hay un médico amigo nuestro que lo curará en un dos por tres...

—Mire, joven, aquí hay un curandero que le tira un rezaíto, le soba los riñones y en tres patás lo cura... ¡Ahora mismo lo voy a mandar a buscar!

Así fue que el poeta tuvo que soportar una sobación en la espalda, por manos untadas en manteca de majá, mientras el curandero, Taita Serapio, le rezaba en una lengua extraña y muy sonora.

Wampampiro soportó el sobamiento como un mártir legítimo.

Terminado éste, Cándido Brunet le obligó a beber tres cocos indios.

—Esa agua e coco limpia los riñones. No hay ná mejor que el agua e coco pal riñón —le afirmaba, convencido— quita la ardentía de la vejiga...

Taita Serapio agregó:

—Ahora tiene que dormir en el suelo, estiraio, pa que el riñón trabaje cómodo...

Wampampiro se acostó en el piso de tabla de la sala, sobre una vieja colcha.

Esa noche, tuvo el sueño más raro de su vida. Los sueños más fantásticos del viejo Luquilla Marrero retrocedieron derrotados ante los que soñara esa noche el poeta, con la cintura oliéndole a ranciosa grasa de majá.

A la hora, aproximadamente, de haber conciliado el sueño, Wampampiro conversaba con Bibijagua, en la gran caverna de su tribu... La india le decía:

—Cagandagua... tienes que salvar a mi tribu de su mayor enemigo...

—¿De quién se trata, Bibijagua querida?

—Cagandagua, es un monstruo terrible...

—¿Un monstruo?...

—Sí, vive en una galería de nuestra gran caverna. Es el monstruo más monstruo de todos los monstruos. Nadie ha podido con él...

—¿Y cómo crees ¡que yo lo voy a vencer?

—Cagandagua, para eso también te quería mi padre..., para que le ayudaras a derrotar al monstruo, que está exterminando nuestra tribu.

—¿Y con qué armas le venceré, si yo no tengo ni una flecha siquiera...?

—Cagandagua, el monstruo se deleita comiéndose nuestras flechas. Tiene una coraza tremenda. Nada se la traspasa. En 1581 la tribu consiguió un arcabuz y las balas rebotaban contra su coraza... Después, un indio, Caraguao, se robó un cañón, y lo puso al frente de la galería...

—¿Un cañón?...

—Sí..., y cuando el monstruo asomó la cabeza, disparó y el monstruo escupió la bala...

Wampampiro se dio por muerto.

—Enfrentarme a ese monstruo... ¿Con qué armas?

—Mi padre té informará.

Una hora después conversaban Nuñiñi y Wampampiro. Nuñiñi le dijo:

—Cagandagua, si quieres ser el esposo de Bibijagua, tienes que realizar un acto de gran valor... Salvar la tribu del monstruo que la diezma...

Wampampiro preguntó:

—¿Y cómo, si ni a tiros ni a cañonazos se le ha podido vencer?

—Tienes un arma...

—¿Cuál?...

—La guitarra...

—La perdí...

—No temas, en Yateras te hemos comprado una...

—¿Y qué hago yo con mi guitarra frente al monstruo?

—Cantarle...

—¿Cantarle a un monstruo?

—Sí, Cagandagua... Hemos averiguado que el nuestro es un monstruo intelectual...

—¿Monstruo intelectual?...

—Sí. Le hemos espiado... Tiene una biblioteca, oye discos de toda la música clásica. Lee libros en diecisiete idiomas...

—¿No me diga usted, Nuñiñi?...

—Sí. Como tiene diecisiete cabezas, cada cabeza sabe un idioma. Lee con sus diecisiete cabezas diecisiete idiomas a la vez. Y eso no es todo. A veces le da por cantar y cantan las diecisiete cabezas cada una en un idioma distinto. Cuando canta, es un coro internacional, único en el mundo... Se estremecen todas las cavernas...

Wampampiro quedó lelo.

—Por favor, Nuñiñi, hábleme más despacio. En mi sola cabeza, no cabe tanta cosa extraña. No asimilo...

—Eso no es nada aún, Cagandagua. Por tres cabezas come. Por cuatro, fuma. Por dos toma café... Por dos escupe. Por cuatro medita, y por las restantes se caga cada dos minutos en la madre de la tribu... ¡Qué monstruo más terrible, Cagandagua! ¡Ha jurado en chino, en árabe, en inglés, alemán y africano, exterminarnos! ¡Ayúdenos!...

Wampampiro apenas entendía.

Compadecido, decidió luchar contra el monstruo.

—¿Y qué haría yo con mi guitarra? ¿Darle guitarrazos?

—Cantar. Cantar, Cagandagua...

—¿Cantar?...

—Sí, las tonadas del Punto Cubano ese que usted ha cantado ante los recogedores de café seguramente que lo hechizarán... Es un melómano insigne..., ese monstruo intelectual...

Diez minutos, después Wampampiro tocaba su guitarra ante la boca de la galería donde el monstruo intelectual tenía su morada. Tañía las cuerdas el poeta, cuando las tonadas le provocaron el canto:

**Ese monstruo intelectual:
¿no tiene par en el mundo,
con un talento profundo
siendo a la vez criminal?...
Si con grado cultural
de elevado rendimiento**

**hombre ha habido, truculento,
y asesino numeroso:
no puede ser asombroso
que tenga un monstruo talento.**

El poeta ignoraba que el monstruo intelectual había escuchado las tonadas de su guitarra con sus diecisiete cabezas embelesadas todas.

Cuando Wampampiro cantó, la cabeza que entendía el idioma cubaniche se extasió.

—Qué bien compone este poeta... —murmuraba—, y qué voz más linda tiene...

El monstruo intelectual ordenó a la cabeza que entendía cubaniche que saliera fuera de su escondrijo y que entrara en controversia cantada con Wampampiro. Así lo hizo la cabeza.

Avanzó, impulsada por su cuello de ochenta metros de largo, hasta casi chocar con la cabeza del poeta.

Wampampiro se sorprendió al verla, pero más se sorprendió cuando la cabeza le cantó, con voz de bajo profundo:

**Tú serás muy buen poeta
en el barrio e Macurijes,
pero si a mí te diriges
se te chiva la trompeta.
Me inspiro como un cometa
que estremece al firmamento,
y mi voz tiene el acento
de ese saber milenario
con que el monstruo cavernario
te hace polvo en un momento.**

Wampampiro hizo brotar de su guitarra más bellas melodías cubanas: alegres, melancólicas, soñadoras, frescas, ligeras.

Después cantó:

Con un monstruo yo me enredo

**a cantar de buena fe;
pero sólo temo que
salga por su boca un pedo.
Le pido, y nunca me excedo
en mi pedir, que me cante
con modo más elegante,
para que así no me ofenda,
para que a mi lado aprenda
a cantar, sin ser pedante.**

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravísimo! —se oyó gritar a las dieciséis cabezas que habían escuchado la traducción simultánea en sus respectivos idiomas de la respuesta de Wampampiro.

La cabeza que sabía cubaniche se retiró avergonzada. Wampampiro siguió tocando alegremente su guitarra. Bibijagua llegó entretanto:

—Cagandagua... Cagandagua... Has logrado el imposible. El monstruo se confiesa derrotado. Ha llamado por teléfono a mi padre para comunicarle que abandonará la caverna. Pero con una condición...

—¿Cuál?...

—Que te entregue a él, para que con tu guitarra y tus canciones mitigues el pesar de su derrota.

—¡No, eso nunca! ¡Separarme de ti!... ¡Nunca!...

En ese mismo instante, diez garras de largas uñas se apoderaron del poeta, le alzaron unos metros y le introdujeron en una enorme maleta donde el monstruo cargaba con sus discos y libros, al abandonar la cueva.

Wampampiro lanzó un largo, enorme grito.

Bibijagua saltó de su cama y se lanzó a la sala. Cándido Brunet por poco se quiebra una pierna al saltar apresuradamente de su lecho conyugal, donde su buena y obesa mujer, Bonifacia Martínez, quedó poseída de un gran terror y expeliendo en abrumadora seguidilla, largos, chirriantes pedos pudendos.

WAMPAMPIRO HALLA UN RARO EMPLEO EN YATERAS

Al día siguiente de la gran pesadilla de Wampampiro, éste, de la mano de su india, pues se sentía mareado, emprendió el camino a Yateras.

—Andando por el campo, el fresco y los lindos paisajes te mejorarán —le decía Bibijagua.

—Sí..., viendo tanta belleza se me borrará de la mente el monstruo intelectual... Si no me lo borro, me mata...

Dos días después se hallaban en Yateras.

Wampampiro, que tenía la dirección de la casa de su amigo Norberto Cruz se dirigió hacia ella. Por el camino, le dijo Bibijagua:

—Fíjate bien, Cagandagua, cuando te pregunten por mí, pues me encontrarán de tipo raro, no digas que soy india. ¡Nada que sea revelar el secreto de mi tribu!...

—No. Eso nunca... Jamás... Ya inventaré la respuesta. Quédate tranquila...

Veinte minutos después llegaron al hogar de Walterio Cruz. Les recibió Walterio, su esposa Altagracia, y dos hijas adolescentes. Wampampiro, después de presentarse y de presentar a Bibijagua, pasó a darles noticias del hijo recogedor y de su buena salud.

Walterio le preguntó:

—¿Y qué piensan hacer ustedes en Yateras?...

—Trabajar en lo que se pueda... Estaré un tiempo aquí, a ver si encuentro una peguita que me convenga...

—Bueno..., aquí tengo un cuarto para ustedes mientras aparece el trabajo...

—Gracias, Walterio, gracias. No olvidaremos nunca este favor...

Tres días después, ya el poeta había conseguido un empleo de ordeñador de vacas. El sueldo era muy reducido, pero podía disponer de un galón de leche diario.

Bibijagua le dijo:

—Con ese galón cocinaré arroz con leche todos los días para la familia...

A las cinco de la mañana ya estaba el poeta ordeñando. Regresaba a media tarde, después de traer las botijas al pueblo y venderlas a los clientes del dueño de la vaquería que lo empleaba.

Una vez en la casa, tras una breve siesta, Wampampiro tomaba su guitarra, salía al patio, y, bajo una redonda mata de aguacates, tocaba y cantaba. Bibijagua lo escuchaba orgullosa del arte de su marido.

La mujer y las dos hijas de Walterio gozaban escuchándole...

—Si no canto, reviento —les decía Wampampiro—, para mí, cantar es una medicina...

—Canta, canta, Cagandagua... —exclamó Bibijagua alegremente.

Altagracia inquirió:

—¿Cagandagua? ¿Ése es su apellido, Wampampiro?...

—No. Así me chiquea ella...

A continuación el poeta improvisó su primera décima en Yateras:

**Ya que me encuentro en Yateras
debo decir, Josefina
que es una zona divina
de celestiales praderas.
Atentas y jaraneras
mil personas he encontrado.
Aquí me siento encantado,
pero les hago saber
que a mi tierra he de volver**

cuando se caiga Machado.

—Ah, Wampampiro, compay, qué poco le queda aquí... Ya se está cayendo la tiranía... —le dijo Altagracia con voz exaltada.

—A donde tú vayas, voy... —dijo Bibijagua.

Esto conversaban cuando llegó Walterio.

—Wampampiro, tengo una buena noticia. Te conseguí un trabajo algo raro... Pero es mejor que ese de la vaquería... Ya no tendrás que madrugar para ganarte dos pesetas...

Wampampiro le preguntó:

—¿De qué se trata, Walterio?...

—De un trabajo suave. Es un trabajo con cotorras. Dos o tres horas por la mañana y dos o tres por la tarde...

—Aclare, Walterio, aclare...

Los presentes, rodeando a Walterio, se dejaron comer por la curiosidad...

—Papá, ¿qué trabajo es ése?...

—Un trabajo muy raro, pero suave...

—Aclare, Walterio, aclare...

Walterio se sonrió y explicó a todos que el trabajo con las cotorras que había conseguido para Wampampiro era difícil de explicar, que mejor se iba el poeta a la cercana casa de Ultiminio Padilla, dueño de las cotorras, y que éste le diría en qué consistía su raro empleo.

—Mi vida está tan llena de rarezas, Walterio, que no me extrañaría una extrañeza más. Dígame la dirección de Ultiminio para salir ahora mismo rumbo a su casa...

Una vez que Walterio le escribiera en un papel de bodega la dirección de Ultiminio, el poeta se despidió y se lanzó apresuradamente a la casa del dueño de las cotorras. Wampampiro ya se sentía fatigado de su trabajo en la vaquería.

Ultiminio Padilla en persona le abrió la puerta.

—Vengo de parte de Walterio... yo soy su recomendado para ese trabajo con las cotorras que usted tiene.

—Arree, compay, y coja una silla...

Y a continuación Ultiminio pasó a explicarle las condiciones de su trabajo al sorprendido aspirante.

Oyéndole, Wampampiro se sonreía de vez en cuando. Se trataba nada menos que de atender a unas doscientas cotorras agrupadas en dos habitaciones-pajareras. Estas cotorras, una vez enseñadas a cantar, eran muy solicitadas en Santiago, Manzanillo, Holguín y Bayamo. Se las llamaba “las cotorras guaracheras”.

—Son guaracheras —le explicaba Ultiminio— porque cantan guarachas, ésa es su especialidad, la canción guarachera...

—De eso nunca tuve noticias...

—Yo soy el inventor de la cotorra guarachera. Gracias a mí, hay dos o tres mil casas que tienen música mañana y tarde; son mis cotorras que alegran las casas con las guarachas que yo les enseño...

—¿Les enseña?...

—Sí. Pero yo no. Yo no sé cantar. Las pongo a oír discos con guarachas...

—¿Y eso?

—Las oyen casi todo el día. Yo mismo le daba cuerda a la manigueta del fonógrafo. Pero ya no puedo. Se me cayó el brazo. Tengo una reuma muy fuerte...

—Entonces...

—Entonces es usted el maniguetero...

—¿Maniguetero?...

—Sí..., ése es su trabajo. Hay que darle cuerda y cuerda y cuerda a ese condena fonógrafo. Y tiene que poner discos constantemente. Todos los discos son guarachas...

—Ah...

—Las cotorras ponen la oreja..., y aprenden a cantar guarachas en dos semanas...

Wampampiro se echó a reír.

—A graznar guarachas, dirá usted...

—No sé si graznan o cantan, pero por cada cotorra guarachera me dan un peso...

Ultiminio le explicó a Wampampiro que en las horas de la mañana debía pasar los discos en la pajarera número uno y por la tarde en la pajarera número dos

—¿Cuánto voy janando?, como dice el gallego...

—Vas janando medio tolete diario...

—¿Cinco reales?

—Sí... ¿Aceptas?

—No. Es poco...

Una hora después salió Wampampiro de la casa de Walterio con un sueldo de setenta centavos diarios.

Cuando dio la grata noticia a Bibijagua, ésta le dijo:

—Ganas un capital... Y el trabajo no mata. Hay que celebrar esta victoria con una maltina...

La familia Cruz gozó también con el triunfo de Wampampiro, que con un “empleo musical”, como él decía, estaba en lo suyo.

36

WAMPAMPIRO Y BIBIJAGUA ASISTEN A UNA FIESTA EN LA MUY EXTRAÑA CASA DEL TRISTE TILO RUI

Un atardecer, terminado su trabajo, regresaba Wampampiro al hogar de Walterio Cruz. Venía silbando una guaracha cuando encontró a su amigo.

—Wampampiro, iba a buscarlo...

—¿Qué ocurre, Walterio?...

—Una cosa triste. No, compay, no se asuste... No hay novedá en la casa...

Walterio contó al poeta una extraña historia, dramática. El anciano Tilo Ruiz hacía diez años que había perdido a su mujer y se hallaba aún inconsolable. Vivía cerca de la ciudad, en sus lindes, junto a los campos. Su casa de tejas y mampostería permanecía, en los últimos meses, cerrada a parientes y amistades. En vano le instaban a que continuara relacionándose con el mundo.

Tilo Ruiz había sido siempre un hombre muy sensible. Amaba a su mujer con todas las fuerzas de su vida. Su pérdida lo destrozó. Vivía, como dijera una vez, “por vivir”. Cuidaba de su rebaño de chivas, de las cuales vendía la leche y la carne.

—Vamos a verlo, Wampampiro... Estamos bastante cerca de su casa. Tilo Ruiz es primo hermano mío... Antes lo visitaba. Desde hace unos meses no viene a verme ni quiere que vaya a verlo... Está enfermo del alma...

—Vamos, Walterio...

—Quiero que lo alegres..., que le cantes..., que le llesves la alegría con tu guitarra..., que le hables, a ver si sale de ese marasmo en que está y que va a

acabar con él... ¡Hay que distraerlo!...

Ambos amigos tomaron rumbo hacia la casa del desgraciado Tilo Ruiz. No habían caminado seis cuadras cuando Wampampiro sintió un gran alboroto al pasar junto a un café muy concurrido.

—¿Y esto qué es, Walterio? ¡Qué bulla tan grande!...

Walterio se echó a reír.

—Se ve que no eres del pueblo... Ésos son los guapos de Yateras...

—¿Los guapos?

—Sí... Son un montón de vagos, que viven de negocios sucios, mala gente... Y se reúnen en algunos cafeses del pueblo a bembetear, y a dar escándalos... Pero no les temas... Ellos se meten con los infelices... Vamos a tomarnos una cervecita...

Entraron al ruidoso café.

Un gran grupo de los llamados “guapos” bebía ron y discutía a gritos. El cantinero, un mulato de gran corpulencia, observaba ojo atento sus actividades. Tres jóvenes empleados sonreían y recogían botellas de ron.

Cuando Wampampiro pasó junto a una mesa, oyó claramente:

—Ojo, compay..., aquí entran dos mapiangos... Pueden ser chotas...

—Cabrones chivatos...

—Uno es Walterio..., ése no...

Con ojo avisor bebía el poeta su vaso de fría cerveza. Nunca le había gustado la persona brutal y corrompida. Miraba la colección de rostros, rojos por el alcohol, y vociferantes, con grande disgusto.

—Así que éstos son los guapos de Yateras...

—Y algunos criminales. Todos andan con su cuchillo arriba...

—¿Y la policía?...

—Tiene negocios con ellos...

Cuando los dos amigos, después de haber pagado las dos cervezas consumidas, se aprestaban a retirarse rumbo a la casa de Tilo Ruiz, surgió un fuerte alboroto. Una mesa de mármol, con todas sus copas y botellas, fue volcada. Dos individuos se golpeaban reciamente ante ella. El fornido cantinero intervino. Separaba a los peleadores con grandes empujones mientras gritaba:

—¡Fuera, fuera! ¡Ésta es una cantina decente, bellacos! ¡Fuera!

Se oían voces azuzando a los peledores:

—¡Métele, nalgaetrapo!

—¡Dale bembaejarro!

Los dos amigos, se apresuraron a salir. Una botella estalló a sus pies.

—No mires patrá, Wampampiro, nos están provocando..., sigue...

Muy molestos caminaban bajo el fuerte sol Walterio y Wampampiro.

—Esos son los famosos guapos de Yateras... La mayoría son guardaespaldas del Alcalde y otros políticos. Viven de la mala vida... No te quiero contar las bajezas de que viven...

Caminaron en silencio hasta los lindes del pueblo. Entonces Walterio señaló un macizo de altos árboles.

—Mira, allí vive el infeliz Tilo...

—No veo la casa...

—No. La casa no se ve. Está rodeada de matas, cerrada de enredaderas. Para entrar en ella hay que pasar por un hueco hecho entre los arbustos y troncos que rodean la casa. ¡Detrás de todo ese matojal, está la casa!

Asombrado, el poeta contemplaba un enorme cerco de altos árboles rodeando la casa de Tilo Ruiz.

Nadie podía sospechar que en medio de aquel cerco vegetal, en aquella enorme bola de ramas y de hojas, había una casa.

—¡Tilo!... ¡Tilo!... ¡TILOOOO! ¡TILOOOO!... gritaba Walterio, el rostro rojo por la fuerza de sus llamamientos.

A poco se escuchó una voz apagada.

—Hoy... no... hay... leche...

—Soy yo, Tilo... Soy yo, Walterio...

—Pasen...

A gatas avanzaron los dos amigos por el túnel que daba al portal. Millares de hojas secas traqueaban bajo la presión de las rodillas y las manos de los humanos cuadrúpedos. Rozándoles sus cabezas, innumerables gajos, lianas, bejuqueras. A pesar del fuerte sol, una gran sombra parda y olorosa les cubría.

Poco a poco llegaron al final del hojoso, estrechísimo túnel. Frente a la puerta, comida de ramas, les esperaba Tilo.

Con la voz desganada y el rostro como sumido en vaga tristeza, les dijo:

—Buenas... Buenas... ¿Qué les trae por aquí?... Pasen.

Después de su presentación, Wampampiro fue invitado a ver la casa.

En la sala, viejos retratos, de familia, padres y hermanos principalmente, llenaban las paredes. También tres grandes retratos al creyón de su difunta esposa. Las telarañas cubrían el techo. Los viejos muebles, polvorientos. En la mesa del comedor, cubierta por un mantel, de amarillosa vejez, se veían varios floreros antiguos, azules, morados, verdes, con relieves y calados primorosos. En la vitrina, al fondo, un juego de copas, de vidrio esmerilado, de formas elegantes, simulando bulbos, tallos de un cristal que aspirase a convertirse en campánulas.

Afuera, en lo alto, se escuchaba al viento murmurar entre las copas de los árboles. No se veía el cielo, cerrado por los ramajes...

—Ahora verán mi biblioteca —dijo Tilo—, no es moderna, pero tiene los libros que yo necesito...

Como siempre, en las pocas veces que pudo contemplar una biblioteca, aún la más modesta, el poeta se emocionó. Halló, en viejos estantes de caoba, inmunes al comején, novelas, poesías, historias, libros religiosos, biografías, revistas...

Sobre la tabla última de cada estante, aparecían leones, camellos, caballos, elefantes, tigres, de loza esmaltada.

Un grave turco, de turbante y alfanje, en su fina loza, reposaba en un velador. Dos quinqués velaban en una mesita de cedro.

—Cuando se le acaba la brillantina a uno, leo con el otro... La lectura es mi gran consuelo. Esos evangelios me consuelan mucho...

Pasaron después al dormitorio. Cerca de veinte retratos de la difunta esposa colgaban de las paredes, en sus humildes, estrechos marcos de pino.

La esposa aparecía retratada en diversas épocas de su vida. Una gran ampliación, con su traje de boda, casi cubría una pared, frente a la cabecera de la cama.

—Aquí paso mis tristes noches. Al morir ella morí yo... Nada, nada en el mundo me atrae. La vida acabó para mí...

—¿Usted cree, Tilo, que si ella estuviera viva le gustaría verlo así, tan decaído, viviendo tan tristemente? —le preguntó el poeta.

Tilo Ruiz lo miró, pensativo.

—No. A ella le gustaba la alegría... ¡Qué alegre era! La casa estaba llena de risas cuando ella existía... —dijo Tilo, entre lágrimas.

Walterio le dijo:

—Mira, Tilo, he pensado, por un deber de primo, dar aquí una fiesta de punto cubano. Buscamos algunos poetas... Si hay que traerlos de Jiguaní, de Palma, de San Luis, de donde sea, los traemos... Las guitarras se sobran por aquí... Combatamos esa pena con música. Te queremos sano, vivo, como eras... ¡Déjanos dar esa fiesta!...

Tilo pensaba. Caminaban el cerrado bosquezuelo del patio cuando Tilo dijo:

—Sí... Vamos a hacer esa fiesta de cantos aquí. Cantos, pero sin baile... Aquí..., vengan el domingo que viene... A las diez de la mañana daremos la fiestona... Nos comeremos un chivo de mi cría en chilindrón..., después...

—¡Arriba!... ¡Así es!... ¡Vaya!... —gritó Walterio con un gozo abierto...

La fiesta se coordinó de inmediato. Los parientes de Tilo fueron invitados. El laudista Macario Díaz reunió un grupo de músicos para la gran parranda. En Yateras aparecieron, seis cantadores de décimas, tres boleristas y un dúo. Walterio se ofreció para matar y cocinar al chivo.

A las siete de la mañana fue Walterio, cuchillo en mano, a buscar al chivo al potrero donde les daba “piso” su primo Tilo.

Como su mujer y sus hijas se ocuparían de cocinar el chilindrón, éstas llegaron sobre las ocho de la mañana al emboscado hogar de Tilo Ruiz.

Por su parte, a las nueve de la mañana ya estaban Wampampiro, Bibijagua, guitarrista y cantores entrando a gatas al portal de Tilo, que los recibió con grandes saludos alegres.

“Verdad que la buena compañía abre el corazón”, pensaba el poeta, viendo el beneficioso cambio en el carácter del anciano, ahora tan afectuoso y contento.

Pasaron al patio. Entre una fresca y espesa sombra los guitarristas preludiaban melodías criollas.

—¡Cómo tarda Walterio!... —decía Josefina, ya inquieta por la demora de su esposo.

Al poco rato gritó Macario Díaz, con su brillante guitarra terciada al pecho:

—Oigo su voz. Está llamando...

Josefina puso atención.

—Sí..., oigo su voz y oigo berriditos y oigo como llanticos de niño...

Wampampiro fue al portal a recibir a Walterio. Éste le gritó desde la boca del hojoso túnel.

—La chiva es grande. La he traído en el hombro todo el tiempo. Estoy medio desmayao...

Wampampiro atravesó el túnel y se echó la chiva sobre sus espaldas. Pero tuvo que arrastrarla por las patas posteriores para introducirla en la casa. Tras él entraron tres chivitos balando.

—Beee... beee... bee... bee...

—Beeeee... beeee

—Beeeeeeee... beeeeeeeeeee... beeee...

Las mujeres acudieron.

—¿Y esto qué es?

Walterio dijo, confuso:

—Nada... Que no sabía que la chiva tenía tres chivitos que mamaban todavía. No lo sabía. Vengo jiro con eso... Todo el tiempo me han seguido, detrás de la madre, berreando sin parar.

Los lindos chivitos olían la ubre de la madre muerta, y balaban, balaban agudamente. Oyéndolos, Bibijagua lloraba. Altagracia también secaba sus lágrimas. Wampampiro fue a hablar y no pudo. Un nudo de llanto estalló en su garganta.

—Walterio... Tilo... —dijo—. No puedo cantar, estas cosas me parten el alma...

Macario dijo:

—¡Qué triste es ver estos chivitos, que no comprenden la vida!...

Josefina dijo:

—No tengo valor para cocinar y comerme esta madre chiva, con estos chivitos sufriendo tanto...

Tilo Ruiz dijo:

—¿Qué hacemos? ¿Se dá la fiesta o no se dá?...

Walterio le explicó:

—Se dá... Aunque yo no comeré de esa chiva... Me arrepiento de lo que hice...

—Ni yo... —añadió su esposa.

—Nosotras tampoco —dijeron sus hijas.

—No puedo... —dijo Bibijagua.

La fiesta de cantos se celebró. Se escucharon bellos versos, bellas melodías. Tilo lloró escuchando una canción de su juventud. Wampampiro no cantó, pero tocó su guitarra todo el tiempo.

APARECE UN MUDO, SOSPECHOSO PERSONAJE

Una semana después de la fiesta cantora en la extraña casa del raro Tilo Ruiz, el poeta salía de un grande manigueteo ante las atentas cotorras que escuchaban guarachas cubanas, cuando un hombre, vestido andrajosamente, con su sombrero de guano, roto en un ala, le detuvo.

—Compay, tengo un niño grave, y no tengo dinero para medicinas...

—¡Cómo ocurre esto, amigo..., en toda Cuba...!

—Es la miseria que hay, y el poco caso que se le hace al pueblo pobre. En la clínica sí hay buenos médicos y medicinas. Pero el pobre no tiene pa clínica...

—¿Y el hospital público?

—Un desastre... Ni medicinas hay...

Tras un rato de conversación, Wampampiro fue a la botica con su andrajoso recién conocido, y gastó dos pesos en medicinas, que regaló al satisfecho padre.

—Eladio Stable, para servirle..., cuando pueda... Estoy hecho un ripio... Gracias por este favor, hermano...

—¿Nadie le ayuda?...

—Mi hija Tania, de dieciocho años. Lava para afuera... Cose para afuera... Limpia pisos por diez centavos... Todo, menos la mala vida. La vida de esas puerkas que por no trabajar entran en los valluses. Mi hija tiene moral, que su difunta madre era así. La mujer que no tiene moral cae y..., luego le echa la culpa a la miseria...

Wampampiro estrechó con lástima la tendida mano de Eladio, que marchó sonriente con su paquete de medicinas bajo el brazo. El poeta caminaba deprimido.

“Cómo sufre el pobre —pensaba— y no se le ve arreglo a la situación.”

Caminaba rápidamente cuando halló ante él un joven que le miraba con grande fijeza.

“Esta cara la conozco yo..., ¿de dónde?... —se preguntaba el poeta.

Siguió adelante, y el joven caminó a su lado, en silencio. De vez en vez le observaba.

Wampampiro aclaró sus ideas: “¡Ah, ya sé quién es!... ¡Es un indio! ¡Así son las caras de los indios de la gran cueva!”...

Apretó el paso. Se detuvo. Esperó al presunto persecutor. Éste llegó, se detuvo junto al poeta.

—¿Me persigues?... Vas a fracasar. No se te ocurra seguirme porque vamos a la policía. Si te agarran, cae tu gente. Ya sé quién eres. Vete... Vete, porque si echamos una pelea aquí quien pierde no soy yo ni eres tú... ¡Es la tribu!...

El joven no le contestó. Volvió sobre sus pasos.

El poeta llegó rápidamente a la casa de Walterio. Encontró a Bibijagua cocinando.

—Ah, mujer... Acaba y ven al patio, para que oigas la última aventura, muy mala, que me ha ocurrido...

Unos minutos después los esposos conversaban en el patio. Wampampiro informó a su mujer del raro encuentro con el indio mudo que le perseguía.

Bibijagua le dijo:

—No me cabe duda... Es un enviado de mi padre. Debe haber enviado más de cien indios a buscarme por todas las ciudades y pueblos de Oriente y de Camagüey... Yo conozco las costumbres de mi pueblo. Eso quiere decir...

—¿Algo grave?...

—Sí..., que me van a secuestrar...

—¿Se atreverán?

—Sí... Mañana, seguramente, mi padre sabrá que estoy en Yateras.

—Bueno, hay que escapar enseguida...

—Enseguida no... Primero tienen que reunir a los ancianos, explicarlo todo, hacer el plan de rescate, y después discutirlo. Todo eso lleva tiempo... El Consejo sólo se reúne los viernes. Tomará un mes la elaboración y aprobación del plan.

—Entonces...

—Entonces tendremos como dos meses aquí sin problemas... Créeme..., porque después de aprobado el plan, los indios que me van a secuestrar tienen que venir uno por uno a Yateras. Uno cada día... Así marcha nuestro precavido pueblo, cuando sale de la caverna. Anda un hombre aislado... No se pueden correr riesgos... Dos meses, te digo, tendremos para preparar nuestra salida de Yateras. Conozco a mi gente...

Durante la comida en la mesa común, Walterio se mostró molesto.

—Esta noche viene aquí un tal Eleuterio —dijo con acento alarmado—, viene a hacerme una visita, porque yo no lo visito...

Altagracia le interrumpió:

—Ay, Walterio, si tu casi no visitas a nadie...

—Pa la basura que habla la gente... Más vale estar solo, con la cabeza fresca, así como anda Wampampiro, que hasta conversa con los pajaritos... Así me gusta ser a mí...

—Pero Eleuterio es un hombre de trabajo, muy formal —le repuso Altagracia.

—Es un hombre que no hace na más que quejarse. O de hablar de tarros pegaos. Y su mujer ni se diga: es un saco e chismes. Con esa gente no se aprende nada más que chismes de vecinos...

—Así es todo el mundo... ¿Te vas a quedar mudo por no hablar con nadie?

Walterio, muy serio, respondió a su mujer:

—Prefiero quedar mudo antes que oír tanta cáscara de caña que se habla por ahí... No me interesa la vida de nadie...

Conversando estaban cuando tocaron a la puerta. Altagracia se levantó de la mesa. Abrió la puerta e hizo entrar a la sala a la esperada visita.

—Na menos, Walterio, que está Eleuterio y su padre José, el veterano que peleó bajo el mando del general Calixto García... Prepárate a oír cuentos de la guerra contra España...

—Eso sí me gusta, lo que el viejo veterano cuenta...

Terminaron rápidamente de comer. Bibijagua levantó la mesa y se fue a la cocina a fregar la loza.

—Perdonen la demora, José y Eleuterio, estábamos a la mesa cuando llegaron...

—La jama es la jama... Primero la jamazón y después lo demás. Aquí venimos a darle un poco a la sin güeso..., compay...

Walterio presentó a Wampampiro. Sacaron sillones y sillas al portal y comenzó la tertulia.

Altagracia apareció con una cafetera de esmalte blanco y pico curvo. Sirvió el café en pequeñas tazas de güira. Hecho esto, se sentó a disfrutar de la conversación.

—Yo —decía Eleuterio— no he visto mujer más sata que la Pelúa. Quiere conquistar a todos los hombres. Siempre está vestía escandalosa, con un cacho de teta afuera... Y el pobre marido es un verraco, que no ve ná... Así es esta vida... ¡El que nace pa cabrón del cielo le caen los tarros!...

Walterio, con evidente disgusto, le dijo:

—Eleuterio, cambia el chucho, compay... Ta bueno ya de tanto tarro pegao... ¿Cómo andan tus hijos?

—Buscando pega... Y mirando como los caguayos...

—¿Y la vieja?...

—Arrastrando la cutara...

Walterio preguntó al anciano mambí:

—Y a usted, don José, ¿cómo lo tratan los años?...

—Mal... Pero no son los años los que me tratan más mal...

Y don José pasó a contar de sus desazones ante la situación social y política del país.

—¿Cómo puedo estar tranquilo, si pelié por la libertad contra los patones españoles y veo que seguimos sin libertad... entre los mismos cubanos...

¡Qué patria tenemos! Bueno, no se qué patina vamos a tener..., si nos mandan los americanos..., esos yanquis...

El rostro del veterano se entristeció.

—Papá..., no empieces con tu tragedia...

—Esa tragedia es la de todos... ¡Cómo está el país!... Lleno de delincuentes... Sí... Hay gente buena todavía... Ésa es la que hay que apoyar... Yo tengo un plan para acabar con el bandidaje... Pero esto es un sueño imposible... Lo sé... boberías de viejo...

Wampampiro escuchaba atentamente al entristecido veterano cuando se oyó llamar desde la cocina:

—Wam... pam... pi... ro...

Pidió excusas y salió a ver a Bibijagua.

—¿Qué ocurre?...

—¡He visto un indio en el patio! Es verdad que está oscuro, pero nuestros ojos ven en lo oscuro...

—¡Un indio!...

—Sí... Me miró y escapó... Pero no temas... Vino a localizarme... Ahora sí saben donde estoy...

Al ver el rostro preocupado del poeta, le animó:

—No te apures... tendremos dos meses para pensar hacia dónde escaparnos... Ni Oriente, ni Camagüey, ni Las Villas nos convienen...

—Lo pensaremos, mujer...

El poeta cerró la ventana de la cocina que daba al patio.

—Más vale precaver, Bibijagua...

Bibijagua se sonrió.

—Sí..., pero tendremos dos meses tranquilos... No te preocupes... Conozco a mi pueblo...

Cuando el poeta llegó a la sala escuchó a don José explicar su ingenuo plan “para arreglar la república”:

—Yo no tengo preparación para ser presidente del país. Pero sí vergüenza, que es lo que falta arriba... Para acabar con tantos arribistas, vividores, ladrones, abusadores... ¡Tienen la patria, en la panza!...

Don José explicaba que si él tuviera poder en Cuba dividía al país en tres provincias. Una se llamaría “La ladronera”. Allí enviaría a politiqueros, vagos, explotadores, ladrones de toda laya... La otra provincia se llamaría “El desmadre”. Allí enviaría a la jefatura del corrompido ejército, viles ambiciosos, viciosos, traidores, asesinos, oportunistas, vendepatrias, gente de violencia, sin escrúpulos... La última provincia se llamaría “Cuba”, y allí estaría la gente de buen corazón, trabajadora, tranquila, honesta, deseosa de saber y de ser útil, libre de egoísmos, de bajos orgullos, de dogmatismos, gente simpática y fiel... Y no habría allí policía ni ejército...

Oyéndolo, el poeta pensaba:

“Eso se llama utopía, lo he leído... Qué buen viejo... Es un soñador como yo... Y tiene un rostro que alumbra.”

De pronto se escuchó un fuerte golpe en la puerta.

—Voy... —dijo Wampampiro.

Abrió la puerta. A nadie vio.

—Nadie... Alguna pedrada de un bellaco —dijo el poeta, volviendo su rostro a la sala.

Cuando iba a cerrar la puerta observó en ella una flecha encajada.

Su punta atravesaba un papel. Halló en el papel unas letras extrañas. Lo tomó y lo guardó en un bolsillo. Lanzó la flecha al patio.

—Nada..., una pedrada de algún maldito —dijo a Walterio—. Me perdonan, voy a la cocina un momento, a ver a mi mujer.

—Dile que venga... —le advirtió Altagracia.

El poeta llegó a la cocina y puso el papel ante los ojos de su mujer.

—Ah, sí, sí..., es un mensaje de mi tribu... Que debo regresar antes de dos semanas...

Dicho esto. Bibijagua encendió un fósforo y quemó el papel.

Cuando Wampampiro regresó a la sala, escuchó a Don José:

—“La ladronera” tendría que trabajar o no habrá nada que robar ni comer, o se morirán de hambre... En “El desmadre”, como nadie cree en nadie, no habrá orden y se matarán millares entre sí. Pero tendrán que trabajar... ¿De dónde sacarán la comida? Quién siembre y coseche lo hará con un cañón al lado, apuntando para quien venga... ¡Pero en la provincia “Cuba” habrá

mucho progreso! La gente trabajará bien y se llevarán como una gran familia. Si alguno sale malo se le expulsa para las dos provincias llenas de malvados.

Don José sonreía narrando su plan. Se le veía tan contento que nadie osaba interrumpirle sus sueños.

Le preguntó su hijo:

—Pero papá... ¿Tú crees que esas dos provincias llenas de canallas, viendo la prosperidad de “Cuba” no van a irle parriba, armados hasta los dientes, para saquearla y esclavizarla?

Don José meditaba, confuso.

—No lo había pensado...

—Claro, porque sueñas, viejo..., sueñas... Te crees que estás en el cielo... Y estás arriba del dienteperro. Le van parriba a tu provincia ideal, sin ejército ni policía..., y los esclavizan a todos...

Don José callaba, confuso.

Cuando Wampampiro, después de despedirse de los visitantes y de comentar con Walterio la ingenuidad de don José, llegó a su cuarto, encontró a Bibijagua con lágrimas en los ojos.

Le enseñaba un idolillo de barro.

—Mira, vine a preparar la cama y me encontré sobre ella este cemí..., cemí...

El poeta observó cuidadosamente el idolillo, de barro cocido.

—Este cemí es mío. Me lo regaló mi padre cuando era niña...

Wampampiro comprendió.

—Entonces esto quiere decir...

—Esto quiere decir que es mi padre quien me lo ha enviado. Es un aviso muy claro...

UN ASOMBROSO ENCUENTRO

Wampampiro se aburría de oír las mismas guarachas día tras día, pero gozaba con las inteligentes cotorras. Preocupado por el mudo indio que les había avisado, olvidaba entre las cotorras.

Cuando menos lo esperaba, a veces mientras daba cuerda al fonógrafo, lo sorprendía un estruendo chirreante de cotorreras guarachas. Oyéndolas, rompía en carcajadas, ante tan enorme guirigay de sumo escándalo.

El negocio prosperaba. Las cotorras se vendían, semana tras semana, convertidas en discos con verdes alas.

Ultimino compraba cotorras a los montañeses, a veinte centavos cada una, y semanalmente regresaba a Yateras con su verde y parlera carga, que el poeta adiestraba con sonriente paciencia. Pensaba éste constantemente en la fuga, con su mujer, hacia una provincia, lejana y segura.

Un anochecer, mientras descansaba en su cuarto, oyó Wampampiro un gran grito de Walterio, al entrar en su casa:

—¡SE CAYÓOO MACHADOOOOO!...

El poeta brincó en la cama. A su lado saltó Bibijagua.

—Ay, Cagandagua... ¿Entonces nos vamos para Macurijes?...

—Sí... ¡Que tiempo hace que no veo a papa, a mi hermana, a Simeón Simemeo, a mis buenos amigos de Macurijes!... ¡En Macurijes estaremos seguros! Mi familia y mis amigos nos protegerán. Y además, para que la gente de tu tribu de con nosotros..., ¡trabajo tendrán! ¡Con lo apartado que

está Macurijes!... Allá vivirás en mi casa propia... Estaremos mejor que aquí. Por muy bien que viva el agregao siempre es un agregao... Y uno sufre, porque piensa que uno molesta...

—Ay, Cagandagua, pero mi padre... ¡Qué ganas tengo de verlo!... A pesar de todo..., es mi padre.

El poeta se entristeció.

—Tienes razón... Pero si te agarra tu padre...

Bibijagua callaba, confusa.

Al día siguiente, con el pueblo alborozado en las calles por la fuga del tirano, regresaba Wampampiro de su trabajo, la cabeza llena de planes, cuando, al comprar dos botellas de maltina para Bibijagua, para celebrar la caída del tirano, un hombre vestido de saco, cuello y corbata, dijo al mozo del café:

—Yo pago..., todo queda en familia...

Cuando el poeta le miró al rostro, quedó atónito.

—¡Tonini... Nuñiñi!...

—Sí. Mi yerno... Sí...

Wampampiro se hallaba tan asombrado que no pudo responderle.

—Quiero ver a mi hija, verla nada más, es tuya... —Venga...

Y juntos se encaminaron a la casa de Walterio Cruz. El azar dispuso que en el portal se hallara tejiendo una batica la bella Bibijagua.

—¡PAAAA... PAAAAÁ!...

—¡Hija mía!... ¡Hijaaa!...

Padre e hija se abrazaron estrechamente. Bibijagua lloraba de alegría. Wampampiro se contentaba mucho.

Padre e hija comenzaron a hablar una extraña lengua. El poeta se retiró cortésmente.

Regresó un cuarto de hora después, guitarra en mano. Rasgó las cuerdas y cantó:

**No existe mayor contento
que la del amor sincero,
es un río sobrancero**

**de profundo sentimiento.
Eso es lo que yo siento
de un padre al ver la emoción:
pues la hija de su pasión
llora de placer al verlo,
por el ansia de tenerlo
bien cerca del corazón...**

Tonini echó un fuerte brazo sobre los hombros al poeta. Éste se sonrió. Bibijagua no podía contener las lágrimas.

Se sentaron en el patio. Tonini explicó que aprobaba el matrimonio, que sufría al estar separado de su hija, única y amadísima, pero que no podía alejarse de su tribu, abandonarla, por seguir a su hija. Era su jefe leal.

—Sufriré la separación —dijo—, ustedes quedan libres de vivir donde les parezca mejor. Pero, alguna vez, vénganme a ver...

—Sí..., sí..., papá...

—Sí..., sí..., iremos a verlo..., siempre...

Tonini se despidió casi contento, sabiendo que no perdería del todo a su hija, que la vería a menudo.

—Nosotros nos vamos para Macurijes. Allá estará su hija en familia. Si quiere y puede nos visita, Tonini...

—No..., no puedo... Esta escapada que he hecho hoy es una violación de nuestra ley...

Tonini marchó tranquilo. Bibijagua lloraba.

—¿Vendremos de cuando en cuando a la montaña misteriosa, a ver a mi padre?...

—Cada vez que se pueda, mujer, ¿por qué no?...

RETORNO A MACURIJES: WAMPAMPIRO CONOCE DE GRAVES NOTICIAS

Llegaron a Macurijes un mes después de la caída de Machado.

Ruperto, Herminia y Simeón Simemeo recibieron a la pareja con abrazos y lágrimas de alegría.

Wampampiro sufrió al conocer que su rancho fue quemado por el Capitán, y que Silvio Tumbatoro había sido ahorcado por el mismo militar.

—Ná, Wampa, levantamos tu rancho en dos semanas. Quédense aquí con nosotros —le dijo Simeón Simemeo.

La pareja quedó en la casa de Simeón. Al anochecer, Herminia llamó a un lado a su hermano, y le preguntó:

—Hermano, perdóname, estoy ansiosa. ¿De dónde salió esta muchacha tan extraña con ese nombre tan raro?

—De los montes de Yateras... Ese tipo suyo lo tiene todo el mundo allí...

—Es rara. Habla con un tonito raro...

—Así habían los orientales..., que son muy, muy familiares...

Tres semanas después ya tenían su rancho Wampampiro y Bibijagua. Entre el poeta y sus amigos tumbaron palmas reales. Con sus tablas levantaron las paredes de la casa, con sus pencas la techaron. Horcones, viguetas y llaves se hicieron de yaba y de quiebrahacha.

La casa se inauguró con una gran canturía. En la memoria de todos quedó una bella décima de Simeón Simemeo:

**Otra vez vuelves aquí,
a tu tierra, Wampampiro,
a este tu lugar guajiro
donde hay amor para ti.
Regresas como un jiquí
fuerte y alegre a la vez,
con Bibijagua, que es
la reina de tu bohío:
borró de tu pecho el frío,
consolará tu vejez.**

Wampampiro, emocionado, abrazó a Simeón, entre el aplauso de todos y las lágrimas de Bibijagua.

Su amigo Aracelio vino a verle una tarde al conuco:

—No sé si lo sabes, pero la cosa está que echa candela en La Habana. Hay un gran hombre y no un politiquero en el gobierno: se llama Antonio Guiteras... ¿Sabes lo que ha hecho?...

—¿Qué?... Dímelo pronto...

—Nada menos que se fajó con los americanos... ¡Intervino la Compañía Cubana de Electricidad!, que de Cubana no tenía nada...

—Sí... La Cuban Electric Company...

—Esa misma... Figúrate el rollo que se ha formado. ¡Meterse con las compañías de los yanquis!...

En cuanto le tocan sus intereses ya amenazan con intervenir en la Isla... como siempre...

—Sí. ¿Y qué han hecho?...

—Ya han mandado a la bahía de La Habana dos o tres acorazados, para meter miedo, para amenazar... como siempre. Guiteras dice que eso se llama imperialismo...

Wampampiro se quedó pensando:

“¡Qué bueno que entre tanto aprovechado haya un patriota, un hombre que defienda la nación...! ¿Pero qué de malo tiene esto...?”

Los dos amigos conversaron largo rato. El poeta se inquietaba. A poco llegó hacia ellos Anacleto, muy decaído de ánimo. Saludó y dijo:

—No acabamos de levantar cabeza... Pobre Guiteras, con sus buenas ideas de proteger al pueblo contra los abusos de las compañías yanquis. Lo veo mal, al pobre. ¡Aquel que toca la economía del yanqui aquí, lo tumba! ¡Ya mandó barcos de guerra para amenazar!... ¡Abusadores!

—Sí, lo sabemos...

Disgustados, los tres amigos se despidieron. Antes de la despedida, Aracelio dijo:

—Hay que hacer algo para ayudar al pobre Guiteras...

—Sí...

—Sí...

Para no disgustar a Bibijagua, Wampampiro llegó a su rancho cantando décimas. Bibijagua le respondió también con décimas, cuyas tonadas había aprendido escuchando al poeta.

Ante un copioso plato de tamales y una ensalada de tomates, Wampampiro calló. Mientras comían llegó Simeón Simemeeo, muy agitado.

—Wampa, acaba de caer Guiteras y sus leyes; cayó con un tal Grau, el presidente. Ahora subió un coronel, Mendieta, vamos a ver cómo hila... Pero lo malo...

—¿Lo malo?...

—Lo malo son dos cosas, que quien manda de verdad es otro coronel, un tal Batista. Siempre el ejército manda..., por las armas... Es un analfabeto ese Batista... Pinta malo...

—¿Y la otra cosa?...

—La otra cosa es que de Guiteras no se sabe nada... Ése..., el que nacionalizó la Compañía de Electricidad de los americanos... ¡Ya la Compañía volvió a ser americana! ¡Eso se sabía!...

Disgustado, el poeta paró de comer. Se levantó, cogió un taurete y se fue al patio, a pensar.

Simeón Simemeeo se retiró a poco, muy disgustado también.

Bibijagua le llevó un tazón de leche con azúcar y canela a su esposo. Éste lo bebió lentamente, concentrado en sus ideas.

—No te disgustes, mi marido..., tómalo con calma.

—No puedo evitarlo... Estas injusticias me enferman...

Una hora después, Bibijagua le preparó un cocimiento de tilo y jazmincito.

—Bebe de esto, que te calmará los nervios.

—Sí... Qué fuerte está... Lo necesito... Gracias...

URGENTE VISITA DE UN ANCIANO EMISARIO

Pasaron los meses, el poeta seguía ocupado en sus labores campestres. En La Habana la situación empeoraba; ocurrían asesinatos políticos, explotaban bombas, se rumoraban noticias trágicas. En Macurijes, la gente del pueblecito, sembraba y recogía sus cosechas, como siempre. La Guardia Rural aumentaba su poder. Los nuevos políticos tomaban el mismo cariz que los derrocados.

A Macurijes llegó un anciano que recorría Las Villas con el fin de captar a la mejor gente de la zona para una incipiente organización revolucionaria, La Joven Cuba, que erradicaría, una vez en el poder, las lacras políticas y sociales del país. El poeta fue llamado a conocer al anciano.

A poco de hablar, supo de las buenas intenciones del emisario:

—Tenemos que unirnos para acabar con la corrupción que está destruyendo al país. Vendepatrias ladrones y asesinos no deben adueñarse más del Poder en nuestro país, esta nueva colonia norteamericana, como dice el sabio Enrique José Varona...

El poeta se ofreció para cooperar con la Nueva organización, harto de crímenes políticos e injusticias sociales.

El anciano le dijo, tras su asentimiento:

—Debo marcharme enseguida. Sé que estoy muy sospechado. Cualquiera puede traicionarme...

—Cuenta conmigo...

—Lo sé...

En ese momento de la conversación llegaron, de dos en dos, y espaciadamente, a la casa del obrero agrícola que hospedaba al anciano, en las afueras del pueblecito, una decena de personas, todas conocidas del poeta.

—Dentro de dos horas debe salir —dijo, dirigiéndose al anciano, el joven Aracelio.

Un negro fornido añadió:

—El caballo lo lleva al apeadero. Yo lo acompaño...

El anciano, contando con más de una hora, ofreció una breve charla a los nuevos afiliados:

—Cada uno de ustedes sabe que de ahora en adelante corre un gran peligro, el mayor: la traición, la delación... Busquen gente valiosa y digna..., trabajen con ella.

—Sí...

—Sí... Conocemos el ambiente...

—No olviden que los oportunistas y ambiciosos son como la yerba mala... Están dondequiera... Son muchos..., y luego los mediocres, tan brillantes, imponiendo su criterio, mediocrizándolo todo. Ojo con ellos. Nos hundan... Son astutos, engañan, sonrían, dicen lindas palabras... El camino es largo, hay que educar y educar, pero educar bien, ¡porque si educan los mediocres todo se paraliza y se destruye!

—Sí... Hay que vigilar no se nos vaya a colar aquí un ambicioso de esos...

—O un delator...

El anciano, rodeado de sanos rostros atentos, se sentía feliz.

—No olviden —continuó— que de los mejores depende que la sociedad sea más justa, que la justicia social no sea una mentira en la boca y en la acción de los malos políticos, tan hábiles... Yo soy optimista...

El poeta le interrumpió:

—Con perdón..., yo también soy optimista, pero soy un optimista razonador, no un optimista iluso que no viendo los errores, echa al pantano su propio ejército. El pesimista es como el desierto. Del pesimismo no sale un bello futuro, sino esterilidad eterna. El sabio y reflexivo optimismo ha

logrado todo lo bueno que hay en la humanidad. El pesimismo frena, para nada. El pesimismo es la sequía; el optimismo del inteligente es la lluvia...

Escuchándole, el anciano sonreía:

—De acuerdo... Pero no olviden que el optimismo del mediocre es peor que el mayor pesimista... Lo destruye todo...

Se escucharon fuertes golpes en la puerta. Un campesino entró, sudoroso.

—Ya está el caballo aquí... Va a llover...

El anciano se puso de pie.

—Luchemos por mejorar este país..., con un corazón limpio... —dijo a modo de despedida— y no olviden: sin pureza, sin ética, no se levanta un país...

El poeta, conmovido, le estrechó fuertemente la mano.

41

WAMPAMPIRO DESAPARECE

Pocos meses después de la visita del anciano, tan sabio en política, Wampampiro fue llamado a repartir unas proclamas en la zona cafetalera del Guamuhaya y a explicar a los recogedores de café la necesidad de organizarse políticamente para mejorar sus vidas.

Antes de partir, habló con su mujer.

—Tú sabes que yo ando en lo que ando... Debo arrancar para las lomas de Cienfuegos y Trinidad. Hay abusos por allí. Le están quitando las tierras a los colonitos del café... A los recogedores hay que unirlos...

—Está bien. Cuídate, para nuestro hijo...

Esto lo decía porque se encontraba embarazada de dos meses.

—Me cuidaré muy bien. Me llevo la guitarra y me guillo de cantante y de recogedor por esas lomas... ¿Quién va a sospechar de mí, que ando con la más vieja ropa de trabajo que tengo y con un jolongo medio roto?... Quédate tranquila. En una o dos semanas regreso...

Esto decía Wampampiro, pero ni en una semana ni en dos, ni en un mes, pudo regresar. Graves aventuras le esperaban.

Partió a pie, serio el rostro.

Bajo el oloroso techo de guano del barracón montañés, el poeta tocaba y cantaba a sus compañeros de trabajo.

Los recogedores del café le escuchaban, con rostros muy alegres.

**Si cosechamos café
bajo las lluvias y fríos,
es justo que, sin pujíos,
un buen trato se nos dé.
Poco ganamos, se ve
que no se nos trata “al cien”...
pues nos muerde el comején
de la miseria en el monte,
donde bien come el sinsonte
y el pueblo no come bien.**

**Esto lo canta un poeta
con su voz de calambuco:
pidamos por un jabuco
aumento, de una peseta.
Para llegar a la meta
hay que unirse, sin temor;
no aceptar un ruin tenor
porque el amo lo dispuso:
para que acabe el abuso
y viva el trabajador.**

Los recogedores aplaudieron largo rato las décimas.

—Eso es..., nos dan diez quilos por el jabuco lleno...

—Así es...

—Que se nos pague con justicia...

—Así mimo é...

Wampampiro sonreía. Siguió punteando canciones y guarachas hasta que el sueño se apoderó del barracón.

“Esto va bien —pensaba, en su hamaca—, en unos dos o tres días les reparto las proclamas.”

Las proclamas fueron repartidas, y leídas en gran secreto. Ellas incitaban la unión de los recogedores para reclamar sus derechos sociales.

Enterado de que en la fría región llamada “El Polo Norte” se iba a desalojar a una honrada familia de cosecheros, el poeta se lanzó montaña arriba muy deseoso de conocer del nuevo atropello Social. A fondo sabía de los desalojos en el llano y en los campos cañeros.

Esto ocurrió un domingo, un triste domingo en el hogar de Emiliano Camejo:

—Yo —le dijo al poeta el futuro desalojado— estoy ya al salir de esta finquita. Se la arrendé al dueño; firmé un contrato. Me dijo que trabajara su tierra y que le diera una tercia del café recogido en to el año.

El poeta le preguntó:

—¿Así era el contrato?

—Así era... Así lo venía haciendo en estos últimos años... ¡Cómo trabajé!

Y Camejo pasó a contarle que había recibido de manos del terrateniente un verdadero monte de maniguas y arbustos. Durante un año desmontó; y después quemó la manigua seca. A poco, sembró el café. Más de cinco mil matas.

—Y ahora que el cafetal rinde, después que le levanté la colonia... ¡Me bota!...

—Es un abuso, Camejo...

—No sé qué será de mi familia ahora, estoy medio loco...

—¿Pero nada le protege, una ley, contra este abuso?...

—Nada... nada...

—¿Nada?

—Nada. Si me resisto, me echan la Guardia Rural arriba; me dan cien planazos, y me botan a la fuerza pal callejón...

Ello hablaban, cuando Eloína, la mujer de Camejo, irrumpió en la sala y casi gritó:

—¡Ya vienen, Emiliano, ya vienen!...

—¿Quiénes?

—¡Los guardias rurales!...

El poeta se despidió rápidamente del matrimonio. Guando salió al portal, fue detenido.

Un guardia rural, fornido, de cabello rojizo, de rostro brutal, le dijo:

—Tú mismo eres, so cabrón, el que está repartiendo esta hojita de mierda...

Y le restregó violentamente en el rostro una proclama.

Cuando llegó al Cuartel de Trinidad, un militar le dijo al prisionero:

—Tengo orden de entregarlo a La Habana... Allá lo van a confesar. Usté sabe mucho y tiene que cantar tó lo que sabe, o pierde la cabeza, y ya no canta una décima más...

El mismo día de su traslado a Trinidad fue enviado a La Habana con fuerte custodia, por mar. Cerrado en un camarote, el poeta pensaba en su mujer. Sobre todo, en su hijo, al cual, posiblemente no vería.

“Ésa es mi vida. Acepté esta vida. Ya tengo treintiséis años... Ya he vivido bastante. Sé de poesía, de paisajes, de amigos... Tengo mucho buen humor... que me ayuda a resistir. Pero no puedo volver atrás...”

Así pensaba, oyendo al poderoso motor de la embarcación que le llevaba a La Habana.

Un oficial de la policía le dijo:

—De usted depende regresar vivo a su pueblo...

El poeta le miraba fijamente.

—Si quiere regresar vivo..., escríbame en este papel —y le tendió una cuartilla— los nombres de todo el grupo de maleantes que trabajan con usted para tumbar a un gobierno tan honrado como este... ¿Cómo se llama el cabecilla en Las Villas? ¡Es un viejo malandrín!...

—No sé su nombre...

—Ni yo tampoco. Nunca da su nombre. Pero tenemos sus señas. Descríbalo... Es un viejo..., que habla mucho... muchos discursos... Es una anguila...

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque eso no lo hace una buena persona. Eso es una delación...

El oficial endureció su rostro. Los ojos brillaron malignamente.

—¿Y para qué usted cree que lo hemos traído a esta Jefatura especial?
¿Para beber cerveza?...

—No puedo...

—Podrá. No sea mapiango...

El oficial hizo una seña a uno de sus subalternos, que escuchaba la conversación.

—Coge a este mapiango que se las dá de guapo y ablándamelo...

El poeta fue conducido a una habitación al fondo del local donde fue entrevistado.

Por el camino, oyó la voz hiriente del oficial investigador:

—Ya verá este mapiango si habla o no...

El primer culatazo lo recibió en el pecho; los otros en la espalda. Un latigazo le hizo sangrar el rostro. Un golpe en la cabeza lo derrumbó.

Esa noche el poeta escupió sangre. Tosió largamente. Cada vez que tosía sangraba.

Dormía en el suelo, desnudo. Sintió un gran frío. Una fuerte sed le abrasaba. Buscó agua, con la ansiosa vista. No la halló. Su celda se encontraba totalmente oscura. Estiró sus manos, buscando una cántara de agua, no la halló. Se arrastró como un gusano, entre dolores; no halló cántara alguna...

Al amanecer, una alta fiebre le hizo tiritar. Un gran silencio le rodeaba. El hambre y la sed le atormentaban. Los dolores en el pecho, donde palpó a duras penas un hinchado hematoma, se lo laceraban.

—Este guajiro se va a morir... Le dieron demasiado... Ésa no es la orden... La orden es golpearlo para que se acobarde y hable. Nuestra misión es que hable..., no matarlo... No sean brutos... Si lo hubiéramos querido matar..., en Trinidad quedaba... ¿Cómo va a hablar si dice el médico que tiene tres costillas rotas y hemorragias pulmonares...?

Esto decía el molesto oficial investigador a los torturadores a su servicio.

—Se me reviró y me tiró un trompón...

—Aguántalo. Hay que saber golpear... Matar es fácil... Hay que saber golpear... so bruto.

El médico que atendía al poeta, le dijo:

—Sus pulmones no andan bien... ¡Cómo le pegaron!...

El poeta no tuvo fuerzas para responderle.

—Hay que mandar a su tierra a este hombre. A que muera allá... ¡Será un escarmiento en la zona! ¡Sabrán los guajiros de allá que a este gobierno el ejército no permitirá que se le tumbe! Batista manda, y Batista es el ejército...

—¿Qué se hace entonces? —preguntó un robusto enfermero, llamado a la oficina de investigaciones por su jefe.

—Lo vamos a mandar en una máquina a ese Macurijes de mierda.

—Usted lo acompaña. Que no se muera en el camino. Cuando llegue al pueblo, entréguelo al cuartel... Que lo lleven a morir a su casa... Así los cabrones de ese pueblo sabrán que con el ejército no se juega...

El poeta llegó a Macurijes inconsciente.

En parihuelas llegó a su rancho, escupiendo sangre. Nadie se atrevió a seguir la parihuela, conducida por armados guardias rurales.

Su joven mujer, entre llantos, le acostó en el lecho. El poeta durmió largas horas...

—Leche... —dijo al amanecer, cerrados los ojos, alta la fiebre.

En la noche, a escondidas, le visitó el médico de Minas Bajas. Recetó pociones, pastillas, medicamentos varios.

—Se muere, Ruperto, se muere su hijo... —decía entre llantos a su suegro la joven esposa.

—Quizás no, no te aflijas; él es muy fuerte...

—Sí..., pero cómo tose, ¡cuánta sangre en cada tos!

Dos semanas después regresó el médico de Minas Bajas.

—Ya tengo el resultado del análisis de esputo. Padece de tisis...

—¿Tuberculoso?

—Sí..., necesita tranquilidad, reposo, este aire puro, y estas medicinas...

Tiene usted que aprender a inyectar...

La atribulada india tomó la jeringuilla y recibió breves y eficaces consejos del médico para su manipulación.

—Ya sé... Gracias..., miles de gracias...

—A lo mejor se salva... Es muy fuerte...

El poeta le estaba escuchando.

—Hasta aquí llegó Wampampiro..., doctor...

La alegría llenó el rostro de la india.

—Ah, mi poeta..., ¡ya hablas!...

—Sí... Bibijagua... Tu Cagandagua regresa del infierno...

El poeta sonrió. El médico, conmovido, se despidió.

Al mes de recibir tantos cuidados extremos y de medicarse, el poeta se levantó de su cama.

Trabajosamente comenzó a caminar. Ayudado por su mujer llegó al patio. Se sentó bajo la mata de mango.

—No... hay... que... perder... el... buen... humor... Bibija... gua...

Hablaba entrecortadamente. Al final de su breve oración, tosió y escupió sangre.

Bibijagua temblaba.

—No... tiembles..., piensa... en... nuestro... hijo...

El poeta mejoró, caminaba mejor, pero la tos no se le quitaba, a pesar de las medicinas y del reposo.

Un atardecer, cuando los esposos conversaban bajo el mango, llegó Aracelio. Bajó apresuradamente de su sofocada yegua y gritó:

—¡Wampa! ¡Wampa! ¡Huye! ¡Hay que salir huyendo! ¡Tú y todos nosotros! ¡Ahora mismo! ¡Recojan lo que puedan! ¡Pal tren, que está al

pasar!...

—¿Qué ocurre, Aracelio? —preguntó alarmadísima la india.

—¿Qué ocurre? ¡Asesinaron a Guiteras en Matanzas! ¡Ya el radio lo ha dicho! Y acaba de llegar la noticia de que hay que escapar, todos los que nos unimos aquí contra Batista... ¡Ya están en camino guardias especiales, que vienen desde Santa Clara!

—Otra... vez... la... Guardia... Rural... —dijo entre toses el poeta.

—Calla, Wampa..., no hables, que te hace daño... Entre Aracelio y yo vamos a hacer la maleta... Quieto, no hables...

—Siempre... la Guardia... Rural... Siempre... siempre... lo mismo... al servicio... de... los... tiranos...

Una hora después ya se hallaban en el apeadero del tren. Cuando bajó de su caballo, el poeta tuvo un vómito de sangre...

—Pa... lante... No... se... ocupen... de mí... ¿Para dónde... vamos?

Su mujer le habló con voz confiada:

—¿Para dónde va a ser?... Para Oriente...

El poeta sonrió. Subieron al tren y se acomodaron en sus viejos asientos de mimbre.

Aracelio le tendió al poeta un billete de diez pesos.

—Pa lo que pueda pasar... Wampa... ¡Buena suerte!

El tren partió, rumbo a Oriente.

Cuando el poeta, desde su caballo, vio la Montaña Misteriosa, le dijo a su mujer:

—¡Bibija... gua! ¡Vale la pena haber pasado tantos trabajos para llegar hasta aquí y contemplar este paraíso...!

—¡Cagandagua! ¡Hablaste de un tirón! ¡Qué alegría! —exclamó la india, regocijadísima.

—Sí... De... un... ti... r...

El poeta vomitó sangre.

Atribulada, la india secaba los sanguinolentos labios de su esposo.

—No... es... ná...

Nuevo vómito.

—¡No hables más! ¡No! ¡No! Calla... Calla...

A paso lento los caballos llegaron al bien disimulado túnel que daba entrada a la caverna de la tribu.

—¡Ya, Cagandagua, ya! —exclamaba la india poseída de un gran gozo—. ¡Ya estamos en casa!

Unos minutos después estaban rodeados de indios sonrientes. Bibijagua se lanzó, lentamente, túnel abajo y avisó a su tribu.

Tonini abrazó al poeta. Éste se sonreía.

—No puede hablar, papá... Está enfermo de tisis. Se había recuperado algo... Y ahora se ha puesto malo otra vez...

—Aquí se curará, mi hija... Aquí hay buen aire... Le alimentamos bien... Las medicinas se las conseguiremos...

—Papá... Estoy en estado...

—¡Ah, hija, ojalá que sea hembra...!

Wampampiro sonreía. Movía la cabeza hacia adelante en señal de asentimiento.

Ya en su cueva, el poeta pidió un papel a su esposa. Ésta lo extrajo del jolongo. Allí escribiera:

**Regresamos a la cueva
a nuestro nido, tan tierno,
escapando de un infierno,
porque la tisis me lleva.
Aquí la calma se eleva
y me envuelve suavemente;
aquí, entre tan buena gente
me debo un tiempo quedar
para poderme curar
y ser aquel Wampa ardiente.**

Sonreía y tosía al escribir su décima. Bibijagua la leyó entre risas:
—Te recuperarás, mi Cagandagua...
El poeta sonreía.

Transcurrieron varios años y en Macurijes nada se sabía del paradero de su alegre poeta. Ni una sola noticia llegó al pueblo. Tanto el padre como la hermana pensaban que, si el poeta existiera, hubiera hallado medios de hacérselo conocer, dado su ingenio y su índole cariñosa y tierna...

—Todo hace suponer —decía Ruperto, con voz apagada— que mi pobre hijo ha muerto a consecuencia de los muchos golpes que le dieron, cuando lo torturaron sin piedad... Pobre hijo mío, nunca mi corazón olvidará tus décimas tan lindas, pobre, pobre hijo mío..., tan valiente..., tan bueno, tan generoso...

Cienfuegos, 11 de Mayo, de 1980.

(Lloro al terminar esta página)

SOBRE EL AUTOR



SAMUEL FEIJÓO (1914) es un poeta, narrador, crítico y folclorista cubano, cuya obra rica y fecunda, se conoce a fondo, a partir del triunfo de la Revolución.

Vida completa del poeta WAMPAMPIRO TIMBERETA

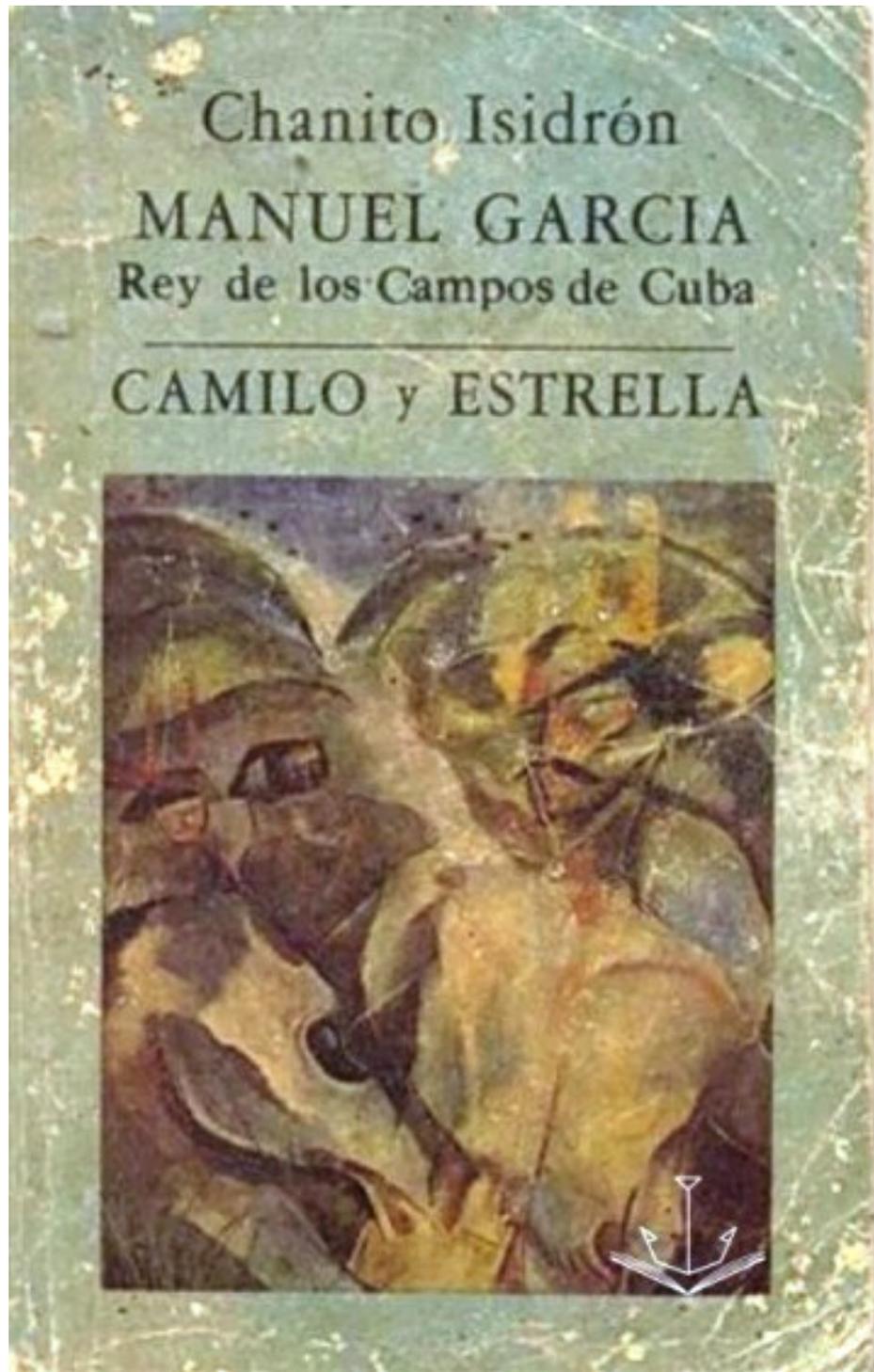
Samuel Feijóo (San Juan de los Yeras, 1914), ofrece en esta obra grandes dimensiones humorísticas de las tradiciones subanas, narradas con un lenguaje satírico, popular y en ocasiones dramático.

Wampampiro Timbereta, poeta y cantor, es el consejero y el protagonista principal en cada uno de los conflictos y vicisitudes de los campesinos que lo rodean por su carácter sensible y humano. Emprende numerosas y extrañas aventuras en las que se entremezclan la rudeza y la fantasía del campesino con su genuino folklore criollo en el marco histórico de la seudorrepública colonial.

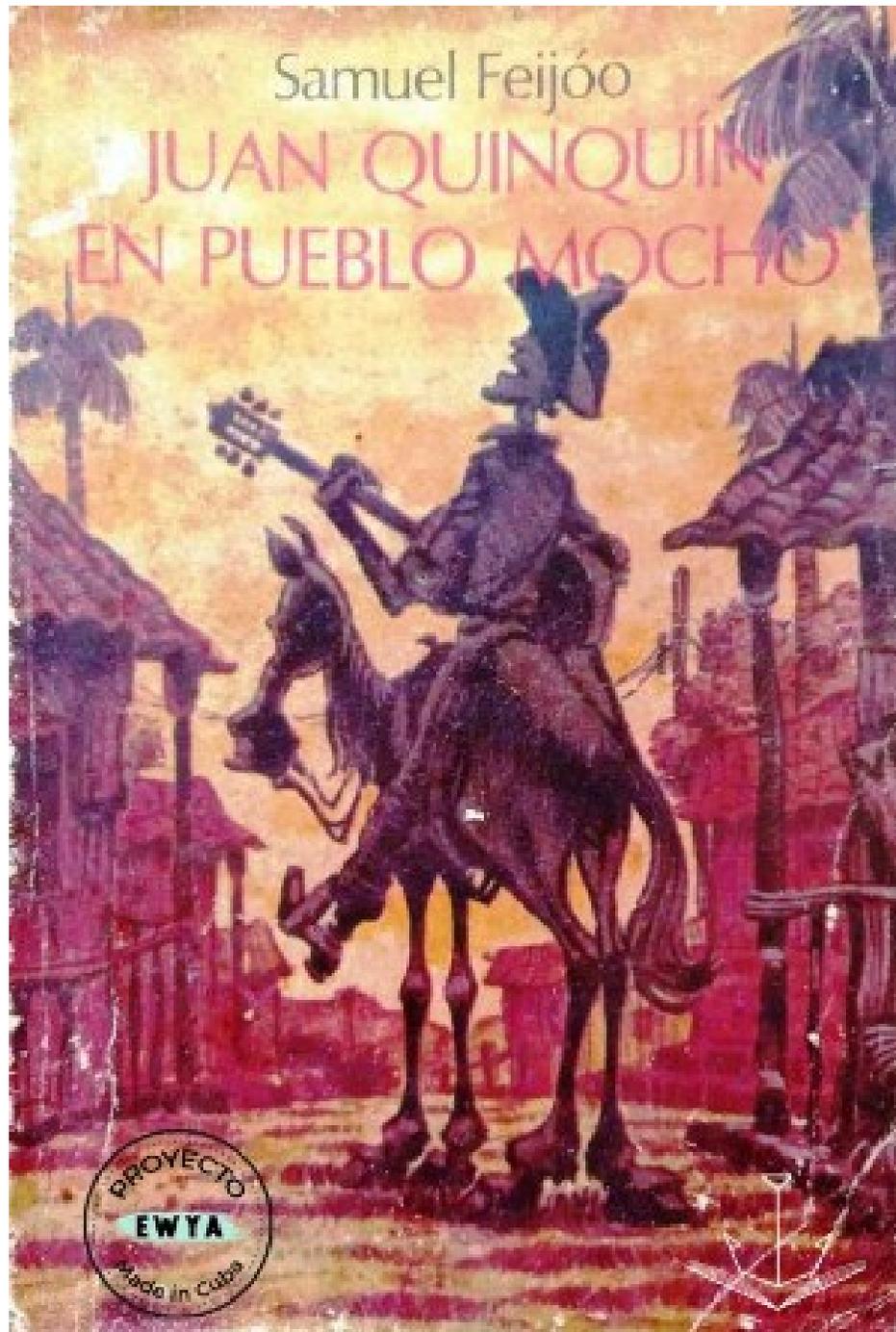
El poeta, obligado por la persecución de la Guardia Rural, huye hacia las lomas orientales en busca de trabajo. Atraído por leyendas de la zona, realiza una incursión a la «montaña misteriosa» donde le espera un suceso fantástico e insospechado.



***TÍTULOS
DIGITALIZADOS***



Novela de amor escrita en décimas (123 décimas, ¡1230 versos!) que pueden ser cantadas



Juan Quinquín en Pueblo Mocho (1963), es la primera novela de Feijóo. Esta obra refleja el mundo y la idiosincrasia del campesinado cubano, sus dichos y refranes, sus costumbres y modo de vida, así como la explotación a que era sometido antes del primero de enero de 1959. Personajes como Juan Quinquín, el Jachero, Teresa, Suelta el Pollo, el Torero, con sus virtudes y defectos, son seres humanos que luchan, aman, viven y sueñan en un mundo injusto, pero que desean un mundo mejor, por el cual se rebelan, luchan y llegan a dar la vida, en algunos casos. Esta es una novela realista, con gran sentido del humor, que a la

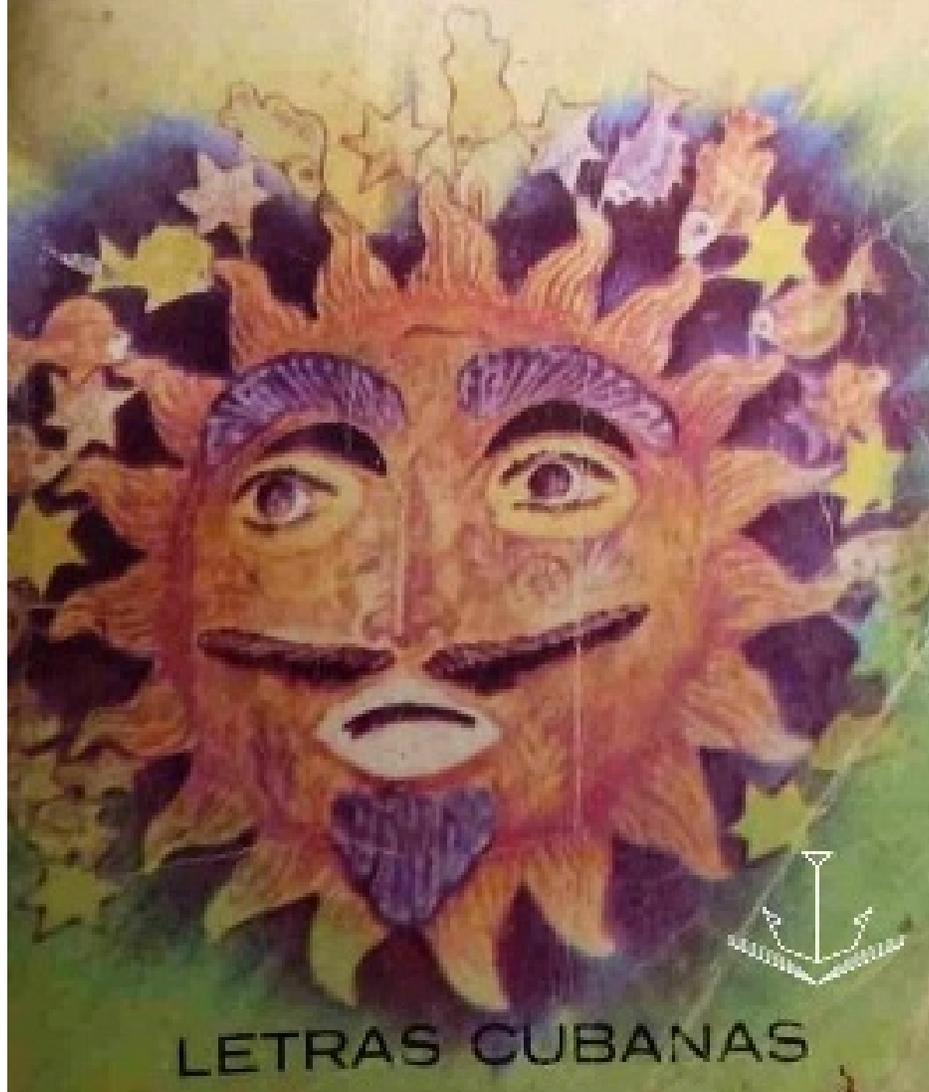
vez que nos hace reír, nos hace reflexionar. Las aventuras que se narran en ella no son fantásticas, sino que, al contrario, son el producto de la lucha del hombre en un medio adverso, que lo explota y lo humilla, pero que no le quita la capacidad de amar la justicia y de luchar por ella.

***TÍTULO POR
DIGITALIZAR***

NOVELA

Arbol de la VIDA

Lisandro Otero



Se puede entrar en esta catedral de nuestro idioma en distintos niveles de comprensión.

Árbol de la vida ha recogido, con gran intensidad, la angustia de los hombres que viven en el corazón de un tiempo [...]. ¿Qué hace un intelectual, un hombre de acción, en estos tiempos? ¿Cómo puede participar en la revolución? ¿De qué manera se mancha al intentar la transformación del mundo?

No vacilo en afirmar que nos encontramos en presencia de un gran narrador y de una gran novela [...], confirma la necesidad de que Lisandro Otero sea reconocido como uno de los grandes novelistas de la lengua castellana...

Jaime Lavastida

Árbol de la vida, novela preciosamente escrita, [...], con esa pericia barroca de que Lisandro Otero dio muestra excelente en *Temporada de Ángeles*, está inserta en esa novelística «con conflicto», como querría Lucácks que hace tiempo venía pugnando por nacer en el campo ideológico del socialismo.

Una novela lírica, una novela subjetiva, expresión desnuda, abierta, efusiva, de esa conciencia en conflicto, no con la Revolución, sino con su destino.

Federico Álvarez

No todo es gloria y apoteosis en la Revolución: en ella también hincan la garra el peligro interno, la ideología burocrática, el oportunismo, la cizaña y el golpe bajo para encaramarse en el poder, gozar de prebendas.

Ahora, más que nunca, novelas como esta deben ser sometidas a la discusión honesta y abierta.

Renato Prada Oropesa